



NOSOTROS DOS

Xavier Bosch

¿Es posible la amistad entre un hombre y una mujer?

Lectulandia

Kim y Laura se conocen en la universidad. Vienen de mundos muy diferentes. Él, seductor y despreocupado, es hijo de un hotelero del paseo de Gracia de Barcelona. Ella, de provincias, es sencilla, idealista y sabe que la vida se basa en los detalles. Juntos ríen, se divierten y, unidos por el vínculo de la amistad, superan los escollos del destino. A pesar de sus caminos divergentes, saben que siempre están para ayudarse. No importa la distancia. No importa que tarden mucho tiempo en reencontrarse. Son dos amigos, como pocos, a prueba de todo.

Lectulandia

Xavier Bosch

Nosotros dos

ePub r1.0

Karras 06-12-2018

Título original: *Nosaltres dos*
Xavier Bosch, 2017
Traducción: Josep Escarré

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Los lazos invisibles

1983. Los felices veinte

1. Tres sinónimos por segundo
2. Los pasos cortos de la ilusión
3. El día que conocí a Dickens
4. Puccini nunca falla
5. Algún día iré a los Ángeles
6. Un trocito de París
7. Las treinta y cinco mil palabras del diccionario
8. Esperando a Carl Lewis
9. Navidad en pleno agosto
10. Como una isla que no ves

2001. Las horas vertiginosas

11. Próxima estación: rock and roll
12. Una voz de bronce
13. La salsa Worcestershire
14. Una Yoko Ono en su interior
15. La música de los dioses
16. He jugado a la ruleta rusa
17. Todo esto lo hago por vosotros
18. Sólo hay un secreto
19. Con un punto de furia
20. Como si fuera una prima donna
21. Cansa mucho ser un héroe las veinticuatro horas
22. Pídeme lo que quieras

2016. La fiesta

23. Can I Help You?
24. Cada palabra tiene su perfume
25. Como un homenaje mudo
26. Un palmo más allá del deseo
27. Nunca nos bañamos en el mismo río
28. Él también fue joven
29. Y tapó la hoja con las dos manos

Sobre el autor

A Francesc Garriga Barata

*Ningún hombre puede bañarse
dos veces en el mismo río.*

HERÁCLITO DE ÉFESO

LOS LAZOS INVISIBLES

No sé muy bien por dónde empezar. No sé si ya os he abrazado a todos y os he saludado como os merecéis. Supongo que no... Me doy cuenta de que por ahí abajo aún tengo abrazos y besos pendientes. Ya sabéis que no soy muy dado a mostrar mis emociones, y mucho menos a expresarlas públicamente, pero tengo la impresión de que hoy, aquí, no me queda más remedio que mojarme y decir unas palabras. De modo que espero que se me note que estoy muy contento, mucho, aunque al mismo tiempo debo confesaros que estoy un poco abrumado. ¿Se oye bien?

Para empezar, bienvenidos a todos a vuestra casa, gracias por vuestra compañía y gracias a Míriam por haber incumplido, una vez más, un acuerdo al que ella y yo habíamos llegado. Siempre le había dicho que las fiestas sorpresa estaban prohibidas, que bajo ningún concepto podía organizarme una, que si se atrevía a hacerlo... En primer lugar porque, quizá a causa de nuestro trabajo, ya me conocéis, me gusta tenerlo todo controlado. Y en segundo lugar, porque no podría soportar que un montón de gente a la que quiero y conozco, que sois todos vosotros, me hayáis engañado estos últimos días cuando nos veíamos o hablábamos por teléfono, y disimulabais y no me decíais que nos veríamos hoy en el Rafaeli. Nadie ha hablado más de la cuenta, nadie ha metido la pata, de modo que, con todo mi cariño, debo deciros una cosa: sois, todos, una panda de cabrones. No quería fiestas sorpresa precisamente por eso, porque ahora me siento como un tonto. Bueno, Míriam, supongo que, ahora que ya no tienes que aguantarme a todas horas, has pensado que ésta sería una buena forma de vengarte... Organizar en mi casa, en el hotel, una maldita fiesta sorpresa convocando aquí a *tutti quanti*, a gente que no veía desde hacía..., ¡uf! A ti y a Elsa, que seguro que fue a quien se le ocurrió todo esto, os debo una, y muy gorda, que lo sepáis.

Supongo que para meteros en todo esto también han tenido mucho que ver ese par de liantes que están junto al altavoz: Jana, que es la que está grabando con el móvil, y Víctor, que, por si alguien no lo había reconocido por culpa de las greñas que lleva, sigue siendo mi hijo. Os quiero más que a nada, ya lo sabéis, y por eso no os lo tendré en cuenta.

Bueno, ya sabéis que no soy muy aficionado a pronunciar discursos, y menos aún si no he preparado nada... Una mañana, en la radio, escuché a un productor de televisión al que felicitaban por su aniversario; también debía cumplir los cincuenta, porque dijo que, si a los cincuenta te despiertas y no te duele nada, significa que estás muerto. Una buena noticia, pues. Estoy vivo. ¿Y a mí qué me duele? Las rodillas. El tenis no perdona, y los miércoles, el día siguiente del inexcusable partido del martes, no paro de ir para arriba y para abajo en ascensor porque no soy capaz de bajar ni dos escalones. Y eso teniendo en cuenta que jugamos dobles y que mis tres compañeros,

que también han venido, son algo mayores que yo. ¿Qué más me duele? A ver... Da igual, tampoco vamos a hacer un inventario, pero la vista cansada es algo que acabamos padeciendo todos, y hace ya unos años que no veo nada cuando miro el número del pasaporte del *check-in*. Para todos aquellos que no habíais venido desde hace mucho tiempo, veis que hemos reformado el hotel. Ahora, por ejemplo, ya no tenemos llaves y ni siquiera tarjetas para abrir las puertas. Basta con acercarse a ellas el móvil, con el código. Invertir para crecer, como dice mi padre, que aún sigue siendo quien nos enseña cómo debe llevarse este negocio. Al mal tiempo, buena cara. Es una de las máximas de cabecera, ¿verdad, papá? Ahí lo tenéis, el hombre más elegante de la ciudad. ¿Sí o no? Con él, y con Elsa, decidimos que era el momento de darle una mano de pintura al Rafaeli tanto por fuera como por dentro, para que tuviera este aire más... Más *newyorker*, más de Tribeca, que espero que os haya gustado. Tengo la impresión de que hoy, mi abuelo, que hace más de setenta años tuvo la idea de poner en marcha todo esto, pensaría que fue una decisión acertada. En aquella época, después de la guerra, tenía mucho mérito apostar por construir un hotel en el paseo de Gràcia antes de que fuera el paseo de Gràcia, antes de que esta calle se convirtiera en nuestra Quinta Avenida, en los Campos Elíseos de Barcelona. No podemos quejarnos. Para quienes hemos nacido en este edificio —me trajeron directamente aquí desde la clínica del Pilar, en la calle Balmes— es un orgullo ver todo lo que ha venido después. El cambio de nombre, las estrellas, las guías, el reconocimiento y, sobre todo, las reservas de los clientes rusos que, de un año para otro, nos aseguran una ocupación total. Sin la perestroika no sé qué habríamos hecho ni dónde estaríamos ahora, en 2016.

En este momento de celebración no puedo dejar de tener un recuerdo para Àlex y Roger: los echamos de menos y, aunque han pasado los años, aún nos maldecimos por tanto infortunio. Cuando estoy arriba, en mi despacho, en el que era su despacho, donde Àlex y Roger se sentaban uno frente a otro y donde ahora nos sentamos Elsa y yo, no pasa un día sin que me acuerde de ambos, que habrían gestionado el hotel mucho mejor que nosotros. Ellos sí sabían hacerlo y habían nacido para este negocio vocacional, sacrificado y en el que hay más ciencia de lo que la gente se imagina. Creo que también hablo en nombre de Elsa si digo que nosotros sólo intentamos estar a la altura de nuestros hermanos. Actualmente contamos con noventa y siete habitaciones, quince *suites* y tres apartamentos con piscina propia en la terraza. Abajo, en la zona de aguas, una piscina cubierta que es una réplica de la de Mies van der Rohe en el The Langham de Chicago. Todo esto sin perder la tradición ni nuestros referentes. La biblioteca, como todos sabéis, sigue siendo un rincón muy querido para todo el mundo. A pesar de la crisis, las ratios de ocupación, en los dos últimos años, han sido las mejores del hotel, y eso nos sitúa entre... Y dejo ya de hablar del hotel, porque estoy viendo la cara de Míriam como queriendo decir «esto hoy no procede». Y ella, que siempre sabe lo que hay que decir y lo que se debe hacer, seguramente, una vez más, tiene razón. De modo que no me enrollo. Pasadlo

bien; me imagino que, aunque esto no lo haya organizado yo, habrá comida y barra libre para todos. La insonorización de esta sala es perfecta, y, si no lo es, lo comprobaremos esta noche y mañana ya nos quejaremos al arquitecto y nos ahorraremos pagar la factura de los albañiles. Así que, una vez más, muchas gracias a todos, especialmente a los que habéis venido de fuera y a quienes me imagino que ya os habrán conseguido una habitación como dios manda. Y gracias en especial a una persona, a la que estoy viendo desde aquí arriba y que acaba de entrar: creo que por suerte se ha perdido mi discurso. Estoy muy contento de verla, porque es de esas personas que todos tenemos —o deberíamos tener—, porque dan sentido a la vida. La amistad debe ser eso. Los lazos invisibles con una persona a quien llevas quince años sin ver pero que es como si hubieras hablado anteayer con ella. Bebed, comed, reíd, bailad, criticad a quien queráis y dejadme bajar para que pueda darle el abrazo que nos debemos y que nos merecemos. Y un beso de ida y vuelta.

1983

LOS FELICES VEINTE

TRES SINÓNIMOS POR SEGUNDO

De repente. De la forma en que le gustaba hacer las cosas, le sorprendió.

—Dibújame un cerdo.

—*Sorry?*

—Aquí. Un cerdo, como tú quieras.

—¿No era «dibújame un cordero»?

—Mierda...

El papel que había colocado delante de Kim se había manchado de cerveza.

—Pásame uno. —Laura lo hacía todo. Hablaba y ordenaba—. Otro.

Kim, con el bolígrafo en la mano y el Fortuna en los labios, le acercó el dispensador de servilletitas de papel. Ella cogió otras dos, secó la mesa y, sin pensárselo dos veces, las arrugó y las dejó caer al suelo de baldosas grises. Si algo había en el bar de la facultad eran papeles en el suelo. Y colillas apagadas. Y humo en el aire. Y ruido en el ambiente. Y la alegría sobrevolándolo todo. Laura arrancó otra hoja de la libreta de los apuntes de alemán y la colocó encima de la mesa, delante de Kim.

—Dibújame un cerdo, anda... —Lo decía con la mirada juguetona de los dieciocho años.

—Pero ¿esto qué es?

—No seas aguafiestas, Ráfales. —Hablaba en voz alta, con el tono de una entrenadora. Lo sacudió por los hombros—. Es un juego y ya está.

Sin muchas ganas, Kim empezó a dibujar sin estrujarse demasiado el cerebro. Era bueno con el lápiz, pero no le apetecía dibujar un cerdo. No lo hacía desde que era pequeño y... Si le hubiese dicho un coche o un barco, ningún problema. Pero ¿un cerdo? Esbozó un gorrino con dos garabatos y una cola ridículamente rizada. En la mesa de al lado, unos estudiantes de último curso estaban celebrando algo. Por la cantidad de latas que habían amontonado, es posible que no recordaran de qué se trataba. En los bares de las universidades siempre hay motivos para brindar. Aunque sólo sea por la vida que está por vivir. Aunque sólo sea por el futuro que te espera, aún, con todos los colores de la ilusión.

—¿Y ahora qué? —Kim colocó el cerdito delante de ella, que no pudo evitarlo y se echó a reír—. Si te cachondeas de mí, no juego.

Laura cogió la servilleta y escrutó el dibujo con la atención de un médico ante un análisis de sangre. Kim Ráfales temía el veredicto.

—Eres un tío realista. Lo has dibujado en el medio... Ni arriba ni abajo. Centrado.

—¿Qué más?

El juego lo había atrapado. Basta un elogio para desear otro.

—Has dibujado un cerdo que mira hacia la derecha.

—¿Y?

—En teoría significaría que eres una persona activa, que eres innovador, ¿es así?

—Pche.

—Que no tienes un gran sentido de la familia y que no das demasiada importancia a los datos importantes.

—¿Y qué son los datos importantes? —dijo, al sentir que le habían pillado.

Laura, que introdujo un lápiz en su moño, no le hizo caso y prosiguió.

—El cerdo está de perfil. Si nos mira a nosotros, significa que eres, ¿cómo te lo diría...? Que te gusta debatir. Un poco el abogado del diablo.

—¿A mí? Ni una cosa ni la otra.

—¿Que no te gusta debatir y discutir? Anda que no...

—Que no, tía, hosti...

—¿Lo ves? Sí te gusta.

Levantaron los ojos del papel al mismo tiempo, se miraron y se echaron a reír. A Laura le pareció que Kim posaba su mirada en la peca que tenía encima del labio, la misma peca de la imperfección de su madre.

—Eso sí, lo has dibujado con cuatro patas. Muy bien.

—Faltaría más... ¿Quién dibujaría un cerdo con tres patas?

—Significa que eres obstinado y fiel a tus ideales.

—¿Yo?

Estaba sorprendido de que sus garabatos revelaran tantas cosas.

—La cola, no te lo pierdas. —Ella tomó un sorbo de cerveza y se volvió a reír—. Indica la calidad de las relaciones sexuales.

—¡Sí, claro! Anda ya...

—Cuanto más larga, mejor.

—Esto no es justo. He dibujado la cola así, rizada, como la que tienen los cerdos, ahora no me vengas con... —Empezaba a estar harto de aquel psicoanálisis de pacotilla—. Si tiras de ella, no está tan mal.

Laura se abstuvo de hacer ningún comentario. Le bastó con señalarle la cola con el dedo. De la cola pasó a las orejas.

—Muy bien, Ráfales, el tamaño de las orejas indica que sabes escuchar a los demás. En cambio, un dibujo tan austero significaría que eres metódico y...

Laura quiso reflexionar lo que iba a decir.

—¿Y? Dime. ¿Qué más?

¿Qué demonios habría visto su compañera de clase en su análisis para que de repente prolongara aquel silencio?

—Según el cerdo veo que eres, déjame que te lo diga, emocionalmente ingenuo y una persona dispuesta a correr riesgos.

¿Por qué se lo decía? ¿Por qué había hecho esa pausa? En clase les habían hablado de los valores de los silencios intencionados. ¿Por qué había querido jugar a toda costa a aquel juego aparentemente infantil? ¿Para llegar adónde?, se preguntaba Kim Ráfales. ¿Para decirme que soy emocionalmente ingenuo y que debo arriesgarme más? ¿Y restregármelo después de hablar de mis dotes sexuales? ¿Qué está haciendo Laura? ¿Me está insinuando que me lance? ¿Me está diciendo que no me corte? ¿Me está pidiendo un beso? ¿Es lo que me está pidiendo? Otro día, poco antes del puente de Todos los Santos, mientras estaban desayunando al sol en el césped del campus de Bellaterra con Marc, Buixeda y Xènia, llegó Laura, tan espitada como todas las mañanas. Se tumbó a su lado y, como quien no quiere la cosa, le quitó la anilla a la granada. «Hoy he soñado contigo». Así, cataplúm. Delante de todo el mundo. Sin rubor alguno. Con la despreocupación de la juventud. Una bomba para que explotara bajo el solecillo de otoño. Cuando una compañera de clase, en primero de carrera, en el trocito de jardín que le corresponde en la Facultad de Traducción e Interpretación, se te acerca, se tumba a tu lado y te dice «hoy he soñado contigo», ¿qué debes pensar? Y ahora, a solas, en el bar, me sacude, me dice que soy emocionalmente ingenuo y que me arriesgue... O puede que no. Al fin y al cabo, tal vez la ingenua fuera ella y el sueño, el cerdo y los riesgos que le pedía eran una mera excusa para decir algo, para divertirse un rato y si te he visto no me acuerdo.

—¿Podrías dejarme los apuntes de Orovio? —Kim había decidido cambiar de tema, como si no le afectara nada—. Ayer no pude ir.

Laura cogió su carpeta y, antes de sacar los apuntes de Lingüística Computacional, ya había guardado en ella el cerdo de Ráfales. Él ni siquiera se dio cuenta de que le cogían el dibujo como prenda de vaya usted a saber qué, obnubilado como estaba por la escena. Le habían llamado ingenuo, emocionalmente ingenuo, que sonaba aún peor, y él no se consideraba, ni por asomo, un alma de cántaro. Pensó rápidamente en un sinónimo: cándido. Otro, inocente. Otro, tímido. Puede que éste no coincidiera del todo con el significado exacto, pero le dio igual. A veces, en clase les ponían este ejercicio: buscar tres sinónimos en menos de un segundo. Luego, debían traducirlos al francés, al inglés, al italiano o a las lenguas en las que cada uno se especializara. Con hozar, se había pillado los dedos. Tenía la sensación de que los compañeros le miraban, de que el profesor esperaba de pie junto a la pizarra y que pasaban los segundos, uno tras otro, como una condena, y él era incapaz de decir desgastar, rascar, hurgar... No tenía ni idea de lo que significaba hozar, ni siquiera creía haber oído alguna vez esa palabra, y le dio rabia que Laura —tranquila, perfecta— levantara la mano y recitara, como si nada, toda la retahíla de nombres en todas las lenguas que dominaba. Aquel día, Joaquim Ráfales Angerri —Kim, que era como firmaba las cartas y los exámenes—, el tercero de cuatro hermanos, el joven que se había matriculado en Traducción e Interpretación porque su padre le había dicho

«como mínimo aprende cuatro idiomas, es algo que siempre te servirá en el hotel», se dio cuenta de que la universidad es el preámbulo de la vida donde todo el mundo va a su bola, incluso los amigos. Ni siquiera se acordaba de esas palabras con las que se había sentido traicionado por Laura. Era una escena que dormía en su memoria, pero, a raíz del puto cerdo del bar de la facultad, había vuelto a su mente como un trallazo. En cualquier caso, lo de emocionalmente ingenuo era una ofensa.

La madre de Laura insistía en que su hija se quitara la peca que tenía encima del labio. Era idéntica a la suya, y estaba en el mismo sitio. Descentrada, hacia la comisura derecha. Era oscura, como si la hubiesen marcado con un rotulador de punta gruesa. Le dijo que, si quería, bajaría de Banyoles y la acompañaría a un cirujano estético de Barcelona que le habían recomendado. Y, en voz más baja para que su padre no la oyera desde la butaca, le susurró que incluso le pagaría la visita. Y, si era necesario, la pequeña intervención, porque se había informado y le habían asegurado que ni siquiera era una operación.

—Mira, mamá, no intentes traspasarme el trauma que tú tienes con tu peca. Yo no tengo ningún problema.

—Pero queda mal...

—No es verdad.

—Y tú, con lo guapa que eres, tan rubia, con esos pómulos y esos ojos verdes que se van a comer el mundo, es una lástima que tengas la misma peca que yo...

—¡Ay, mamá! Soy tu hija, qué quieres que le haga. Es la genética. Yo estoy a gusto... Somos carnosas, tenemos una peca, no pasa nada.

—Pero...

—Cuando me canse de ella me la maquillaré, como haces tú.

—Hueles a tabaco.

Su madre le olió la ropa sin darse cuenta, con el gesto de todas las semanas.

—No es maligna, ¿verdad?

—Eso debería decirlo un dermatólogo...

—Me gusta tenerla, me gusta parecerme a ti. Es la peca de la imperfección.

A partir de aquella tarde de septiembre, en casa de los Altimira, fue así como se refirieron a esa peca.

Los jueves por la noche se salía. Laura se iba de marcha con sus compañeras, llegaba de madrugada a su piso de estudiantes —que era minúsculo y estaba en la calle Montseny—, dormía un par de horas, se preparaba un café y, desde la parada de Gràcia, cogía hasta Bellaterra el tren de la Autònoma, lleno como una lata de sardinas. Después de tres horas de clase y alguna cabezada mal disimulada, la semana llegaba a su fin. La ropa de Laura olía a tabaco, «sí, ¿y qué?», como casi todos los viernes. Comía a toda prisa, preparaba la bolsa, tomaba el autobús y volvía a casa para pasar el fin de semana con sus padres.

—Ayer salí, sí, ¿algún problema? —Se quitó la camiseta a toda prisa y la echó en el cubo de la ropa sucia, con el resto de bragas, camisetas y calcetines de básquet que había sacado de la bolsa—. Ya la bajaré yo a la lavadora. Tú no hagas nada.

Laura no quería volver a oír nunca el reproche que le había hecho su padre. Fue uno de los primeros viernes del curso. Había llegado a casa con la ilusión de darles un beso a sus padres y contarles lo libre que se sentía en Barcelona y lo bueno que era el profesor de Literatura Inglesa, y, sin venir a cuento, su padre se había calentado a mitad de la cena, y con su tono seco, de contable de tienda de muebles, le había dicho que, si creía que su madre era una criada, no era necesario que volviera. Le echó en cara, de mala manera, que qué era eso de volver a Banyoles con la ropa sucia de toda la semana, de la universidad y de los entrenamientos, y volvérsela a llevar a Barcelona, el lunes por la mañana, limpia y planchada. Y, encima, canelones, judías tiernas y libritos de lomo rebozados para que sólo tuviera que freírlos y unos táperes con chanfaina con los que Laura se chupaba los dedos. Su madre bajó los ojos, acarició a *Dickens* —ajeno a la trifulca— y prefirió no decir nada. Pintaban bastos. Sabía que, si se ponía de parte de alguno de los dos, acabarían cayéndole encima chuzos de punta de un lado o de otro. Clàudia optó por callar y dejó que Laura se rebotara con su padre y que no se hablaran hasta el día siguiente.

Aquel viernes de principio de curso todos se fueron a dormir como *Dickens*: con las orejas gachas.

LOS PASOS CORTOS DE LA ILUSIÓN

—Apaga la radio, Àlex. A tu padre no le gusta que trabajemos con...

—Pero si hoy no va a venir... Los martes tiene junta en el gremio.

—Está en el ascensor.

Roger señaló la pantalla del despacho desde donde controlaban las nueve cámaras de seguridad del hotel. Acababa de cumplir veintidós años y se pasaba las tardes mirando, en directo, lo que ocurría en cada rincón del hotel. Su padre le había encomendado que se encargara de la seguridad de todo el establecimiento, que contratara al vigilante de recepción —tres turnos de ocho horas— y que viera cuál era el mejor circuito cerrado de televisión para controlarlo todo desde el despacho de dirección de la quinta planta. No le importaba invertir en seguridad. El Rafaeli, ahora que Barcelona estaba en el mapa gracias al mundial de fútbol con Italia, Argentina y Brasil jugando en Sarrià, no se podía permitir tener mala fama. *El Periódico* había publicado que, en el último mes, habían robado la cartera a tres turistas mientras entregaban el pasaporte en recepción y rellenaban la obligada ficha de registro de su céntrico hotel. Àlex, incómodo por la corbata y la noticia, le dio el diario a su padre, sin mucho convencimiento.

—Mejor un carterista, un chorizo de turistas despistados, que un ladrón de habitaciones.

—De éstos, toquemos madera, nunca hemos visto ninguno por aquí. —Su padre golpeó la mesa con los dedos—. Y si en alguna ocasión se ha echado algo en falta de una habitación, hemos comprobado quién había hecho las camas y ha acabado aclarándose todo.

Roger, el segundo de los hermanos Ráfales, se lo tomó muy a pecho. Mientras él fuera el responsable de seguridad, el Rafaeli no volvería a salir en la prensa. Al menos, no por una mala noticia. Se ocupó personalmente de que instalaran una cámara sobre la puerta giratoria de la entrada principal, en el paseo de Gràcia. Otra sobre el mostrador *art déco* de recepción. Una tercera en conserjería para vigilar los movimientos y, sobre todo, en la consigna del equipaje. Una cuarta cámara enfocaba los tres ascensores en una sola imagen. Y en cada planta colgaron un objetivo de gran angular que perdía la mirada hacia el punto de fuga de los pasillos. En principio, no había ningún ángulo muerto. Todas las habitaciones, estuvieran más cerca o más lejos, quedaban cubiertas. Su padre ordenó que las cámaras no estuvieran ocultas, que no fueran pequeñas, que quedara claro que estaban allí, porque la experiencia le decía

que era la única forma de disuadir a los rateros. Roger intentó que cambiara de opinión.

—En un hotel de cuatro estrellas superior, con voluntad de llegar a la máxima categoría, quizá sería mejor optar por una observación más discreta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su padre, resoplando.

—Que en nuestro vestíbulo, con tanta madera clara y tanto plateado, sería más conveniente y más moderno montar un sistema de contravigilancia como los que hemos visto en Londres o en Estados Unidos. ¿Recuerdas ese hotel de Park Avenue? Un hombre rondaba por la entrada, como quien no quiere la cosa, vestido de negro, elegante. Aquí podríamos hacer lo mismo, que pudiera fingir que es un cliente distinguido que está esperando una visita. Un fisonomista que...

—No.

Su padre no estaba para monsergas. El vigilante debía llevar el uniforme de guardia de seguridad, como mandaban los cánones. No era negociable. Quería una porra y una pistola en el cinturón, perfectamente visibles.

—Que parezca un policía con mala hostia, que se te pasen las ganas de meter la mano en el bolsillo de alguien, que disuada. ¿Lo habéis entendido?

Paco Ráfales tenía las cosas claras. Había aprendido el oficio de su padre, el abuelo Francisco, el fundador del hotel Ráfales. Años más tarde, con una visión comercial insólita para mediados del siglo pasado, había cambiado el nombre del establecimiento. En la familia, nadie dudó que su italianización había sido un acierto. Rafaeli les había dado glamur y marca. Parecían una cadena extranjera en pleno paseo de Gràcia. Y con más razón si alguien viajaba a Roma y descubría que, a cinco minutos en taxi del Coliseo, había otro hotel Rafaeli, el del tío Vicenç. El abuelo Francisco, consciente de que los abogados se ganan la vida con las disputas de las empresas familiares aunque nunca se había fiado de las togas, había tomado una decisión que le pareció justa. No le hizo falta ningún consejo profesional para decidir que, bajo el paraguas de una empresa patrimonial de la familia Ráfales, habría un hotel para cada uno de sus hijos. Estaba convencido de que, ni a corto ni a largo plazo, ese reparto no suscitaría problemas ni malas caras. Había dejado el hotel de Barcelona a su hijo mayor, Paco, y el de Roma —que no llegaba a las cincuenta habitaciones— a su segundo hijo. Vicenç, casado con la *zia* Mina, una romana de armas tomar, también había puesto a sus dos hijos a trabajar en el hotel. Rómulo y Remo. Así les llamaban sus primos de Barcelona, porque les habían contado que, de pequeños, los primitos italianos se pasaban el día colgados de las tetas de la *zia* Mina. Hasta los tres años, cada vez que estaban hambrientos seguían mamando la leche materna a discreción. Antes de morir de una apoplejía —fue algo visto y no visto—, el abuelo Francisco se instaló en la *suite* más oscura, convencido de que había hecho un testamento perfecto. Creía que ni siquiera los recién nacidos de la segunda o tercera generación podrían arruinar un plan tan bien concebido. Todos los negocios dependían de una misma empresa patrimonial, con una mitad de las acciones para

Paco y la otra mitad para Vicenç. El primero gestionaría Barcelona, el otro, Roma, y aquí paz y después gloria. Y sin malas caras por parte de nadie. Así lo dejó escrito, con caligrafía trémula, ante el notario Masoliver, quien, vestido con una corbata oscura y con voz grave para la ocasión, lo dijo ante sus hijos. Bendita inocencia.

El abuelo Francisco estaría orgulloso si supiera que sus cinco nietos, de una u otra manera, ya estaban trabajando en los hoteles. La niña aún no. Elsa era demasiado pequeña, y, cuando algún sábado recibía el premio de ir a recoger a su padre al Rafaeli, le dejaban ordenar los periódicos del día, rociar el ramo de flores del mueble del vestíbulo y recolocar los folletos de las excursiones turísticas dispuestos en el sujeta postales giratorio que había al lado de conserjería. ¡La de horas que Àlex, Roger, Quim y Elsa se habían pasado toqueteando esos folletos de tablaos flamencos, de escapadas a Montserrat y de vales descuento para visitar a *Copito de Nieve* en el zoo de la Ciutadella!

En Barcelona, Àlex era el heredero de los hijos de Paco Ráfales y Maria Angerri. El mayor, el observador, el responsable, el primero en descubrirlo todo. También el primero en notar el afecto y la dedicación de sus padres. Había terminado los estudios de Turismo y, cuando empezó a salirle un poco de vello, su padre lo había mandado al hotel —servir mesas, tomar reservas por teléfono, repasar facturas, donde hiciera falta— para que espabilara, para que fuera empapándose del negocio y aprendiera, tal y como su padre había hecho con él, aquel oficio peculiar.

—Habitación llena, calderilla serena —recitaba siempre su padre.

—Camas hechas, cajones vacíos —respondía su madre con la salmodia de los agarrados.

Àlex también fue el primero de todos los nietos —por edad le correspondía— en descubrir que una habitación vacía no tenía que ser, forzosamente, una desgracia. También era una oportunidad, magnífica y gratuita, para pasar un rato con una amiga. Era el secreto que, a escondidas, como debe ser, iba pasando de un hermano a otro cuando rondaban los dieciocho años. De Àlex a Roger, de Roger a Quim, antes de que empezara a firmar como Kim. De Joaquim a Quim había pasado sin proponérselo. Se lo habían dado hecho, porque lo habían llamado así desde la cuna. Pasar de Quim a Kim fue una cuestión de ahorro. Pensó que, si algún día se dedicaba a una profesión en la que tuviera que firmar muchos autógrafos —tenista, pongamos por caso—, al cabo de un año habría ganado diez minutos de vida. A medida que iba acortando su nombre, ganaba en confianza. No lo dudó. Sería Kim para siempre. Ya era Kim un mediodía de primavera cuando cursaba COU.

—Mira la cámara de la segunda planta —le advirtió Roger a Àlex, que tardó en levantarse de la silla—. Vamos, ven.

—Joder. ¿Es Kim?

—¿Quién es ella?

—No lo sé. No la veo muy bien... Si se diera la vuelta...

—¿Crees que tendrá dieciocho?

—Da igual. Kim tampoco los ha cumplido. Eh, mira qué culo. —Los hermanos se reían—. Tardará una eternidad en quitarle esos vaqueros.

Kim y la chica andaban con los pasos cortos de la ilusión, cogidos de la mano. Cuando llegaron frente a la 218 se detuvieron y se aseguraron de que correspondía a la llave que habían cogido en recepción.

—No lleva ningún juego de toallas.

—Joder.

—¿No se lo dijiste?

—¿Yo? —dijo Àlex sorprendido.

—¿La 218 no es la de la ópera?

—¿La cantante? No, la Laborde quiere la esquina, la 16.

—Asegúrate de que en la 18 no va a entrar nadie. Si lo pillan allí, papá lo va a colgar por los huevos.

—¿Y si hacemos como si...?

Roger era así. Aunque no se lo propusiera, siempre acababa tramando algo.

—No seas bestia.

Àlex volvió a sentarse delante del ordenador.

—¿Seguro que han entrado en la 218? —Le bastó con tocar tres teclas—. Hoy tienen que entrar unos suecos, pero hasta las dos la habitación está bloqueada.

El secreto mejor guardado de los hermanos Ráfales tenía, aparte del silencio cómplice, una estructura logística. Sabían que los clientes tenían que dejar la habitación a las doce. Sabían, también, que a la una el servicio de limpieza de cada planta ya había terminado unas cuantas habitaciones con la rutina que le cronometraban. Había cambiado las sábanas y las toallas, había vaciado la basura, había limpiado el baño, había pasado la aspiradora por encima y se había asegurado —el señor Ráfales era muy maniático con eso— de que nadie se hubiera bebido las botellitas de ginebra del minibar y las hubiese rellenado con agua del grifo. Entre una y dos, si no se entretenían, aún tendría que sobrarles un poco de tiempo. El truco consistía en no deshacer nunca la cama y en dejarlo todo tal y como lo habían encontrado. En aquella ocasión, sin embargo, en su primera excursión, con la emoción del riesgo y los nervios de la fechoría, Kim se había olvidado de coger las toallas de recambio. El pacto que hizo después, cuando sus hermanos lo felicitaron y le dieron la bienvenida al club del secreto, era que siempre se acordaría. No se volvería a olvidar de las toallas.

—Una cosa... ¿Las imágenes quedan grabadas? —les preguntó Kim, al saberse descubierto.

—Claro...

—¿Y papá...?

—Tranquilo —dijo Roger, alardeando de su cargo—. Mientras yo sea el responsable de seguridad, sólo yo veré las imágenes. Papá ya tiene bastante trabajo.

—Una cosa, Kim. La niña aún no debe saberlo.

Elsa llegó más tarde. Cuando Paco y Maria ya no pensaban en ello, apareció una vida inesperada. De golpe y porrazo, una nueva ilusión en la familia. Y con más motivo si se trataba de la niña que Maria siempre había querido y que Àlex, Roger y Quim le reclamaban. Sin embargo, el azar —los óvulos siempre son caprichosos— les negó esa posibilidad hasta que creían que ya habían dicho buenas noches. En otoño de 1983, cuando Kim empezó la carrera, Elsa acababa de celebrar sus trece años con un hilillo de sangre que le manchó los zapatos. Ella siempre había sido el juguete de sus tres hermanos mayores. El juguete que, de repente, ya se defendía, respondía y no se dejaba pellizcar las mejillas cuando los tres grandullones la pinchaban y querían hacerla girar como si aún fuera una peonza. La mimaban, la querían y la hacían reír a todas horas. Y con más motivo desde que murió su madre y Elsa se convirtió en la única mujer, junto a cuatro hombres, de una familia que vivía en la quinta planta, en lo alto del Rafaeli.

EL DÍA QUE CONOCÍ A *DICKENS*

Frankenstein fue el culpable de que, a las tres semanas de empezar el curso, Laura y Kim se dirigieran la palabra por primera vez. Ambos se habían matriculado en Literatura Inglesa —asignatura troncal— con Francis Barata, de quien cada uno, por su lado, había conseguido unas vagas referencias. Kim sabía que había sido profesor de Literatura en la Universidad de Dallas durante muchos años. Cuando lo invitaron a dar un seminario en la Autónoma y descubrió los bosques del Vallès, decidió quedarse a vivir en Bellaterra, en una de las casas modernas —vivienda con premio— del arquitecto Sert que la facultad reservaba para los profesores. A Laura le había llegado, de manera sesgada e inconcreta, de esa forma en la que suelen llegar los rumores, que Francis Barata tenía fama de excéntrico, de gritón, de homosexual y de que le faltaba un tornillo. A los quince días de clase, ambos habían certificado ya que todos los chismes que corrían sobre él podían ser ciertos. Tras aquel tejano cuyo bigote se había enroscado porque no dejaba de afinarlo indistintamente con los dedos de ambas manos, había un profesor que te enseñaba a leer las novelas de una manera insólita. Fuera del curso que fueran, exigía a los alumnos que leyeran siempre en voz alta, que pensaran en la respiración y que a cada personaje le dieran una entonación diferente. No permitía que dos personajes, un campesino y un abogado, hablaran igual. No concebía que una librera de Notting Hill y un taxista de Stirling se expresaran de la misma manera. Cada palabra debía tener un perfume. Cada personaje debía tener su timbre, más grave o más agudo. Cada estudiante debía buscar la voz de cada protagonista dentro del libro. Y si los alumnos querían ganarse la vida haciendo traducciones simultáneas por todo el mundo, tenían que encontrarla.

La tercera semana de curso, Francis Barata les mandó hacer un trabajo en grupo. Por parejas. Cada grupo escogería un libro distinto, uno de los títulos que él había escrito en la pizarra con una caligrafía de médico. *Wuthering Heights*. Emily Brontë. 1847. *A Room of One's Own*. Virginia Woolf. 1929. *Frankenstein*. Mary Shelley. 1818.

—Perdone —interrumpió Marc desde la última fila—. ¿Todas son novelas escritas por mujeres?

—¿Y? —Francis Barata se dio la vuelta, retador, ofendido por la pregunta.

—¿Por qué?

—Porque no hay color. Porque entre una gran novela de un autor y una gran novela de una autora siempre hay millones de detalles, de momentos, de texto entre

líneas, que demuestran lo que ya sabíamos y, por vergüenza, no nos atrevíamos a decir en voz alta: que las mujeres nos dan mil vueltas, chicos.

Una vez disipada la inquietud de Marc, el profesor norteamericano se volvió de nuevo hacia la pizarra, dando la espalda a los alumnos. Fue entonces, el primer miércoles de octubre de 1983, cuando Francis Barata cogió una tiza con cada mano. Sin darse la vuelta y con un rápido movimiento, las lanzó por encima del hombro hacia el aula, como quien echa una moneda en la Fontana de Trevi.

—¿Quién las ha cogido?

—Yo. —Laura, que había atrapado la tiza al vuelo, levantó el brazo.

—Yo. —Kim había recogido la segunda del suelo, sin intuir en qué consistiría aquel juego.

—Muy bien. Vosotros dos formáis el primer grupo. Habéis tenido suerte. De todos estos libros —Francis Barata golpeó la pizarra con la palma de la mano— tenéis que escoger uno para hacer un trabajo.

Laura miró a Kim, que no le sonaba de nada. Le pareció que era la primera vez que veía aquella cara en clase. Y en toda su vida. Kim se volvió hacia la compañera que lo estaba mirando y que aún no sabía cómo se llamaba. Qué pereza hacer un trabajo con esta tía a la que no conozco de nada.

—¿Qué? —Francis Barata ya había cogido otras dos tizas—. Es para hoy, chicos.

—¿Ah, tenemos que escogerlo ahora?

—No vamos a dedicar toda la mañana a esto. ¿Cuento hasta cinco o escojo yo en vuestro lugar?

—No, no, no... Espere —dijo Laura, que miró a su desconocido compañero—. ¿Qué hacemos?

—*Frankenstein*.

Unilateralmente, Kim decidió por los dos. Escogió el único título que le sonaba de la retahíla que el profesor había propuesto en la pizarra. En aquel momento no tenía ni la más remota idea de que acababa de elegir la primera novela de ciencia ficción de la historia. Aún ignoraba que el nombre de Frankenstein no se refería al monstruo, sino al científico que lo había creado. No tenía ni idea, tampoco, de que el monstruo del libro, con los ojos brillantes y una melena de pelo revuelto, no se parecía ni por asomo al icono que el cine había puesto de moda y que después hemos dibujado docenas de veces. Y menos aún se imaginaba que aquella historia del científico Víctor Frankenstein, un hombre tan abrumado por la muerte de su madre que experimenta sobre la forma de devolver la vida a los muertos, le tocara tan de cerca. Aún no habían transcurrido dos años desde que habían dicho adiós a su madre —(Maria Angerri i Cambra, 1932-1981)—, y las heridas de la ausencia aún seguían demasiado abiertas en la familia Ráfales. Quizá porque Elsa, la pequeña, que era quien más tiempo pasaba con su madre, no sufriera tanto; quizá porque todos estaban hechos de la misma pasta, los tres hijos mayores y su padre habían decidido disimular la derrota y siguieron adelante, como si nada. Como si, y una mierda.

Al salir de clase, Laura esperó a Frankenstein junto a la puerta.

—Eh, creo que vamos a tener que trabajar juntos. Hola, me llamo Laura.

—Esto lo liquidamos en dos tardes... —respondió Kim, algo desganado.

No se estrecharon la mano ni se dieron un beso. Ninguno de los dos le dio importancia. Eran compañeros de facultad y los formalismos eran poco universitarios.

—Perdona, ¿tú te llamas...?

—Quim. Quim Ráfales. Si quieres, nos leemos el libro y luego quedamos.

—¿Tú lo tienes?

—¿El qué?

—*Frankenstein* en inglés.

—¿Yo?

Kim extendió los brazos, como si le hubiesen pitado un fuera de juego injusto.

—No sé, tío, como te has lanzado así a decir el título...

Kim no entendió que le estaban pidiendo que se disculpara. Estaba acostumbrado a ir a su bola.

—¿Bajas?

—Tengo clase aquí al lado. No, no bajo.

—Dame tu teléfono y te llamo. ¿Eres de por aquí?

Su acento, con un sonsonete musical muy característico, delataba que la chica no era de Barcelona.

—No es necesario... —Tenía que marcar distancias—. Ya nos veremos por aquí, ¿no?

—¿Qué pasa? ¿No tienes teléfono?

—Encuentro que eres un poco borde...

—¿Encuentras?

—Vivo en un piso de estudiantes, con otros tres que tampoco son de aquí, y nunca estamos...

—Pero ¿tenéis teléfono o no?

—¿A ti qué te parece?

—Ah, claro, tus padres deben controlar que todo vaya bien por la ciudad, ¿no?

—Lárgate, tío, o llegarás tarde a clase.

Kim le ofreció un cigarrillo, en son de paz. Laura lo rechazó, se dio la vuelta y maldijo a Francis Barata y esa condenada tiza que había cogido al vuelo.

—Eh, ¿de dónde eres? No me lo has dicho —gritó Kim, que ya había empezado a alejarse por el pasillo.

—No pienso decírtelo.

La primera semana de enero, Kim aparcó su coche en la plaza porticada de Banyoles. Cerró el Ford Escort que compartía con Roger y, con los apuntes y el libro de Mary Shelley bajo el brazo, buscó la calle de las Escrivanies. Laura le había explicado, con tres garabatos en un papel, que estaba al lado de la muralla. Un hombre que parecía estar en medio de la calle para guiar a los transeúntes, un hombretón calvo y barrigudo, le indicó el camino que debía seguir.

—¿Escrivanies? Por lo que me está diciendo, usted debe de dirigirse a la casa de los Altimira.

—Sí, señor.

—Si está buscando a la niña, la he visto no hace mucho por allí, botando el balón.

—¿A Laura?

—Sí, es la estrella del básquet.

—¿Laura?

—Aún no debe de haber llegado... Mientras tanto, ¿quiere que lo lleve a ver al negro?

—No es necesario, gracias.

—¿No ha visitado nunca el Museu Darder? Tenemos un negro disecado. No me importa acompañarlo. Es un guerrero bosquimano.

—De verdad que no es necesario, voy a casa...

—Como veo que lleva *Frankenstein*, pensé que quizá le interesaban estas cosas. —Era tan corpulento que imponía. Daba la impresión de que quería cerrarle el paso—. El negro es lo de menos. Hay unos fetos de animales, corzos con dos cabezas... ¿Nunca ha visto al negro? Supongo que habrá estado antes en Banyoles, ¿no? Lo digo porque la niña aún no debe de haber llegado a casa.

—Da igual.

—Si lo prefiere, podemos ir a ver la arqueta de Sant Martíà.

—Es muy amable, señor, pero —ya concluyendo— me esperan en la casa para hacer un trabajo y...

—Vilardell, su seguro servidor.

El hombre más amable de Banyoles se dio por vencido cuando vio que frente a él tenía a un muchacho decidido, de férrea voluntad, y le indicó hacia dónde debía dirigir los cuarenta pasos que le faltaban para llegar a la casa de tres plantas, de piedra, de los Altimira.

Laura ya había vuelto del entrenamiento, se había dado una ducha y secado el pelo, y estaba esperando a Kim mientras calentaba agua para prepararse un té. Tenía frío. Su madre, que se había acicalado porque venía un compañero de clase de Barcelona, estaba asando unas berenjenas. Cuando sonó el timbre, *Dickens* se puso a ladrar y salió corriendo hacia la puerta.

—Puntual. Ya te lo dije...

—Eh, pasa.

No se dieron un beso. Y tampoco la mano. Ninguno de los dos lo echó en falta.

—No te hará nada... —Laura apartó el perro con la pierna para que no olisqueara la pernera de los vaqueros grises de Kim—. ¿Has tenido problemas para encontrar el sitio?

—No, no... He dejado el coche en la...

—Te presento a mi madre.

—¿Tú eres Quim?

—Mucho gusto, señora.

—Clàudia, por favor —dijo la madre de Laura, con la voz conturbada—. No me llames señora...

La madre de Laura no entendió por qué, después de un trimestre entero, su hija aún no le había hablado de aquel compañero tan bien parecido. Kim tenía unos ojos expresivos y dulces, y una mata de pelo negro, despeinado, con unas grandes ondulaciones con vida propia. No soportaba esos rizos pequeños y muy enrollados; en la cabeza de un hombre siempre le habían parecido ridículos. Antes que eso prefería un rapado al uno, como su marido. A Clàudia —que después de Laura habría querido tener un niño— le gustaban los chicos de espaldas anchas, como los remeros que veía cuando se bañaba en el lago o con los que luego, ya vestidos con una camiseta ceñida, se cruzaba en el pueblo dando una vuelta después de los entrenamientos. Le bastó con echar un vistazo para comprobar que debajo de la chaqueta de hijo de buena familia, con capucha y cincuenta cremalleras, había un joven nada esmirriado, un proyecto de hombre al que no le sobraba nada. ¿Acaso su hija no se había dado cuenta? Pensaba demasiado en el básquet. El balón a todas horas, mecachis en la mar, no sé a quién habrá salido...

—Enséñale el jardín, mujer... —le espetó a su hija para detener los pensamientos que la habían dejado boquiabierta.

—¿Te apetece un té? —Laura apagó el fogón.

Dickens se adelantó.

—¿Tienes Coca-Cola?

La casa era húmeda. En la piedra antigua y gruesa se concentraban los recuerdos y el frío. O quizá fuera el cielo gótico de aquel sábado lo que no dejaba que el sol se colara en el jardín. Ningún miembro de la familia Altamira lo había llamado nunca jardín. Parecía más un patio con un huerto que se extendía hasta la muralla. Un pedazo de historia dentro de la casa al que, como siempre había estado allí, ya no daban valor. Alrededor del siglo XII, alguien se había dejado la piel en ella, colocando una roca sobre otra para que resistiera los años, los vientos y las fiebres constructoras. Pasados los siglos, para la familia de Laura no era más que un límite de la casa, una pared que —a primera hora— les proporcionaba sombra en el patio. Un patio en el que no había demasiado orden. La hierba crecía tanto como las malas hierbas, de forma irregular. Dos macetas con geranios sin flor, aquí y allá un tiesto agrietado con plantas aromáticas que Clàudia usaba para cocinar. Sólo el rosa evaporado de las

hortensias daba color a un espacio asilvestrado, ideal para *Dickens*. Iba y venía sin parar. De golpe, con sus pasos mudos, se te echaba encima.

—La hamaca debe de ser para echar la siesta.

—Qué va. Me he pasado horas en ella, con mis amigas, leyendo o... Pero creo que nunca he echado la siesta ahí.

Un extremo de la hamaca estaba atado a un palo que no parecía muy firme y el otro al tronco de una higuera que, después de muchos años, se encaramaba hasta la mitad de la muralla. Con los cientos de higos que el árbol regalaba cada año, la madre de Laura preparaba una confitura para chuparse los dedos. Ninguna visita salía de la casa de los Altimira sin llevarse un bote de mermelada de cuello de dama.

—¿Tú eres de Barcelona?

Clàudia les había servido el té y la Coca-Coca en una bandeja para que pudieran llevársela arriba.

—Vive en un hotel —respondió Laura.

—Mujer, dicho así... No exactamente... Vivo en lo alto de un hotel. Es un hotel de la familia y todos vivimos en un piso que hay en la parte de arriba. Mis abuelos ya vivían allí.

—¿Te suena el hotel Rafaeli, mamá? ¿En el paseo de Gràcia?

—Ni idea.

—Sí, mujer, hace esquina con...

—Hace tanto tiempo que no vamos a Barcelona... —Clàudia miró a Quim para disculparse. Madre del amor hermoso, qué guapo era—. Mi marido está tan cansado que sólo faltaría que le dijera que quiero ir a no sé dónde para que me mandara al cuerno... Un día le dije que podríamos darle una sorpresa a Laura, para ver cómo había quedado el piso, y me dijo: pero ¿no va a venir el viernes?

Kim le mostró su sonrisa de hotelero. De compromiso.

—Ni se os ocurra presentaros sin avisar, ¿me oyes, mamá? —Laura cogió la bandeja y empezó a subir la escalera—. Vamos, coge tu *Frankenstein*.

Estuvieron cuatro horas en la habitación de Laura, hasta que les llamaron para comer. El lunes, que sería el primer día de clase del segundo trimestre, tenían que entregar sin falta el trabajo a Francis Barata. Estuvieron de acuerdo en que habían perdido tres meses y que habían tardado demasiado en quedar para poner en común las conclusiones. «Victor Frankenstein o jugar a ser Dios». Les pareció un buen título, llamativo. Lo sugirió Kim y lo pactaron en un santiamén. Tampoco hizo falta un armisticio para negociar que sería Laura la que se pondría al teclado, porque escribía mejor y más deprisa, y más aún en inglés. No se distrajerón demasiado. Fueron al grano. No aprovecharon para intimar ni para escrutar los pósteres de Magic Johnson que Laura había colgado, con tachuelas, en las puertas de los armarios. A ella sólo le sorprendió descubrir que era un año más pequeña que Kim. En la escuela,

él había repetido algún curso de BUP que no precisó y había llegado un año más tarde a la universidad. O, como decía él, cachondeándose, había llegado con más experiencia. ¿El motivo? ¿Por qué repitió curso? Eso ya te lo contaré otro día, Laura. No perdamos tiempo. Kim le había cortado sin miramientos. Concluyeron que Frankenstein era la evidencia más clara de que los monstruos son humanos, de que la ciencia choca con la conciencia y que los miedos —la suma perfecta entre el suspense y el misterio— no paralizan a una sociedad, sino que, al contrario, hacen que ésta avance. Sacaron la última hoja de la máquina eléctrica, colocaron las veintiséis páginas del trabajo dentro de un *dossier* y decidieron que Kim lo recosería en el hotel, donde tenían una perforadora para preparar los informes de las convenciones. Esperaban por lo menos un notable.

Laura —demasiado tiempo encerrados en casa— decidió que irían hasta el lago en bicicleta.

—Coge la mía, es más alta.

—¿Y tú?

—Montaré en la de mi madre.

Laura se puso la pelliza que estaba colgada al lado de la puerta y se enroscó la bufanda azul de la buena suerte por debajo de la nariz. Pedalearon sin preocupaciones en dirección al lago, con el frío de enero en la cara. El sol, demasiado temprano por la tarde, empezaba a batirse en retirada. Kim miraba a un lado y a otro, con prisa por llegar al lago. Laura conducía con una sola mano en el manillar. *Dickens*, contento, los seguía al trote con la lengua fuera.

—¿Vienes mucho aquí?

—¿En bici? Siempre que puedo. Desde hace..., uf. —Y poco después—: Ni siquiera recuerdo los años que llevo dando vueltas al lago.

—¿Con tu novio?

—¡Qué dices! —Laura le dio un empujón en la espalda, con el tacto justo para no hacerle perder el equilibrio.

—¿Por qué no vienes en moto? Así no tendrías que pedalear.

—¿Perdón? —Segunda pregunta extraña en demasiado poco tiempo—. ¡Cómo sois los urbanitas! ¿Tú nunca montas en bici?

—¿Por Barcelona? ¿Estás loca? Mi padre siempre dice que tendrían que hacer un carril especial, como en las grandes ciudades, y poner bicicletas de alquiler en la calle, en paradas... Es un iluminado de cojones. ¿Cómo vas tú a Bellaterra?

—¿A la facultad? En tren, ¿cómo quieres que vaya?

—Yo voy en moto todos los días, por la carretera de la Arrabassada. Llego con la adrenalina a tope.

—A ver si un día van a tener que rescatarte...

—Mira. —Kim le enseñó la cicatriz. Era una antigua marca: cinco o seis puntos que dibujaban una araña en su brazo izquierdo.

—¿Eso te lo has hecho este curso?

—No, qué va.

Laura señaló una casita blanca que había en medio del lago, a la que se llegaba a través de una pasarela.

—Daremos una vuelta y pararemos allí.

—Esto lo tengo desde hace un montón de tiempo. Un año, los reyes me dejaron una Cota 49. Yo debía de tener dieciocho o diecinueve. Salí a todo gas con la moto en la casa de Llafranc; el camino es de grava y me di una leche de narices.

De todas las casas que estaban a flor de agua, la Carpa de Oro era la pesquera que más le gustaba a Laura. No tanto por las formas arábicas, que siempre le habían parecido extrañas en aquel paraje, ni por las almenas, que le daban un aire de castillo de construcción infantil, sino porque era la que quedaba más resguardada. La leyenda decía —los lagos siempre viven de mil y una fábulas— que aquella casita pertenecía a un cónsul ruso. Laura iba allí desde pequeña con sus abuelos y nunca había visto a nadie. Dejaron las bicicletas reclinadas en el suelo y, dando un brinco, saltaron la barandilla. Luego ayudaron a *Dickens* a entrar con ellos en la pesquera. Olía a hierba mojada.

—No es nombre para una perra...

—Es un perro, tío, por favor.

—¿*Dickens*, eh? *Why?*

—Por mi padre. Hace cinco años lo encontramos abandonado, en la otra punta del lago, cerca de Porqueres.

—¿A tu padre?

—A *Dickens*, tonto. —Se desabrochó la pelliza—. Nos dio tanta pena que lo metimos en el coche y nos lo llevamos a casa. Siempre recordaré el día que conocí a *Dickens*. Parece el título de una novela: Siempre recordaré el día que conocí a *Dickens*. No podía estar más sucio... No parecía que tuviera este pelo tan rubio, y nos miraba con unos ojitos... Como de agradecimiento, ¿sabes? Y en el jardín de mi casa, después de haberlo lavado, a mi padre, que es un obseso de *Dickens*, que lo sabe todo sobre él, que nos ha contado mil veces que el recordatorio que repartieron en su entierro decía que era el amigo de los oprimidos, de los pobres y de quienes sufren y no sé qué más, se le ocurrió que podríamos llamarlo *Dickens*.

—¿Tan mal estaba?

—Peor.

—Hablo del perro, no de tu padre.

Se echaron a reír.

—¿A qué se dedica? Me refiero a tu padre.

—Trabaja en una fábrica de muebles. Puede que la hayas visto al llegar; está a mano derecha, antes de entrar en Banyoles. Una tienda enorme. Can Constans. ¿Te

has fijado en ella?

—No.

—Da igual. Mi padre es el contable, desde siempre.

—Él, números; tú, letras. Para llevar la contraria.

—Exacto. Si en el hotel necesitáis cómodas, sillas, mesillas de noche...

—Se lo diré a mi hermano Àlex. Es el mayor; se encarga de esas cosas.

Dickens se había subido a un laúd que estaba varado en la pesquera. Laura, con el trasero frío, se levantó del suelo y se metió en la barquita de tarjeta postal. No tenía vela ni remos, ni nombre ni historia.

—Ven. Aquí estaremos mejor.

—¿No aparecerá el cónsul ruso?

Kim se levantó de un salto y se sentó al lado de Laura.

—¿Te gustan las barcas?

No supo qué decir. Aquélla sí. Con el laúd del ruso no había ningún problema, porque estaba abierto. Pero cada vez que se subía al velero de su padre, y había subido unas cuantas, notaba ese olorcillo. La mezcla del motor, el gasóleo, el agua, la pintura, los camarotes cerrados, lo que fuera... Nunca había conseguido subir a *La Fornarina* y no marearse. Prefería no pensar en ello. Siempre llevaba esa mierda en la nariz, y sentía náuseas sólo con recordarlo.

—En el hotel tenemos todos los años un cliente, no sé a qué feria asiste, que se dedica a captar olores por todo el mundo. Una vez entramos en la habitación de mister Paton cuando no estaba y mis hermanos y yo nos dedicamos a revolver en su maleta, que está llena de unos tubitos con muestras de no sé qué. Había trabajado para Guerlain, que según dicen son los mejores perfumistas. ¿Tú sueles ponerte?

—¿Perfume? No, nunca. —Se sintió ofendida—. ¿Por quién me has tomado? ¿Tú crees que puedo ir a entrenar a un equipo de niños de trece y catorce años perfumada como una mofeta?

—Una día me gustaría ver cómo los entrenas...

—Puedes venir cuando quieras.

Laura se dio cuenta de que, por primera vez, Kim Ráfales Angerri demostraba interés por algo que no fuera él mismo.

—¿Tus niños tienen trece años?

—Es la mejor edad. Son tan espontáneos...

—Pues yo te los regalo.

Con la última luz del sol, el lago era una balsa de aceite. Un espejo azulado, calmado, que reflejaba los colores tostados del día, que tendían a esconderse tras el verde de las montañas. Poco a poco, la noche oscurecía el camino de Mieres, las Estunes, el cerro de Rocacorba o el bosque de esculturas eróticas de Xicu Cabanyes. Puede que a Kim le hubiese gustado ver esas pollas gigantescas de Can Ginebreda. Pero había anochecido y, sin luz, en la pesquera del ruso la temperatura descendía a toda velocidad. Laura notó que se le estaban cortando los labios. Kim hacía un buen

rato que, como quien no quiere la cosa, se había enroscado la bufanda azul que Laura se había sacado para abrocharse la cremallera de la pelliza. Sin embargo, ninguno de los dos tenía ninguna prisa. Allí donde el agua se volvía oscura, con el reflejo de los últimos rayos de luz, les parecía ver gotas de mercurio.

—¿Y tú por qué te apuntaste a la carrera?

—¿De verdad te interesa?

—Claro.

Puede que no mucho. Laura lo había dicho por decir.

—Dispara tú, vamos.

—¿Yo? —De repente, tenía que ser la primera en mojarse—. Yo me apunté por el *chuchotage*. Me encanta el *chu-cho-tage*.

Laura lo pronunciaba con una boquita de piñón, sensual, burlona. Ignoraba lo que era la timidez. Kim, haciendo una mueca, le dio a entender que no sabía de qué coño le estaba hablando. Sin embargo, por una cuestión de orgullo, no se lo preguntó.

—Lo tenía claro desde segundo de BUP. Me encantan los idiomas... Inglés, francés, italiano... Tengo facilidad para ellos. ¿Y sabes por qué me matriculé? Pensé que siendo intérprete tienes que conocer forzosamente a gente interesante y seguro que aprendes muchas cosas. También pensé que me gustaría ser periodista. Me encantaría dar voz a quienes no la tienen. Y con la interpretación pasa un poco lo mismo. El lunes hablas de filosofía, el martes de política, el jueves de genética y otro día eres el intérprete de Anthony Minghella cuando le hacen una entrevista en la radio porque estrena una película. Cada día es distinto.

Laura lo decía delante del agua, con la mirada perdida en el vacío, como los soñadores. O los ambiciosos, que nunca ven el horizonte.

—Sal de aquí.

Kim no soportaba que *Dickens* lo olisqueara.

—¿Y tú? ¿Por qué te matriculaste?

Kim no había superado la prueba de acceso a Esade. Ni por asomo. Y tampoco había sacado la nota mínima para entrar en Económicas. No quería estudiar Derecho —vaya palo—, y su padre, que estaba harto de firmar unas notas escolares que lo avergonzaban, cogió a Kim por banda, en su despacho, y le dijo móntatelo como quieras, pero algo tienes que estudiar. Aunque sea idiomas; siempre te serán útiles en el hotel.

—Sin embargo, después de haberme matriculado en Traducción e Interpretación, tampoco le gustó lo que descubrió. Me dijo que era una carrera para mujeres. Y que los pocos hombres que hay son maricones. Y que los que aún no lo son acaban siéndolo. Y aquí estoy —se golpeó los muslos con la palma de la mano—, haciéndome pajas mentales sobre Frankenstein.

—¿Eres homosexual?

¿Quieres que te lo demuestre? El pensamiento llegó al cerebro de Kim como un trallazo. Gracias a un inusual sentido de la prudencia, se abstuvo de decirlo. Por una

vez supo frenar a tiempo al Ráfales que llevaba dentro. Por primera vez, sin embargo, miró a Laura con otros ojos. Ya no era una compañera de clase desconocida. Decidió que era el momento de salir por la tangente.

—¿No hay ningún monstruo en este lago?

PUCCINI NUNCA FALLA

Estaba todo listo para su llegada. Como todas las noches que había función, Paco Ráfales había pensado personalmente en cada detalle. Lo preparaba todo con un punto de emoción que iba más allá de la profesionalidad. Lo tenía todo calculado, como le gustaba decir a él, hasta la cojonésima. Sabía a qué hora bajaría el telón, intuía cuánto tiempo tardaría en colgar el disfraz de Tosca, el rato que dedicaría a saludar a todos los lameculos de camerino, e incluso calculaba cuántos autógrafos firmaría a los entusiastas aficionados que la esperarían en la salida lateral de la calle Sant Pau, la puerta de servicio del Liceu. Y que por muchos años pudiera escribir dedicatorias a los aficionados, ahora que su voz estaba en el mejor momento de su carrera. Para acabar cuanto antes, la famosa soprano ya tenía a punto para repartir unas tarjetas postales con una foto suya —en blanco y negro, lozana, escotada y llena de joyas— sacada durante el primer acto de *La traviata* en el Covent Garden. Una vez en el coche, el Mercedes llevaría en un santiamén a Diana Laborde hasta la misma puerta del hotel Rafaeli. Bajaría por la Rambla hasta la estatua de Colón —le habían dicho que señalaba hacia América—, daría la vuelta al monumento y subiría por el otro lado de la calle. De madrugada, con los puestos de flores y de animales con las persianas bajadas, la tristeza sobrevolaba la Rambla. Recorrería el trayecto entre la plaza de Catalunya hasta el paseo de Gràcia en menos de un do de pecho.

Un conserje del hotel le abrió la puerta del coche. Otro, cortado con el mismo patrón, le hizo girar la puerta principal. Paco Ráfales, de pie detrás de un ramo de flores, se pasó una mano por la mata de pelo ceniciento. Estaba esperando a la diva sobre la alfombra persa, como se espera a un jefe de Estado extranjero al pie de un avión. Con la cabeza alta y la sonrisa falsa.

—Es un honor para el Rafaeli recibir a nuestra prima donna favorita.

—*Signor* Ráfales, usted siempre tan atento.

Ella cogió el ramo de flores y lo olió como si notara algo en él.

—¿Ha sonado bien Puccini esta noche?

—Puccini nunca falla, *caro amico*.

—Espero que el pintor Cavaradossi haya estado a la altura de la señora...

—Magnífico es poco. Josep Carreras, qué voz... —Ella levantó una ceja, teatral —. Me lo llevaría a mi casa.

—Me dicen, vaya éxito, que en Barcelona no se habla de otra cosa que de su «Vissi d'arte» de esta noche...

—Va... *Exageratti*...

Diana Davidova, convertida en Diana Laborde después de haberse casado con un pianista de Chicago, mezclaba el italiano con el español y el inglés. Y todo con un acento del este que al dueño del Rafaeli le parecía, con perdón, erótico.

—¿Cómo es...? —Paco Ráfales, acalorado por el momento, se atrevió a canturrear a media voz—: «He dado mi canto a las estrellas».

Entonaba, aunque no pretendía llegar. El punto justo para no hacer el ridículo. Un poco más y... Sabía que Diana, a cambio del ramo y de los honores, les dedicaría unas notas. Ya se había convertido en una costumbre.

—*E diedi il canto agli astri, al ciel, che ne ridean più belli. Nell'ora del dolor* — y se dejó llevar— *perchè, perchè, Signor!*

—*Brava!*

Paco Ráfales fue el primero en aplaudir. Cuando ya eran más de la una de la madrugada, en el vestíbulo del Rafaeli sólo quedaban dos conserjes, el vigilante, una recepcionista de noche con muchos bostezos por delante y dos de los hijos Ráfales que formaban, elegantes, por orden de su padre. Más allá, una pareja de franceses que ya habían recogido la llave y que esperaban el ascensor porque no se sentían con fuerzas para subir andando al primer piso. Ellos también se dieron la vuelta y, con la flojera del vino, aplaudieron entre risas aquella improvisada actuación.

Roger y Kim contemplaban la escena desde el otro lado del mostrador de recepción.

—¿Tú crees que papá se la menea pensando en la Castafiore?

—Joder, tío, no seas guarro...

—¿Qué? ¿Acaso crees que papá no se la menea?

—Mira, no quiero ni imaginármelo...

—¿Y qué crees que puede hacer un viudo?

—Joder, Roger, vale ya...

El *signor* Ráfales se acercó a la soprano búlgara y, con los dos dedos del respeto, la agarró por el codo.

—¿Le apetece tomar una copa de *champagne* en el bar? —Tenía un plan B—. ¿O quizá en mi despacho?

Nunca se rendía. Llevaba años recibiendo a Diana Laborde en la puerta del hotel después de cada función y siempre le ofrecía un último brindis de cortesía que jamás fue aceptado.

—¿La cena está lista, *signor*? —preguntó ella con afectación, como si estuviera en el escenario.

—Sí, tiene todo lo que ha pedido en su habitación.

—Pues prefiero retirarme...

Roger ganó la apuesta. Sabía que su padre volvería a recibir calabazas. Y también sabía que las aceptaría sin que se le notara en su rictus, digno.

El Rafaeli no era el mejor hotel de la ciudad, pero la diva se sentía a gusto en él. Era el primer hotel que le había ofrecido el Liceu cuando aún aparecía a mitad de

cartel en una *Lucia di Lammermoor*. El viejo Ráfales, el fundador del hotel, un melómano que aún conservaba discos de piedra, la había tratado con delicadeza desde el primer día. Y ella, que aún tenía pocos caprichos y escasas manías, se sentía cómoda. Como en casa, que es la mejor manera de sentirse en un hotel. Y más aún si la agenda te obliga a dormir trescientas noches al año lejos de tu cama. Entre los ensayos y las cinco funciones de cada ópera, siempre que Diana Laborde entraba en el Rafaeli cargada de maletas no se instalaba allí por menos de tres semanas.

Aquel año era el turno de *Tosca*, y casi al final de la temporada volvería para cantar una *Manon* en el año del centenario del estreno de la ópera de Massenet.

Cuando llegó a la segunda planta, el conserje le abrió la puerta de la 216 y encendió la luz sin esperar propina. Paco Ráfales tenía expresamente prohibido a maleteros, conserjes y a todo el personal, bajo pena de cortarles los huevos con una cizalla, que dentro de la habitación hicieran aquella parada insinuadora a los clientes vips del Rafaeli.

A la una de la madrugada pasada, Diana Laborde sólo deseaba una cosa: cerrar la puerta y quitarse los zapatos. El mejor momento del día.

Al día siguiente, con la corbata roja de los miércoles, Paco Ráfales ya había hecho la ruta de control planta por planta para asegurarse de que todo estaba en orden —más o menos— antes de sentarse en su despacho, a las ocho y media en punto, con un zumo de naranja colado, un huevo pasado por agua y una tostada con mermelada sorpresa. Le gustaba empezar el día con la mesa limpia de papeles. La mesa era la joya de un despacho de la quinta planta que ocupaba el espacio de dos habitaciones. Se había enamorado de ella en un viaje y había ordenado que se la enviaran desde el quinto pino. Al final, le costó un ojo de la cara. Era un mueble colonial, de madera de la India, con vetas de dos colores oscurecidas por el paso del tiempo y con alguna grieta que lo hacía imperfecto. Era una pieza gruesa que se sostenía sobre cuatro macizas patas, imposible de mover. Cuando había que pasar la aspiradora, ni siquiera cuatro mujeres de la limpieza juntas eran capaces de moverla hacia ningún lado. ¡A la una, a las dos y a las tres! Ni así. Cómo pesaba la condenada...

Encima de la mesa sólo había colocado la foto de Maria que sus cuatro hijos le obligaron a revelar y a enmarcar las primeras Navidades sin su madre. Sabían que su padre era un hombre práctico, que miraba más hacia delante que hacia atrás. Por eso le pidieron, expresamente, que la tuviera sobre la mesa de su despacho. Paco Ráfales se lo puso fácil. Les dijo que por supuesto, que podían contar con ello, que no habría un lugar mejor. Allí era donde pasaba más horas, y Maria, que estaba muy guapa en esa foto del crucero por el Egeo, lo acompañaría desde una mesa que de repente se había convertido en un altar. Antes de desayunar le dedicaba una mirada limpia y le deseaba los buenos días. Sólo alguna mañana, muy de vez en cuando, y siempre coincidiendo con alguna celebración familiar o con algún pequeño éxito del hotel que

le habría gustado comentarle, Paco le ponía unos ojitos tristes y añadía un cómo te echo de menos, Maria, a los acostumbrados buenos días. Una vez celebrado el ritual, se armaba de valor durante toda la jornada.

El único despacho con dos galerías sobre el paseo de Gràcia era el de Paco Ráfales. En cambio, el despacho de los chicos, contiguo al de su padre, no tenía luz. Ni muebles ingleses. Ni tampoco ninguna de las litografías de Salvador Dalí que, una encima de cada cabezal, habían colgado en las cincuenta mejores habitaciones del Rafaeli. Cincuenta *Don Quijote y Sancho Panza* a lápiz, firmados y numerados del 71/125 al 120/125. El despacho de Àlex y Roger, que trabajaban cada uno en su mesa, una frente a otra, tenía, eso sí, un póster sobre las diez claves del éxito según Aristóteles Onassis. Lo había colgado su padre, con toda la intención. Àlex, un buen navegante que desde niño se había pirrado por el optimist, las barcas y el mar, se quedaba con el quinto punto del decálogo: «Mantente bronceado, aunque tengas que utilizar una lámpara. Para la mayoría de la gente, el bronceado en invierno significa que has estado donde hay sol y, en ese sentido, el sol es dinero». Para Roger, el más atolondrado y el estudiante menos brillante de los hermanos, el consejo más eficaz era el último: «Si aspiras a conseguir el éxito, no malgastes tu tiempo leyendo las cosas que han hecho los demás. Es mucho mejor vivir tu propia vida». Para Roger, cualquier excusa era buena con tal de no abrir nunca un libro, ni por el amor de Dios. Sólo le faltaba que se lo insinuara una gran fortuna mundial para agarrarse a ello. Aunque nunca se lo dijeron, Àlex, Roger y Kim estaban de acuerdo en que, si tuviera que escoger, su padre se quedaría con el octavo mandamiento: Onassis proclamaba que debes guardarte tus problemas para ti mismo y hacer creer a los demás que en realidad lo estás pasando estupendamente. Aquel truco de supervivencia era muy Ráfales. Todo es bonito, todo es perfecto, nunca pasa nada. Pero a veces pasan cosas y entonces dices, ah, es la vida, y cuando tienes que conformarte con la derrota ya estás jodido.

—Buenos días, chicos.

Paco Ráfales entró en el despacho de sus hijos con la americana gris puesta y tirando de los pantalones hacia arriba, un tic de los que están delgados: necesitan recolocarse la cintura y las perneras cuando se levantan y parece que la ropa se les vaya a caer. Àlex y Roger se pusieron en pie para darle un beso a su padre. Eso no lo perdonaban.

—En la tercera he visto dos bandejas de desayuno vacías en el suelo. Pregunta si están esperando a las ratas...

—Tomo nota.

Àlex se había vuelto a sentar en una silla sin brazos. Si trabajas en un hotel no puedes arrellanarte en una butaca, decía siempre su abuelo.

—No soporto ver los cuchillos sucios y la mantequilla a medio untar de las habitaciones de los demás. Y el pasillo huele a comida... Y en la segunda, ¿cuántas veces tengo que decir que no pasen la aspiradora hasta más tarde? Si despertamos a Diana Laborde tendremos un problema... Y a las de la limpieza de la segunda diles también que el carrito no se deja en mitad del pasillo. Luego desaparecen toallas y champús y nadie sabe nada del tema.

—Llamaré ahora para que se lo digan.

—No. Se lo dirás tú personalmente.

—Vale, vale...

Aunque no le tenían miedo, su padre les infundía respeto.

—¿Has preparado las tarifas para el año que viene?

—Antes de comer las tendrás en tu despacho. Ahora estaba terminando el gráfico.

—Señaló un dibujo a dos colores—. He aplicado los incrementos que me dijiste. Subimos la temporada alta y la media y mantenemos la baja.

—Quiero verlo.

—Sí, claro.

—Y tú —se dirigió a Roger—. ¿Ya has tenido La Idea?

—¿La de la fiesta?

Era el único encargo que Paco Ráfales le había hecho a Roger y no había vuelto a pensar en ello. Decidió improvisar y cruzar los dedos, a ver si sonaba la flauta por casualidad.

—Sí, por supuesto... ¿Quieres que te lo dejemos en la mesa, con las tarifas?

—No, majo. Me gustaría saber qué se te ha ocurrido.

Roger buscó a su hermano con la mirada. Àlex, de la misma forma, le respondió que se buscara la vida.

—Pues... He pensado... —se aclaró la garganta— que, teniendo en cuenta que... Organizar una fiesta de disfraces diferente.

—¿De disfraces? ¿Qué significa diferente?

—Pues que como Barcelona está tan ilusionada por optar a ser ciudad olímpica, que quiere ser... ¿Cómo se dice?

—Ciudad candidata. —Àlex le echó una mano.

—Pues que como Barcelona quiere ser candidata a los Juegos Olímpicos, podríamos organizar una fiesta en la que todo el mundo vistiera como si fuera de una ciudad que ya ha celebrado unos Juegos, en el año de los Juegos...

—¿Por ejemplo?

Su padre no lo veía claro.

—París, 1924. Hombres con sombrero plano. Una estética muy concreta. —Ni siquiera el propio Roger sabía que había interiorizado el listado de olimpiadas. Le salía solo—. O Los Ángeles 1932, o Berlín 1936...

—No vamos a meter a lo mejor de cada casa de Barcelona en nuestro hotel disfrazados de nazis...

—Quizá no sea el mejor ejemplo...

—¿Y a ti qué te parece? —Paco Ráfales le pidió la opinión a su heredero.

—Que no es mala idea. Es original... Y este verano los Juegos se vuelven a celebrar en Los Ángeles. No es mala idea, papá. —Àlex se iba animando a medida que hablaba—. Y lo que dice Roger es verdad: en Barcelona se respira una cierta ilusión con lo de la candidatura. El alcalde se lo ha tomado con mucho empeño.

—¿Maragall? Ése tiene que asistir a la fiesta, ¿eh? El año pasado se escaqueó.

—Si montamos esa coña olímpica y le damos un poco de difusión, este año no se libra.

—A Pasqual ya le llamo yo. —Le puso una mano en el hombro a Roger—. Majo, todo eso lleva trabajo, ¿me oyes? Todo eso es mucho trabajo. La fiesta no se organiza en tres semanas. Tienes seis meses, pero tiene que salir de primera, ¿me oyes? Recuerda que no es una fiesta para los clientes del hotel, sino para cerrar la temporada de la terraza de verano y quiero que asista toda Barcelona y que salgamos en los periódicos. Y si veo un solo soldado nazi te cortaré los huevos...

—Con una cizalla.

Àlex y Roger respondieron a la vez, cachondeándose de la expresión habitual de su padre.

Paco Ráfales también se soltó. Sus hijos lo habían desarmado. A los cincuenta y un años, viudo y con alguna arruga que había detectado junto a los ojos, sólo sus hijos conseguían dejarlo fuera de combate. Les bastaba con una broma, con media frase o con una ocurrencia a la hora de cenar para que fuera incapaz de disimular lo orgulloso que se sentía de sus cuatro hijos. Àlex y Roger empezaban a volar por su cuenta. Era consciente de que a Kim, el que más se parecía a él, le gustaba ir a su aire y que no se metieran mucho con él. Y menos ahora, cuando estaba descubriendo de qué iba el mundo. Y Elsa, la pequeña, el juguete, a la que tanto le gustaba hacer cosquillas clavándole la barbilla en la espalda como que le pidiera, sentándose en su regazo, que le echara una mano con una raíz cuadrada. Los miércoles por la tarde le gustaba escuchar, de lejos, cómo empezaba a rascar el violoncelo de Ariadna, la profesora particular que llegaba al Rafaeli cargada con el instrumento. Más adelante, si Elsa se aficionaba a tocarlo, ya le comprarían uno. Todo estaba en su sitio. La bandeja del desayuno, el carrito de la limpieza, la corbata del color correspondiente y la familia. A pesar de la ausencia de su mujer, Paco Ráfales estaba convencido de que eran bastante felices.

ALGÚN DÍA IRÉ A LOS ÁNGELES

La escalera olía a gato. Cuando Kim subió por primera vez al piso de Laura, el curso ya se acercaba a los exámenes finales. No hacía ni una semana, justo después de Sant Jordi, todos los compañeros de carrera lucían manga corta y el buen humor de la primavera. Laura compartía un piso de estudiantes, un tercero en una escalera oscura y sin ascensor en la calle Montseny. El vestíbulo con los buzones sin ningún nombre y el rellano: todo olía a meados de gato en baldosa fría. No era el primero en advertirlo, y, por discreción, se lo calló.

—Lo siento. —Se quitó las gafas de sol para disculparse—. Me ha costado un huevo aparcar.

—¿Has venido en coche a Gràcia? —Laura cerró la puerta detrás de ella—. Hay que ser cafre... Vamos, pasa.

Kim se sacó las llaves y el paquete de Fortuna del bolsillo porque le molestaban.

—¿Se puede fumar?

—¿A ti qué te parece?

¿Cuántos días llevaban sin vaciar los ceniceros? No recordaba a quién le tocaba. Puede que a Txell. Aquella semana, Laura era la encargada de los baños. El peor de los turnos. No soportaba quitar de la ducha los pelos de los demás. Se lo había dicho mil veces: o que se cortaran el pelo o que cada uno intentara quitarlos después de...

—¿Has empezado a verla?

—¿La peli? —Ambos sabían a qué se refería y se rieron—. ¡No! Te estaba esperando. No quería que te perdieras el principio. Es la parte con más diálogos...

El piso tenía tres habitaciones, una cocina en la que había que entrar de lado y un comedor en el que apenas cabía un raído sofá de dos plazas, un televisor y una mesita con cuatro sillas, a cual más coja. Al fondo, una cortina ocultaba las vistas a un patio interior con poca vida. Al menos entraba la luz del resol. Cuando empezó el curso, las cuatro chicas habían pintado las paredes de blanco —en las votaciones a mano alzada el blanco se impuso por tres a uno al color cáscara de huevo— y habían colgado cuatro estantes para que cada una tuviera un sitio, preciso y acotado, para dejar sus cosas. Después de pintar, ensuciarse y partirse de risa subidas a una escalera durante todo un fin de semana, las dos bombillas quedaron a la vista y nadie pensó que una pantalla habría dado menos sensación de interinidad. Las cuatro aprobaron —en este caso por unanimidad— que en el pequeño comedor no colgarían cuadros, ni fotos ni nada de nada. A quien le apeteciera un póster, que lo colgara en su habitación. Sira y Anna, las hermanas de Reus que dormían en una litera, habían colgado un Bruce

Springsteen y un Indiana Jones que habían arrancado de la fachada de un cine con mucho cuidado para no romperlo. Txell, que en primero de Ciencias de la Información ya había decidido que quería ser presentadora del telediario, tenía una foto dedicada de Bernd Schuster. Y *collages* de sus sobrinos por todas partes. De siete hermanos, sobrinos a mansalva. Iban ya por el decimosexto y los que aún estaban por llegar. Laura, en su celda, tenía un póster que a Kim le sonaba mucho.

—¿Es el mismo de Banyoles?

—No, tío... Éste es Abdul-Jabbar.

—Ah. ¿Y ése?

—Encuentro que te fijaste en él... Magic Johnson dando una de sus asistencias, mirando hacia el otro lado. Pero no vas mal... Ambos son de los Lakers. Algún día iré a Los Ángeles. ¿Sabes cómo llaman a ese lanzamiento?

Señaló a Kareem.

—¿Un gancho?

—Un *shyhook*. Nadie los hace como Abdul-Jabbar. Bajan del cielo.

Cogió la pelotita de básquet que había en la papelera y, con una mano por encima de la cabeza, imitó el tiro. Acertó.

—Olé.

Laura lo celebró con un gesto enérgico del puño y el brazo, como si hubiera encestado desde media pista cuando sonaba la bocina en el último segundo de una gran final.

Mucho básquet, pero el caballete que utilizaba como mesa estaba lleno de apuntes, libros abiertos y bolígrafos sin capuchón. En cuanto se dio cuenta, Laura recogió dos tazas de té medio vacías y una ciruela claudia roída en un plato y se lo llevó todo a la cocina. A diferencia de la mesa, la habitación estaba limpia y ordenada. La cama estaba hecha. No presentaba las perfectas simetrías del Rafaeli, por supuesto, pero a Kim le pareció que Laura había hecho algo más que tirar de las sábanas y si te he visto no me acuerdo. A los pies de la cama, que estaba arrinconada en el ángulo que formaban dos paredes, había un combo. Una tele de un palmo y medio de ancho y, justo debajo, una cavidad para introducir una cinta de vídeo VHS.

—¿Aquí? —dijo Kim sorprendido—. ¿Estás segura?

—¿Qué pasa?

—¿No hay una tele en el salón?

—¿No pretenderás que la veamos en el comedor y que llegue una de las chicas y...?

—Joder, Laura, mejor que nos pille en el sofá que en tu cama, ¿no?

—Eh, ¿qué pasa? Sólo es trabajo. —Metió la cinta y, con el mando a distancia, buscó el canal de vídeo. Acostumbraba a ser el cero—. Pero ¿qué te habías creído, que íbamos a follar?

Laura le dio un empujón a Kim apoyando las dos manos en su pecho y lo lanzó sobre la manta. Por una vez, se quedó sin saber qué decir. Por suerte para él,

enseguida empezó una película que no pasaría a la historia del cine, aunque puede que sí a la de sus vidas. Empezaba en una oficina triste con un halo de neblina. Un hombre con aspecto de gerente hablaba por el intercomunicador. Al instante entraba una chica con el nuevo catálogo de alimentos de la temporada. Se trataba de una empresa de congelados. Guisantes, pescado, *pizza*, tartas de aniversario.

—El lenguaje no es muy técnico.

—De momento se entiende muy bien.

A los alumnos que se habían matriculado con Manuel Aguado les pareció muy raro que un día, al final de la clase, aquel veterano profesor les dijera que tenían que ver una película pornográfica en inglés mientras hacían la traducción simultánea. De entrada les pareció una broma. Pero no lo era. Era un ejercicio de la universidad, un trabajo obligatorio que debían entregar en una casete antes de quince días. Cuando se dieron cuenta de que el encargo iba en serio, los alumnos se excitaron aún más. Todos gritaban como si ya estuvieran puestos en faena. Una chica que no se lo creía del todo recogió sus cosas a toda prisa y abandonó el aula, ofendida. Incluso le costaba respirar. Al día siguiente, a primera hora, al decano de la facultad ya le había llegado una carta en la que le ponía sobre la pista de lo ocurrido, lamentaba la obscenidad —imperdonable— del ejercicio de la película erótica, se quejaba de la perversión del profesor y solicitaba, ipso facto, una sanción ejemplar. O, llegado el caso, su expulsión de la universidad. A Manuel Aguado, a quien le quedaban dos telediarios para acogerse a la jubilación anticipada, aquellas cartas se la traían al paio. Ya sabía que, todos los años, alguien del Opus Dei le montaría un pollo, que lo amenazarían con un expediente y que todo quedaría en agua de borrajas. Formaba parte del juego de la provocación. Y, a fin de cuentas, ¿qué le importaba a la gente que él se pusiera cachondo escuchando las simulaciones traducidas de sus alumnos? En su casa, a solas, Manuel se servía un *whisky* y ponía en marcha el casete. Luego evaluaba, corregía, puntuaba y aquí paz y después gloria.

—¿Quieres que te abra mi nevera?

—Congelador. Mejor congelador, ¿no te parece?

—No me interrumpas, que vamos a perder el hilo. —Laura intentaba imitar las muecas de la actriz—. ¿Quieres que te abra... mi congelador?

—Oh, cariño, por lo que veo, diría que se trata de un microondas...

—¿Qué es un *microwave*? —Dejó de impostar la voz.

—Sirve para... Joder, qué película más mala, Laura. ¿De dónde la has sacado?

—Era la única que tenían en inglés. Del videoclub. ¿Qué querías? Por cierto, por cierto. —Puso el vídeo en pausa y dejó al gerente, ansioso, con los dedos en la hebilla del cinturón—. Yo estaba como cortada y le he dicho al tío del videoclub que era para un trabajo. ¿Y sabes lo que me ha contestado?

—...

—Claro, claro. Claro, claro, me ha dicho el tío, como queriendo decir yo ya sé que tú... ¡Como si me conociera de algo!

El *play* ayudó a que el gerente se despelotara. En un santiamén había presentado armas, con una polla de veinte centímetros. La sorpresa, aunque la hubieran intuido, les hizo sonreír. Veían la película sin pudor. Uno al lado del otro, sin sentirse incómodos. Ambos se habían sentado en la cama de Laura, con los pies en el suelo y sin quitarse los zapatos. Tenían los ojos fijos en la pantalla del combo, como quien ve las campanadas de Nochevieja y, por turnos, ensayaban cómo iban a hacer la traducción cuando pulsaran el *rec* de la grabadora Philips para el trabajo de Aguado y el ejercicio fuera de verdad.

Estaban bien juntos. A lo largo del curso se habían ido acercando. Día tras día. Tejían complicidades sin darse cuenta. Un desayuno en el bar, sentarse juntos en clase, escuchar a los mismos profesores, dejarse copiar en los exámenes, reírse de las mismas cosas... Y, sobre todo, prestarse los apuntes cuando uno de los dos, por un entrenamiento de básquet de Laura o por un revolcón clandestino de Kim en una habitación libre del Rafaeli, habían faltado a clase. Un lluvioso mediodía de febrero, Laura tenía que fotocopiar un libro de historia del mundo jurídico y ya sabía que, por motivos éticos, en la copistería de la universidad no lo harían. Allí no cometían esa clase de delitos. Vendían maría y chocolate de extranjis, si hacía falta te pasaban un porro ya liado, pero no fotocopiaban libros. Kim, que detectó la preocupación de Laura, se ofreció a llevarla en coche hasta los alrededores de los Quatre Cantons, en Sant Cugat. Conocía un sitio donde fotocopiaban lo que hiciera falta. Sin preguntas. Dejabas el libro, decías desde aquí hasta aquí, y un dependiente vestido a la antigua usanza con una bata azul con botones se iba hasta el fondo de la tienda y regresaba, cinco minutos después, con el trabajo hecho, a media pela cada copia. Hicieron el trayecto de Bellaterra a Sant Cugat en un momento. Acostumbrada a moverse en tren —o en autobús, que hacía más paradas y se comía todos los atascos—, a Laura le pareció que ir en coche era un lujo. Y Kim un conductor solícito.

—Vamos, te espero aquí... —Cuando llegaron, había subido dos ruedas de su Ford Escort a la acera—. ¿Quieres un paraguas?

—No, no... ¿Es aquí, no?

La había dejado unos metros más arriba de donde estaba la copistería, en el único espacio, entre dos árboles, donde pensó que podía parar sin entorpecer la circulación.

—Si no me echa un guardia, te espero aquí mismo.

Laura ya había bajado del coche y, con el ruido de la puerta, no había oído las últimas palabras de Kim, que esperó en compañía de Los 40 Principales. *Stay*, de Jackson Brown, fue el primero. Tres canciones más tarde y distraído con el dibujo de las descompasadas gotas bailando en el parabrisas, vio por el retrovisor que Laura salía de la copistería. Bajó los tres peldaños acuciada por la lluvia, como si corriendo uno se mojara menos. El bolso le daba igual, pero no quería que se le mojaran el libro ni las fotocopias. Sin dejar de mirar el espejo, Kim se dio cuenta de que Laura se subía al coche de atrás, otro Ford que también había aparcado con dos ruedas sobre la acera. El conductor, más atónito que asustado, no sabía quién era la chica que,

bruscamente, se había sentado a su lado. Quizá sólo quería guarecerse... Kim, estupefacto, no se lo podía creer. Veía la cara de sorpresa del chico y no oía qué decía, pero de repente Laura lo miró, se llevó la mano a la boca, abrió la puerta, bajó del coche y caminó cinco pasos hasta el coche que había delante, asegurándose de que esta vez no se equivocaba. Kim le abrió la puerta para que se lanzara dentro del coche, meándose de la risa. No podía ni hablar.

—Pero ¿qué has hecho?

—¿Yo? —Cerró la puerta—. Has movido el coche, ¿verdad?

No podían dejar de reír.

—Pero si el de atrás es negro...

—¿Y éste no es negro?

—Es azul, Laura, siempre lo ha sido... ¿No te habías fijado?

—¿Éste es azul?

—Al menos has acertado con el coche. También era un Escort...

—¿Lo ves? No estoy tan mal.

—¿Y qué te ha dicho ese tío?

—Me he dado cuenta de que olía distinto... Y cuando iba a coger el cinturón, me dice: «¿Nos conocemos?».

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que joder, perdón, perdón, perdón... Y me he bajado a toda prisa.

—Por cierto, ¿olía mejor o peor? —preguntó Kim, competitivo.

La broma duró toda la carretera de la Arrabassada, desde Sant Cugat hasta Barcelona. Kim podía recorrerla con los ojos cerrados. Conocía bien cada curva, porque las hacía todos los días y las trazaba como si pilotara una moto, como si la calzada fuera toda para él y no fuera a venir nadie en dirección contraria. Laura le agradeció que con aquel tiempo de mil demonios y los zapatos húmedos la llevara hasta su casa. Durante el trayecto, Kim le contó que en segundo de BUP lo habían expulsado de la escuela durante tres semanas. En realidad, querían expulsarlo de forma definitiva, pero su madre se presentó para fumar la pipa de la paz con una directora que se había quedado prendada de Àlex, que ya había tenido algún que otro problema con Roger y que, con la crisis de las caricaturas de Quim, empezaba a estar hasta la coronilla de los hermanos Ráfales. Kim dibujaba muy bien. A su innata habilidad había que sumar que dos tardes por semana, cuando salía de clase, lo llevaban a un taller de diseño donde, durante una hora y media, les enseñaban a dibujar figuras humanas de todo tipo con el carboncillo. A los quince años, Quim dibujaba un cuerpo de mujer con tres garabatos. Y con dos líneas más la vestía de la cabeza a los pies. Entre sus compañeros se habían hecho populares las caricaturas de los profesores desnudos que esbozaba durante las clases. Había completado toda una colección, y durante el recreo abría su carpeta, enseñaba los dibujos a sus compañeros y se sentía un poco más heroico. Al de latín, bajito y peludo, lo había dibujado con un mostacho que le llegaba hasta los pies. Todos habían visto la caricatura de su tutor en

pelotas y con una estrella de *sheriff* en el pecho. A la de matemáticas, una mujer rechoncha, la había convertido en una venus de Willendorf llena de collares que caían sobre sus enormes tetas. A la de lengua castellana la había dibujado tomando el sol en una playa nudista, con una mata de vello público perfilado como si fuera la península Ibérica. En la escuela corría el rumor de que esos dibujos existían. Si lo sabían los alumnos de segundo y hablaban de ellos los monitores del comedor, seguro que también debían saberlo los profesores. A menudo parece que no estén ahí, pero se enteran de más cosas de las que aparentan. Que nadie dude que si disimulan es sólo por mera supervivencia. El conflicto en mayúsculas estalló en clase de francés. Mientras monsieur Pierre explicaba una fábula de La Fontaine, Quim lo miraba y lo dibujaba a escondidas en una hoja de papel. Había pintado a monsieur Pierre con una tiza en la mano y los pantalones a la altura de los tobillos. Durante un maldito instante, Driqui, que compartía mesa con Quim durante todo el trimestre, miró el dibujo de reojo y se echó a reír. Aunque se puso la mano en la boca, ya era demasiado tarde.

—¿*De quoi* te ríes?

—De nada, de nada —dijo, apretando los dientes para no reírse otra vez.

Quim intentó esconder el papel debajo del libro... *Trop tard*. Monsieur Pierre, un bretón que no se fiaba ni de su sombra, se había dado cuenta.

—*Qu'est-ce que c'est* este *papier*?

Se acercó a la mesa de Kim y Driqui, que se sentaban en mitad del aula.

—Nada, nada.

Quim sacó el papel de debajo del libro y lo metió en la carpeta con separadores que tenía entreabierto en su regazo.

—Entonces, ¿por qué lo escondes, *donc*?

Monsieur, que casi había llegado a la mesa, no estaba para tonterías.

—No es nada... —Quim notó un repentino calorcillo en la cara—. Cosas mías.

Monsieur Pierre se plantó a su lado, serio. No soportaba que le rompieran los esquemas.

—Te digo que me lo des.

Extendió la mano con firmeza, delante de Quim, sin mover ni un pelo. Inquisitorial.

Driqui, en voz baja, le dijo: «Pasa, tío, pasa. No le...». Se ganó un coscorrón francés que le hizo resonar el cráneo. Quim abrió la carpeta, sacó el papelito, lo arrugó en el puño y, cuando veintiocho compañeros en silencio estaban convencidos de que se lo daría a monsieur y que allí empezaría Hiroshima y Nagasaki, Quim, contra las cuerdas, se hizo el listillo. Se metió el dibujito en la boca y empezó a masticar. Destrucción de pruebas, así lo llaman. Driqui exclamó: «¡Bravo, tío!». Más de uno lo aplaudió. Quim masticaba, tratando se tragarse la nota lo antes posible. Monsieur, furioso, lanzó la tiza contra la mesa de Quim, se dio la vuelta, recogió sus fábulas y, acompañado por todos los bichos y animales de La Fontaine, abandonó el

aula contrariado. Refunfuñaba en francés sin parar, pero, en medio del alboroto, nadie lo entendía. El portazo, eso sí, fue seco.

El tutor de todos los cursos de BUP le requisó la carpeta antes de que hubiera transcurrido ni media hora. En su interior, mezclados con los apuntes de trigonometría y de la revolución industrial, fueron apareciendo la venus de Willendorf, el matojo de la península Ibérica y el mostacho del profesor que declinaba en latín. De entrada, el *sheriff*, que fue el primero en verlo, sonrió por debajo de su bigote mientras pensaba qué bien dibuja ese hijo de puta. De repente, sin embargo, cuando se vio a sí mismo, su expresión se endureció. Tras debatirlo en un claustro de profesores y pasarse las caricaturas, porque todo el mundo quería verlas, decidieron expulsarlo de la escuela. Sólo la intervención de su madre —llamémoslo diplomacia, llamémoslo mano izquierda— consiguió que le rebajaran la sanción. Llamémoslo, para entendernos, aportación a fondo perdido a la fundación del colegio, porque, en todas partes, estas cosas siempre se solucionan del mismo modo. Durante las dos o tres semanas que Quim se pasó en casa, con deberes hasta las cejas, no dejó de dibujar a la directora en actitudes cada vez más guarras. En una viñeta se enroscaba tanto que era capaz de lamerse a sí misma con la lengua. Aquel curso, puede que como venganza, el claustro de profesores decidió que Quim Ráfales Angerri tendría que repetir segundo de BUP.

El día después de que Laura escuchara ese episodio con entusiasmo, decidió jugar con Kim. Él había llegado tarde a clase de Macroeconomía y se había sentado al fondo del aula, en la primera silla que encontró, junto a la puerta. Al verlo aislado, en el culo del mundo, rompió un trocito de papel de la carpeta, escribió algo y consiguió que, disimuladamente, de mano en mano, le llegara la notita. Aquel papel doblado cuatro veces pilló a Kim por sorpresa. No sabía quién era el remitente. Como un náufrago, levantó la cabeza y miró hacia delante, en busca de un salvavidas amigo que se identificara. En los ojos de Laura encontró la respuesta. Le hizo ilusión descubrir que había sido cosa suya y se dispuso a leer la notita. «¿A éste no lo dibujas en pelotas?». Arrancó un trozo de folio para responderle. Lo tapó con una mano, para que nadie viera lo que ponía, y dejó que el papel deshiciera su camino. Siete filas más adelante, Laura ya estaba esperando el regalo. Se aseguró de que el profesor de macro estaba escribiendo en la pizarra para desenvolver el mensaje. Esperaba cualquier cosa menos eso. Lo leyó dos veces, por si no lo había entendido bien. No había duda. «Ya no hago profesores. Ahora dibujo compañeras de curso».

Laura fingió que nunca había recibido aquella respuesta. No se dio la vuelta. En aquel momento le daba vergüenza mirar la cara de Kim, quien, burlón, esperaba sacarle la lengua desde el fondo del aula. Suponía que ella habría entendido la broma, porque hay bromas que si no se entienden de entrada generan un malentendido que, a veces, puede derivar en conflicto, y de la confusión a la batalla campal sólo hay un paso. Al fin y al cabo, la cosa puede liarse tanto que ni siquiera una conferencia internacional de paz consigue que las aguas vuelvan a su cauce. Y, si alguna vez lo

hacen, siempre queda la duda. Prefirieron pasar y, desde aquel día, Kim y Laura se acostumbraron a comunicarse a través de notitas durante las horas de clase. Una notita por aquí y un mensaje por allá durante toda la carrera, con la inocente emoción de abrir un papelito furtivo y tener que responder también a escondidas del profesor.

En primero de carrera, Laura y Kim inventaron otro juego. En apariencia, inocente.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando?

—En el próximo partido. En los cinco que estarán en el equipo titular.

En cualquier momento, hicieran lo que hicieran, uno podría sorprender al otro con la misma pregunta. ¿En qué estás pensando? Y el otro tendría que decir la verdad. Ése era el pacto. Uno preguntaba y el otro respondía sin pensar, por acto reflejo. El juego se lo había inventado Laura una mañana, mientras tomaban el sol en el campus. Las normas las había puesto Kim, consciente, ya en el momento de establecerlas, de que él sería el primero en incumplirlas. No siempre se puede decir la verdad. A veces, una mentira a medias cuando procede es una huida aceptada. Si todo el mundo dijera la verdad a todas horas, delante de todos, la convivencia sería insostenible. En el mundo habría más guerras, más muertos, más divorcios, más cotilleo a todas horas. Más trabajo para los abogados. Sin embargo, en aquel momento, ante la mamada que le estaban haciendo al fanático de los congelados, no estaban para preguntas. No podían pensar en nada salvo en lo que estaban viendo. Laura notó, de repente, que sus pezones querían decir hola. Con timidez, pero querían saludar. Con una discreta ojeada, bajando la barbilla como quien no quiere la cosa, comprobó que Kim no podía notar nada en su camiseta.

—¡Oh, sí, sí...!

—Mmmm, mmmm...

—Toda, muy bien. ¡Más, más...!

Absortos con el teatrillo, no oyeron que alguien acababa de entrar.

—¡Eh, soy yo!

Sira oyó los gemidos procedentes de la habitación de Laura. ¡Laura! Nunca lo habría pensado... Estuvo a punto de dar media vuelta y largarse sin decir hola. Pero la curiosidad le ganó el pulso a la discreción.

—¡Al menos podríais cerrar la puerta!

Ahora sí la habían oído.

—Pasa, pasa, Sira...

—¡Sí, claro!

Laura cogió el mando a distancia para bajar el volumen.

—Ven. Te vas a reír. No pasa nada...

Kim puso el Philips en *stop* y se levantó de la cama, como si le hubiesen pillado en algo.

—Tranquilo, es Sira —dijo Laura, como si estuvieran haciendo algo malo.

Sosteniendo aún la carpeta, Sira —tercero de Medicina con alguna asignatura de segundo— se acercó despacio, con miedo a echar un vistazo sin estar muy segura de hacerlo. Temía encontrarse a Laura con no sabía quién haciendo no sabía qué. Se imaginaba cualquier cosa menos un trabajo de la facultad: todo el mundo sabe cómo empiezan pero nunca cómo terminan. Despacio, azorada, dio dos pasos más. Se acercaba armando un escándalo para que Laura y su acompañante pudieran oírla. Llegó al umbral de la puerta. Aunque estaba abierta, llamó con los nudillos.

—Hola, soy Sira.

En la pantalla del combo había una vagina en primerísimo primer plano.

—¿Qué tal? Kim.

Le dio dos besos. Notó la cara fresca de Sira. O puede que fueran sus mejillas las que estuvieran ardiendo y no se había dado cuenta.

—¿No os conocíais? Creía que...

—No, para nada... Me has hablado mil veces de él, pero no...

—Espero que bien...

—Tú eres el de las caricaturas, ¿verdad?

—Caray, vaya fama...

—No, si me parece muy bien... —Sira puso una carita más juguetona—. Todos nos hemos imaginado a los profesores desnudos en algún momento.

—¿Y tú crees —intervino Laura— que los profesores también se imaginan a los alumnos en bolas?

—Joder, tía, estáis a tope... —Señaló la pantalla—. No me extraña.

—Es un trabajo de curso. Para la facultad...

A Kim empezaba a divertirse la escena.

—Sí, para Traducción e Interpretación lo mejor es una peli porno. Unos diálogos geniales, sí, señor. La excusa es buena.

—Te juro que es para un trabajo de Aguado, Sira. Nosotros también nos quedamos a cuadros.

—Está claro que me equivoqué de carrera. En Medicina, cuando tenemos que hacer un trabajo, nos llevan a la piscina de los cadáveres, pescan a uno, nos sacan el muerto y nos lo dejan allí encima chorreando, y a descuartizar se ha dicho. Por lo que veo, vuestros modelos se mueven un poco más...

—Se mueven y hablan...

—Y también chorrean —sentenció Laura.

Durante un rato se quedaron los tres en la cama, sin parar de reír. A Kim le pareció que Sira era algo mayor que ellos. Por su forma de hablar, más segura y madura. Quizá por su forma de vestir. Los vaqueros, la camiseta que hacía juego, las botas de entretiempo. Todo parecía más pensado que en Laura. Una vez calmados, Kim salió de la habitación para ir a buscar el cenicero que había visto en el salón. En cuanto se quedaron a solas, a Sira le faltó tiempo para entrecerrar la puerta con el espolón.

—Joder, Laura, no me habías dicho nada —dijo, en voz baja.

—¿El qué?

—Kim, tía...

—Con Kim no tengo nada.

—¿Que no tienes nada? Está muy bueno. —Sira se lanzó sobre su amiga—. ¿Has visto qué espalda?

Laura apagó el vídeo, no fueran a perder el hilo. Sira insistió.

—¿Es nadador?

Seguía susurrando.

—No lo sé. Creo que juega al tenis.

—¿Al tenis? Me encanta su pelo, así ...

Sira despeinó a Laura. Lo oyeron golpear tres veces el cenicero contra el cubo de la basura de la cocina para vaciar todas las colillas y la ceniza.

—Dile que se venga de copas con nosotras esta noche.

—No querrá.

—Vamos, Laura, tía. —La sacudió—. Si se lo pides tú, seguro que dice que sí...

—Los de Barcelona no salen los jueves.

Laura estaba sorprendida por el repentino interés de su compañera de piso. Kim, con el paquete de tabaco en una mano y el cenicero en la otra, abrió la puerta con el pie, sin miramientos, y les ofreció un Fortuna. Sira cogió uno. Laura, en cambio, ni siquiera lo había visto entrar. Parecía estar en las nubes. Sin embargo, Kim sabía cómo hacerse notar en la Tierra.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando?

Tenía razón. No siempre se puede decir toda la verdad.

UN TROCITO DE PARÍS

A las tantas, cuando lo vio salir acompañado por la puerta del Karma, Sira sintió que algo la corroía por dentro.

—¿La conoces?

—Me suena, sí.

—¿De aquí? —preguntó Sira extrañada—. ¿Del Karma?

—No lo sé...

Parecía que a Laura no le importaba tanto como a Sira que aquel jueves, a las dos pasadas de la madrugada, Kim se fuera de la discoteca de la plaza Reial con una chica que no era ninguna de ellas. Las cuatro compañeras de piso de la calle Montseny habían convencido a Kim para enseñarle la ruta de copas que las amigas de provincias habían ido descubriendo, semana tras semana, hasta convertirla en un itinerario tradicional con pocas variaciones. La rutina de los jueves.

—Juraría que es de la facultad.

Laura estaba masticando el hielo de un vodka con naranja.

—¿Sabes cómo se llama?

—Ay, Sira, tía... Ni me he fijado...

—Hay demasiado humo. —Txell ya estaba harta. Del humo, del tabaco, del sudor—. ¿Salimos un rato?

La noche había empezado hacía más de cuatro horas. De entrada se empeñaron en que Kim, por una vez que bajaba a la zona caliente, conociera el Padam Padam. Es un trocito de París, le dijeron, para que se animara. No hacía falta. Aquella noche, todo le parecía bien. Había conocido a las tres compañeras de piso de Laura, le habían parecido simpáticas y se dejó llevar por una velada diferente. Era lo que los hermanos Ráfales llamaban una noche de Scalextric: sólo se trata de ponerte en la guía y dejar que te lleven de un sitio a otro sin pensar. Sin descarrilar.

Cuando eran pocos y tenían ganas de hablar, el Padam Padam era el sitio ideal para empezar la fiesta. Un bar musical como cualquier otro. Más que el local de la calle Rauric en sí mismo —decorado con cuadros de pintorcillo de barrio sin ningún encanto especial, donde se apreciaban más los marcos que las pinturas—, les apetecía que conociera a su propietaria. Era una mujer mayor que se lo montaba sola. Te buscaba un sitio para sentarse, servía las copas, limpiaba las mesas con el trapo, ponía música y cobraba las consumiciones. Su piel era blanca como la de Édith Piaf. Su cuerpo era corto, como el de la cantante. Y era fea, como la Piaf, había sentenciado

Sira muchos jueves atrás. Todo era de un existencialismo muy francés. Con cuatro cervezas encima de la mesa, empezaron el examen de Kim.

—Pues claro que sé quiénes sois. —Estaban sentadas a su alrededor—. Laura es Laura. No necesita presentación.

—Eso está claro.

—Vosotras dos sois hermanas. Sira y Anna. Sira es la mayor, se nota...

—Serás...

—Y está estudiando Medicina, también en Bellaterra. Anna, Anna... tiene pinta de estudiar Filología, pero en realidad debe de estar en primero de Económicas.

—Ibas bien. Hispánicas en la Central. —Sira, marcando territorio, se anticipó a su hermana.

—¿Y yo? —preguntó Txell. Cuando sonreía, llenaba la pantalla. Y la vida.

—Tú, por tu acento, debes de vivir cerca de Banyoles...

—Bravo. En Cornellà.

—En Cornellà de Terri —dijo Laura, acostumbrada a aclarar el malentendido.

—Tú quieres ser presentadora del telediario, eso sí me lo han chivado. ¿Puedo decirte una cosa?

—¿Tú qué, Laura? Un poco bocazas, ¿no?

—¿Te lo puedo decir o no?

A Kim le gustaba notar que captaba la atención. Txell y Sira ardían en deseos de oírlo.

—Tú, en la tele, harás lo que quieras. Con esos ojos y esa...

—Inteligencia —lo rescató Laura.

Se echaron a reír.

—Es lo que iba a decir. —En cuanto la futura presentadora del telediario lo desafió, levantando una ceja, Kim se defendió con una carcajada—. Sí, sí. Te lo juro.

Txell Romeu, que aún estaba en primero de carrera, se imaginaba a sí misma explicando a una cámara que empezaba el juicio que afectaba a cuarenta mil veteranos de Vietnam que sufrieron las secuelas de un herbicida lanzado por aviones de combate de Estados Unidos.

Hablaron de lo divino y de lo humano. Laura contó la película que había visto en el Capsa la tarde anterior, *Educating Rita*. Michael Caine haciendo de profesor de Literatura de Julie Walters, una joven peluquera, durante una hora y media. Cuando podían, los miércoles iban las cuatro al cine. Les había gustado mucho *Flashdance*. Aquel día sí se las arreglaron para ir juntas. Solían ir al Verdi, no tanto porque estuviera cerca de su casa como porque, con la excusa de Laura de que la versión original le convenía para su carrera, arrastraba a Sira, a Anna, a Txell o a quien quisiera apuntarse. Los martes era el día que salían por Barcelona a merendar. Bajaban hasta el portal del Àngel, miraban los escaparates de Portaferriça, se tomaban una taza de chocolate en Petritxol —las dos hermanas eran más de suizo— y volvían por la plaza del Pi y Banys Nous hasta detenerse en la esquina de la tienda de

sombreros que les parecía un negocio divertido, de otros tiempos, que estimulaba su fantasía. Se imaginaban probándoselos y poniéndoselos para entrar, con plumas en la cabeza, en fiestas a las que nunca asistirían. Algunos martes, según la exposición, se acercaban a la Virreina. Otra semana bajaron hasta el Museo de Cera, que les pareció horroroso. No reconocieron a nadie. A Cruyff, y con mucho esfuerzo. Su descubrimiento de Barcelona no era nada caótico. Era una aventura de puntillas, con los pasos contados y los ojos llenos de curiosidad. Todo planificado, acotado, como las vinagreras que tenían en casa, cuatro, para que cada una de ellas se racionara su aceite de oliva como si fuera oro. Sin que fuera necesario verbalizarlo, la noche de los jueves era el único momento de la semana en que se permitían desmadrarse.

—¿Y tú qué? —Sira quería más. Se había dado cuenta a simple vista de que Kim no estaba acostumbrado a aquel ambiente, ni a sus pañuelos deshilachados ni a esas conversaciones de pega—. ¿De dónde has salido tú?

—¿Yo? —Lo habían pillado por sorpresa—. ¿Qué queréis saber?

A los dieciocho años nunca había pensado en hacer un inventario público. Tenía más anécdotas de hotel que noticias propias. Todo había ocurrido sin más, por acumulación, sin darle demasiadas vueltas. Escuela, verano, vacaciones y juegos entre hermanos. O disputas entre ellos. Puede que sí, que con su primer beso, a los catorce años, todo hubiera dado un salto hacia delante. Los días empiezan con el primer encuentro sexual, pasan más rápido y empieza a haber cosas que perduran, que se recuerdan. Como si, de pronto, escribiéramos una vida secreta, paralela. Si lo hubiese reflexionado un poco, se habría dado cuenta de que el segundo salto era el ingreso en la universidad. De golpe y porrazo, los profesores ya no están pendientes de ti. Sin protección, bendita novedad, eres tú quien debe buscarse la vida. El marrón es para ti, era una frase que le había oído decir a su padre en docenas de ocasiones y que entonces empezaba a tener sentido. Aquel jueves por la noche, en casa de la Piaf, delante de cuatro chicas dispuestas a escucharlo, descubrió que no tenía nada que contar salvo que le gustaban los días soleados y con el cielo azul y que se hiciera de noche muy tarde. O, dicho de otro modo, que la lluvia, desde que era un crío, lo ponía de un humor de mil demonios. En cuanto su madre lo despertaba y le ponía los calcetines sentada a los pies de la cama, pedía que levantaran la persiana de la habitación para ver qué tiempo hacía. Era algo que aún seguía haciendo, más por costumbre que por superstición. Ante aquellas miradas atentas, se esforzó por hacer un balance difuminado de su trayectoria, el único posible cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve.

—¿Yo? Soy de aquí, mis padres también eran de aquí y mis cuatro abuelos también nacieron en Barcelona. Tengo dos hermanos mayores...

—¡Que vengan!

—Y Elsa, mi hermana pequeña, que evidentemente está mimada por todos. —Se subió los calcetines—. Mi madre murió hace dos años, y tengo unos tíos y unos

primos que viven en Roma. En el hotel Rafaeli de Roma. Mi abuelo fundó el hotel. Los hoteles.

—¿Tienes abuelos?

—Uf. Sólo uno de cuatro.

—Tres de cuatro.

Sira se apresuró a decirlo, convencida de que nadie la superaría.

—Yo dos de cuatro. —Txell también se apuntó a la improvisada competición—. Los dos maternos.

—A mí no me queda ninguno. De hecho —Laura no podía creer que estuvieran contando abuelos como si fueran estadísticas de tiros libres—, sólo conocí a una. La tía Dolors, que valía por cuatro.

—No sé si vosotras también habéis jugado a un juego... Es algo macabro, lo admito. —Kim, sin darse cuenta, colocó una mano en la rodilla de Laura—. Cuando aún teníamos a los cuatro abuelos, mis hermanos y yo apostábamos a ver en qué orden iban a morir. Y no acertamos ni una. La abuela Teresa, que siempre era la que estaba más jodida, todo el día con mareos, las cervicales hechas puré y con visitas a médicos a todas horas, fue la que los enterró a todos. La tía aguantó para apagar el interruptor. Primero cayó un abuelo; después el otro, que nunca había estado enfermo, y al final, en la lucha entre las dos abuelas, todos apostábamos a que la abuela Teresa aguantaría menos y, ¡tócate los huevos!, se murió la otra, la madre de mi madre. Y, ¿puedo decirlo?, empiezo a estar hasta los cojones de esta musiquita.

La madame, del mismo modo que sentaba a la gente a una mesa, servía las copas y cobraba las cervezas, tenía una manía musical. En su bar siempre sonaba, a todas horas, Édith Piaf. Sólo Édith Piaf. Del *Milord* a *La vie en rose*. De *Non, je ne regrette rien* a *Padam Padam*... Una obsesión. Cuando terminaba la casete de grandes éxitos era el momento de largarse y abandonar el existencialismo francés, antes de que empezara de nuevo el sínfin musical. Tras la ilusión de haber estado en París, la ruta de los jueves continuaba en el Karma.

Marc y Buixeda estaban apurando a morro su segunda cerveza en el Glaciar. Laura, cogida del brazo de Kim, y sus tres compañeras de piso, que se habían rezagado diez pasos, pasaron a recogerlos. Xènia los estaba esperando a todos delante de la discoteca. El humo que había dentro salía por la puerta.

—¿Me dejarán entrar con zapatillas?

—¿Con ésas? Cuelan como zapatos, Anna, *don't worry*.

—Pero si esto está lleno de guiris que visten como les sale de los huevos...

Kim no sabía adónde lo llevaban. Si bajaban tres escalones, se notaba cierta niebla. Si bajaban cinco, ésta se iba haciendo más espesa. Diez escalones más abajo, el volumen de la música del Karma resonaba dentro del cuerpo. La pantorrilla, como si estuviera a punto de sufrir un calambre, vibraba a cada paso. Abajo, en la pista, un

centenar de personas bailaban y se contorsionaban, cada una a su aire, en un éxtasis patibulario. Laura intentó decirle algo a Kim, pero no se oía nada. Tuvo que ponerse junto a su oído, hacer pantalla con ambas manos y gritar como si estuviese entrenando a su equipillo de básquet para que él adivinara, más o menos, de qué le estaba hablando. La música sonaba tan fuerte que sólo se podían decir frases cortas, con órdenes directas, sin matices, qué dolor de cabeza. En cuanto todas las chicas, Marc y Buixeda empezaron a bailar, le perdieron la pista.

Kim, con las manos en los bolsillos, se fue abriendo paso hasta la barra más alejada de la pista de baile. Menos humo, menos gente, menos ruido. Una burbuja para respirar.

—¿Tú eres de la facu?

—¿Qué?

—¿Tú no estás estudiando Traducción y...?

—¿Yo?

—Sí.

—Me sueñas.

—¿Qué quieres?

—¿Disculpa?

—¿Que qué quieres? —Kim le hizo el gesto de un trago.

—¿*Gin-tonic*?

—¿Te llamas?

—Kim.

—¿Tim?

—Kim, Joaquim.

—Yo Frida.

Se dieron dos besos. Kim le pidió un *gin-tonic*. Para él, un cubata.

—¿Has dicho que te llamabas, *sorry*?

—Frida. Fri-da. ¿Qué pasa? No te rías.

Lo intentó. Pero no lo consiguió.

—No seas capullo, tío.

Kim se sacó la mano de los vaqueros con un billete de mil pesetas.

—Yo termino este año.

—¿Y qué tal?

—¿Qué tal, qué?

—La carrera.

—Depende del profe. Pero bien. —Metió un dedo en el vaso para que flotara el limón que había quedado atrapado entre el hielo—. A mí... A mí me encantan las lenguas.

—Sí, sí, se te nota...

—¿Ah, sí? ¿Se me nota?

Le acercó la mejilla al cuello. Entre ambos no cabía ni un pensamiento. De tan cerca, percibía en el aliento de Frida que aquél no era el primer *gin- tonic* de la noche. ¿Seguro que se me nota?, insistió la estudiante con más escote que camisa. A partir de la segunda insinuación, Kim ya sabía cómo debía actuar. Sólo se trataba de aguantar la conversación y acabar la consumición. Luego... El futuro nunca había sido tan fácil de predecir. El primer morreo llegó cuando aún estaban en la discoteca.

Txell, que daba las noticias antes de ser periodista, fue quien puso al corriente a sus compañeras cuando vio al amigo de Laura abriéndose paso con cierta prisa hacia la escalera de salida.

—Eh, tías, fijaos en Kim. Pero si lleva a una tía cogida de la mano...

—Van a bailar... —dijo Laura, con desinterés.

—¿La conoces, Laura? —preguntó Sira, con la mosca detrás de la oreja.

—Me suena, sí.

—¿De aquí? ¿Del Karma?

—No lo sé. —Por supuesto que lo sabía—. Diría que es de la facultad.

—¿Sabes cómo se llama?

—Joder, tías, por favor...

No iban a bailar. Sira, Txell y Laura, con la copa en la mano, los siguieron con los ojos hasta que Kim y la chica que enseñaba el vientre y el ombligo se perdieron hacia arriba entre la niebla. No habría puesto la mano en el fuego sobre que la conociera de la facultad. Parecía mayor, la muy puta.

—Ha venido con nosotras... —Sira se lamentaba por la derrota—. Si ha venido con nosotras, Kim tenía que irse con nosotras.

—Al menos podía despedirse.

Laura no le defendió. Sabía que sus compañeras de piso tenían razón. Desganada, fingió que la situación le importaba un rábano. Se fue a la pista y se puso a bailar con Marc, los ojazos azules del Maresme. Era de L'Escala, eso lo sabía seguro, pero no recordaba si vivía en Vilassar, Premià o Teià... Daba igual. Qué bien se movía Marc en la pista y qué muermo era Kim.

Una vez en el Ford Escort, que había aparcado en la Gardunya, el garaje que había detrás del mercado de la Boqueria, Frida se dejó caer en el asiento del copiloto. Entre la ginebra, los zapatos y las horas que llevaba de pie, necesitaba repantigarse. No pidió permiso para coger un Fortuna del paquete de tabaco de Kim.

—¿Adónde vamos?

—A un hotel.

—¿A un hotel? Será carísimo. ¿Tú vives con tus padres?

—Sí, sí. Claro.

—Yo también. Mierda. —Frida encendió el cigarrillo—. Mejor vamos al espigón... Un hotel será muy caro.

—Tranquila.

—¿Sabes a qué me refiero? Al rompeolas.

—Tú déjame a mí.

No fue la única vez a lo largo de la noche que le dijo esas palabras. Y Frida, viendo la seguridad de aquel fornido chico de primero de carrera, se dejó llevar. Y abrió unos ojos como platos al ver que aparcaba frente a un hotel del paseo de Gràcia, que se metía detrás del mostrador para mirar el mapa de las habitaciones vacías, que cogía unas toallas limpias de un armario de la limpieza, que tenía una llave maestra que abría una habitación individual de la primera planta, que le desabrochaba los tres botones de la camisa sin inmutarse y que, cuando la tuvo tumbada en la cama, desnuda y entregada, empezó a hacer flexiones sobre ella para regalarle, uno detrás de otro, todos los gustos del placer.

LAS TREINTA Y CINCO MIL PALABRAS DEL DICCIONARIO

Para ellos, los lunes no eran un día cualquiera. Aunque en la vida de los estudiantes las semanas se parecen mucho unas a las otras, hay liturgias sagradas que les gusta repetir. Inexcusablemente, todos los lunes, después de comer y de pasar toda la mañana en la universidad, Laura se moría de ganas de ir a la escuela, y antes de que Brotons —que siempre era el primero— pisara la pista del pabellón, ella ya había preparado el entrenamiento a conciencia. Luego se sujetaba el pelo en una coleta, se ponía la camiseta negra y los pantalones largos, de algodón negro, con unas patas de elefante en la parte inferior de las perneras que casi le escondían los pies. Laura volvió sobre sus pasos. Cogió la bolsa que había colgado en el vestuario de la escuela y abrió la cremallera. Del bolsillito de los secretos sacó el cronómetro y se lo colgó del cuello. Cuando entrenaba a aquellos muchachos de BUP —excepto los bases, todos ya eran más altos que ella—, le gustaba ejercer una autoridad incuestionable. Y un simple cronómetro sobre el pecho que le colgaba hasta el ombligo se convertía, al mismo tiempo, en un escudo y unos galones. Se sentía más segura cuando tenía que pegar cuatro gritos o bien ordenarles un ejercicio a los chavales gruñones a los que les daba una pereza de tres pares de cojones: botar el balón, con los ojos cerrados, cincuenta veces con cada mano. «¿Has visto alguna vez un entrenador con pantalones cortos?». Desde que había leído que Pat Riley lanzaba esta pregunta retórica en una entrevista en *Sports Illustrated*, Laura había decidido que tanto en verano como en invierno iría al entrenamiento con pantalones largos. Y de paso ocultaría los muslos a unos niños que... En pocas palabras: no quería enseñar los muslos y listo.

Con los ocho chicos en la pista de básquet —«Muntaner no vendrá porque tenía que ir al dentista»—, Laura empezaba a dar indicaciones. De entrada, estiramientos musculares. Formad cuatro parejas, os sentáis en el suelo y os ayudáis mutuamente, empujando los dedos del pie hacia arriba hasta que notéis cómo se estiran el gemelo y el soleo. De pie, vamos. Para estirar los isquiotibiales, la pierna arriba hacia delante y que vuestro compañero os la agarre por el tobillo, para empezar a calentar. Media pista hacia delante con esprint, media pista hacia atrás, de recuperación, vamos. Ahora un zigzag de lado, hacia atrás, siempre hacia atrás, defendiendo con el culo hacia abajo. Más abajo, ésa es la actitud buena. Fijaos en cómo lo hago yo. Cuando Kim entró en el pabellón, Laura se estaba desplazando de espaldas, dibujando líneas rectas hacia aquí y hacia allá, con las rodillas flexionadas, el culo suspendido y las manos en tensión delante de ella, como si defendiera a un rival invisible que botaba el balón ante sus narices, como una karateka concentrada antes de partir un ladrillo con

un golpe seco. Ni siquiera se dio cuenta de que su amigo se había sentado en la segunda fila de la gradería de un polideportivo que estaba pidiendo a gritos una mano de pintura. Laura no se podía despistar ni un momento. En cuanto se daba la vuelta, Arlà, Enrique y Rosell se escaqueaban todo lo que podían. Siempre había alguno que salía con el cuento de la lágrima para no hacer el ejercicio que Laura ordenaba. En realidad, hasta que el balón no se ponía en juego y no empezaban con las rondas, primero de bandejas y luego de lanzamientos, no podía dejar de decirles y repetirles, eh, chavales, que sin esfuerzo no hay recompensa.

Kim y Laura se habían visto por la mañana, en la facultad. Habían coincidido en la última clase de traducción inversa antes del examen final. No se habían podido sentar juntos porque Laura había llegado, corriendo, cuando Galindo ya llevaba un cuarto de hora hablando. Laura y Sira, que también iba a Bellaterra a primera hora de la mañana, se habían quedado atrapadas en el tren entre dos estaciones. Estuvieron más de una hora dentro del vagón, con las ventanas selladas y sin que nadie les diera una explicación. No soportaba ni aquel calor que las sofocaba ni la absoluta falta de información, el rostro habitual del país del caos. «¿Qué demonios pasa aquí?». Afortunadamente, habían podido sentarse cuando subieron en la estación de Gràcia. De pronto, cuando más de un viajero empezaba a mostrar síntomas de asfixia en un vagón repleto de desesperación, empezó a correr el rumor de que alguien se había lanzado a la vía cerca de La Floresta. Una mujer. Puede que de unos sesenta años. Dicen, dicen, dicen. Sin embargo, oficialmente nadie les dijo nada de nada, porque cuando ocurren cosas así, y al parecer suelen ocurrir a menudo, se ocultan y no hablan de ellas ni los periódicos. El suicidio avergüenza.

Laura no había vuelto a ver a Kim desde la noche del jueves. El viernes, él no se había pasado por la facultad, y ella, después de la última clase, se había ido a Banyoles. Tenía claro que, cuando se vieran de nuevo, no le reprocharía nada. No lo castigaría porque se había esfumado cuando estaban en el Karma. En cuanto a Frida, porque había hecho algunas averiguaciones y sabía que se llamaba Frida y que estaba a punto de licenciarse, nunca le hablaría de ella. No tenía por qué hacerlo. Por más que Txell, lianta como de costumbre, la había querido pinchar para que se pusiera furiosa, ella no veía ningún motivo para sentirse ofendida. Si Kim no sacaba el tema, ella fingiría no haber visto nada. Como si ni siquiera se hubiera imaginado lo que había ocurrido después.

No obstante, en cuanto entró en el aula le gustó ver que Kim estaba pendiente de quién abría la puerta. ¿Era ella o no? Aún le gustó más que, cuando no llevaba ni dos minutos sentada, llegara a sus manos un papelito doblado. Lo desplegó. «La clase empezaba a las nueve». Para contestarle, Laura intentó no hacer ruido al romper un trozo de papel de la libreta de los apuntes. «Fuerza mayor. Una mujer se ha lanzado al tren. Yo no voy en coche, como otros», papel va. «Yo voy en moto, no te equivoques», papel viene. «Pues podrías pasar a recogerme cada mañana...», ella. «Lo que quieres es pegarte a mí y estás buscando una excusa», notita va. «Eres un

presuntuoso», mensaje viene. Kim le preguntó si quería ir al cine por la tarde y Laura le dijo que, ya debería saberlo, los lunes tenía entrenamiento de básquet. Dime dónde, iré. En la escuela Miquel Cors. No tienes huevos, quiso desafiarlo ella. ¿Qué te apuestas?, dijo él, doblando el reto. ¿Tú vas a poner el pie en una escuela pública? Eso sí va a ser noticia.

—¿No podéis dejaros de papelitos?

Una compañera con apellidos alemanes les recriminó que tuviera que pasarse todo el rato ejerciendo de correa de transmisión. Y allí estaba Kim Ráfales, unas cuantas horas después, sentado, con un cigarrillo en la mano, mirando cómo Arlà, Brotons, Enric y Rosell no encestaban un tiro libre ni por casualidad.

De reojo, a Laura le pareció que el entrenamiento tenía un espectador. Por primera vez en todo el curso, desde que se había encargado del equipo de los chicos del Miquel Cors, aparecía una persona en la gradería del polideportivo. Sólo a última hora, cuando guardaban las pelotas en la jaula, algún padre o alguna madre se acercaban para recoger a sus hijos, que llevaban la camiseta empapada después de la paliza. Laura se dio la vuelta despacio, con miedo a comprobar si era o no era él. Su intuición había funcionado. Kim levantó una mano tímidamente, como si aceptara una falta personal. Ella soltó una carcajada. Y él hizo un gesto para decirle que siguiera con lo suyo, como si no estuviera allí. Y ella volvió a mirar la pista y, por un momento, se sintió como la entrenadora de los Lakers. Pero ni Brotons era Magic Johnson ni Arlà era Abdul-Jabbar, y volvió de golpe a la realidad.

Organizó un partidillo, cuatro contra cuatro en media pista. Si el balón cambiaba de equipo, tenía que salir de la zona para poder volver a lanzar. Sus normas resonaban en el pabellón vacío. Con el partido en marcha, Laura abandonó por un momento el papel de árbitro —ingrato incluso en las costilladas de entrenamiento— y se acercó a la banda. Kim entendió el gesto y saltó dos hileras de sillas para bajar hasta la pista.

—Veo que te hacen caso...

—¿Y qué te creías?

—No pensabas que iba a venir, ¿verdad?

—¿Qué quieres? ¿Que te dé las gracias?

A Laura le sorprendió que, sin proponérselo, le saliera una pregunta que parecía agresiva. Kim, que no entendía por qué también se sentía incómodo, cambió de tema:

—¿Quién es la estrella del equipo?

—Uf... —A Laura no le apetecía hacer una valoración técnica de sus jugadores—. Somos los quintos en la liga. Hemos ganado el mismo número de partidos que hemos perdido.

—Cero grados. Ni frío ni calor. —Silencio. Un silencio que les resultó molesto—. Pues tendré que ir a ver un partido...

—No. Es que yo en los partidos no estoy. Yo les entreno, pero ya dije de entrada que los fines de semana me iba a mi casa y que los sábados no podría estar en los

partidos. Se encarga el profesor de gimnasia de la escuela, que sabe de todo y no sabe nada. Un poco de básquet, un poco de balonmano, un poco de...

Laura, con el balón bajo el brazo, se dio cuenta de que Kim la miraba pero tenía la cabeza en otra parte y no pudo evitarlo.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando?

—En nada...

—Ése no era el juego, Kimet. Teníamos que decir la verdad.

—En nada, de veras.

—¿Estabas mirando la peca?

—¿Yo? —Lo había pillado—. No.

—¿Qué pasa?

—Nada, te lo juro.

—¿Qué estabas mirando? —Se tocó la peca con un dedo para asegurarse de que seguía en su sitio—. ¿Es que me ocurre algo?

—No, no...

—¿Tengo un poco del *croissant* del desayuno de anteayer?

—Que no...

—¿Pues por qué me estabas mirando la peca?

—¿Yo? —preguntó él ofendido, como un pívot del Madrid cuando le pitan una falta personal.

—¿Nunca te habías fijado?

—Sí, claro —dijo, en voz baja—, pero no miraba...

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Eh, Laura... —Déjame respirar—. ¿A qué hora terminas el entrenamiento?

—Sí, eso. Cambia de tema, como todos los tíos. Cuando os sentís acorralados, a otra cosa. Como si fuéramos idiotas...

—Que no, Laura. No lo sé. Estaba distraído.

—Y yo voy y me lo creo.

Laura le lanzó el balón al estómago. Él lo cogió al vuelo.

—Hola, soy yo, Kim. Tu amigo. He venido a ver cómo entrenabas a tus chicos... Me apetecía verte en acción.

—Ya. —Cuando se miraban, sabían que no podían enfadarse. Laura bajó su nivel de turbación—. A mí también me gusta que hayas... Pero dime una cosa, ¿vale?

Kim notó que aquellos ojos suplicaban la verdad.

—Sí. —Qué remedio—. ¿Qué?

—¿Te molesta mi peca? ¿Te ofende? ¿Crees, como mi madre, que debería quitármela?

—Haz lo que quieras.

—Mi madre la llama la peca de la imperfección.

—Qué va. A mí me parece que... Que tiene personalidad.

Qué rabia. Dijo la peor palabra que podía soltarle. La peor. La puta personalidad de la peca. Como si bailara sola; como si la peca pensara. Kim intuyó al instante, quizá por un nervio que tiraba del rostro de Laura, que de las treinta y cinco mil palabras del diccionario había elegido una equivocada. Se dio cuenta de que ella aceptaba la palabra con angustia, o con rabia, o no sabía exactamente con qué, y se apresuró a ponerle remedio.

—Pero si a ti te parece bien... ¿A ti te gusta? ¿Qué opinas tú de esa peca?

—Nada. Que... tiene personalidad.

Le arrebató el balón de las manos, dio media vuelta y le quitó el polvo a su voz más fuerte para gritarles a los perezosos de su equipo que quería más intensidad, que esos contraataques, Arlà y Rosell, eran de colegio de monjas y que los lanzamientos, Brotons de los cojones, había que hacerlos con decisión, con ganas de comerse el mundo, con la cabeza alta y la rodilla por delante, me cago en la hostia. He dicho con la rodilla por delante, ¿podéis hacerme caso?

Por suerte para Enric, Laura no oyó que le decía «¡cállate, pescadera!», con la boca pequeña. Kim, sentado en el banquillo, al otro lado de la pista, tampoco se dio cuenta. Oía el chirrido de las zapatillas cuando frenaban en seco sobre el parqué y se quedaba atónito, eso así, al ver los arrebatos de Laura. Jamás se lo habría imaginado. Y qué bien le sentaban esos pantalones que se ajustaban a su trasero y a sus muslos y que, sin embargo, eran tan anchos por abajo. Habría dicho que su compañera de carrera tenía... personalidad, a no ser que... Personalidad en el vestir, en su forma de hablar y en su trato con la gente. Pero aquel lunes de primavera, a media tarde, en un polideportivo escolar de un deporte que nunca había practicado, decidió borrar la maldita palabra de su colección. Se había terminado para siempre la personalidad. Se hizo el propósito de no pronunciarla nunca más si no era por estricta necesidad profesional. Si en clase les habían dicho que una persona suele moverse con trescientas palabras y un escritor utiliza unas ochocientas, él, como hombre de letras que estudiaba para ser intérprete, debía utilizar unas quinientas. Cuatrocientas noventa y nueve, pues, a partir de aquel momento.

—¿Un café bien cargado, señor Paco?

Arseni tenía un código secreto con el dueño del hotel.

—Claro. —Con una ojeada comprobó cuántos de los clientes que tenían que entrar aquella noche ya estaban en sus habitaciones—. ¿Ahora?

—Ahora.

El jefe de recepción del Rafaeli, Arseni Rubio, sabía que, si tenía que comunicarle una información urgente o un cotilleo de hotel que exigía discreción absoluta, debía recurrir a la contraseña que les funcionaba desde hacía muchos años. Un secreto entre ambos que el empleado de fino bigote valoraba como un acto de extrema confianza por sus más de treinta años de fidelidad y de trabajo bien hecho.

Arseni había entrado a trabajar en el Rafaeli cuando, durante el Congreso Eucarístico, el hotel se había llenado con fieles de todo el mundo. Era una fecha fácil de recordar. Mayo del 62. Empezó como botones de vestíbulo para entregar mensajes a los clientes, había sido maletero en los tiempos en los que las propinas para subir el equipaje a las habitaciones suponían una alegría, lo habían ascendido a conserje y tras años pidiendo miles de taxis, de recomendar excursiones a la Sagrada Familia, a ver *l'ou com balla* o a un tablao flamenco, lo pasaron a recepción, otro estatus. Entradas y salidas. La primera y la última imagen del hotel después de haber abonado la factura. El día que cumplió cincuenta años, Paco Ráfales lo invitó a comer con su mujer en el Via Veneto, en la calle Ganduxer, le regaló un buen reloj y le comunicó que, si no tenía inconveniente, lo nombraba jefe de recepción del hotel Rafaeli de Barcelona. Arseni y Amparo lloraban de emoción. Y de agradecimiento. El ascenso, el restaurante, el detalle, el Omega con calendario... Jamás se habrían imaginado que les valoraran hasta ese punto. Desde aquel día, Paco Ráfales supo que, por los siglos de los siglos, tendría en su jefe de recepción a su mejor confidente.

Arseni era un hombre de complexión fuerte. Se peinaba hacia atrás con raya, a la antigua usanza, su piel era brillante y azulada, y tenía una salud a prueba de bombas. Su fino bigote, que se había convertido en característico, lo acompañaba desde que lo pasaron a conserjería. Pensó que le otorgaría edad, poder y prestancia. Y, bueno, a Amparo le gustaba. Cuando se reía, en cambio, se le veía un hueco porque le faltaban muelas. Una en cada lado. Simétricamente, eso sí, todo un detalle. Quizá se reía poco porque se sentía desnudo, habían comentado los Ráfales cuando aún estaba Maria. Arseni se reía poco, por no decir nunca. En una ocasión, en una comida familiar, Àlex había planteado qué imagen daba el hotel si el jefe de recepción era un señor muy amable y muy serio pero con dos huecos de la dejadez a la vista. Parecía más apropiado que estuviera en el mostrador de un tanatorio que en el de un hotel, se atrevió a decir el mayor de los tres hijos. A su padre, con un calla y come, le bastó para cerrar la carpeta de una insinuación que ya no se volvió a abrir. A los clientes les parecía bien, cuando llegaban, cansados tras el viaje, que en el hotel, después de saludar, les hicieran la pelota. Su padre lo veía así y no se hable más.

Desde que Arseni vestía la americana de su nuevo cargo, todas las mañanas despachaba veinte minutos con el señor Ráfales en las mesas de la oficina de recepción, entre archivadores, carpetas y mapas. Sin embargo, si en otro momento del día el hombre que estaba al tanto de todo lo que ocurría en el hotel le decía «señor Paco, ¿quiere un café bien cargado?», el dueño sabía que pasaba algo que no podía esperar hasta el día siguiente. Se iban al piano-bar, una sala con poca luz y una veintena de mesitas bajas que había detrás de los ascensores, se sentaban en los dos taburetes del extremo de la barra y, mientras se tomaba un *ristretto* con unas palmeritas de hojaldre —o una tableta de chocolate—, Ráfales escuchaba lo que

preocupaba a Arseni. Nunca se inventaba nada. Nunca decía nada al tuntún. No difundía un rumor que no hubiese contrastado ni hablaba por hablar. Cuando le pedía un café bien cargado al señor Ráfales era porque estaba seguro de lo que decía. La credibilidad es una virtud que se consigue a base de no equivocarse nunca. Y Arseni sentía el orgullo profesional de no haber contado, ni una sola vez, algo que no fuera cierto. Ante la duda, prudencia. Si no se podía poner la mano en el fuego, silencio sepulcral. Pero ¿de qué se había enterado aquel lunes que el señor Paco tuviera que saber sí o sí? Quizá porque no sabía cómo debía enfocar la conversación, hablaba en voz más baja que de costumbre. El hecho requería prudencia.

—Adelante, Arseni. Le noto preocupado. No pasa nada. Nunca pasa nada.

El pianista, como si estuviera compinchado, empezó a tocar en aquel momento.

—¿De mi hijo, dice?

Para empezar, como todos los días, unas variaciones de *jazz* sobre unos nocturnos de Chopin.

—¿De Àlex o de Roger?

Santi Santos, que durante el día trabajaba en una oficina bancaria, se cambiaba de americana para tocar en el hotel Ráfales de las siete de la tarde a las once de la noche. Seis noches por semana.

—¿De Kim? —Paco Ráfales no entendía qué pretendía decirle Arseni—. Pero ¿qué tiene que ver Kim?

Luego, si se daba, se quedaba acompañando a algún cliente solitario que lo invitaba a compartir una última copa. ¿A cambio? Aguantarle las neuras, la gente está fatal.

—No me jodas, Arseni.

En una ocasión, una viuda de Marsella fascinada por el virtuosismo de los dedos de Santi Santos le pidió que subiera a su habitación.

—¿Cuándo dices que...?

Una vez arriba, le interpretó un buen Rachmaninoff.

—¿El jueves?

Un *allegretto* para empezar. Luego, un *andante con moto*. Con delicadeza.

—¿Estás seguro, Arseni?

Y un *molto allegro* para acabar de satisfacer las necesidades de la viuda marsellesa. Luego dudó que fuera viuda.

—Gracias, Arseni. Entiendo que no le ha resultado fácil decírmelo.

Se tomó el café de un trago, se levantó del taburete y saludó maquinalmente a Santi Santos. Aún le estaba dando vueltas a lo que acababa de contarle Arseni sin tapujos.

—¿Qué tal, señor Ráfales?

—Bien, bien, Santos —dijo, arreglándose el nudo de la corbata verde de los lunes.

—Aquí, en esta época y con tanta moqueta, empieza a hacer calor... ¿Va a venir gente hoy?

Qué buenos son los pianistas de hotel para hablar sobre la nada sin dejar de tocar.

Aún no había puesto un pie en la puerta giratoria del hotel cuando Kim ya había recibido dos avisos de que subiera a la quinta planta, al despacho de su padre. Arseni, que estaba rellenando la ficha de entrada de un matrimonio noruego, lo vio pasar, a hurtadillas, camino del ascensor. Arriba, cuando se abrió la puerta del quinto piso, Àlex y Roger también lo estaban esperando.

—Dice papá que entres enseguida, que no te entretengamos.

—¿Sabéis qué ocurre?

—Ni idea —Roger, con la fantasía de los pelirrojos, especuló—. Puede que el jueves olvidaras la caja de condones en la habitación...

—¿Y a ti quién te ha dicho que los utilice? —De entrada, como Napoleón: la mejor defensa, un buen ataque—. ¿Creéis que sabe algo?

—Yo creo que no.

—Yo tampoco lo creo. ¿Cómo se llamaba la tía?

—¿Te ha pedido las cintas del jueves?

Kim señaló la pantalla en la que recibían las imágenes de las cámaras de seguridad.

—No, no. A mí no.

—Por cierto, aprovechando que ahora hace buen tiempo, estamos pensando en organizar una salida en barco, el sábado y el domingo. ¿Te apuntas, Kim?

—Paso, paso.

—Tenemos que volver a poner en marcha *La Fornarina*. Ha estado parada todo el...

—Final de curso, exámenes, tíos. Paso. ¿Sabéis lo que quiere papá o no?

—Entra y calla, tío. Y no preguntes.

Kim abrió la puerta del despacho de su padre sin llamar. Los cuatro hijos sabían que eran los únicos en todo el edificio que podían permitírselo a cualquier hora y fueran cuales fueran las circunstancias. Su padre tenía un único papel encima de la mesa, cerca del retrato de Maria, un cenicero y un paquete de tabaco. Se levantó de la butaca de piel, se subió los pantalones exageradamente y se dieron dos besos.

—¿Cómo ha ido el día, majo?

—Bien, bien.

Por su tono, Kim dedujo que no estaba enfadado.

—¿De dónde vienes?

Su padre se sentó en el sofá. Kim estaba a su lado. Aquella conversación no podían mantenerla con una mesa de por medio ni cara a cara. De lado resultaba más fácil esquivar miradas y fijar los ojos en el vacío.

—¿Ahora? —Uf—. Ahora, nunca lo adivinarías, vengo de una escuela. He ido a ver un entrenamiento de básquet.

—¿Tú, básquet? Pero si es un deporte de patio de prisión...

—¡Pero qué dices, papá! Una amiga entrena a un equipo y...

—¿Tienes una amiga?

—Una compañera de facultad. Laura, ya la conoces. Vino un día aquí y te la...

—¿De modo que se trata de Laura?

—Sí.

—¿Y la trajiste aquí el jueves pasado?

—No...

—¿No la trajiste aquí para enseñarle una habitación?

—No. —Mierda, lo sabía—. Laura es una amiga de la facultad. Una buena amiga y nada más.

—Ah, no se trataba de Laura, de acuerdo. Así pues, hay otra.

—No hay nada, papá...

—Pero aquí —mantenía el tono tranquilo— viniste con una chica, ¿sí o no?

—Sí. —Bajó la mirada—. Pero no era ella.

—¿Cómo se llamaba?

—¿La chica? —Haciendo un pequeño esfuerzo, habría recordado aquel nombre tan extraño—. Da igual.

—Da igual, es verdad. —Su padre se levantó del sofá—. ¿Quieres dos dedos de *whisky*?

—¿*Whisky* yo? Pero qué dices, papá.

Su padre sí lo necesitaba. Se lo sirvió del mueble bar que había junto a una marina de Bosch Roger y se sentó de nuevo en el sofá. Dejó el vaso encima de la mesita y se arregló el nudo de la corbata.

—Bueno, Kim, un padre nunca sabe cómo decir estas cosas, pero... Y menos aún en ausencia de una madre, sobre todo de tu madre, a quien estas cosas se le daban mucho mejor que a mí. Pero debo hacerlo y nada... Felicítate. Felicítate y darte la bienvenida al club. —Kim le miró. Alucinaba—. He sabido que el jueves llevaste a una chica al hotel; me han dado incluso el número de la habitación. Tranquilo, no me lo han dicho ni Àlex, ni Roger ni nadie que a ti te importe. Tienes casi diecinueve años y es una edad cojonuda para descubrir, para entrar —no encontraba ninguna palabra que le gustara de verdad, en aquel momento todas sonaban cursis—. Digamos que es un buen momento para empezar la vida sexual y descubrir que lo puedes pasar muy bien en la cama con una mujer, que es muy divertido y que...

Kim estuvo a punto de decir «papá, sírreme un *whisky*», pero se había puesto tan colorado y estaba tan asombrado por la escena que tenía que aguantar con cara impávida que no podía ni decir «papá, no sigas, no importa, hace ya cuatro años que me tiré a una tía, y sí, me gustó mucho aquella sensación nueva y jamás vivida de la penetración, ese deslizarse hacia no se sabe dónde por primera vez, un placer

experimental que parece infinito, que desde entonces, aquí en el hotel, y en el coche, y en la playa, y en un *green*, en el golf del Prat... Es mejor que lo sepas, papá. Si crees que Frida —de repente le vino el nombre a la mente— me desvirgó el pasado jueves en tu hotel, felicidades, mejor para ti y me parece bien que te quedes con esta versión». Y Paco Ráfales, que seguía escogiendo las palabras para decirlo todo con suavidad, con la comprensión de un padre moderno, con la responsabilidad de un viudo que debe ejercer de padre y de madre y de todo, le acabó pidiendo, por favor, Kim, dos cosas.

—Por favor, si alguna vez tienes un problema, cuéntamelo, que soy tu padre, y aunque siempre estoy pendiente del trabajo y parezco el hombre más ocupado del mundo, tú, Àlex, Roger y Elsa sois lo más importante de mi vida. Y, por favor, ten cuidado, toma precauciones, eso también se lo dije a tus hermanos mayores cuando llegó el día como el que tú vives hoy, ¿de acuerdo, Kim? Un pacto muy raro entre padre e hijo. Y nada más, majo, sólo que me ha gustado tener esta conversación... de hombres. Gracias, a mí también, ¿qué querías que dijera?

Kim se moría de ganas de abandonar aquel despacho para echarse a reír a mandíbula batiente y contarles la conversación a sus hermanos y a Laura, que seguro que también se quedaría de pasta de boniato. Se levantó con dignidad y le dio un beso en la mejilla a su padre.

—Por cierto, hoy estás muy guapo, señor Ráfales.

El comentario de Kim lo sorprendió. Desde que Maria había muerto, sus hijos estaban más encima de él. Le prestaban más atención o se habían hecho mayores y ya no les daba vergüenza decir según qué cosas. Paco Ráfales, un hombre de fórmulas, respondió lo mismo que cada vez que alguien elogiaba su elegancia:

—El mérito es del sastre.

—¿Es nuevo?

Con la palma de la mano, Kim repasó el traje y los pantalones.

—Del verano pasado. Hacía tiempo que no me lo ponía. —No sabía por qué le daba explicaciones a su hijo, pero lo estaba haciendo. Quizá porque nunca habían tenido una conversación como la que acababan de tener—. Pero hoy ya hace calor...

—¿No será que...?

Kim no se atrevió.

—¿Qué? Dime...

—¿No cantará en Barcelona estos días Diana Laborde?

ESPERANDO A CARL LEWIS

En la cubierta del ferri, camino de Menorca, estalló una pequeña discusión. Habían zarpado a las once de la noche del puerto de Barcelona, y a las tres de la madrugada, en la zona de butacas, aún seguía el jolgorio. Los que querían dormir se quejaban de que con tanto ruido aún no habían podido cerrar ni un ojo. Ni moviéndose de un lado a otro, ni poniéndose el antifaz los más previsores ni los taponos en los oídos que se habían traído de casa quienes ya sabían de qué iba la película. No serían más de siete u ocho los jóvenes que habían estado tocando la guitarra y cantando y que ahora estaban contando chistes pasados de moda que les parecían exageradamente graciosos. Como si viajaran solos, les bastaba con su jarana para molestar a todo el mundo. Tras perder varias veces la paciencia, algún viajero soltó un vete a la mierda al greñas que se reía más fuerte. Los que estaban más cerca se dieron cuenta enseguida de que, si aquella manera de mandarlo a paseo no se paraba a tiempo, podría derivar en una tercera guerra mundial.

—¿Y a ti qué te pasa, momia? —le dijeron al anciano que les increpaba mientras su mujer, que estaba más preocupada por su marido que por ella, intentaba taponarle la boca con la mano.

Laura intuyó el movimiento de Kim.

—No te metas. Por favor.

—Llegaremos a Maó hechos una mierda.

—Pero no te metas.

Kim, sentado en una butaca entre Laura y Xènia, arrugó la nariz e insistió.

—Si no sobamos, mañana estaremos muertos.

—Tendrías que haber reservado un camarote... —le provocó Xènia.

No quiso responder. Kim ya lo había pensado, pero no lo hizo, no tanto por no ser insolidario con sus compañeros de curso, sino porque no soportaba la sensación de estar enjaulado que le provocaban los camarotes, y allí abajo aún percibía más aquel olorillo. No le daba miedo marearse, sino tener miedo de marearse. De eso siempre se cachondeaban sus hermanos mayores cuando salían a navegar. Kim sabía que, si le apetecía, en la zona de butacas podía levantarse y salir a tomar el aire ahí mismo, sin tener que correr para subir escaleras cuyas barandillas, ignoraba por qué, siempre estaban frías y despintadas.

Bastó con que el anciano, zafándose del tapabocas de su mujer, les espetara a los gamberros que le habían llamado momia que eran unos maleducados y les amenazara blandiendo su bastón para que los chicos se mofaran de la joroba del abuelo, cada vez

más enojado, y se armara la gorda. De repente, los jóvenes dejaron la guitarra sobre las mochilas, se levantaron y se dirigieron hacia el viejo protestón para silenciarlo. Kim y Marc se pusieron de pie bruscamente cuando vieron que le quitaban el bastón y lo arrojaban lejos a ras del suelo, como si jugaran a los bolos. Otros compañeros de la facultad que también estaban adormilados en las butacas, aquí y allá, reaccionaron cuando vieron que los provocadores agarraban al abuelo por las piernas y los brazos y lo sacaban afuera, por babor. Lo amenazaban con lanzarlo al agua moviéndolo de un lado a otro, a la una, a las dos y a las...

El abuelo insultaba a los gamberros y movía convulsamente las piernas como no lo había hecho en la última década para que lo soltaran. Su mujer gritaba más que él. Reclamaba el auxilio de una policía que no estaba allí y de una tripulación que no apareció por ningún sitio. Xènia y Laura salieron a cubierta, detrás de Kim y Buixeda. A Marc, que jugaba en el equipo universitario de *rugby* y que cuando era necesario sacaba la mala leche del Alt Empordà, le bastó con dos gritos, cuatro empujones y una amenaza para poner un poco de orden. No se había levantado por curiosidad, para ver qué ocurría, ni para calmar los sollozos de la mujer. Si querían bulla, tendrían bulla. Llegado el caso, estaba dispuesto a arremangarse. Cogió la guitarra que habían dejado sobre las mochilas y se la enseñó a los gamberros como quien retiene a un rehén, haciendo el gesto de romper el instrumento con un golpe definitivo. Con el ajustado Fred Perry amarillo que llevaba, mostraba unos bíceps trabajados a base de muchas horas de gimnasio. Justo antes de hacer astillas la guitarra española contra un bote salvavidas, frenó en seco el movimiento. Quid pro quo. Al menos consiguió que, a cambio de recuperar la guitarra, se calmaran las encrespadas olas y dejasen en paz a un abuelo que, cuando puso los dos pies en tierra firme, aún seguía temblando. A sus setenta y dos años, nunca olvidaría su primer viaje a Menorca.

A las ocho de la mañana, cuando el ferri de Trasmediterránea dejó de roncar en el puerto de Maó, todos tenían tanto sueño que ni siquiera se dieron cuenta de que les daba la bienvenida un tranquilo cielo azul de una mañana de verano. De todos los estudiantes que habían terminado el primer curso de Traducción e Interpretación, unos cuarenta se habían apuntado —y pagado por adelantado— al viaje a Menorca de finales de julio. Primero habían pensado organizar la excursión cuando correspondía, justo después de los exámenes, pero siguió inscribiéndose gente, y por problemas con el hotel, con los pasajes o con no sabían exactamente qué, la escapada de cinco días se había aplazado hasta esas fechas en que la isla ya estaba llena de turistas y de algunas familias de Barcelona que se instalaban para pasar el verano. Marc, Xènia, Buixeda, Kim y Laura se sentaron en las cinco butacas de la parte trasera del autocar que debía llevarlos hasta un hotel rural, entre Alaior y Sant Climent. Por el precio que

habían pagado no encontraron nada más cerca de las playas del sur. Habían reservado muy tarde teniendo en cuenta que eran veinte habitaciones dobles.

El S'Hortolà era un hotel sin estrellas, ni restaurante, ni piscina ni nada de lo que esperaban encontrar en Menorca. Si se lo tomaban con el optimismo de los dieciocho años, parecía el hogar de los caseros de una finca señorial de la época de los ingleses. Pero, por mucho que miraran a su alrededor, no aparecían por ninguna parte la casa principal ni el huerto que debía dar nombre a la aldea donde pasarían cuatro noches. Buixeda, que había terminado el primer curso con un pleno de sobresalientes, se dio cuenta antes que nadie:

—Ésta debe de ser la casa del hortelano, el payés que se encargaba de lo que sembraban y cosechaban en los campos terrosos que hay por aquí.

Sin embargo, eso debía de ser en tiempos remotos. Ahora habían pintado la casa por fuera y habían reformado su interior. La habían dividido en seis minúsculas habitaciones con dos somieres y dos colchones, un estante que servía de mesilla de noche, una tele pequeña que parecía estar allí porque no habían querido tirarla y para de contar. Junto a la puerta de cada habitación había un lavabo debajo de un espejo de unos dos palmos de ancho y un inodoro que pretendían disimular con una mampara de mimbre. El plato de ducha, en cambio, era comunitario. No estaba en las habitaciones, sino al final del pasillo de cada una de las dos plantas.

—¿No había nada más cutre? —dijo Marc, dejando la mochila sobre la que decidió que sería su cama.

—Una cosa... —Kim se resistía a dejar su maleta encima del colchón—. ¿Te importa que me quede ésta, que está más cerca de la puerta?

—¿Tienes miedo?

—No. —Se echaron a reír—. Es la costumbre.

En la habitación de al lado —la 29 era la única que tenía un balcón que daba a la parte de atrás, con vistas muy lejanas a Monte Toro— se instalaron Xènia y Laura. Habían tenido suerte. Podían salir a fumar un pitillo, de una en una. Habían pactado que dentro de la habitación no fumarían, y fuera no cabían las dos. Ni siquiera de lado. Poco podía imaginarse Xènia en aquel momento que no faltaba mucho para que se pasara largas horas de pie en aquel estrecho balcón.

El primer mediodía después de su llegada a Menorca, algunos fueron a la playa. Bajar desde S'Hortolà hasta la playa de Son Bou era una excursión larga que les resultó más pesada a la ida, por el sol, que a la vuelta. Caminar por el arcén de la carretera, con tanto tráfico y el asfalto ardiendo, no resultaba nada agradable, y más de uno decidió levantar el dedo para hacer autostop. La palabra les hizo gracia a los estudiantes de Traducción. Autostop. Les parecía larga, rudimentaria, pasada de moda. Muy gráfica, eso sí, pero anticuada. ¿Y autostop es lo que hace el peatón que va andando o el conductor que se detiene? ¿Seguro que no lleva guion? Me apuesto

lo que sea a que no está en el diccionario. Por supuesto que está, entre autoestima y autoestopista. ¿Y tú qué sabrás, rata de biblioteca? Discutieron también sobre si era un término universal que se decía igual en todas partes. Laura recordó que en Banyoles lo llamaban «hacer dedo» y todos se echaron a reír y bromearon sobre ello. Y entonces se pusieron a contar anécdotas que habían oído —o leyendas urbanas, quizá— sobre gente que había hecho autostop. Yo conozco a alguien que. A mí me han dicho que en Francia un tipo. A mí me juraron que una tía se subió a un Mehari y que nunca más... A ver quién rizaba más el rizo.

Son Bou era una playa muy larga. No tenía ninguno de los encantos de las calas que les habían recomendado: la de Canutells, la de Biniparratx o la de Binidali, con su roquedal junto al mar. Sin embargo, para llegar hasta allí tendrían que haber andado aún más, y, al fin y al cabo, para bañarse o para tumbarse en la toalla y sobar todo lo que no habían dormido en el ferri, no necesitaban más.

A la excursión de la tarde a la Naveta dels Tudons no se apuntó el número de personas necesarias para que saliera el autocar, de modo que hubo que cancelarla. A la gran mayoría les daba mucha pereza cruzar casi toda la isla para visitar una construcción pretalayótica de piedra que llevaba miles de años allí. Y podían pasar unos cuantos miles más sin que sintieran la curiosidad de asomar la nariz para ver cómo enterraban a unos antepasados de quienes no sabían gran cosa. Bastó con que alguien dijera que en cuanto metías la cabeza en el pasillo adintelado por el que se entraba en la nave olías a bomba fétida para que dijeran no, gracias, preferimos quedarnos a dar una vuelta por aquí.

En cambio, el plan de bajar a cenar a cala'n Porter y conseguir entradas para la Cova d'en Xoroi sí tuvo aceptación. Todo el mundo quiso acicalarse. Los que no se habían dado una ducha al volver de la playa quisieron darse un buen repaso con el jabón antes de ir a cenar. Con tan sólo dos duchas para todos, en los pasillos de S'Hortolà se montó tal alboroto de carreras, colas y toallas que el viaje a Menorca empezó a tomar otro rumbo.

En el autocar, Kim y Marc, sentados en la parte de atrás, esperaban la llegada de las chicas, que aparecieron después de la hora acordada. Xènia se había pintado los ojos de un color azul atardecer que le favorecía. Laura se había soltado el pelo rubio y sano, que le llegaba hasta los hombros, y se había puesto un vestido blanco de tirantes muy sugerente. Se le ajustaba muy bien a las caderas y al pecho. Con aquella prenda, el sujetador era un estorbo, un día es un día. El vestido dejaba a la vista una piel dorada, acariciada por el sol, sobre todo en el escote redondo, en los brazos —que se había depilado justo antes del viaje— y en sus brillantes hombros redondeados, de deportista. Le había oído decir miles de veces a su madre que el bronceado de montaña reseca. En cambio, podía demostrarle —después de los muchos veranos que la familia Altimira había pasado en la playa de Calafat— que el de playa luce mejor

por los diminutos cristales que la arena va impregnando en la película del torso. A medida que van pasando los días, la piel queda muy fina, aparecen millones de pequeñas pecas y el cuerpo se convierte en una fiesta. «Todo el mundo está más guapo cuando está moreno» era una de la decena de sentencias que Clàudia repetía más veces a lo largo del mes.

—Si por cada vez que lo dices me diesen un duro, ya seríamos ricos.

El padre de Laura, un contable tiquismiquis que hacía estadísticas de todo, también hacía un inventario de las frases más habituales de su mujer. Clàudia tenía en *stock* más reflexiones sobre las ventajas del bronceado. «Por contraste, destaca más el blanco de los ojos». O bien: «El bronceado es el buen recuerdo de los momentos pasados al aire libre». O también: «Si estás moreno, tu autoestima sube». Y con respecto a eso, ella, que la tenía baja, había aprendido la teoría pero se le resistía la práctica. Sin embargo, ninguna de estas tres últimas afirmaciones constaba en el *top ten* del *ranking* de los dogmas más citados por Clàudia.

Durante el paseo que Laura hizo desde el volante hasta la última fila, Marc y Kim se dieron cuenta de que su compañera de curso, que parecía otra, había tenido que recolocarse en dos ocasiones el tirante que se le caía hacia el hombro izquierdo.

—Con ese vestido tan claro se te ve más bronceada...

Kim la recibió con un piropo. Laura le respondió con un nivel menos de gentileza.

—Mira quién habla. Si tú siempre estás agitanado.

—¿Yo?

Kim simuló observarse por dentro. Llevaba una camisa azul bien planchada, abrochada hasta más arriba del pecho y arremangada por debajo del codo.

—En invierno, porque vas a esquiar; en verano, porque sales a navegar, y durante todo el año porque juegas al tenis.

—Soy un poco odioso, ¿verdad?

Ya que lo dices...

—Vaya vida, tío.

—Mi padre tiene un cartel que... —decidió no continuar—. Eh, tías, sentaos, que arranca.

No quiso citar el quinto punto del decálogo del éxito según Onassis que estaba colgado en el despacho del Rafaeli. El mandamiento preferido de Àlex. Ese que empieza diciendo «Mantente bronceado durante todo el año».

En la pizzería, muy lentos. Tardaron mucho en servirles. Cuando llegaron, aún no se había puesto el sol, y había anochecido bebiendo cervezas y más cervezas mientras esperaban a que la *mozzarella* de búfala llegara a nado desde Sicilia. Cuando salieron

de aquel jardín interior al aire libre, más de uno se tambaleaba. Buixeda se habría tomado unas cinco. Marc y Kim, acostumbrados a las birras en ayunas, lo llevaban de maravilla. En cambio, aunque habían bebido mucho menos, Laura y Xènia se levantaron de la mesa con la risa floja y se reían por cualquier tontería. Todo les parecía gracioso y, cuando bajaron para entrar en las Coves d'en Xoroi, sólo el empedrado irregular de los adoquines disimuló una cierta inestabilidad.

En la discoteca había una cola de cuarenta personas para enseñar la entrada y para que les marcaran la mano con el sello de tinta, como si fueran un ternero, por si querían salir y volver a entrar durante la noche. La cola no avanzaba demasiado deprisa. El portero jugaba con el poder de regular el tráfico.

—Es una estrategia comercial —dijo Buixeda—. Así parece que haya cola para entrar.

Laura, harta de esperar, se apoyó en el brazo de Marc. Y luego en todo el cuerpo. Se decían cosas en voz baja y se reían. Y volvían a reírse otra vez, tontamente. Marc, con la barba y el pelo casi tan largo como el de Laura, no se estaba quieto; hacía el payaso como Kim nunca le había visto hacerlo después de verle casi todos los días en clase. De repente, Laura y Marc saborearon sus respectivos labios. Allí, de pie, en la cola de las Coves d'en Xoroi. Pocos segundos después, volvieron a hacerlo. Kim se hizo el despistado, como si no hubiera visto nada.

—¿A qué hora cierra esto?

—Aquí no hay horario —respondió el portero más musculado, el que filtraba el acceso—. Hasta que sale el sol.

Una vez dentro, dieron una vuelta para inspeccionar el espacio. Habían oído hablar del sitio, pero hasta que no entraron no se dieron cuenta de que era realmente singular. Tenía la música, las luces y el olor de una discoteca, pero estaban paseando por el enorme apartamento de un troglodita, con muchas habitaciones y muchas vistas. La pista, no demasiado grande, tenía un aire insólito, con una abertura al fondo que era una ventana natural sobre el Mediterráneo. Espectacular. Era una discoteca extraña, con tantos rincones, terrazas y agujeros que daban al mar. Una vez examinados todos los recovecos, Kim recogió las entradas, que incluían una consumición por barba, y fue a por los cinco cubatas. Primera ronda. Cuando volvió con los vasos de tubo llenos hasta arriba, Marc estaba contando una historia. Se sabía la leyenda del moro, más o menos. Apoyado en un tronco de árbol barnizado que servía de barandilla para que nadie con dos copas de más se precipitara por el acantilado, narró la leyenda. Una vez, no sabía cuándo, naufragó un barco moro cerca de la costa. De todos los que iban a bordo del barco resulta que sólo hubo un superviviente, Xoroi. Malherido y haciendo un gran esfuerzo, consiguió trepar hasta las cuevas y decidió que serían un buen lugar donde vivir.

—Un poco húmedo, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿qué me dices de las vistas?

—Ahora es de noche y no veo una puta mierda.

A Xènia sólo le apetecía sentarse.

—¿Y qué? ¿Y qué?

A Laura le encantaba que Marc les contara un cuento antes de acostarse.

Un día salió de la cueva y raptó a una joven, una muchacha muy guapa de la zona que estaba a punto de casarse, y se la trajo aquí. En estas cuevas pasaron muchos años juntos, hasta que un día, ¡oh, sorpresa!, en una ocasión en que toda la isla quedó cubierta por un palmo de nieve, los campesinos de Alaior empezaron a seguir unas huellas que los condujeron hasta este sitio. Dentro de la cueva encontraron al moro; a la joven, que ya no era tan joven, y a los tres hijos fruto de su relación. Al verse acorralado, Xoroi salió corriendo hacia uno de estos agujeros, se lanzó al mar y nunca más se supo de él. Volvió al mar, que era de donde había venido.

—¿Conclusión?

—Si nieva, no salgas de casa.

—¿No os parece que este cubata sabe a garrafón?

—¿Quién quiere bailar?

—Tiene cojones haber montado una discoteca aquí dentro. ¿Sí o no? Tiene muchos cojones.

Marc y Kim tenían que agacharse para no ir golpeándose la cabeza contra las rocas. El paso del tiempo o la erosión por efecto de los vientos del sur o los cabezazos que ya se habrían pegado otros antes habían pulido las piedras que servían de techo natural. Al menos parecía que no había aristas. Sobre la pista, en cambio, la cueva se abría en una bóveda hasta mucha más altura. Incluso había suficiente espacio para colgar allí una inmensa bola giratoria que, a través del mosaico de cristales cuadrados, lanzaba, aquí y allá, unos rayos de luz que petrificaban a los bailarines con rostros y gestos grotescos, como si cada dos segundos se quedaran patitiosos.

—Si Xoroi levantara la cabeza...

—¡Volvería a lanzarse al mar!

—Montar una *boîte* como ésta tiene delito.

—¿Quién dice *boîte* hoy en día?

Por mucho que gritaran, ya no se oía nada. Bailaban, fumaban, bebían. Se reían de todo o de nada. Se dejaban llevar. Habían ido juntos a clase durante todo un curso, pero nunca habían visto a los demás tan liberados, tan espontáneos, tan... Ni siquiera cuando salían los jueves por la noche por Barcelona. Kim se había puesto a bailar rozando casi los vaqueros de una chica rubia, holandesa. Le pareció entender que se llamaba Jutta. Parecía mayor, aunque quizá no lo fuera. Era tan alta como él, eso sí. Muy rubia. Y con los labios pintados. Se hacían muecas mutuamente. Cada uno bailaba a su aire. Cantaban los dos con Gloria Gaynor. Gritaban. A pleno pulmón, libres. Primero bailaron frente a frente, como si el juego consistiera en no llegarse a tocar, mejilla con mejilla. Luego, Jutta, o como se llamara —lo que menos le importaba en aquel momento a Kim eran los datos de su pasaporte—, se colocó de

espaldas a él, con el culo muy cerca de sus pantalones. *I will survive*. La holandesa se movía con gracia, con aquellos zapatos rojos de tacón de aguja no debía de resultarle fácil seguir el ritmo con los pies y las caderas. A la tercera canción, Kim la agarró por la cintura. Ella se echó toda la melena hacia un lado, ofreciéndole el cuello, como si estuviera pidiendo el beso de Drácula en el otro. Cuando Kim no pudo resistir más, ella lo cogió de la mano y, sin dejar de bailar, lo guió por la discoteca hasta el baño, más allá de las barras. El de tías estaba ocupado. Se miraron a los ojos muy de cerca y se entendieron sin decir ni una palabra. Les bastó con una animada sonrisa. Sin reservas, se colaron en el de hombres, que acababa de quedar libre. Después de correr el pestillo, Jutta bajó la tapa, se sentó encima, empotró a Kim de espaldas contra la puerta y le desabrochó, en perfecto orden europeo, la hebilla, el botón y la cremallera. ¿Jutta significaba lengua de serpiente en algún idioma?

Dejó que Jutta, que se estaba limpiando los labios, saliera primero. De Alkmaar, veintiséis años, más de Cruyff que de Neeskens. Mientras se vestían, habían hablado en el argot básico en esas situaciones. Después de lavarse las manos y pasárselas por el pelo, Kim volvió a la realidad, como si nada.

Cuando salió del baño le pareció que había entrado más gente en la discoteca. Era difícil dar un paso sin frotarse con alguien. Aunque estuvo buscándolos durante un buen rato, ya no vio a Laura ni a Marc por ningún lado. Xènia, extasiada, seguía en la pista de baile como si no existiera nadie más en el mundo. Incluso parecía que Umberto Tozzi la hacía vibrar.

—¿Sabes dónde están?

—¿Quién?

Buixeda, con un vodka con naranja en una de las terrazas, notaba que la brisa le daba en la cara, pero era incapaz de jurar si estaba en una hamaca en Pukhet, en un safari en Tanzania o en las borrascosas costas de Irlanda.

—Laura y Marc...

—¿Quién?

—Olvídalo.

Pidió otro cubata, rebajado con mucho hielo, y se lo tomó apoyado en una de las ventanas naturales de la cueva. Por el sonido del agua estrellándose más abajo, Kim intuyó el ángulo recto, noventa grados perfectos, que dibujaban las rocas y el mar. Tras haber masticado el último hielo, recogió a Buixeda y a Xènia para llevarlos al hotel. Él pagaría el taxi.

—¡Xènia! ¡Xènia!

Laura golpeaba la puerta de la habitación. Sin éxito.

—Xènia, tía, despierta, que no tengo llave. —Volvió a golpear la puerta de la 29 no demasiado fuerte, para no despertar a todo el mundo a las tres de la madrugada—. Xènia, por favor...

—Olvídalo, Laura. ¿Lo intentamos por el jardín?

—Un momento...

Dentro, se oyó la voz pastosa de Xènia. Sin saber por qué, se levantó y, como una sonámbula y con los ojos cerrados, dio tres pasos hasta la puerta.

—Vengo con Marc...

—*Hi, Mark, how are you?*

Marc se había quedado en el umbral de la puerta. Antes de poner un pie en la habitación, Xènia ya se había caído redonda en la cama. Laura se acercó a ella, colocándose junto a su oído. Mientras le pedía un favor, la iba acariciando. Un favor, sólo hoy, por favor. Ya sé que tienes mucho sueño.

—*Ok, ok, darling...*

Se volvió a levantar maquinalmente, sin darse cuenta de nada. Cogió el paquete de tabaco y el mechero que había en el estante que estaba junto a la cama y salió a fumar al balcón. Cuando Laura se disponía a entrecerrar la puerta, le hizo dos preguntas.

—*What time is it?*

—Las tres aprox. ¿Por qué me hablas en inglés, Xènia?

Y la segunda:

—¿De dónde venís?

¿Y qué más? A esas horas iba a contarle que llegaban de la playa, mojados, después de bañarse desnudos, algo que nunca había hecho con nadie. Y luego que Marc la había desafiado preguntándole si alguna vez se había metido en el mar de noche.

—Es una sensación bestial.

—¿Da miedo?

—No... Es... No se puede explicar, tienes que probarlo.

—¿Ahora?

—¿Te apetece?

En un abrir y cerrar de ojos le dijo que sí, que le apetecía mucho. Salieron de la discoteca y corrieron hasta la cala. Llegaron con la respiración a doscientos. Se dieron un morreo vestidos, en la orilla. La ginebra en la lengua, un sabor genial.

—¿Tú llevas el bañador puesto?

—¡No! ¿Cómo quieres que...?

—¿Y?

—Mejor así, ¿no? Sólo hay algo mejor que bañarse en el mar de noche...

Se desnudaron a toda prisa. Marc se quitó el Fred Perry amarillo que había llevado puesto todo el día y ella ayudó a su vestido a deslizarse hasta los pies. Marc lo había adivinado: no llevaba sujetador. Con los pies en el agua, volvieron a

abrazarse y a besuquearse. El primer abrazo, con el cuerpo desnudo, siempre provoca un escalofrío que pone la carne de gallina. Y allí, en la playa, sin nadie, aún más. La sensación del calor de Marc en su ombligo excitó tanto a Laura que prefirió meterse corriendo en el agua. Hacía fresco, pero no soplaban ni una brizna de viento y era soportable. Siguió avanzando a zancadas sin dejar de reírse, hasta que el agua le llegó al cuello. Marc, salpicándola con pasos más largos, la persiguió hasta que decidió alcanzarla. Zambulléndose en el agua, la rodeó con los dos brazos sobre su cintura. Ella se dejó apresar. Luego, Marc sacó la cabeza del agua y, con la barba mojada, la besó por toda la cara y las orejas, bajando luego para saborear sus pezones. Desazonada, Laura dejó de tocar el suelo con los pies para abrazarlo, enroscada en su cuerpo. Las piernas sobre las piernas, un placer nuevo. Estuvieron así un buen rato. Suavemente, despacio, siguiendo el ritmo del agua tranquila que los rodeaba, casi quieta, sin olas. Sin nadie. Marc tenía razón. No daba miedo. Era una sensación nueva, muy diferente. No sólo se alegraba de haberla experimentado, sino que no entendía por qué no lo había hecho antes.

Ya en la habitación, se secaron con una toalla de baño que aún estaba húmeda y se tumbaron en la cama de Laura. Les gustaba notar en el otro la piel salada después de su reciente baño. Qué contraste entre el cuerpo caliente por el sol de mediodía y la sal del mar de medianoche. Marc, que tenía más experiencia, sabía lo que se hacía. Al menos dudaba poco y, a juzgar por los silencios y los gemidos reprimidos de Laura, sabía por dónde debía mover los dedos, y cuántos a la vez en cada momento y con qué cadencia. Sabía cómo debía mover la lengua o intuía, por la contracción de los muslos de Laura, cuándo era mejor dejar que descansara un rato para retomarlo luego con más sensibilidad y concentración. Cuando les pareció que era difícil sentir más escozor, Marc se tumbó en la cama boca arriba para que Laura pudiera ponerse a horcajadas sobre él y fuera ella quien controlara la escena hasta la larga sensación de placer final.

—Sobre todo, Marc, no nos quedemos dormidos. No podemos dejar a Xènia fuera —le dijo Laura, echándose a su lado.

Marc sólo tuvo que cambiar de habitación. Temía que iba a ocurrirle lo mismo. Kim se había quedado con la única llave de la 28 y, después de las cuatro, había pocas posibilidades de que le oyera llamar a la puerta con los nudillos.

—¡Voy!

Kim estaba despierto y lo había oído a la primera.

—¿Qué coño haces despierto?

Marc, con los pantalones puestos pero con el torso desnudo, decidió ser el primero en preguntar.

—Juegos Olímpicos, tío. Esperando a Carl Lewis.

—¿Cien metros?

—No, hoy es longitud.

—¿Ya ha saltado?

—Todavía no. ¿Qué tal?

—¿El qué?

—Laura...

—¿Se oía?

Marc no se puso colorado porque ya lo estaba cuando llegó.

—Esto es S'Hortolà, tío. No se puede decir que las paredes sean de piedra, precisamente...

—Hemos intentado...

—Se oía poco, no te preocupes. Pero ¿qué tal?

—¿De verdad quieres saberlo, Kim?

—Claro, tío...

Está claro que no quiero saberlo. ¿O quieres tú que te cuente cómo me la ha chupado una holandesa hasta la última gota?

—Muy bien. —Volvió a pensarlo y, más rotundo, añadió—: Laura, muy bien.

Más que la respuesta, lo que le rompió los esquemas fue aquella pausa. Como si se vanagloriara de haberse tirado a Laura.

—Fíjate, el que ya está calentando es Carl Lewis, ¿no?

Eso, eso, disimula, capullo. 8,54 en el primer salto. Qué bestia, el hijo del viento. Kim siguió con la tele encendida. Marc, a los cinco minutos, ya roncaba como un cerdo.

Al día siguiente fueron de excursión en autocar. Laura quiso sentarse sola, junto a la ventana. Para pensar. O, mejor dicho, para no pensar en nada. Sólo quería correr del todo la cortina y ver la vida con otros colores. Mirar y quedarse embobada con los kilómetros y kilómetros de paredes secas —piedra sobre piedra sin argamasa— que parcelaban los campos y delimitaban las propiedades como en un ciclorama sin fin, de un extremo a otro de la isla. Los barrancos de la costa norte la abrumaron. El paisaje del faro de Cavalleria, agitado y agreste, tenía poco que ver con los arenales del sur, una serie de playas mucho más dulces, tranquilas al resguardo del ábrego. El chófer —«Quien quiera mear, que aproveche los baños del bar del santuario»— detuvo el autocar en monte Toro, el único pico de una isla sin montañas. Situado justo en el centro, como un mirador perfecto, les permitió contemplar todas las vistas a la redonda. Ciutadella a la izquierda, Maó a la derecha, el cabo de Cavalleria enfrente y eso de ahí abajo debe de ser cala'n Porter. En aquel mediodía tan claro incluso se podía ver Mallorca asomando la nariz en el horizonte. La única foto de todo el grupo de la facultad la sacaron allí mismo, con la panorámica de Fornells a sus espaldas. Los cuarenta dijeron patata a la vez mientras el chófer los fotografiaba con siete

cámaras distintas. Luego, Kim, Marc, Xènia, Laura y Buixeda se sacaron una. Y, después, la bomba.

—Kim, ¿me sacas una con Marc? —Laura ya le había puesto la cámara en la mano—. Ven, Marc.

—¡Por supuesto! —Kim miró por el visor y vio a Laura colgándose del cuello de Marc—. Os aviso que no soy muy bueno sacando fotos... ¿Hay que enfocar?

—Es automática, Kim. Tú dispara...

—¿No es un contraluz?

—Vamos, dispara...

—Si sale borrosa, no es culpa mía.

—¡Dispara!

Dicho así, era un imperativo muy cruel, aunque fuera para inmortalizar un momento en una fotografía. Y entonces fue cuando ocurrió. Fue justo en el momento de pulsar el botón cuando, de repente, Kim notó una sensación nueva. Devolvió la cámara, sonrió por compromiso, dijo un de nada disimulando la ironía y, cuando subió de nuevo al autocar, camino de no sabía dónde, empezó a darle vueltas. En realidad, se la sudaba cómo se llamaba aquel pueblecito de casas de un blanco cegador o qué calas de fina arena tenían que visitar. De repente, al tener que fotografiar a Laura con Marc, notó un vacío extraño, como si le hubiesen arrebatado algo que consideraba muy suyo. ¿Era rabia lo que sentía? ¿Era un principio de celos? Los famosos celos; había oído hablar de ellos muchas veces pero nunca los había experimentado, puede que fuera eso. Si eran celos, ni le gustaban ni era un sentimiento que quisiera tener. No sabía exactamente qué le tocaba más las narices, si haberles tenido que sacar una foto juntos o verlos tan felices y retozones. ¿Era una foto para guardarla de recuerdo o era el inicio de algo más? ¿Era posible que Marc lo alejara de Laura, ahora que se sentía tan a gusto con ella? Dudaba si Marc, un tipo barbudo, desarrapado, espontáneo, con la cachaza de quien parecía estar de vuelta de todo, era más indicado para Laura que un tío como él, de sábanas limpias. ¿Por qué negarlo? Algunos compañeros de facultad, más cumbas que Kim, debían de creer que a él se lo habían dado todo hecho. Al fin y al cabo, aquella idea no era nueva: él no tenía la culpa de cómo se habían repartido las cartas.

De regreso al hotel, el autocar hizo una parada sorpresa. Se detuvieron en un circuito de karts, cerca de Sant Lluís. Disponían de una hora y media para ponerse el casco, gastar gasolina y dar todas las vueltas que quisieran en una pista que tenía, sobre todo, curvas a la derecha. Kim hizo una demostración dando gas, adelantando por dentro y frenando más tarde que nadie hasta que sacó a Marc fuera del asfalto, que empotró su kart contra una montaña de neumáticos colocados estratégicamente antes de la recta final.

—Estás bien, ¿verdad?

NAVIDAD EN PLENO AGOSTO

«Todo el mundo debe salir del Rafaeli mejor de lo que ha entrado». Por repetición y por convicción, Francisco Ráfales había inculcado esa máxima de hotelero a sus hijos para que se lo tomaran en serio. Tanto Paco en el hotel de Barcelona como Vicenç en el cuatro estrellas de Roma hacían todo lo posible para que todo el mundo abandonara el establecimiento con una sonrisa en los labios. Àlex, Roger y todo el personal del Rafaeli del paseo de Gràcia tenían órdenes de desvivirse por la clientela. Si traspasaban la puerta giratoria, debían irse mejor de lo que habían entrado. Daba igual que pasaran una sola noche en el hotel, que se quedaran una semana o que, como en aquella ocasión, sólo estuvieran allí por la cena de la fiesta en la terraza-jardín, el acontecimiento anual del Rafaeli. Después de tantos meses de preparación, había llegado la fecha de los nervios y de las relaciones públicas. Por lejanos que parezcan, los días siempre acaban llegando.

Los ochocientos invitados —finalmente asistieron quinientos sesenta y nueve, todo un éxito— habían recibido una invitación personal e intransferible. La tarjeta era un cartel para colgar en la puerta de las habitaciones, aunque, en vez del no molesten, Roger había diseñado unos anillos olímpicos y con cada uno de los cinco colores había escrito las instrucciones de la que sería la primera fiesta de disfraces de la historia del hotel. Tanto a los hombres como a las mujeres se les rogaba que vistieran según la moda de cinco ciudades olímpicas en el año en que se celebraron los Juegos. Atenas 1906. París 1924. Londres 1944. Roma 1960. Múnich 1972. Las cinco, ciudades europeas. Como Barcelona, que tenía la ilusión de organizar los Juegos del 92 y que durante dos años trabajaría la candidatura a conciencia hasta saber si iban a concedérselos. El olfato decía que era posible. Las ganas se habían contagiado por toda la ciudad como una epidemia de entusiasmo, pero nunca se sabe qué puede pasar con estas cosas hasta que no se abre el sobre y dicen el nombre en voz alta.

La Guardia Urbana cortó la calzada lateral del paseo de Gràcia entre las dos travesías para que los invitados a la fiesta pudiesen llegar a la alfombra de color sangre seca que el hotel había colocado sobre la acera y que desembocaba en la puerta giratoria del Rafaeli. La llegada de los invitados tenía todo el aire de acontecimiento de gala cinematográfica. Una cámara de televisión grababa imágenes de la llegada de los asistentes. Dos fotógrafos de prensa escrita, con las bolsas y las cámaras colgadas de cualquier manera, disparaban a todo lo que se movía. El hotel también había contratado a un equipo de fotógrafos de bodas que, unos días después, con el material ya revelado, entregaba las copias a Paco Ráfales para que, durante

semanas, se entretuviera mandándolas a quien correspondiera. Si alguien salía poco favorecido, movido o con los ojos cerrados, se quedaba sin su fotografía de recuerdo. El reportero del ayuntamiento, el único autorizado a trabajar delante de la valla, sólo disparó cuando entraba la comitiva municipal, encabezada por el alcalde. Pasqual Maragall, *charmant*, había llegado a pie, con un traje terroso de Atenas 1906, y no paraba de estrechar manos. En la calle se arremolinaba un montón de gente que estiraba el cuello para ver si reconocía a alguno de los que entraban en el Rafaeli.

—Esto parece Navidad en pleno agosto —dijo un niño francés, embobado ante la fachada iluminada y engalanada para la ocasión.

En el interior, en fila, Paco Ráfales y sus tres hijos mayores, Àlex, Roger y Kim, vestidos de Roma 60, daban la bienvenida a todos los invitados. Impecable traje gris, ajustado, de pernera muy estrecha sobre unos zapatos marrones con cordones a los que habían sacado lustre hasta que brillaron. La camisa blanca, también hecha a medida, tenía un cuello exageradamente grande, rígido, acartonado. La corbata — azul marino, de viernes— era muy estrecha y no acababa en punta. Era la primera vez que Paco Ráfales se ponía una corbata de punto que acababa en línea recta, como si le hubiesen pegado un tijeretazo. Confiaba en que, con la americana abrochada, nadie se daría cuenta de aquella herejía.

—Caray, Paco, qué elegancia —le dijo el alcalde, repasándolo de arriba abajo.

—El mérito es del sastre.

Los tres hermanos tuvieron que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Detrás de Pasqual y del séquito de concejales y asesores estaba el doctor Tarrés, el rey de la fecundación in vitro, con las enormes solapas de Múnich 72. Luego, con el esmoquin de Churchill, entró el prestigioso economista Federico Esparver, eterno aspirante a un Premio Nobel que se le resistía. A su acompañante, con el rosa elegante de Londres 44, la presentó, sin ruborizarse, como una colega del decanato.

—Señores Mundi, ¿cómo andamos?

—Encantados, una vez más, de que nos haya invitado, amigo Ráfales. —Ni Atenas, ni París, ni Londres, ni...—. Hemos venido con nuestra hija, Míriam, que acaba de cumplir los dieciocho y le apetecía mucho asistir.

—Bienvenida. Mucho gusto. —Paco le dio dos besos a una chica con unos ojos de gato que atrapaban—. Mira, éste tiene tu misma edad. Kim, es Míriam Mundi, la hija de los fabricantes de plástico para velas. Te he hablado de ellos en alguna ocasión, ¿recuerdas?

—¡Claro! ¿Cómo estás?

Kim y Míriam se dieron dos besos con la complicidad de la juventud, sin vergüenza alguna.

Después de saludar a los anfitriones, los invitados fueron obsequiados con un cóctel.

—Champán con grosella —repetían los camareros como autómatas, sin dejar de enseñar los dientes—. El cóctel del Liceu.

La música de una orquesta en directo, como el flautista de Hamelín, arrastró a todos los invitados hasta la terraza que había en la parte de atrás.

Laura miró el reloj que había en la pared de la cocina. Todos los demás ya debían de haber entrado y ella aún tenía que acabar de maquillarse y coger un taxi hasta allí. Aún no había llegado y ya estaba agotada. La habían invitado a la fiesta del Rafaeli, había recibido la tarjeta en su piso de estudiantes y desde que había sabido que tenía que disfrazarse no lo había pasado nada bien. Ella se sentía más cómoda con la capucha y las Converse de básquet que vistiéndose de... No quería ser el patito feo en una fiesta de postín. Aquél no era su mundo. Ni de lejos. Pero cuando le dijo a Kim que prefería no ir, él insistió. Le dijo que le apetecía mucho que asistiera y que ya no podía echarse atrás. Demasiado tarde. Ya le había dicho a su padre que, por primera vez, llevaría a una acompañante. Laura no había sabido negarse, y en aquellos momentos, mientras se colocaba la cinta en la cabeza, maldijo no haber sido capaz de dar con una excusa para armarse de valor y decir lo siento, Kim, pero no puedo ir. Sira le recomendó que se pasara por Menkes, en la Gran Vía, seguro que allí encontraría algo. Pero todo le pareció demasiado caro, o demasiado infantil, o demasiado... ¡Y una mierda! Lo que ocurría es que no se veía con un disfraz. Tenía que asistir a una fiesta olímpica, no al baile de la Cenicienta. Su madre, que sabía muy bien lo que preocupaba a Laura, le salvó la vida. Sabía que una amiga de Banyoles, familiar de los Flora, los del hostel, había heredado un montón de ropa muy bonita de su abuela de Porqueres. Piezas de museo. Tenía desde filigranas de bautizo, con puntas y puñetas, hasta un vestido de novia de marfil, muy adelantado a su tiempo. Del baúl de la ropa de la bisabuela había salido también un precioso vestido de charleston. A pesar de los años, era una tela suave, sedosa, de tonos rosados. ¿A cuántas fiestas de los felices años veinte habría asistido aquel vestido? ¿Qué cosas ocurrirían en aquellas fiestas de la alborotada Europa posterior a la Gran Guerra? Su madre lo pidió con el tacto de quien postula una joya en préstamo. Se lo probó, lo estrechó un poco para que no le cayera y le compró unos zapatos que hacían juego sujetos al tobillo con una tira para que pudiera bailar y lo bastante cómodos para que no acabara llena de ampollas. Parecía diseñado para ella. Suponía, por supuesto que sí, que colaría como París 1924. Suponía que no sería la única que enseñaría las piernas.

En el jardín, la algazara. Paco Ráfales había ordenado que no hubiera muchas sillas; así, los invitados desfilaban antes. Tienen más ganas de bailar, se cansan antes y no hay que echarlos, sino que creen que se van por voluntad propia. Les basta con tres, máximo cuatro horas. En el jardín había un montón de farolillos rojos e hileras combadas de bombillas pequeñas, de maquillaje, que colgaban como las banderas de

un barco. El vivo color rojo de los farolillos y el alumbrado más claro de las bombillas redondas era una buena combinación. Roger habría optado por menos luz y se habría inclinado por una fiesta más íntima, nocturna, pero su padre impuso el criterio con dos argumentos. Irrefutables.

—Los invitados deben saber qué están comiendo. Y ya estaremos mucho tiempo a oscuras.

—Tranquilo, papá, a ti te vamos a incinerar...

De vez en cuando, en una jardinera de pared o dentro de una maceta grande, Paco también había ordenado que colocaran alguna antorcha de citronela para ahuyentar a los mosquitos. No tanto pensando en los hombres, que llevaban trajes que protegían todo su cuerpo, sino en las espaldas desnudas y los tobillos de las mujeres, una diana muy apetecible para los mosquitos de ciudad desorientados y molestos de finales de agosto.

Laura entró en el Rafaeli por la puerta giratoria. El comité de bienvenida ya no estaba. Sólo quedaba, de guardia, un camarero que sostenía una bandeja con unas copas de cóctel para los rezagados.

—Champán con grosella.

—Ah, muy bien.

—El cóctel del Liceu.

—Con las prisas he olvidado la invitación —se excusó con una mueca seductora, de esas que abren puertas—. ¿Hacia dónde tengo que ir?

—Es fácil. Sólo tiene que seguir la música.

Y el olor a comida. Y el ruido de la charla de unos centenares de invitados que cada vez hablaban más fuerte, de todo y de nada, para hacerse oír. Cuanta más gente, más ganas de cháchara. Las piernas la llevaban solas. Cuando salió al jardín, se metió en el espectáculo. En aquel instante comprobó que no le habían hecho una jugarreta: todo el mundo vestía con elegancia, con atuendos muy distintos, pero se dio cuenta de que no era la única que se había disfrazado de Gran Gatsby. Vamos, que no había sido una broma de Kim, como se había temido en algún momento. De haber sido así, jamás se lo habría perdonado.

Echó una ojeada y ubicó al cuarteto de músicos sobre una tarima, la televisión que con un foco encendido estaba entrevistando al alcalde y camareros por todas partes. Pero ni rastro de los Ráfales. Kim, que llevaba un buen rato consultando el reloj cada tres minutos, sí la vio abriéndose paso entre docenas de conversaciones.

No parecía ella. Se había recogido la melena y se había colocado una cinta con lentejuelas en la cabeza. Sobre la frente le colgaba una onda muy marcada, como un flequillo. Así, el color dorado de su pelo adquiría un tono más cálido, con reflejos de avellana. Sobre el brillante vestido, de un rosa tenue matizado y carnoso, dormían un montón de largos collares con centenares de perlas. O quizá era un solo collar que a

veces se movía de un lado a otro. También brillaban sus muñecas, llenas de pulseras con muchas vueltas. Su piel aún conservaba el bronceado de Menorca. Jamás la había visto tan sofisticada.

—¿Ésa es la entrenadora de básquet, Kim? —Roger abrió unos ojos como platos ante tanto glamur y una falda por encima de las rodillas.

—Laura, sí. Por fin...

—¿Y a ésta no te la tiras?

—¿Y dónde se ha olvidado el chándal hoy? —dijo Àlex burlón.

—No, a ésta se la tiraba Marc... —Roger tenía información privilegiada—. Se llama Marc, ¿verdad?

—Ya no.

—¿Ah, no?

—Sólo fueron tres días, en la escapada a Menorca.

—¿Y tú a qué estás esperando?

—¿Yo?

—Será que eres muy escrupuloso...

—Ella y yo tenemos un pacto.

—Seguro.

Àlex y Roger respondieron al unísono. Lo conocían bien, y no se lo tragarón. Lo tenían muy fichado.

A Kim le dolió no tener credibilidad ante sus hermanos, pero Laura se estaba acercando y no tenía tiempo de explicarles aquella especie de pacto verbal que habían hecho ambos un jueves por la noche. Después de la ruta que había empezado en el Padam Padam, habían paseado por el barrio gótico y habían acabado sentándose, en plan confidencia, en un banco de la plaza del Pi. Kim, como quien no quiere la cosa, le cogió la mano. Luego, hablando cada vez con voz más baja, le acercó los labios. Laura lo miró a los ojos con todo su cariño, le dio un beso, sólo uno, y se apartó.

—Kim... —No sabía muy bien cómo aclarar la situación. Por más que había pensado que podía llegar aquel momento, cuando tuvo que decírselo le costó, porque en el beso había notado un escalofrío peligroso—. Preferiría que lo dejáramos aquí.

—Pero...

Ella le colocó un dedo en la comisura de los labios para que se callara. Y aún otro beso. Y otro.

—No quiero poner en peligro lo que tenemos, Kim. Me fastidiaría mucho que perdiéramos nuestra amistad. Lo que tenemos es genial, y si vamos más allá... No sé. Y yo no quiero perderte.

—Pero yo tampoco... —Perdieron la noción del tiempo. El uno en el otro, inflamados. Ella se apartó y resopló.

Cuando aún seguía notando ese buen sabor en los labios, ella levantó una ceja para que Kim entendiera que aún no había terminado.

—Te lo digo en serio. Debemos prometer, para no ponerlo todo en peligro, que nunca cruzaremos esta frontera. Prometámoslo.

Lo dijo muy convencida. Él, sin saber muy bien por qué, se resignó.

—De acuerdo —musitó.

Se abrazaron fuerte durante un buen rato, rozándose las mejillas, hasta que vieron a un hombre alto con sandalias y bigote que les ofrecía comprar una flor por cien pesetas. Había llegado el momento de levantarse y largarse.

Laura se había ido abriendo paso en la fiesta, mirando aquí y allá, como Alicia contemplando las maravillas del mundo nuevo que la rodeaba. Sobre el pecho, su vestido tenía una cortina de flequillos que se movían graciosamente con cada paso que daba. Cuando la tuvieron allí mismo, Laura vio a los tres hermanos.

—Va como de charlestón, ¿verdad?

—No lo sé, tíos. Está de película. Incluso se ha dibujado una peca sobre el labio.

Kim los mandó callar y bajó los dos escalones para darle la bienvenida. Al verse rescatada, Laura se colocó la máscara dorada delante de los ojos. Era una máscara de mano, de formas venecianas, que sostenía con una varilla de purpurina.

—¿No era una fiesta de disfraces?

—Sí, sí, estás perfecta, Laura. Muy adecuada —dijo—. Estás muy guapa.

—Gracias.

Para Laura, a partir de aquel momento, la noche que tanto la angustiaba inició su descenso.

Paco Ráfales no era un hombre dado a los discursos. Antes de subir a la plataforma de la orquesta, repasó, echándole un vistazo, la nota que guardaba en el bolsillo interior de la americana. En cuanto los músicos concluyeron una ranchera de Jorge Negrete y soltaron sus respectivos instrumentos, el anfitrión cogió el micrófono para decir cuatro cosas. La primera, bienvenidos a todos al hotel Rafaeli. La segunda, que agradecía a los invitados que hubiesen seguido la consigna de disfrazarse de ciudad olímpica. (Añadió que Woodstock nunca había acogido unos Juegos. Lo dijo refiriéndose a un matrimonio que se habían disfrazado de *hippies*: o no habían entendido la invitación o se habían colado en la fiesta. Todo el mundo le rió la ocurrencia, incluso el matrimonio aludido). La tercera, que le deseaba al alcalde Maragall y a la ciudad que tuvieran mucha suerte en la nominación olímpica. Y cuarta, que el baile de este año quería abrirlo con una persona muy especial: su princesa, la mujer de su vida, su hija. Elsa. A los amigos de la familia se les empañaron los ojos cuando lo vieron bailar, con ilusión, con la pequeña de la casa. Un viudo con hijos jóvenes siempre despierta compasión. La niña, con toda la pista para ella y su padre, estaba encantada de haberse convertido en el objetivo de todas

las miradas en una fiesta que oía decir a todas horas a la gente del hotel que era muy importante. Sabía que ahí estaba la flor y nata de la ciudad, y estaba convencida de que, cuando se movía, todo el mundo se fijaba en cómo volteaba aquella falda roja que estrenaba en su presentación en sociedad.

Luego, todo el mundo se acercó a ella para piropearla. Elsa repartía besos a mansalva. Paco Ráfales, nacido para la diplomacia, desplegaba todas las artes de las relaciones públicas. Se sabía los nombres de todos los invitados. Y para todos tenía una palabra. Sabía las últimas novedades de cada caso y de cada familia. Y, al mismo tiempo, sin que fuera evidente, lo controlaba todo. La cadencia de las bandejas de comida —está todo exquisito, Paco—, la temperatura de cada plato, que no hubiera colas para pedir algo de beber, que los baños se mantuvieran limpios, que a nadie le faltara nada. Nunca había ningún problema. Siempre estaba alegre, atento y feliz. No quería que nadie lo viera sufrir. Ni sudar. A los hoteleros les está prohibido.

Roger aprovechó que Kim, durante el primer baile, se había esfumado. Vio a Laura sola, mirando hacia arriba, como si contara estrellas, y tuvo una idea.

—¡Eh!

—Ah, hola.

—Soy el hermano de Kim.

—Ya, ya...

—Lo digo porque no nos parecemos nada...

—He visto que hoy vais de uniforme.

—¿No te gusta? Roma 1960.

—Yo, París. Año 24, ¿verdad? No estoy segura.

—Espectacular. —Puesto que le habían dado pie, pasó el escáner de abajo arriba y después de arriba abajo—. Me preguntaba si la mujer más guapa de la fiesta me concedería este baile.

—Uf. ¿Bailar? —Vaya compromiso—. ¿Y ahora qué se supone que debo decir?

—Es una canción lenta, no puedes decir que no.

Era cierto. No se podía negar. Aquellos hermanos tenían algo que le resultaba magnético. Se preguntaba si era una virtud de los Ráfales o era un punto débil suyo. El chico le tendió la mano, Laura le dio la derecha, a la antigua usanza, y siguió sus pasos hasta la pista. Justo cuando Roger la pisó con su brillantísimo zapato, le dieron un golpecito en la espalda.

—Perdona, muchacho, pero este baile me lo pido yo.

Paco Ráfales le arrebató la mano de Laura y se la llevó al centro de la zona de baile. Roger se quedó pasmado, petrificado ante la pericia de su padre. Ella, boquiabierta, tampoco pudo evitarlo. Prudentemente, él le colocó una mano en la cintura y otra en la espalda y, sin ningún otro contacto, bailaron *Moonlight Serenade*.

Laura, más incómoda que honrada, agradeció que, tras el segundo solo de clarinete, el señor Ráfales sacara un tema de conversación:

—Kim me ha contado que la carrera te va muy bien.

—Sí, no puedo quejarme. —Se rió nerviosamente—. Me gusta mucho.

—Me ha dicho que incluso estás haciendo prácticas...

—Sí, sí. Estoy muy contenta. Ayer las hice en...

—¿Ayer? ¿Dónde?

—Nada. En el Museo Arqueológico de Gavà. ¿Lo conoce?

—No, no lo conozco. Pero tutéame, por favor. No me eches más años encima.

—Nos ponemos el casco, bajamos a las minas con un grupo de diez científicos que han venido de Leicester y yo hago la interpretación de acompañamiento.

—¿La qué?

Cuando se reía, el padre de Kim se parecía a su hijo. Los pómulos, los ojos, la forma de la boca. No sabía muy bien por qué. Las mejillas hundidas, quizá. Un aire. Sus ojos, traviesos, también se reían. De joven, aquel hombre debía arrasar.

—La interpretación de acompañamiento. El guía va hablando y yo traduzco al inglés para los ingleses, sin micrófono, a su lado.

—¿Eso es el acompañamiento?

—En realidad, técnicamente y en cuanto al esfuerzo de las neuronas, duró tanto, más de una hora, que sería una interpretación consecutiva, vamos...

—¿Sabes qué es esto? —Pregunta retórica de Paco Ráfales—. Un foxtrot. Un foxtrot de acompañamiento. ¿Podrías traducírmelo?

Siguieron bailando al son de Glenn Miller, con la cautela de la gente educada. No les habrían dado ningún premio, pero no se pisaban, y eso ya era un gran logro. Por la fragancia que le llegaba, Paco pensó que Laura usaba el mismo perfume que Maria. Uno de los perfumes de Maria; uno dulce, con un lejano regusto de melocotón. En una ocasión, el hombre del olfato, mister Paton, el hombre que olía perfumes por los cinco continentes, le contó a Paco que nunca hay dos olores iguales sobre dos pieles distintas. Sin embargo, era verdad que Laura, que era anticolonias y potingues, le había pedido a su madre si podía conseguirle alguna muestra.

Cuando Kim volvió del baño, Roger lo estaba esperando para darle la noticia.

—¿Has visto a Laura?

—No...

—Mira. Papá es más rápido que tú.

En la pista, Àlex también cogía a Míriam Mundi por la cintura. Ella le rodeaba la nuca con las manos.

—Veo que nuestro hermano tampoco pierde el tiempo. —Los señaló con la barbilla—. Vaya ojazos tiene esa tía.

—¿Quieres bailar conmigo? —le ofreció Roger, de cachondeo.

—¡No seas burro, tío!

Sobró comida a mansalva. Se rompieron cuatro macetas, dos habitaciones se quejaron del ruido que subía desde la terraza y un camarero se dislocó un brazo cuando resbaló al entrar en la cocina. Antes de irse acompañado por todo su séquito, el alcalde cogió a Paco Ráfales por banda, le pellizó cariñosamente la mejilla y le soltó un mensaje en clave: «Este año sí, Ráfales, este año sí».

Nadie supo lo que había querido decir. La política debe de ser eso, pensó Paco, y se dio por satisfecho.

A las dos de la madrugada, los músicos ya habían dejado de tocar. Se estaban tomando una copa y fumaban, tratando de meter el contrabajo en una funda imposible. Laura, con un tubo de cubata en la mano, se acercó a Kim, que estaba mirando por el balcón, hacia Colón. Le puso la máscara ante los ojos y volvió a apartarla enseguida.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando?

—Uf. —Kim pensó que lo habían pillado—. En nada.

—Eso no vale.

—No lo sé, estoy demasiado cansado para pensar.

—Vamos, Kim, tío, no te escaquees. ¿En qué estás pensando?

—En una cosa que me han contado mis hermanos...

—¿Qué te han contado sobre qué?

—Sobre ti.

—¿Sobre mí? —Las sorpresas tienen eso, que son inesperadas—. ¿Qué te han contado sobre mí?

—No te lo puedo...

—Ése no es el trato, Kim. Si jugamos, jugamos.

Sin querer, habían acabado inventando un juego peligroso. Laura y Kim se habían dado cuenta de los riesgos de lo que había nacido como un divertimento de universidad. De repente, la verdad puede ofender. La verdad puede ser incómoda. La verdad, a veces, duele. Pero si eran amigos, amigos verdaderos, no tenía que haber malentendidos. Podían contárselo todo. Ésas eran las normas.

—Okay. Como dices tú, si jugamos, jugamos... —Respiró profundamente, como antes de hacer un servicio en tenis—. Me han dicho que te han visto entrar tan elegante, tan sexi, vestida así...

—Vamos, ¿qué te han dicho?

Kim, qué remedio, decidió continuar. Para disimular la vergüenza, exageró el gesto y la entonación:

—¿Ésa es la entrenadora de básquet? —Pensó si debía continuar. Venga, chaval, ahora ya has empezado—. ¿Y a ésta no te la tiras?

—¿Perdona? —Por un momento, le cambió la cara—. ¿A ésta no te la tiras? Ésta, como si fuera... ¿Y tú qué les has dicho?

—Que no entienden nada. Que tú y yo... Que nosotros dos somos amigos, y ya está.

—Claro que sí, tío, bien dicho. —Laura tenía la mosca detrás de la oreja—. ¿Y tú qué has respondido?

—¿La verdad? —Esperó a que ella asintiera, con los párpados—. Creo que no se lo han creído del todo.

—Te conocen demasiado bien. Àlex y...

—Roger. Es el que ha organizado la fiesta. Todo lo ha organizado él. Era su prueba de fuego ante mi padre. Estoy contento, porque ha salido bien. —Miró al cielo—. Y el tiempo se ha portado.

Laura se quedó pensativa. Algo le rondaba por la cabeza.

—¿Y de la peca? ¿Tus *brothers* del alma no han dicho nada sobre la peca?

—No, no. A ver, Laura, tampoco creas que todo el mundo se fija en tu peca, no es tan evidente. Es una pequilla, no es el cutis de Niki Lauda.

Laura intuyó que Kim se agarraba a cualquier bagatela para desviar la atención en un momento en el que la conversación maduraba demasiado deprisa.

—Tú. —Laura bebió un trago de cubata, para tomar impulso—. De mayor, tú serás un madurito interesante.

De entrada, a Kim no le gustó oír eso. Luego, sintió la necesidad de ver el lado positivo. Estaba satisfecho con su físico, aunque nunca se había imaginado cómo sería dentro de unos años. Nunca se había entretenido a especular sobre cómo sería Quim Ráfales Angerri con cuarenta años, ni con cuarenta y cinco ni con cincuenta. De pronto lo satisfizo saber que sería un hombre de buen ver. Laura tenía que desarrollarle esa idea, aunque sólo fuera un poco. Se lo exigió, abriendo unos ojos como platos y levantando la barbilla.

—Cuando empieces a perder pelo, cuando te salgan arrugas aquí, en los ojos —le tocó el extremo de las cejas con un leve cosquilleo, delicadamente, con la punta de los dedos—, esas manchas de la vejez que te habrán aparecido en las manos. Puede que con gafas para leer... Si te mantienes así, delgado y fuerte, si no abandonas el tenis y no tienes la barriga de todos los padres..., serás eso, uno de esos maduritos que llaman la atención.

Sus ojos se encontraron, y, al hacerlo, ocurrió lo de siempre: se echaron a reír. Laura remachó el clavo.

—Dentro de unos años, tú y yo tendremos que hablar de ello.

—¿Y mientras tanto?

Kim dejó la pregunta suspendida en el aire. No sabía si Laura planificaba jugadas a largo plazo o si, sencillamente, era un *pourparler* fruto de la fiesta y el champán con grosella de bienvenida que se bebía solo. Pero la respuesta no caía, ni por efecto de la gravedad.

—¿Mientras tanto? Se lo has dicho a tus hermanos: nosotros dos somos amigos. —Lo cogió del brazo, fraternal—. Qué más queremos, ¿verdad?

Con una interpelación formulada de esa manera sólo había una respuesta posible. Conforme y escueta.

—Sí, sí. —Kim se desabrochó el botón del cuello de la camisa—. Lamento no haber estado más pendiente de ti esta noche. Tenía que...

—Lo entiendo perfectamente. ¿Sabes? Creía que me lo pasaría peor.

—¿Baila bien mi padre?

—Es un hombre encantador.

—Voy a buscar las llaves y te llevo en coche.

—¿Ahora? No, no.

—Hecho.

—Que no, Kim. Tomaré un taxi. No sé si estás en condiciones de conducir...

—¿Sabes qué le decía mi padre a mi madre? Conduzco mejor yo bebido que tú cuando estás serena.

—Si mi marido me dice eso, no vuelve a conducir en su puta vida.

—Laura, que es mi padre...

—Pero tú no estás borracho... No me lo parece.

—No, claro que no, pero... No puedes imaginarte la pereza que me da ir mañana a Ibiza en barca con Àlex. No sé si seré capaz de levantarme...

—¿Mañana?

—Veinticuatro horas de ruta, vaya palo. Creo que sobaré todo el rato.

—Venga, lo pasaréis bien... No te quejes tanto.

—¿Quieres venir? Vamos...

Algunas miradas permanecen. Y ésa era una de ellas. No se sabe por qué, pero dejan un surco en un pliegue de la memoria, para siempre.

—Por nada del mundo. A Ibiza, con dos hermanos Ráfales... Qué peligro.

—No sé por qué dices eso.

—¡Adiós! —Laura le dio un solo beso, en la mejilla—. Una gran fiesta.

Kim se quedó mirándola rutinariamente hasta que se metió en la puerta giratoria y desapareció en la calle. Laura había salido del Rafaeli mejor de lo que había entrado. Mucho mejor. Misión cumplida, papá.

COMO UNA ISLA QUE NO VES

—En el Mediterráneo no es muy habitual, pero a veces pasa.

La Fornarina navegaba rumbo a Ibiza en un día soleado, a una velocidad de siete nudos y con viento del sudoeste de fuerza cuatro. Las puntas del pañuelo y el efecto del viento sobre el mar eran gratos de ver. A ratos, los dos hermanos Ráfales se reían o hablaban y a veces se sumían en sus pensamientos. Se sorprendieron al ver que llevaban unos bañadores tan parecidos. Les recordó cuando su madre, de niños, los vestía de uniforme. Los tres chicos con la misma camisa con caballitos que salía en todas las fotos de aniversario, los tres con los mismos pantalones de pana el día de Reyes. Incluso, cada uno con su número, los mismos zapatos negros que compraban en can Torrents, en un tramo de la Gran Via que les parecía demasiado ruidoso. Aquella zapatería les divertía porque tenía una máquina de rayos —entonces era impensable prohibirlos— en la que se colocaba el zapato con el pie dentro y salía un dibujo perfecto en el que se veía hasta dónde llegaban los dedos. Un número más, tal vez, decía su madre con la previsión de quien sabe que sus hijos crecen a toda velocidad. Algo debió de quedarles de esa manía de vestir igual para que en la travesía a Ibiza se hubiesen puesto, sin decírselo, unos meybas con un estampado tan parecido. Àlex, sin quitarle el ojo a las coordenadas, se puso una camisa. No era necesario abrochársela. Le gustaba ir despechugado, como hacía su padre cuando estaba al timón. En ausencia del patrón de la familia era él quien manejaba la rueda, controlando el mar de fondo sin angustia. El viento le llegaba por la amura de estribor. Avanzaba con el barco ligeramente escorado a babor y estaba orgulloso de la estela de espuma blanca que dejaba *La Fornarina* a medida que iba rompiendo las olas. Siempre hacia el sur, a ciento ochenta grados, rumbo a tres días de fiesta sin descanso.

—En el Mediterráneo no es muy habitual, pero a veces pasa —les dijo, encogiéndose de hombros, el perito de la policía experto en accidentes marítimos—. Hay tantos buques mercantes circulando por el canal de Suez para no tener que rodear todo el continente africano que a veces pueden perder un contenedor. Eso pasa, sí. Poco, pero pasa. En los océanos, con un mar abierto, más bravo, es más habitual... Pero, por lo que sea, de vez en cuando, en el Mediterráneo también se cae un contenedor, porque no está bien sujeto, por el oleaje, por mala suerte... No es frecuente, pero pasa, y es una de las cosas que más asusta a los navegantes. Esos contenedores flotan y van a la deriva. Son tan herméticos que flotan porque dentro hay aire. Y cuanto más aire, menos se hunden. Y lo peor de todo es que se quedan un

palmo por debajo del agua. Es muy difícil verlos a simple vista, los radares no los detectan, y uno de esos contenedores, en medio del mar, es como una roca inmensa. Y, cuando impactas con ellos, es como chocar contra una isla que no ves. Lo lamento mucho, señores Ráfales. No hemos podido hacer nada más.

El silencio duró veinte segundos. Puede que treinta, pero parecieron dos horas. Kim agradecía el brazo de su padre detrás de la espalda. Sumergido en el drama, no se quitaba de la cabeza que él debía haber ido en *La Fornarina*. Y necesitaba saber, con todo detalle, cómo se había producido el accidente. Los pormenores de la tragedia. Una hipótesis.

—¿Qué creemos que ha ocurrido?

El policía, de pie delante de ellos, respiró profundamente. Acostumbrado a dar malas noticias en salas de espera de hospital, sabía que aquélla no era una noticia cualquiera.

—Sí, por favor.

—Es una hipótesis, que conste. Lo que ha ocurrido exactamente sólo pueden saberlo ellos dos y...

—Comprendo que usted no estaba allí. Por eso le pido, por favor, que me diga cómo cree que ocurrió.

—Sería muy útil recuperar el barco del fondo del mar, pero, por lo que aseguran nuestros submarinistas, que han conseguido ver la embarcación...

—Oiga, por favor, mis dos hermanos, Àlex y Roger, mis dos hermanos mayores están muertos, no se ande con tantos rodeos, porque nada de lo que pueda decir empeorará la situación. —El padre de Kim cogió a su hijo del brazo, para que entendiera que no debía sulfurarse más. Entonces, Kim bajó el tono y, entre sollozos, volvió a preguntar—: ¿Qué cree que ha ocurrido? Por favor, por favor...

—A siete nudos de velocidad, chocar contra un contenedor de unas veinte toneladas es como chocar de frente contra una pared a toda velocidad. Por la información de la activación de la radiobaliza sabemos que estaban en el canal, a medio camino entre la Península y las islas. No podían esperárselo, porque los radares sólo detectan cosas que están en la superficie. No pudieron esquivar el contenedor porque no lo vieron venir. De los dos chicos, el que estaba en la rueda se ha clavado el timón. Se ha empotrado contra él. Debido al golpe, seguramente ha muerto al instante. A partir de ahí resulta más difícil decir cómo ha continuado el episodio, pero lo más probable es que...

Kim miraba los ojos del policía. Le interesaba el cómo. Los hechos. Los detalles. La forma en que Roger había intentado salvarse, cómo se habían roto los obenques y cómo había caído el palo, cómo había conseguido activar la radiobaliza, cómo aguantó tanto tiempo hasta que llegó el helicóptero. Necesitaba al dedillo saber cómo habían sido sus últimos minutos, para convertirlos en héroes para siempre. Paco Ráfales, en cambio, con los ojos fijos en el vacío, lo escuchaba todo como desde la lejanía, con sordina. Sólo le interesaba el porqué. El porqué absoluto. No las cábalas

periciales según las cuales el contenedor del cargamento asiático había caído al mar por una mala sujeción ni cómo se había desarbolado *La Fornarina*, sino el porqué de verdad. ¿Por qué sus hijos? ¿Por qué merecían morir tan jóvenes? ¿Por qué —Virgen Santísima— los dos a la vez? ¿Por qué el azar se ceba de una forma tan cruel en una familia? ¿Por qué es tan injusta la vida con una buena persona? ¿Por qué no se podía morir él en lugar de Àlex y Roger? ¿Qué mal había hecho para que Dios les mandara un castigo tan definitivo? ¿Por qué ya no valdrían la pena los años que tenía por delante? Unos años de condena. Vagar para seguir adelante porque no había más remedio y escuchar por siempre jamás, de fondo, la música de un violín triste. No quería aquel acompañamiento cruel, un sinfín de tortura persistente. Ni siquiera quería una explicación científica. Quería a sus hijos.

—Lo más probable —continuó el policía, con la empatía justa— es que al chocar contra el contenedor se rompieran los obenques y todo se cayera: el palo, la vela mayor y la génova. El otro chico, que debía de estar sentado en la bañera, que es donde se debe estar si no estás en el camarote o en la *dinette*, tenía una herida profunda en el cuello, quizá de un golpe del cable de acero que sostiene el palo hasta la popa. ¿Saben lo que es el *backstay*?

Paco asintió maquinalmente con los párpados. Por supuesto que lo sabía.

—Es ese cable de acero al que me refería. Al chico le quedaron fuerzas para activar la radiobaliza que nos mandó el aviso, con las coordenadas exactas para localizarlos y lanzar la balsa al mar. La balsa, como sabe, se abre automáticamente cuando se lanza al agua. Al otro chico, Roger, lo encontramos allí cuando llegó el helicóptero, más de una hora después de que se activara la radiobaliza. Estaba inconsciente y perdía mucha sangre. Bajaron para rescatarlo, y cuando lo sujetaron para izarlo aún estaba vivo...

—¿Y el barco?

Kim preguntó por preguntar. *La Fornarina* le daba igual...

—Está a demasiada profundidad para saberlo. Desde el helicóptero vieron lo que vieron... Imaginaron que había una grieta en el casco por la obra viva del lateral de babor. Seguro que el contenedor impactó en ese lado y, con ese agujero, ya era imposible pararlo. Los chicos no habrían podido hacer nada. Los socorristas vieron cómo el barco empezaba a hundirse por la proa. Empezó a volcar y pasó más de media hora hasta que el mar lo engulló por completo.

Txell, su compañera de piso, le dijo a Laura que se había enterado de que los hijos del hotel Rafaeli habían tenido un accidente con un barco. Pero ¿qué estás diciendo, tía? En la radio habían dicho que uno de los hermanos había muerto al instante y que al otro lo habían trasladado en helicóptero, sin éxito, desde alta mar hasta Vall d'Hebron. Pero ¿qué me estás contando? ¡Hostia puta! Cuando Laura, destrozada y con un escalofrío, llegó al hospital, no sabía por qué corría si no había

nada que hacer. Tenía frío y mucho miedo. En el taxi, sacando un clínex tras otro, sólo le venían imágenes a la cabeza, como punzadas. Kim en la pesquera de Banyoles con su bufanda azul, Kim apareciendo en el entrenamiento de básquet, Kim celoso en Menorca. Cuánto lamentaba ahora haberle hecho daño. O haberle dicho que de mayor sería un madurito interesante cuando Kim, qué cruel, ya no llegaría a ser mayor... El taxista, asustado por los desesperados sollozos del asiento trasero, ni siquiera se atrevió a preguntar qué ocurría. Al ver adónde la llevaba ya podía imaginárselo, pobre chica.

En el hospital, Laura caminaba con los pies entumecidos, pero necesitaba estar allí y preguntarle a Roger o al señor Ráfales qué sabían de Kim. Cómo era posible que... No quería decirlo. Se resistía a imaginárselo. Qué tragedia, pobres. Kim estaba muerto y Àlex, tan buen patrón y tan prudente... ¿Qué les había pasado en el barco? ¡Oh, Dios mío! En el punto de información la mandaron a la primera planta. Subió corriendo. La sala de espera estaba llena de personas sin rostro que permanecían de pie. No veía nada. No reconocía a nadie. Al fondo, sentado, le pareció ver a Paco Ráfales con la cara entre las manos, abatido, rodeado de gente sin palabras. Nadie encuentra un argumento ante una tragedia como ésa. A su lado... También sentado. Era imposible. Parecía Kim. No podía ser él. En la radio habían hablado de dos hermanos que... Se acercó, abriéndose paso. Lo llamó por su nombre. Primero con un hilo de voz, con el miedo de quien se cruza con un fantasma. Luego con la ansiedad de que el espíritu, en carne y hueso, se levante, te mire y venga hacia ti, cara a cara, y diga tu nombre, con todas las letras. ¡Laura!

—¿Kim?

Fue el abrazo más largo de su vida. No habían tenido bastante tiempo ni ningún motivo para darse un abrazo como ése, desesperado y sentido. Los dos lloraron, pegados el uno al otro. Las lágrimas de Kim caían sobre la melena de Laura, que había apoyado la mejilla en el pecho de su amigo y aún no entendía que estuviera vivo si en la radio habían dicho lo que habían dicho. Los dos hermanos Ráfales muertos, en alta mar. Kim, sollozando sin poder contener la rabia, no tenía ni ánimos para secarse las lágrimas con la mano. El llanto ardiente de Laura iba extendiendo una mancha en la camisa de Kim. Poco a poco, cada vez más grande. El abrazo era, a cada minuto, más estrecho. Necesario. No podían soltarse. Ninguno de los dos era capaz de detener unos sollozos que emocionaban a todos los que estaban a su alrededor. En algunas extrañas ocasiones, el cuerpo y el alma firman una tregua y descubren que ambos necesitan llorar copiosamente.

—Pero tú... —dijo Laura, sacando fuerzas de flaqueza.

—Sí. Tenía... que ir yo... Sí.

—Pero...

—Roger, Laura. Roger. Y Àlex...

Kim bramó, desconsolado. Era incapaz de hablar.

—Tranquilo, Kim, ya me lo contarás.

La Fornarina era un velero de cuarenta y siete pies de eslora que Paco Ráfales había comprado poco después de quedarse viudo, en el puerto del Masnou. A través de un buen cliente del hotel había sabido que un empresario textil de Teià, con fábrica en Mataró, estaba en horas bajas y vendía, entre otras propiedades, un barco de catorce metros y cuatro pies cuarenta de manga, con tres camarotes en la cabina. Pensó que con dos camas grandes y un tercer espacio con literas sería ideal para él y sus cuatro hijos. Un sábado por la mañana, con la discreción de los Ráfales, metió a toda la familia en el coche, salieron del hotel y, sin anunciarles a sus hijos que iba a darles una sorpresa, los llevó al Maresme sin decirles dónde iban a pasar el día. Cuando llegaron a la riera de Alella, Àlex intuyó que se dirigían al puerto del Masnou. Alguna fecha señalada, cuando aún estaba su madre, habían ido a comer a Enrico. Les encantaba compartir un arroz a banda para los seis. Así comían todos lo mismo y parecía un día de fiesta. Después, a sus padres les gustaba dar un paseo para digerir el arroz mientras contemplaban los yates que había anclados en los amarres que estaban más cerca del Club Náutico. Aquel sábado por la mañana, cuando aparcaron delante de un velero, el *Rubén Cano*, no podían imaginarse que su padre les diría: «Subid». Y que, después de hacerlo, añadirá: «Y ahora bajad a la cabina», y menos aún que encima de las camas encontrarían un cartel con el nombre de cada hijo.

—¿Es para nosotros, papá?

—¿Lo has comprado?

Paco Ráfales no dijo ni que sí ni que no. No le gustaba hablar de dinero. A sus hijos no les importaba si lo había comprado o alquilado o si se lo habían prestado durante un fin de semana. Sin embargo, con una sola pista, Àlex, Roger y Kim ataron cabos.

—Si queréis, podéis cambiarle el nombre. Podéis pensar en uno mejor.

—¿Nosotros?

—Pero si ya tiene nombre... Se llama *Rubén Cano*.

—¿Quién es Rubén Cano? —preguntó Elsa.

—Creo que era un marinero que viajaba con Colón cuando descubrió América...

—¿Y tú qué sabes? Rubén Cano era un futbolista...

—¡Pero qué dices!

—Que sí, se hizo famoso cuando marcó un gol de potra.

—¿Y a un barco como éste le ponen el nombre de un...?

—Pensad un nombre. Uno por cabeza. —Su padre puso las normas—. No es necesario que lo digáis ahora. Pensad en el nombre que os gustaría que le pusiéramos y el sábado que viene votaremos entre todos.

Ganó *La Fornarina*. Era la opción de Àlex, que había elucubrado un razonamiento que convenció a sus hermanos. Tenía la suerte de ser el mayor y de

saber más cosas. O, al menos, era quien las descubriría antes. ¿Cómo nos llamamos nosotros? Ráfales. ¿Y el hotel cómo se llama? Rafaeli. ¿Y cómo suelen llamarnos a menudo en la escuela? Rafaelo. Y Àlex, que en la escuela había tenido la suerte de tener un profesor de Historia del Arte de los que consiguen que los alumnos amen las piedras y los museos, sabía que el pintor de las estancias vaticanas había nacido un Viernes Santo y que había muerto, a los treinta y siete años, también un Viernes Santo. Y que entretanto, de Semana Santa a Semana Santa, aparte de pintar cuadros magníficos, de proyectar edificios notables y de pasearse por el Renacimiento, había tenido una amante que se llamaba Margherita Luti. Y ahora, siglos después, todo el que quería viajar podía verla expuesta en el Palazzo Barberini de Roma, con la mirada limpia, el pecho desnudo y una pulsera con el nombre del artista: Raphael Urbinas. A Margherita la llamaban «la fornarina» porque era hija de Luti, un célebre panadero de Siena. No se hable más, decidió su padre, satisfecho de que su hijo supiera tanto de historia.

Paco Ráfales se maldecía a sí mismo una y otra vez. Lamentaba hasta la muerte el día en que, en mala hora, había comprado el barco, el sábado que fueron al Masnou con la ilusión de preparar la primera salida, el día que pintaron el nombre de *La Fornarina*, haberle costado los cursos de patrón a Àlex y me cago en Dios y en los santos. Los remordimientos de Kim no tenían las raíces tan profundas, pero sabía que nunca se lo perdonaría.

Si la noche anterior no hubiese bebido tanto, no le habría dicho a Roger ve tú en mi lugar, ni siquiera puedo levantarme. Ve tú por mí, no dejaremos que Àlex se vaya solo a Ibiza. Ve tú por mí, ya sabes que el olorcillo del barco me... Y Roger, complaciente, se había vestido, había preparado el equipaje a toda prisa para viajar a Ibiza, pasar tres noches de juerga con Àlex y volver. Le había pedido un favor y lo había mandado a la muerte.

—Por favor, Kim, debes quitarte esa idea de la cabeza.

Laura se lo dijo en cuanto supo que su amigo no iba a bordo del barco el día del accidente. Y se lo repitió al día siguiente. Y todos los días durante una semana. Y todas las semanas durante un mes. Y todos los meses que hizo falta que estuviera a su lado. Un día pasaba a recogerlo por sorpresa y se lo llevaba al cine, aunque Kim, de tanto llorar, ni siquiera veía la pantalla. Otro día se presentaba en su casa con un libro de la autoescuela y le decía hazme las preguntas del test, me estoy sacando el carné. O ayúdame, estoy haciendo prácticas y tú conduces muy bien. Necesitaba alejarlo de la culpa, hacerlo sentir importante y, poco a poco, que hubiera cosas —aunque fueran las cosas absurdas del día a día— que le hicieran reír otra vez. Laura había decidido que le lanzaría las cuerdas que fueran necesarias para sacarlo del pozo. Sabía que, en algunos momentos, él, enfadado con el mundo, enfurruñado según el día, no querría agarrarlas. Sin embargo, ella no desistiría. Nunca dejaría de tenderle la mano para

proporcionarle más argumentos a los que aferrarse. Era consciente de que en la familia Ráfales siempre habría un a. d. a. La felicidad mitificada de antes del accidente. Un antes y un después. Paco Ráfales ni siquiera tuvo ánimos para poner una foto de Àlex y de Roger en la mesa de su despacho, al lado de Maria, que por suerte no había tenido que pasar por todo aquello. Su madre no habría soportado que se le muriesen dos hijos, los mayores. Demasiado bestia.

2001

LAS HORAS VERTIGINOSAS

PRÓXIMA ESTACIÓN: ROCK AND ROLL

Por las mañanas, rutinas.

Una. La que trepa por un tronco, dos. Aquí, con la cola peinada, tres. La acróbata que dibuja caminos en el aire sobre las ramas, cuatro... Todas las mañanas contaba las ardillas que veía en Green Park, durante el apresurado trayecto hasta el trabajo. A primera hora, de lunes a viernes, Laura —con bufanda, gorro de lana, la nariz roja y un café entre las manos— cruzaba el parque en diagonal, sin saber que, en otros tiempos, en aquel terreno enterraban a los leprosos que morían en el hospital de Saint James, que estaba allí mismo. Tenía la costumbre de entrar en el parque por el ángulo de Piccadilly Street, por el lado del quiosco de la boca de metro, y salía por la parte de atrás de los jardines de Buckingham, buscando un atajo hasta Victoria Station. El estudio musical de la productora de Eric estaba a pocas manzanas, en no sé qué Gardens. En su línea recta para seguir el camino más corto, Laura debía esquivar el partido de críquet de todos los días. Unos jóvenes indios, pakistaníes o de donde fueran —después de un año en Londres aún no había aprendido a distinguirlos a simple vista— esparcían bolsas por el suelo y, ajenos al mundo, empalaban la bola, gritaban y corrían entre los árboles. Quien pasara por allí una sola mañana podía pensar que era un juego improvisado. Sin embargo, los caminantes habituales sabían que aquello era una competición con todas las de la ley. «Por las mañanas, rutinas», Richard Clemence tenía razón. Más o menos, todo el mundo tiene unos gestos cronometrados. La dama de la bicicleta y el sombrero, por poner un ejemplo. Árbol arriba, árbol abajo, prácticamente siempre en el mismo sitio y sin dejar de pedalear con suavidad, la dama de la bicicleta adelantaba a Laura. De un día para otro sólo variaba el modelo de sombrero, ya fuera un tocado de Nefertiti, una media pamelita o un borsalino de mujer que se ponía de lado. Sin embargo, lo que nunca cambiaba era su elegancia de señora de rasgos finos. Al hombre de la pipa, que tomaba impulso con la virola del paraguas para dar pasos más largos, se lo cruzaba siempre, metro arriba, metro abajo, en la misma bifurcación. Pensaba que tendría unos cincuenta años. Era un señor ceniciento de mirada simpática que, luciera el sol o lloviera, siempre canturreaba entre dientes. Seguro que tenía quince años más que ella. Un día le diría algo. Aunque sólo fuera un *good morning* jugueteón. O ni eso. Un *good morning* educado y ya está, al pasar, como a los ciclistas cuando les lanzan la bolsita de la comida sin detenerse. Con el primer sol de la mañana, en Green Park nadie caminaba despacio. Definitivamente, pensó, el *slow walk* del profesor Clemence no había triunfado en Londres. De lo lanzado que iba, el joven encorvado que llegaba

tarde a la City apenas tocaba el suelo con los pies. Sin embargo, no dejaba de hablar ni una mañana de fútbol por el móvil. Cuando no criticaba a su entrenador se cachondeaba de los centrales del West Ham, y, si no, maldecía la vida sexual del árbitro. Todos iban siempre mal follados, los árbitros y los liniers. A las ocho *o'clock*, el dependiente de los helados Carpigiani abría la persiana de su furgoneta, como si tuviera prisa por que llegara la primavera y esperara con inocencia dos días seguidos de buen tiempo. Richard Clemence, profesor de Filosofía en la Universidad de Kent, en Canterbury, tenía razón en lo que decía en sus conferencias cuando veía a algún asistente consultando la hora.

—No hay nada más puntual que el tiempo. Podemos atrasar la hora del reloj, pero el tiempo, ajeno a todo y a todos, siempre avanza. Igual. Al mismo ritmo.

Las manecillas de los relojes de Laura Altimira y el profesor Clemence habían coincidido por primera vez en unas jornadas del Centre de Cultura Contemporània, en la zona más limpia del Raval. Al terminar la carrera y a pesar de que su padre estuvo de morros durante semanas, Laura no volvió a vivir en Banyoles. Se quedó en Barcelona, supo acudir a las puertas a las que debía llamar y no tardó en colocarse en la agencia que cortaba el bacalao en el sector. Enseguida le salieron algunos trabajillos aquí y allá para hacer traducciones simultáneas. Valoraban su esmero en la lengua, su pasión por el trabajo, su disponibilidad absoluta y, sobre todo, su curiosidad universal. Necesitaba horas de vuelo y le daba igual que la mandaran a un congreso de cardiólogos como a unas conferencias multirreligiosas, o incluso a las ruedas de prensa de un trofeo internacional de tenis. El único partido al que había asistido en toda su vida fue un martes que fue a ver a Kim por sorpresa. Le pareció un deporte para gente estirada, aunque se abstuvo de decirlo. Un día —a Laura le pareció divertidísimo— le propusieron contratarla para una boda de tres días en Tossa de Mar. La novia era la hija mayor de una familia del pueblo y el novio era de San Francisco. La dificultad de la misión empezaba en el momento en que llegaban de Estados Unidos ocho parientes mascachicles que no sabían decir ni siquiera hola, qué tal. Aparte de la novia, los de aquí tampoco entendían ni jota de inglés. La víspera de la boda todo eran conversaciones elegantes y educadas. Al día siguiente, traducir al cura tuvo su aquel, y el tercer día, todos los californianos acabaron cantando en el karaoke y Laura, también desenvuelta, traduciéndoles a gritos lo de «Bailar pegados es bailar...». Cuando se lo contó, Kim no se lo creía. Pensaba que le estaba tomando el pelo.

—¿Cuántas revoluciones conocéis de las que se sepa en qué minuto exacto dieron comienzo?

En cuanto el profesor Clemence se quitó el reloj, lo dejó sobre la mesa y empezó su conferencia en el CCCB con esta desconcertante pregunta, Laura quedó cautivada. Por el discurso, por la voz, por la dicción y por algo de aquel hombre que, por edad, podía ser su padre. Llevaba el pelo muy corto, a juego con una barba blanca que tenía la costumbre de peinarse con la palma de la mano, de la barbilla hacia la nuez, como si quisiera alisar las arrugas del cuello. Los habían presentado formalmente tan sólo diez minutos antes de la conferencia, y Laura, con una sonrisa que hacía difícil negarle nada, le pidió si podría hablar sin embalsarse demasiado. Una vez roto el hielo también se atrevió a decirle que sería estupendo que ella pudiera tener una copia de la ponencia, aunque sólo fuera para poder leerla antes y familiarizarse así con el vocabulario específico y con cómo se gesta una revolución.

—*Of course.*

De un maletín próximo a la jubilación anticipada, el profesor sacó los diecisiete folios de su discurso.

—¿Improvisa mucho? —preguntó Laura, echando un vistazo a los papeles—. Por saberlo...

—Un discurso es como la vida. Si no dejas margen para la libertad, malo.

Laura alzó la vista y se dio cuenta de que en los ojos pequeños del profesor, de un azul vaporoso, se adivinaba un nuevo mundo detrás de ellos. Y, sintiendo una extraña descarga, fue consciente de que le apetecía descubrirlo.

Todo el mundo tomaba apuntes. La treintena de asistentes que habían pagado cuatro simbólicos euros para escuchar al profesor Clemence no dejaban de llenar las hojas de libreta con dificultad, por culpa de un auditorio en penumbra. Desde la cabina de los traductores, Laura se dio cuenta de que sólo la mitad de la sala llevaba puestos los auriculares. El resto debía entender el inglés sin necesidad de sus servicios. El ponente predicaba, de pie, su conferencia, que ya había paseado con éxito por media Europa. Había colgado la americana en la silla y, cuando salía de detrás del atril para cualquier corchete explicativo, mostraba su cuerpo enflaquecido bajo una camisa amarilla mal planchada. No era presumido, pero tenía el encanto del prestigio. Hablaba despacio, casi como si dictara su charla. Laura pensó que tal vez era un mensaje para poner las cosas fáciles. Coger y sacar. Ése era su trabajo. Y le encantaba hacerlo. Coger y sacar, sin parar. En la facultad le habían dicho que, cuando tuviera que trabajar de verdad, sería una buena señal si durante la traducción notaba la euforia de la adrenalina. Y Laura la percibía mientras iba escuchando y traduciendo las palabras del profesor Clemence. Fueron cincuenta y cinco minutos — una vez más, el recuento del tiempo— sin angustia ni sorpresas. Le había interesado mucho todo lo que contaba sobre la revolución de Copérnico y su intento de hacer girar al espectador alrededor de unas estrellas en reposo, después de su fracaso en el intento de hacer girar las estrellas alrededor de las personas.

Quedó satisfecha con su trabajo. Había puesto a prueba su capacidad de concentración durante mucho rato seguido. Luego, con amabilidad británica, el profesor bajó a la platea para responder a las siete preguntas del público que más curiosidad sentía por el tema.

Una vez consumadas las revoluciones, recogió los papeles y los lanzó en su roído maletín. Era una buena hora para cenar. El organizador de las ponencias, un intelectual sin cargo que había quedado extasiado con la conferencia de Clemence, le propuso ir a picar algo.

—¿Vendrá Laura?

—¿Quién?

—La traductora. Creo que me ha dicho que se llama Laura... Si viene Laura, vamos a donde quieras.

Salieron del CCCB, pasaron por delante del MACBA y, antes de esquivar más siglas, *skaters* de diverso pelaje y perros que campaban por sus respetos, los tres fueron a tomar algo al Horiginal, en una esquina de la plaza. Entraron hasta el fondo del bar, en busca de la mesa más tranquila, y de pronto se encontraron en medio de un teatrillo que parecía improvisado. Con diez mesitas, una tarima y una cortina que colgaba de cualquier manera habían montado el acostumbrado festival de todos los miércoles. Unos cuantos ojos les recriminaron que los importunasen a mitad del acto y decidieron, silenciosamente, dar marcha atrás. En la trastienda, un montón de jóvenes escuchaban al poeta que recitaba los versos inéditos que sostenía en la mano. «El viento es frío, la tarde, áspera». Silabeaba con brío cada concepto. «Venid a mí, pequeños malos pensamientos», les decía, y el público saboreaba la música de las palabras con los ojos cerrados. De vez en cuando celebraban un buen verso de Francesc Garriga con un trago de Moritz, a morro. «Quemad los libros. Nutríos de las cenizas». Y estaban dispuestos a hacerle caso. Una vez concluido el recital, aplaudieron al poeta y él hizo la misma mueca de siempre, la de saber que el reconocimiento desembarcaba con demasiados años de retraso.

Cenaron a base de tapas. El profesor quería tapas y cenaron tapas. Croquetas, patatas bravas, pulpo con pimienta roja y jamón. Al profesor le apetecía jamón y el intelectual sin cargos pidió jamón. Un platito tras otro, porque Clemence se lo ventilaba cogiéndolo con los dedos, con una técnica que no era nueva para él. Al salir, el profesor le dijo al intelectual sin cargos que gracias por todo, que no era necesario que lo acompañara al hotel, que Laura ya sabría cómo llegar, y el organizador de las jornadas filosóficas se dio por despedido. A Laura no le importó que el profesor Clemence la cogiera del brazo para ir paseando hasta su hotel, situado a cuatro manzanas del auditorio.

—Un trayecto demasiado corto. No hemos podido hablar de nada.

—Debe de estar cansado.

—¿Yo? Para mí es como si estuviéramos a media tarde... —Apretó los dedos de Laura con el bíceps—. ¿Por qué no subes y me cuentas quién es esta Laura no sé qué?

—Laura Altimira.

—Suenan bien... Laura de los ojos de gata. ¿Subes o qué?

—¿Ahora?

Laura mantenía una candidez de efectos retardados.

—¿No quedamos en que en la vida había que improvisar?

Laura miró hacia otro lado. Se dio cuenta de que se había sonrojado. Había una parada de taxis allí mismo. Hasta ese momento no había comprendido que... Había tres, uno detrás de otro, con la luz verde encendida, esperándola. Sólo había que decir buenas noches, profesor, ha sido un placer, coger uno de los taxis libres y decir lléveme a donde quiera, pero deprisa, por favor. Sin embargo, Clemence decidió por ella.

—Ven. —La cogió de la mano—. No tengas miedo.

Con curiosidad, Laura se dejó llevar hasta al interior del hotel Vergara. No había portero ni tenía el glamur del Rafaeli. A los ojos de los recepcionistas, aquella escena con el filósofo de la posguerra de Churchill y la que parecía su hija no debía de tener un gran encanto. Para ella, en cambio, sí era de un morbo inusual que la arrastraba sin encontrar el momento de decir basta. En el ascensor, sin darse cuenta de que era incómodo y estrecho, se dieron el beso que se adivinaba desde hacía un buen rato. El primero de muchos, durante muchos y muchos meses.

Una vez en la habitación, abrieron una ginebra del minibar y hablaron poco.

Laura nunca había tenido delante un cuerpo ajado, y se lanzó sobre él. Le gustaba el contraste de su propia piel, lisa, hidratada y perfecta, con la blancura reseca del profesor. No se rió de él, todo lo contrario. Respetó su figura, cansada por el paso del tiempo, y la llenó de besos. A cambio, él recorría sus curvas con una delicadeza que nadie le había dedicado antes. Tampoco había estado con muchos, y no era el momento de hacer inventario, pero pensó que el profesor movía los dedos con una sabiduría que para Laura era totalmente nueva. Jugaba y se entretenía en unos puntos que... La experiencia, pensó. Y se dejó llevar. Como nunca. Más de una vez. Como nunca, claro que sí. Cerrando los ojos, para sentirlo mejor, para no ver la camisa amarilla colgada en una silla convertida en un improvisado donjuán.

Kim se ofreció a llevarla al aeropuerto. De entrada, no entendía muy bien lo que Laura le había contado a trompicones por teléfono. Los nervios, la emoción, la novedad... Por lo que fuera, Laura no se explicaba como solía hacerlo. Farfullaba, retrocedía, seguía hacia delante y volvía a empezar. Luego, en el bar del Rafaeli y con más serenidad, le había ido contando, paso a paso, los dos días que había pasado con

Richard Clemence en Barcelona desde que se lo habían presentado en el CCCB. Una vez contada la historia, le mostró una foto.

—¿Estás preparado?

Le dio la vuelta a la foto y la colocó sobre la mesa.

—¿Quién es? —preguntó Kim, cogiéndola con dos dedos.

—¿Quién quieres que sea? —Laura dejó que unos clientes abandonasen el bar—.

El profesor.

—Pero...

—Deberías verte la cara, tío.

—Es una broma. —La miró a los ojos—. Enséñame la foto de verdad. ¿Quién es Richard?

—Él. El profesor de Filosofía de la Universidad de Kent. Te lo prometo...

—Laura. —No podía dejar de mirar el retrato—. Pero ¿cuántos años tiene?

—Él hace lo mismo que los indios. Dice que no cuenta la edad.

—Él no, pero tú sí. Todo el mundo sabe los años que... —Le devolvió el retrato—. ¿Y tú te quieres ir para pasar un mes en su casa?

—¿Qué?

—Nada. Nada... Joder. Muy normal. Que a este hombre le ha tocado la lotería.

—No seas burro. Voy a estar tres semanas y...

—¿Lo saben tus padres?

—¿Me llevarás al aeropuerto?

—No cambies de tema, Laura, joder. Ya te vale.

Una semana más tarde, Kim paró el motor del Audi TT frente a la puerta de la terminal A de vuelos internacionales y puso los cuatro intermitentes para que la Guardia Urbana que había intuido por el retrovisor no le tocara las narices.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando? —Laura volvió a sorprenderlo—. No, no... No te rías por lo bajini y contesta.

—En que no sé si debo darte las gracias o no.

—Sí, claro, por traerme hasta aquí. En todo caso debería dártelas yo.

—No estoy hablando de eso... Pero tú debes tener prisa y ya hemos hablado de ello tantas veces que ahora, aquí, tú, con la maleta...

—¿Yo? Me sobra tiempo. —Laura colocó su mano sobre la suya, apoyada en el cambio de marchas automático—. ¿Qué ocurre, Kim?

Se lo pensó antes de disparar.

—Me cuesta.

—¿El qué?

—Uf...

Kim reclinó la cabeza sobre el volante, derrotado.

—¿Te molesta que me vaya a Londres?

—No, no... O sí. Pero no se trata de eso. —Volvió a levantar la cabeza y la miró con los ojos empañados—. Me cuesta...

—Pues no te entiendo. ¿De qué se trata?

Entonces, Laura pensó que Kim le diría me cuesta la nueva vida, la responsabilidad, tener que llevar corbata, trabajar en el hotel, intentar ocuparme de lo que hacían mis hermanos, ayudar a mi padre, ocuparme de Elsa y hacerla reír. Esperaba cualquiera de estas respuestas pero no la que le dio.

—Me cuesta aguantar la verdad.

—...

Laura dejó que se explayara.

—... —Pero, con tanto silencio, tuvo que ayudarlo—. ¿Qué quieres decir, Kim?

No lo sabía muy bien. O no sabía cómo expresarlo, más allá de que le costaba aguantar la verdad. Lo que quería decir, quizá, es que no soportaba la realidad. Ni tanta pena. Ni los remordimientos. Ni ver a su padre hundido como nunca lo había visto antes, un Paco Ráfales tan valiente y optimista. Seis meses después del accidente no toleraba la idea de una nueva normalidad, si es que alguna vez los Ráfales que se habían quedado en el mundo de los vivos podrían llegar a tener una vida normal, sin una nota a pie de página que manchaba para siempre todos los capítulos de su historia. Kim, con menos palabras que de costumbre, le agradeció que hubiera estado a su lado los días del miedo. Así los definió. Como si lo hubiese pensado a fondo, como si no fuera una expresión al buen tuntún. Los días del miedo. No se refería a los días del drama y de las lágrimas y de los mecagoendiós y de los pésames, porque ahí acostumbra a estar todo el mundo. Se refería a los días de tristeza delicada, cuando ya no hay nadie más salvo los más allegados entre los allegados, los de verdad. Y entonces aparece, sin darte cuenta, el sentimiento de un miedo nuevo, y se instala en tu vida, como una sombra insípida. Con la tragedia de Àlex y Roger —las primeras semanas, incluso los dos o tres primeros meses—, Kim tuvo la sensación de que la muerte era contagiosa. De repente, le daba miedo ese vacío fundamental, esos silencios fríos, como si los días fueran más espesos, y en cada gesto o en cada esquina pudiera haber un peligro o quizá otra desgracia. Sabía muy bien que la fatalidad ya había pasado, y era enorme. Sabía muy bien que el episodio, por injusto y cruel que fuera, ya formaba parte del álbum familiar.

—No puedo quitarme de encima ese miedo, ¿lo entiendes? Y no estamos en edad de tenerlo. Y ni siquiera me parece que estemos en edad de tener estas conversaciones. Tu profesor y tú...

—Venga, no te cachondees...

La hizo reír cuando lo que quería era llorar.

—¿Entiendes lo que te quiero decir, Laura?

—Supongo que sí.

—Es una mierda tan grande...

—Claro que lo entiendo, Kim. Pero resulta difícil ponerse en la piel de quien vive algo así.

—Es...

—Pero no tienes que darme las gracias.

Intentaba sosegarlo con palabras.

—Cuando tienes miedo necesitas una mano para caminar. Y tú me...

Volvió a cogerle la mano.

—¿Acaso no lo harías tú por mí?

—¿Yo? —No lo tenía nada claro; estaba acostumbrada a que Kim fuera a su aire

—. Sí, supongo.

—Seguro que sí.

Laura se levantó, colocó la cabeza de Kim sobre su vientre y lo abrazó fuerte. Él ahogó como pudo la gota de la primera lágrima. Tampoco se permitió derramar la segunda y estuvo a punto de decirle no te vayas, ¿qué pintas en Londres con ese viejo? Sin embargo, Laura se anticipó.

—Me voy. Escribámonos. Llamémonos de vez en cuando...

—Siempre que quieras.

—Siempre que te apetezca. Sólo serán tres semanas.

—Cuando no pueda más, te mandaré un papelito doblado.

Y se largó. Casi quince años.

Londres olía a curri y a historia. En eso, el profesor Clemence también tenía razón. En cambio, en su casita del Swiss Cottage mandaba a todas horas la fragancia de té de hierbas del alma. La casa del filósofo mantenía el calor de miles de libros leídos y de un rescoldo que se resistía a morir del todo en la chimenea. Laura se instaló en aquella casita que tenía una planta baja y un piso, con un minúsculo jardín en la parte de atrás que se había ido convirtiendo en el vertedero de objetos, muebles antiguos sin ningún valor y un montón de trastos que Richard Clemence no sabía dónde meter. Cuando algo le estorbaba, lo dejaba a la intemperie y allí se quedaba, al raso, y no volvía a pensar en ello nunca más. Desde que el profesor se había divorciado de Rosemary —adiós Ricky, ahí te quedas—, nadie había vuelto a poner orden en la casa ni en el jardín, ni había pensado, ni un solo día, que había que sacudir el mantel. Aprovechó el abandono de su mujer como una experiencia vital, y, sin permitirse ni un ápice de autocompasión porque eso le habría restado rigor científico, no hacía nada más que reflexionar. Todo el santo día. Todos los días de la semana. Con la chaqueta deshilachada y una taza de té como único consuelo, escribía y reescribía sin parar en el ordenador del pequeño despacho del primer piso. Durante meses ni siquiera pensó que hubiera que cortar el césped. Laura, con el impulso del amor, convencida de que la felicidad y la higiene van a menudo cogidas del brazo, se puso manos a la obra. Para empezar, había que ventilar la casa para acabar con el olor a cerrado. Luego, poco, cuando ya se había instalado en la habitación de Richard, lo ordenó todo. Empezó por las pilas de libros que había en el suelo y acabó, sin decírselo, por ordenar la vida del profesor. Durante el proceso, había lavado las

cortinas y había comprado ocho vasos para tirar los que nunca conseguiría dejar limpios. De paso, también renovó todas las tazas. Puede que el juego de té antiguo tuviera algún valor, tal vez fuera una reliquia familiar, pero ninguna de sus piezas estaba entera. A la basura, me tiene sin cuidado. *I couldn't care less*. De repente, por deformación profesional, había pensado cómo traduciría esa frase hecha. Sabía por experiencia que los refranes, las frases hechas y los juegos de palabras eran, con diferencia, las piedras en el zapato de los intérpretes que trabajan a destajo, automáticamente. Escuchar y hablar, sin pensar. Y, a destajo, ¿cómo lo traduciría? Cuando entraba en este juego, ya no podía parar.

El profesor Clemence era más Arthur que Lancelot. No tenía ninguna duda, le parecía un hombre íntegro, de una sola pieza. Y tenía algo que lo hacía entrañable a los ojos de Laura: aunque fuera una eminencia en su campo, sabía reírse de sí mismo.

—¿Éste eres tú?

—¿Quién?

—El de la foto del baño.

—¿A ti qué te parece?

Richard había hecho enmarcar la página entera de la entrevista que le habían hecho en *The Guardian* hacía unos años, cuando aún no tenía la barba blanca. Le habían sacado la foto sentado en la escalera de Saint Paul's Cathedral. Laura no podía dejar de reír...

—¿Por qué llevas aletas de rana?

—Fue idea del fotógrafo —respondió Clemence desde la habitación—. Has tardado tres días en darte cuenta.

—Pero ¿traje y corbata y aletas de rana? ¿En el centro de la ciudad? Es patético, profesor...

—Eran los tiempos del *slow walk*. El concepto se puso de moda. A la prensa, que siempre pica con las cosas más banales, le pareció divertido. La idea fue mía: caminar despacio para saborear los momentos, para degustar la vida y los paisajes... ¿No te parece buena idea, *darling*?

—Original, sí.

—El fotógrafo del periódico se me presentó con unas aletas de rana para demostrar cómo se camina chip-chop, con pasos lentos... Con aletas de rana seguro que no se puede correr, me dijo.

—¿Y lo probaste?

—Y un cuerno.

—Pero ¿te prestaste a ello? Me refiero a la foto. Yo no habría...

—Insistió... ¿Qué querías, Laura? Estás allí, honrado porque *The Guardian* te dice que va a dedicarte una página, parece que ellos lo tienen claro y al final dices de acuerdo, me pongo las aletas y me hago la foto, pero esta que no salga en el reportaje. Y de todas, del centenar de fotos que debieron de sacarme, ¿cuál eligieron?

—Nunca te fíes de un periodista, Clemence. —Dio el agua de la ducha—. Son más rebuscados que los filósofos.

Con el ruido del agua, Richard ya no oyó la apostilla de Laura. Mientras empapaba con champú su larga melena, no podía parar de reír. Se lo imaginaba sentado frente a la entrada de la catedral, desabrochándose los cordones de los zapatos, descalzándose, dejando los calcetines en el hueco... Ridículo pero entrañable. Aletas de rana, qué vergüenza. De pronto, notó que el profesor la rodeaba con las manos por detrás y que apoyaba la barbilla sobre su hombro. El agua caía sobre sus cuerpos. Él vertió un poco de gel en la palma de la mano y la enjabonó despacio, empezando por los pechos, bajando hacia las piernas y subiendo de nuevo hasta su intimidad. Tras un aclarado, Laura se sintió en deuda con él. También lo enjabonó de arriba abajo, entreteniéndose, sin prisas, en la piedra angular de la filosofía. Por la cara del profesor, por los jadeos que parecían de dolor pero que eran de placer, también se diría que era partidario de la *slow shower*. Y del *slow sex*.

Una cosa lleva a la otra. El profesor Clemence le había asegurado, quizá por la inconsciencia de los pensadores que viven en otra órbita de preocupaciones, que en Londres encontraría trabajo como intérprete. Sin ningún problema, le había dicho.

—Una cosa lleva a la otra, ya lo verás, Laura, insisto. Aquí hay miles de actos todos los días, museos, congresos, jornadas, acontecimientos, y tú haces muy bien tu trabajo. En cuanto te escuchen, empezarán a contratarte. Y yo conozco gente, haré unas llamadas y no te preocupes, la mancha de aceite se extenderá hasta lugares inimaginables.

Laura no tenía hipotecas y, mientras pudiese ir tirando, todo le parecía bien. Ciudad nueva, trabajos nuevos y, sobre todo, entregarse a una persona por primera vez. Vivir con alguien como el profesor Clemence, apasionante y genial, que la seducía con palabras. A Laura le daba bastante igual si le hablaba del asno de oro de Apuleyo o si le demostraba, con un papel y un bolígrafo verde, que el éxito se podía reducir a una fórmula matemática que él mismo se había inventado. Si le hacía un retrato psicológico de Tristán y otro de Isolda, se quedaba embelesada. Si le explicaba por qué estaba convencido de que internet sería algo que duraría poco y menos, Laura lo creía a pies juntillas. El profesor Clemence, en las aulas y en la vida, lo contaba todo con pasión, con convicción y con el tic que ya le había detectado en Barcelona el día que lo conoció. Cada dos por tres, tiraba de la piel de su cuello con la mano plana, como quien erosiona el pie de piedra de san Pedro en el Vaticano. A Laura, con la sensación de que cada día descubría los mundos nuevos que había visto en los ojos del profesor, todo le parecía casi siempre fascinante. No tenía el instinto de replicar, sino de aprender. Le apetecía estar con él en casa y escucharlo. O enseñarle el huerto, modesto y dispuesto en hileras, que le había preparado en el jardín. O pasear con él por los Kew Gardens y, delante de la pagoda, escucharlo

mientras hablaba del pensamiento oriental. O convivir en un día a día tranquilo, con la lluvia menuda de Londres, y, tras un lunes con el ajeteo de cada uno, reunirse en casa y que él le dijera que el portugués es una lengua de poetas, y acariciarlo y contarse algunas anécdotas del trabajo o de la universidad y, distraídamente, pasarle dos dedos por la barba como si estuviera jugando a afeitarlo. Aquella barba olía a anuncio.

Laura era feliz y se dejó llevar por una vida en la que nadie juzgaba a nadie. Estaban bien juntos, se sentían cómodos y no tenían que dar explicaciones. Habían decidido que no darían importancia a la diferencia de edad de más de treinta años que los separaba. Era un acto de prudencia. O de inteligencia. Quizá de supervivencia. ¿Y? ¿Acaso alguien tenía algo que decir? En casa, Laura tampoco dijo nunca nada al respecto. Ni a su madre. Ni cuando iba a Banyoles, cuando podía. Y no es que no hubiera tenido ocasiones de sincerarse y decirle mamá, no es verdad que viva sola. Pero no lo habría entendido. El profesor era mayor que Clàudia y era difícil de explicar. Después de todo, no quería preocuparla. Su madre intuía algo, pero tampoco preguntaba. A menudo, la estabilidad familiar se basa en el empate eterno entre lo que no se dice y lo que no se desea saber. Uno a uno, pues.

—Hoy me han llamado de la agencia para un encargo diferente.

Aprovecharon las horas largas de un atardecer de junio para salir al jardín y arrancar las malas hierbas.

—¿Ah, sí?

El profesor, de pie, contemplaba el jardín mientras roía una manzana con piel.

—Era un estudio musical, por la zona de los no sé qué Gardens, entre Victoria y Buckingham. —Laura, que estaba agachada, se puso de rodillas—. Donde hay una estatua de una pantera, ¿sabes?

—No...

—Allí. Da igual. —Se secó las manos en los vaqueros y siguió escardando—. No sé si es un tío que tiene una discográfica o un productor musical, la cuestión es que este chico, un hombre, vamos, un tío de unos cuarenta años, me ha dicho que para todos los discos que graban necesitan a alguien que les traduzca las letras de las canciones a un montón de idiomas para incluirlos en los libretos que mandan al extranjero.

—Eso está muy bien —dijo el profesor, con la boca llena.

—Espera, Richard... Y que preferiría que los grupos que lleva él, cuando estén de gira por todo el mundo, viajaran siempre con la misma intérprete. Depende de los países, claro. Es un asunto de idiomas. O sea, viajar con ellos.

—Lo he entendido, Laura. ¿Cómo se llaman?

—Él, Eric.

—No, no... —dijo, haciendo un gesto seco con la mano.

—Ah... Stuart Records.

—No. —Richard se echó a reír, incomprendido—. Los grupos.

Laura sonrió, miró al profesor a los ojos y bajó la mirada enseguida.

—No me lo ha querido decir. Ha insistido en que si me interesa el *job* ya me lo dirá. Pop, *soul*, *rock*, eso sí me lo ha dicho. Sobre todo *rock*. Y he visto los discos de oro, o de lo que sean, que tenía colgados en la pared. El estudio está en una especie de bajo, todo insonorizado, para no dar la vara a los vecinos, supongo. ¿Qué te parece?

—¿Qué te parece a ti?

—Interesante, ¿no? Tres años aquí y es el primer trabajo fijo que me ofrecen.

El profesor entendió que Laura ya lo había aceptado.

—*That's the point.*

—¿Qué?

—Nada.

—Di, Richard...

Ahora, con una pala, Laura apretaba la tierra.

El profesor no tuvo que esperar la revelación de ningún oráculo para olerse que, en aquella conversación, empezaba a perder a otra de las personas de su vida. La que le había hecho sentir mejor que, en el fondo, el amor debe de ser esto antes de transformarse en compañía. Se terminó la manzana y, sin mal humor, acarició los cabellos de Laura.

—Hazlo. Seguro que lo pasarás bien.

Durante dos largos años, Laura Altamira, de Banyoles, licenciada en Traducción e Interpretación por la Universidad Autónoma de Barcelona, compaginó el trabajo en Stuart Records con otros encargos puntuales, puede que mejor remunerados. Iba de los camerinos de las giras a la vida cómoda con el profesor, que cada vez hablaba menos y pensaba más. A medida que Laura contaba ardillas, se movía por los aeropuertos y se divertía en los escenarios, Richard Clemence se fue encerrando en los callejones sin salida del pensamiento. Metro, tren, Londres, Canterbury, universidad, clases, tutoría de tesis doctorales, vagón hasta casa exhausto, para escribir tres páginas de un ensayo. Publicar un libro al año, leer treinta y seis.

El día después de su aniversario, un 17 de febrero con los parques cubiertos de nieve, Laura tomó una decisión. Había recibido un ramo espectacular de Eric Stuart, la llamada emocionada de sus padres a cobro revertido y un correo electrónico escueto, de cortesía, de Kim. Puede que por todo ello, y por el poso de los últimos meses, Laura pensó que ya se había aburrido bastante. Se había extinguido la llama, por decirlo con la metáfora que tantas veces le había escuchado a Richard con respecto a otras parejas de su quinta. Sin embargo, ella era demasiado joven para resignarse. Tenía demasiado presente la vida desleída de su madre, y actuó siguiendo

un impulso. Se quitó las aletas de rana y decidió pasar al ataque sin esperar que el destino la obligara a caminar por la glera de los días. Pidió hora, se fue a la peluquería de Mayfair y se cortó el pelo a lo *garçon* para celebrar que, a los treinta años, aún era posible un cambio. Y era asumible. Y que podía permitírselo. Y que, caray, se lo debía a sí misma. Tras dos noches de sexo y música en la cama de Eric, se dio cuenta de que por delante de ella pasaba, de repente, un tren inesperado. Se mudó en un santiamén. El profesor Clemence ni siquiera intentó retenerla ni trató de argumentar nada en su defensa. Hacía muchos meses que se había resignado a ese final, y, como los estoicos, esperaba el momento con elegancia, frotándose la barba con la mano plana. Con los remordimientos acotados, con más tacto que palabras pero mirándolo a los ojos, Laura abandonó la filosofía, el polvo de los libros y el té de hierbas del alma y se fue con un productor musical con más ganas de actuar en la vida que de reflexionar sobre ella. Decidió subirse al tren en marcha. Próxima estación: *rock and roll*.

UNA VOZ DE BRONCE

Santi Santos —con alguna arruga nueva, las manos más torcidas y las coderas gastadas— nunca había dejado de tocar. Paseando sus dedos de un lado a otro por las ochenta y siete teclas, había visto cómo las propinas pasaban de las pesetas a los euros, cómo desaparecían las corbatas, cómo las grúas habían invadido Diagonal Mar y cómo los bancos preferían conceder hipotecas por el ciento por ciento del valor antes que mirar a los ojos a sus clientes. Sin dejar de acariciar blancas y negras, había vivido el *boom* turístico de una ciudad más alegre, con más autoestima, que se había sacudido los complejos. Se había dado cuenta, sin levantarse del taburete de todas las noches, de que en el bar del Rafaeli se leían menos periódicos, se abrían más ordenadores portátiles y se retiraban los ceniceros. Puede que en el hotel entraran menos japoneses que antes, pero había más rusos y con los bolsillos incluso más llenos. O, al menos, en el bar del hotel bebían más y se quedaban más tiempo. Tantos años después, Santi Santos seguía teniendo la misma sonrisa para los señores y un gesto de la cabeza, elegante, para las señoras. O una conversación. O, si surgía... Sin embargo, las ganas de seducir, con los años, se habían ido evaporando. Poco a poco. Prácticamente sin darse cuenta, igual que pasa la vida. Nunca se quejó de nada y tocaba el *As Time Goes By* de todas las noches con orgullo y la espalda erguida. Hubo dos detalles, no obstante, que al pianista del Rafaeli le sentaron mal. No entendió que les costara tanto que le cambiaran el recubrimiento de marfil de un mi que, nadie sabía cómo, se había agrietado y, sobre todo, se sintió herido cuando le pusieron competencia. El día que apareció una pantalla plana en el otro extremo del bar, Santi Santos se puso celoso. Se daba cuenta de que las miradas ya no eran todas para él, sino que la CNN, puesta a todas horas, era un polo de atracción que le hacía la pascua. Era una televisión muda, sí, pero escupía constantemente rótulos de noticias que desaparecían por el lado izquierdo de la pantalla. Que si Bush, que si Iraq, que si los resultados de los New York Knicks, que si el maldito Dow Jones. Acabó de los índices bursátiles —flechas verdes hacia arriba, chorradas rojas hacia abajo— hasta la coronilla. Él, manitas de plata, un profesional con una salud de hierro, no había dejado de tocar ni con el cambio de siglo. Ni tampoco con el cambio de milenio, esa Nochevieja tan sonada sobre la que decían que se acabaría el mundo y que todo se estropearía. Los ascensores bajarían en caída libre, los radiodespertadores se fundirían y los satélites, después de perder el oremus, estarían condenados a vagar eternamente por el espacio. Y al final no se escacharró nada. Aquella noche, desafiando a los malos augurios, el Rafaeli había organizado una fiesta especial para

estrenar el año. Paco Ráfales, sin embargo, no asistió. Desde que había empezado a marchitarse, no quería saber nada de fiestas. Ni acudía a ellas ni las organizaba. No quería saber nada de celebraciones. Mientras no causasen problemas, les decía adelante y dejaba que se encargaran de ello Kim, que había cogido las riendas del día a día del hotel, y Míriam, que, aunque no trabajaba allí, era la persona ideal para las movidas del hotel. Organizaba, montaba, delegaba, contrataba músicos, escogía menús, probaba *caterings*, seleccionaba camareros, decidía vinos. Y, puede que fuera cosa del negocio familiar, tenía un encanto especial a la hora de colocar velas de todos los tamaños, aquí y allá, para crear ambiente. Si Míriam Mundi se había ganado la credibilidad y el respeto del personal, no era porque fuera la mujer del dueño, a quien todo el mundo acostumbra a hacer la pelota, sino por su simpatía, su criterio y su trabajo. El mérito que le reconocían todos los empleados del Rafaeli, desde el chef hasta el último maletero, era que no parecía que moviera ni un dedo y conseguía que todo encajara a la perfección. Además, siempre con el vestido más elegante de la velada, estrenado para la ocasión, sabía recibir. Míriam era la mejor anfitriona, con una risa franca que había encandilado a Kim. Siempre tenía a punto una conversación o el comentario inteligente para cada invitado que entraba por la puerta giratoria del paseo de Gràcia. Las fiestas del Rafaeli se habían convertido, gracias a su empuje, en un acontecimiento social de la ciudad.

Al día siguiente, Paco sí tenía interés por saber qué decían los periódicos. Después de repasar la prensa, iba a felicitar a su hijo y le hacía llegar una caja de trufas del Sacha a su nuera. Sabía que se pirraba por ellas, y Míriam, a fin de que le durasen, se comía una —sólo una— tras el café de la comida. Como si sólo pudiera pecar una vez al día.

Una noche, en casa, Míriam sorprendió a su marido.

—¿No has notado extraño a tu padre?

De entrada, Kim no le dio importancia. Estaban sentados en el sofá, en el salón, y le pareció un *pourparler*. Vivían en una casita con jardín, un poco más arriba del paseo de la Bonanova. Era una finca catalogada de la calle de las Escoles Pies que había pertenecido a un eminente psiquiatra que había muerto, sin hijos, a los ciento y muchos años. Los novios pensaron que el Rafaeli y toda la historia de los Ráfales pesaba demasiado y que era mejor alejarse de allí en sus horas de intimidad. De otro modo, su vida habría sido hotel para desayunar, hotel para comer y hotel para cenar, y Míriam no estaba dispuesta a aceptarlo. Aunque su padre insistió en que sobre los despachos podrían montar un...

—Gracias, papá. Tienes que entenderlo. Queremos vivir a nuestro aire, ya sabes cuánto quiero el Rafaeli, pero...

No se hable más. Su padre lo entendió. Se trataba de empezar desde cero. Él ya llegaba tarde para deshacerse de los fantasmas que tenía que arrastrar, pero Kim tenía

derecho a huir de ellos. Les echó una mano para pagar una parte de la casa, y los padres de Míriam, que no quisieron ser menos, pagaron las obras, que no fueron pocas y que quiso dirigir ella misma. Con ilusión, ideas y un generoso presupuesto, lo consiguió. Tenía buen gusto, y con la ayuda de un primo arquitecto supo combinar lo nuevo, los materiales más fríos, con los arcos antiguos de la casa y los techos artesonados de origen. Sí o sí, Míriam luchó por mantener la baldosa hexagonal del mosaico hidráulico de Escofet que había en toda la planta baja. De la mezcla entre lo viejo y lo nuevo y un enorme cuadro de colores de Perico Pastor surgió un hogar confortable, acogedor. De revista, como decían sus amigos.

Como si no la hubiera oído, sumergido como estaba Kim en las páginas de Economía, Míriam insistió.

—¿No has notado extraño a tu padre estos días?

—No.

—No lo sé. Yo...

Kim levantó los ojos de *La Vanguardia*. La podían leer por la noche, después de cenar, cuando se sentaban en el sofá, uno en cada brazo, y ponían la tele rutinariamente, por si echaban algo. Era el momento que aprovechaban para hojear las noticias y hablar de las cosas del día.

—Pásame las páginas salmón.

—¿Mi padre? —Kim resopló—. Ya sabes que sólo se anima cuando la Laborde está en el hotel.

—Es muy gracioso ver cómo se arregla y cómo la espera... Lo mejor de todo es que a tu padre no le gusta la ópera.

—No es que no le guste; lo que ocurre es que no tiene orejas, tiene orejones.

—Mira a ver si ha salido la crítica...

—¿La crítica de qué?

—De Diana Laborde, en el Liceu...

Kim dobló el periódico y lo dejó sobre el sofá.

—Toma. Búscalos tú. —Apagó la luz, que le calentaba la cabeza, y se levantó—. ¿Por qué has dicho que mi padre está extraño?

—Porque sí, porque desde que ha llegado su hermano lo noto... No sé cómo decirlo. Preocupado.

—Chica, pues yo lo veo como siempre.

Kim dio la vuelta por detrás del sofá. Sin que Míriam hubiese intuido su intención, le levantó la negrísima melena de encima de la oreja y le dio un beso en el cuello.

—¿Qué tal hoy por la tienda?

Míriam cerró los ojos para saborear el momento.

—Cansada. Pero todo bien, amor mío.

El tío Vicenç tenía una voz de bronce. Hablaba con un deje ligeramente nasal, con influencias del acento de la Via Veneto. Era unos pocos centímetros más alto que su hermano Paco, pero también era más barrigudo. De pequeño había sido al revés. El flacucho era Vicentet, pero, desde que se había casado con la *zia* Mina y vivían en un caserón con perro en las afueras de Roma, la pasta se había convertido en la comida diaria. Pasta seca de cualquier forma —*farfalle, pipe, linguine, rigatoni*—, ya fuera con ajo y guindilla, una *amatriciana* de grandes celebraciones o, como más le gustaba, unos simples espaguetis con el *pomodoro* de la suegra, que sabía dar con el punto justo de sal y azúcar, lo más difícil de conseguir a la hora de preparar la salsa de tomate, aparte de no salpicar todos los fogones. No podía decirse que Vicenç Ráfales estuviera gordo, pero sí que, a veces, cuando se levantaba, el cinturón solía dársele la vuelta, como si quisiera esconderse debajo del vientre, un detalle que sacaba de quicio a la *zia* Mina. No soportaba que la hebilla de su marido mirara al suelo, ella que quería que estuviera muy guapo. Lo obligaba a vestirse siempre de domingo. Como si tuviera que bajar la escalera de la piazza Spagna para rodar un anuncio, le decía siempre. Y él se paseaba por el vestíbulo del Rafaeli de Roma con la punta del pañuelo blanco asomando la nariz por el bolsillo de la americana, con la pernera estrecha y el dobladillo hacia fuera, sobre unos zapatos duros, de cordones, a los que se había sacado brillo con el correspondiente betún marrón.

—¿Te acuerdas de Roger, de cómo imitaba la forma de hablar del tío?

—No mucho, papá.

—Tenía mucha gracia. Roger imitaba a todo el mundo, desde pequeño.

Era extraño que Paco Ráfales hablara de Roger o de Àlex. Pensaba todos los días en ellos, pero sólo los mencionaba muy de vez en cuando. Y menos aún delante de Kim o de Elsa.

—¿Qué quiere el tío? ¿Por qué ha venido de Italia?

—¿Y por qué iba a querer nada, Kim? —Si llevaba la corbata azul, era viernes. Se arregló el nudo, mirándose en el reflejo de la ventana que daba al paseo de Gràcia—. Quizá para huir unos días de la *zia*.

—No te cae demasiado bien la tía, ¿verdad?

—¿A mí? Es él quien tiene que sentirse a gusto, fue él quien se casó con ella...

—No lo sé... El tío Vicenç está tramando algo.

Ambos sabían que el tío había estado toda la semana en el Rafaeli. Era insólito. A Kim le parecía raro que no les hubiera explicado el motivo. Normalmente, cuando bajaba cada dos meses para el consejo de administración de los hoteles, llegaba una tarde, celebraban la reunión a la mañana siguiente y, después de que los dos hermanos ordenaran que les sirvieran la comida en el piso de Paco, Vicenç tomaba el último vuelo de la tarde a Roma-Fiumicino. En cambio, esta vez ya llevaba cinco días en Barcelona y entraba y salía del hotel con el maletín de los documentos, como si tuviera que reunirse con vete a saber quién. Kim había estado repasando las grabaciones de las cámaras de seguridad a velocidad rápida para asegurarse de que en

la habitación de su tío no hubiese entrado nadie que no trabajara en el hotel. Nada sospechoso. Servicio de limpieza, servicio de habitaciones, el director financiero del grupo Rafaeli y ya está.

Kim, no podía evitarlo, desconfiaba de su familia italiana. Desde que habían venido de Roma para el entierro de Àlex y Roger, no los miraba como solía hacerlo. En alguna ocasión, con tacto, años después, se había atrevido a hablarlo con su padre, y, a pesar de la prudencia de Paco Ráfales, siguiendo la costumbre familiar de no decir nada fuera de tono, habían estado de acuerdo. No les había gustado demasiado la forma en que se habían presentado en todas partes, como si sus sentimientos fueran más auténticos que los de los demás. Como si el dolor, viniendo de lejos, fuera más dolor. Ellos, que sólo veían a Àlex y a Roger muy de tarde en tarde, se habían colocado en primera fila en el tanatorio de Collserola, habían llorado más ruidosamente que nadie y, después del funeral, se habían situado en primera línea de duelo para recibir los abrazos. Excesivo, puede que sí, había acabado reconociendo su padre. Tampoco entendió que la *zia* Mina hubiera asumido, casi, el papel de su madre, como si fuera la única mujer de la familia. Una vez en el cementerio de Sant Genís dels Agudells, con la ciudad a sus pies y a veinte lápidas del nicho de Carrasco i Formiguera, a Kim le había sobrado el discursillo del tío Vicenç sobre el destino, la resignación y la madre que lo parió. Después, aún le molestó doblemente que se hubiera arrancado a rezar un padrenuestro que nadie le había pedido. La *zia* Mina, vestida de luto de la cabeza a los pies, con medias negras, abrigo negro, unas pestañas teñidas y una mantilla de otro siglo sobre su pelo de carbón, llevaba al pobre Paco de un lado a otro como si fuera un hombre desvalido. Sus primos, en cambio, no decían nada. Durante los dos días que pasaron en Barcelona, apenas dejaron oír su voz. Parecían los guardaespaldas de sus padres. Rómulo resultó que se llamaba Aldo; y Remo, Mauro. Nadie supo si tenían opinión propia sobre algo. Aunque tampoco le hubiese importado a nadie. Tanta sumisión por parte de sus primos y esa voluntad de cortar el bacalao de sus tíos escamaron a Kim, que, dicho sea de paso, sentía una pena tan grande que lo recordaba todo con una nebulosa espesa, como si aquellos días los hubiese vivido a través de unos binóculos del revés. O como si nunca los hubiese vivido.

—Afán de protagonismo —concluyeron los amigos de los Ráfales de Barcelona.

Afán de protagonismo y ganas de figurar, remachó Kim, que a partir de entonces siempre desconfió de los movimientos interesados de la rama romana de los Ráfales. No era capaz de pensar cuándo ni de qué manera, pero sabía que el tiempo le daría la razón.

Cuando menos se acordaba de ello, llegó el día.

Paco estaba sentado a la mesa de su despacho, limpia de papeles y con un cubilete lleno de rotuladores naranja. Tenía la costumbre de escribir todas las notas en ese color. Kim, frente a él, le estaba enseñando el nuevo modelo de llaves que había decidido poner en todas las habitaciones. Si funcionaban como el prototipo, ya no sería necesario introducir la tarjeta dentro de una ranura ni pasarla de arriba abajo, a una determinada velocidad, ni muy despacio ni muy deprisa, qué engorro. Ahora, con sólo acercar la tarjeta al magnetismo de la cerradura de la puerta, se encendería la luz verde, se desbloquearía el pomo y el cliente podría entrar en la habitación. Cuando Paco dio el visto bueno que Kim no necesitaba —hacía días que había hecho el pedido—, el tío Vicenç se presentó en las oficinas de dirección de la quinta planta. Entró sin llamar, sin importarle ni pizca interrumpir la conversación entre padre e hijo. Estaba tramando algo. Kim se dio cuenta de que su tío había llegado muy excitado, como si se muriera de ganas de dejar caer la bomba.

—Paco... Tengo una muy buena noticia.

En cuanto a su sobrino, como si no estuviera allí.

—¿Ah, sí? Siéntate, hombre...

Vicenç se sentó en la silla que había al lado de Kim. No apoyó la espalda en el respaldo porque tenía prisa por dar la primicia. Al otro lado de la mesa, su hermano y presidente del grupo estaba esperando que Vicenç le soltara una gorda. Se veía venir que no iba a saltar de alegría, precisamente. Se olía que habría un antes y un después del momento que estaban a punto de vivir. Las manos enlazadas sobre la mesa de la India, con los dedos entrecruzados, daban a entender la poca fe que tenía en su hermano.

—Lo he conseguido, Paco. Tenemos una oferta que no podemos rechazar. ¿Estáis listos? —Se balanceó en el extremo de la silla y dejó que su barriga colgara, como un luchador de sumo a punto para la batalla—. Una gran cadena internacional nos compra los dos Rafaelis, el de Barcelona y el de Roma. Es ahora o nunca.

Lo dijo de corrido, sin parpadear, con su voz de bronce. Kim saltó antes de que Paco pudiera reaccionar.

—¿A eso lo llamas una buena noticia, tío? —Miró a su padre, con aire de reproche—. Ignoraba que tuviéramos los hoteles en venta... ¿Tú lo sabías?

No pudo decirle que no. A Paco le bastó con levantar los dedos de la mesa, aún entrelazados, y volverlos a bajar para que Kim entendiera que no debía perder los estribos, que no debía precipitarse y que, por respeto a quienes habían convertido el Rafaeli en uno de los grandes hoteles de la ciudad, debía callarse.

Aquella noche, Kim acabó su trabajo antes que nunca, se fue a casa, lanzó la americana sobre el sofá, se quitó la corbata con rabia y maldijo a su tío, a la pelma de la *zia* Mina, a Rómulo, a Remo y a la madre que los parió a todos. Y su padre, un hombre que no se dejaba manipular, que había vivido para el hotel, ¿cómo era posible que de repente se rindiera? ¿Cómo era posible que estuviera dispuesto a permitir que

su Rafaeli fuera, muy pronto, un Radisson cualquiera? Un Radisson más de la cadena.

—¿Qué te pasa?

—Nada...

—¿Te has peleado con alguien?

—¿Yo?

—¿Ha ocurrido algo con tu padre?

—No.

—¿Se trata de tu tío, entonces?

—No, no... —Kim se armó de valor para disimular—. Estoy bien.

Miriam se sentó a su lado, le pasó los dedos entre los cabellos como si fueran un rastrillo sin púas, y habló con su tono más tierno...

—Eh, Kim... —A media voz—. ¿En qué estás pensando?

—Caray. —Se le escapó una sonrisa malhumorada—. Uno, dos, tres...

—¿Un, dos, tres, qué?

—Nada, Miriam.

No era el momento de contarle el juego que tenía con Laura desde los tiempos de la facultad. Y tampoco era el momento de pensar en Laura, de quien llevaba muchos, muchísimos meses sin saber nada. Le dio un beso a Miriam, le dijo hola, cariño, y, después de mirarla a los ojos y descubrir en ellos una acogida afable, se abandonó. No podía creerlo. Le parecía una alta traición. Una deslealtad de los Ráfales con los Ráfales. Le hervía la sangre. Le dolió que lo hubiesen dejado de lado. Vaya puta mierda. No comprendía por qué, de pronto, buscaban un comprador si las cosas no iban mal. No sabía si todo se debía a una vena de su tío para aprovecharse de su padre, que ya estaba pachucho y no tenía el empuje de otros tiempos. Tendría que haberles reprochado, allí mismo, en el despacho, en caliente, que le hubiesen ocultado sus intenciones, que no le hubiesen contado nada, que no le hubiesen preguntado su opinión, que vaya huevos tenéis, ya os vale. Y sobre todo a su padre, por no haberle dicho nada. Pero, por respeto a su edad y porque había entendido que su padre se lo pedía, se tragaría su orgullo, las palabras y el arrebato.

De momento, se callaría.

LA SALSA WORCESTERSHIRE

Era difícil de decir. A medida que iban pasando los días, Míriam se daba cuenta de que Kim —vaya humor, chico— necesitaba hablar con su padre, pedirle explicaciones y pleitear lo que hiciera falta para que no cometieran esa locura. No podían vender el Rafaeli. Los Rafaelis. Aunque a él, el hotel de Roma, francamente... Si el tío Vicenç, Rómulo y Remo querían, que se lo metieran por el culo. Míriam no encontraba el momento de decirle a su marido que ella sí había hablado con su padre. Había cogido a su suegro por banda, lo había citado para comer y, persuasiva como sabía ser, vendedora que combinaba docilidad con insistencia, no le había permitido decir que no. Quedaron en el Samoa, una pizzería limpia, impersonal, de baldosas frías, en lo alto del paseo de Gràcia, a medio camino del hotel y de la tienda de Míriam.

—¿Dentro o fuera? —Dejó que Paco escogiera—. Con un octubre con un tiempo tan bueno, aquí en la terraza estaremos bien. En Barcelona siempre es primavera.

—Hay demasiado ruido de coches...

Con dos cartas en la mano, el *maitre* los acompañó hasta la última mesa de un comedor atestado de turistas que salían extasiados del *tour* guiado por la Pedrera, en la acera de enfrente. No tardaron en servirles. Plato único. *Spaghetti alle vongole* para Paco, ensalada César para Míriam. Y una copa de vino blanco para cada uno, que acabaron siendo dos.

—¿Puedo decir algo?

Paco Ráfales levantó una ceja. Sabía que, dijera lo que dijese, Míriam iría al grano. Tras siete años en la familia, si lo había invitado a comer por primera vez no era para hablar de la última película de Clint Eastwood. Él disimuló con la ensalada de los tropezones de pan, el parmesano y la salsa Worcestershire de Míriam.

—¿Sabes por qué se llama César?

—Paco...

—¿Lo sabes o no? —Se colocó la servilleta en el cuello, para no mancharse la corbata verde de los lunes con las salpicaduras al enrollar la pasta.

—Porque la inventaron en Roma, supongo. En tiempos del César, seguramente.

—No. Por César Cardini. Su inventor. Un cocinero que conocimos en nuestro primer viaje a California, con Maria.

Y entonces, cosas de hotelero, Paco le contó con pelos y señales que el 4 de julio de 1924, el día de la independencia norteamericana, un restaurante de Tijuana, el Caesar's, se llenó tanto de gente que les quitaban los platos de las manos, y su dueño,

astuto como un zorro, reunió los ingredientes que tenía en la cocina y con cuatro cosas se inventó una ensalada para salir del paso.

—¿Puedo decir algo, papá, o no quieres que hablemos de ello?

Antes de responder, él rebañó una almeja con dos dedos.

—Por esto estamos aquí, supongo...

Miriam sabía lo que quería decir pero no encontraba la forma de empezar. Nunca hay un día perfecto para esta clase de conversaciones.

—Yo ya sé que no voy a cambiar a los Ráfales, ni tampoco lo pretendo, pero, vistos desde fuera, entran ganas de deciros... Entran ganas de zarandearos a todos. — Dudó sobre si había escogido un buen camino—. ¿Me permites?

—...

Qué remedio.

—Cuando murió tu mujer...

—Maria.

—Sí. Cuando murió Maria, tú tenías tres chicos y Elsa, que era muy pequeña. Todos sacasteis fuerzas de flaqueza, aguantasteis, disimulasteis, hicisteis como si nada para que la niña no os viera sufrir, supongo. Todo el mundo en su habitación, todo reservado como si hubieseis colgado el no molestar del hotel, todos pasando solos el mal trago, cada uno consigo mismo, mucho más allá de lo que es humano y de lo que es normal. ¿Sí o no?

—Pero tú no viviste eso, Miriam.

—Pero me lo contaron mis padres, que os conocían y os querían. Y lo veían y todo dios se daba cuenta, por lo que me han dicho. Luego, imagínate, cuando el accidente de tus hijos, igual. O peor. Con la tragedia de los mayores... Perdona, pero ¿no hicisteis un poco lo mismo? Tragar y engullir, como si no hubiese dolor. Y lo hay, papá, joder que si lo hay.

—Claro que lo hay. Y lo llevamos todos muy dentro de...

—Ya sé que sí, Paco. —Miriam soltó el tenedor y colocó su mano sobre la de su suegro—. No me meto donde no me llaman, pero ¿cuántas veces te has abrazado con Elsa y Kim, todos juntos? ¿Cuántas veces habéis llorado juntos en todos estos años? ¿Cuántas veces os habéis permitido deciros, los unos a los otros, a la cara, sin rubor, lo mucho que echáis de menos a Àlex o a Roger?

Los ojos de Paco miraban a los de Miriam. Se habían empañado antes que los suyos.

—¿Cuántas? —Paco tomó un trago para no responder—. Como el chiste de Nueva York. Una o ninguna.

Miriam no entendió la broma. No conocía el chiste y se dio cuenta, una vez más, de que Paco quería rehuir las conversaciones angulosas, hacer de tripas corazón y mirar hacia otro lado.

—No es ningún reproche, Paco. —Le soltó la mano, se tocó los labios con la servilleta y bajó el tono—. Es la forma de ser de los Ráfales, que ya os conozco. Esa

manía de ocultar los sentimientos. Los hoteleros siempre deben poner buena cara, ya lo sé, Kim me lo ha dicho mil veces, pero me da rabia que seáis tan sumamente contenidos, que entre todos hayáis hecho de la discreción un valor tan absoluto, tan llevado hasta las últimas consecuencias que los sentimientos se entierran y nunca se habla de nada que pueda desbaratar el...

—¿Tú crees que Kim es como yo?

—Sois clavados. ¿Tú y Kim? Clavados. Calcados. ¿No me vas a decir que no lo sabías? Kim es reconcentrado hasta decir basta cuando se pone tozudo. Y lo digo ahora, papá, porque, si no, reviento. Con la oferta esa del Radisson y el tío Vicenç, tiene un disgusto que no te cuento. Pero aún tiene más orgullo, y no quiere hablar de ello ni contigo ni con nadie, porque dice que, si ya está decidido, ya está decidido, y entonces no es necesario hablarlo, porque las acciones son tuyas y dice que estás en tu derecho, porque, vamos a ver una cosa, si es que puedo preguntar: ¿el asunto ya está cerrado?

—¿La venta?

—Sí.

—No.

Y no lo sacó de ahí. Nuevamente, la discreción. El escudo de los Ráfales. Los negocios eran algo demasiado importante como para ir pregonándolo a los cuatro vientos. Ahora bien, si Míriam quería hablar del hotel y de la familia italiana y de la forma de ser de la *zia* Mina y de los sinvergüenzas de los primos de Kim y Elsa, hablarían de todo ello. Paco Ráfales le contó que, a largo plazo, todo tenía que ser para ellos, pero que él y Vicenç... Si habían tirado del carro y habían convertido los Rafaelis en lo que eran, no sólo podían tomar la decisión que creyeran conveniente, sino que tenían derecho a hacerlo. Míriam le dijo que por supuesto que sí, pero que sólo le pedía que no se equivocara en una cosa: ¿la decisión la había tomado él o había dejado que el tío la tomara por los dos?

La llegada de un café corto con una palmerita de hojaldre lo salvó. Paco dio el tema por zanjado.

—¿Cómo están los niños?

—¿Los niños? —Vaya huevos tiene mi suegro, pensó—. Me parece que Víctor tardará poco en andar. Ya se deja ir solo.

—¿Y Jana?

—Una princesa, ya lo sabes. Va contenta a la escuela y vuelve contenta. Es fantástica.

—Mi princesa.

Paco conocía a Míriam desde que había nacido y nunca había pensado ni remotamente que un día se convertiría en la madre de sus nietos. Intuía, por las jóvenes que acompañaban a Kim, que su chico tenía buen gusto, que le iban más las

morenas, puede que sí, pero nunca se le pasó por la cabeza que la hija de los Mundi pudiera acabar siendo una más de la familia. Las hijas de los amigos, que te han escupido papillas, que has visto caer de culo en el suelo, que has recogido cuando querían andar y no lo conseguían, que has aguantado cuando berreaban porque tenían sueño pero no querían dormir, que te han manchado el sofá recién tapizado, nunca piensas que... Y un buen día, una tarde de primavera, te descubres vestido de etiqueta de arriba abajo, para ver cómo, despacio, cruza la nave gótica del monasterio de Pedralbes cogida del brazo de un Ferran Mundi incluso más elegante que tú, que en un abrir y cerrar de ojos se convierte en tu consuegro con dos simples sí, quiero.

Paco nunca se había parado a pensar por qué Kim y Míriam se habían reencontrado y habían empezado a salir juntos. Maria sí habría querido saberlo. Ella se moría de ganas de saber cómo se habían conocido las parejas. Todas. Y, cuando no lo sabía, lo preguntaba. Cuanto más rebuscada fuera la historia, mejor. Estaba convencida de que las casualidades no existían, que todo tenía un porqué. Que si ella —Maria Angerri— había pedido ventanilla en las últimas filas y él —Paco Ráfales— se sentaba en la butaca del pasillo era porque alguien había decidido que allí, en un avión que regresaba de Praga, empezaría una conversación, y luego una cosa lleva a la otra. Quizá si Maria la hubiera sabido, la historia de Kim y Míriam la hubiese dejado indiferente. Pero habría sido la vida de su hijo, y sólo por eso ya habría merecido la pena escrutar sus detalles.

Un mediodía de abril, de camino a casa, con la chaqueta sobre un brazo y la bandolera cruzada, Míriam roía un cuscuro de pan aún caliente, más por vicio que porque tuviera hambre. Era una costumbre de toda la vida, el gesto de cada día. Abría ligeramente la bolsa del pan y, de un mordisco, cortaba la barra por la punta que asomaba. Con la boca llena, oyó que un coche hacía sonar la bocina, con timidez. Sin prestarle mucha atención, siguió andando.

—Eh, ¿Míriam?

Kim preguntó con la duda de quien quizá se ha equivocado de persona.

—¿Hola?

Míriam miró hacia el coche deportivo rojo. El conductor llevaba gafas de sol y no acababa de ver quién...

—Soy Kim. Kim Ráfales...

Se quitó las gafas.

—Ahora sí. Eh...

—¿Qué tal?

—Me voy a casa, a comer.

Sin dejar de mirarla, Kim pulsó un botón que había junto al volante y el techo del deportivo rojo biplaza se levantó por la parte delantera, como un caballo que levanta las patas, desafiante.

—¿Se levanta sola?

Poco a poco, el mecanismo fue ocultando el techo doblado en el interior del maletero.

—Si tuviera que hacerlo yo, a mano y todo el rollo, nunca lo descapotaría.

—Nunca había visto uno como éste... ¿Qué es?

—Un Lexus.

Con lo orgulloso que se sentía de su compra, y en aquella ocasión le dio vergüenza tener que decir la marca.

—Es muy guapo.

—¿Sabes qué me dijo mi padre cuando supo que quería comprarme este coche?

—Ni idea.

Mordió otro trozo de pan, junto a la puerta del conductor.

—¿Lo quieres para correr o para darte pisto? Me lo pienso durante dos segundos, tratando de adivinar qué quería que le respondiera, y cierro los ojos y le digo que para darme pisto. Uf, la clavé. ¿Quieres conducirlo?

—¿Yo?

—Claro.

—No tienes huevos para dejarme conducir este trasto.

Lanzó el pan, la bolsa y el abrigo en la parte de atrás. Con sus largas piernas, Míriam no tuvo que avanzar mucho la butaca. Con un solo dedo y un botón con muchas funciones le bastó para mover los retrovisores.

—Si puede ser, no pases de doscientos cuarenta.

—No, por la ciudad no, Kim, tranquilo.

Encadenaron cuatro semáforos en verde en Consell de Cent, giró por Pau Claris y bajó en dirección al mar. A veces, los días improvisados son los mejores. Kim se dejó llevar por aquella niña con la que, de pequeño, había compartido arena y columpios, con la que había coincidido en las fiestas de sus padres, que les parecían un rollo. Les había dado vergüenza hablar cuando ambos tenían acné y la recordaba muy vagamente de la fiesta de los disfraces olímpicos en el Rafaeli, un recuerdo con la luz velada. Todo lo que había pasado a. d. a., justo en las semanas, días y horas anteriores a la tragedia, había quedado en una nebulosa a medio camino entre la realidad y la fantasía. Lo viví o lo soñé. Pero aquel momento era cierto, y, quién iba a decirlo, tenía a su lado a una Míriam hecha y derecha, con personalidad, segura en los gestos y en las palabras, que agarraba el volante con la mano izquierda mientras mantenía la derecha en el cambio de marchas, por si tenía que usarlo en cualquier momento. Un semáforo en rojo la salvó. Pudo apartarse los cabellos negros que el viento había colocado sobre su cara. De repente se hizo un moño alto, que sabía que le permitía enseñar una nuca tensada por un hilo de bailarina. Conducía y no se callaba. Le contó que trabajaba en otra tienda, que se había inspirado en un negocio que había descubierto en el barrio de Tribeca, en Nueva York. No era una floristería, ni una tienda de muebles ni una librería, pero vendían ramos de flores originales y mesas coloniales y espejos antiguos y relojes de estación que parecían de época y alguna

escultura selecta de Marta Moreu y libros de arquitectura recién sacados del horno y pósteres de cine de cuando se estrenaban buenas películas y velas de todas las fragancias marca de la casa y algún pañuelo con el estampado de Liberty y cosas que compraba en cualquier parte, y que, si le gustaban a ella, pensaba que también tendrían salida entre sus clientes. La máxima de Gris —así se llamaba la tienda, a juego con el color de todas las paredes— es que nunca vendería nada que a Míriam no le gustara. Cuando con su voz alegre y modulada hubo hecho todo el inventario, aparcó en el Port Olímpic.

—Me invitas a comer, supongo...

—¿No te esperan en casa?

—¿A mí?

Míriam apagó el motor del coche.

—Te he visto con el pan y he pensado... —Kim volvió a encender el motor para poner la capota al Lexus—. No vamos a dejarlo abierto, en medio del puerto.

—Me encanta el pan. Me zamparía una barra todos los días, pero, si me lo preguntas, vivo sola.

—¿Ah, sí? Creía que... —No tenía ni idea—. Creía que aún estabas en casa de tus padres.

—Tío... Te veo muy poco informado. Tienes que salir más del hotel, hombre. — Se dio la vuelta para recoger sus cosas y bajar del coche—. ¿Conoces ese de ahí?

Le señaló el restaurante que tenían ante sus narices.

—Entonces, ¿es cierto que tengo que invitarte?

—Claro... Me han dicho que, cuando vienen, a los jugadores del Barça no les cobran.

A Kim, todos los restaurantes con vistas a las barcas le parecieron más o menos iguales. Los mismos toldos recogidos, hileras de mesas puestas con poco encanto y camareros pelmas que te ofrecen una carta plastificada, con fotos, para tratar de captarte antes de que te seduzca la secta de la puerta de al lado. Hablan idiomas, eso sí.

—Con el día que hace, casi mejor fuera.

Míriam decidió por los dos. Kim ignoraba, a las dos y cuarto de un primer viernes de abril, sentado a una mesa con resol, con las gafas oscuras puestas, compartiendo unos mejillones de roca y un arroz caldoso de Salamanca, frente a una mujer de mirada risueña a la que conocía desde que era pequeña, que los días improvisados son, a menudo, los que te cambian la vida.

Volvieron a quedar. Por iniciativa de... Con el tiempo, la historia se diluye, las versiones se confunden y, quien más, quien menos, todos tienden a colgarse medallas. Lo cierto era que a ambos les apetecía volver a verse. El siguiente fin de semana fueron juntos al teatro. La propuesta fue de Kim y Míriam se encargó de las entradas.

Fugaç, de Benet i Jornet, en el Romea. Sexta fila, para ver a Jordi Boixaderas de cerca. Les gustó, aunque a decir verdad quizá se perdieran algún pasaje de la obra, porque, de reojo, el uno estaba pendiente del otro. Ocho días después, quedaron de nuevo.

—Te debo una. Esta vez yo te invito a cenar.

—Me parece perfecto.

—¿Conoces el Tram-Tram, en Sarrià?

Míriam —pelo negro y desenvuelta en sus modales— era esbelta y seca. Los pómulos, siempre con ganas de aparecer, redondeaban sus formas. Caminaba con la espalda recta, con el orgullo de las que han querido ser Plisétskaya y, aunque se han quedado por el camino, han mantenido su estilo. Se sentía orgullosa de sus hombros, abiertos, que exhibía como si no tuviera nada que ocultar. Sabía que aquella manera de andar por la vida, con la cabeza alta y el cuerpo hacia atrás, le resaltaba el pecho, bien colocado, con elegancia. También se daba cuenta, porque se había asegurado de ello frente al espejo de la habitación, de que unos vaqueros azules, con sus bonitas caderas, no solían pasar desapercibidos. Antes de cumplir los treinta, Míriam —por qué esconderlo— no se encontraba demasiados defectos. Tenía, quizá, una boca grande. ¿Y qué? Lucía una sonrisa franca y unos dientes sanos y bien colocados que le gustaba enseñar cada vez que se reía. Durante la cena, en un rincón íntimo de Sarrià, se echaron en cara algunas batallitas familiares. Recordaron un episodio de adolescentes en el que ambos aparecían en la misma escena. Una Nochevieja, puede que tuvieran dieciséis o diecisiete años, los Mundi y los Ráfales coincidieron en casa de los pesados de los Tejedor. Mientras esperaban las campanadas, Míriam les demostró que era capaz de meterse dos galletas maría enteras en la boca. Lo consiguió, y luego, durante el aplauso del resto de los chicos, las volvió a sacar enteras, con precisión de cirujano, sin haberse atragantado. En el juego de y tú qué sabes hacer, Míriam recordó cómo Kim, al segundo intento, había apagado la luz de la habitación dando un golpe con una pelota de tenis. A la segunda, sí, pero había hecho diana en el interruptor, que era el reto que se había propuesto.

El día de Sant Jordi, Gris aprovechaba que había tanta gente vagando por la cuadrícula del Eixample que siempre había alguien que entraba en la tienda del tranquilo pasaje Mercader en busca de un ramo especial o cogía un libro que, para la ocasión, Míriam y las cuatro dependientas que la ayudaban ese día habían colocado más a la vista. A última hora, cuando la multitud ya iba a menos, cuando sentía que los pies le hervían después de tantas horas de pie, cuando pensaba en las ganas de tomarse una ducha y en quitarse la camiseta empapada en sudor y el mono que se había puesto para tener un bolsillo donde meter las tijeras, Kim entró por la puerta, pulcro y aseado, con la camisa planchada y una rosa en la mano.

—Eres la última persona en la que estaba pensando en este momento.

—¿Siempre has mentido tan mal o sólo lo haces en Sant Jordi?

—Muchas gracias, Kim. —Olió la rosa, la dejó encima del mostrador y se dieron dos besos—. Es muy bonita.

Kim se arremangó y se puso a sus órdenes. Míriam se quedó atónita al ver cómo los libros volvían a la estantería, cómo se desmontaban las tablas y los caballetes y cómo barrían para recoger las hojas y las espigas que había en el suelo. Los refuerzos y el buen humor habían llegado en el momento justo, cuando las energías del personal ya menguaban. Pasadas las nueve, ya con la persiana bajada, las dependientas ocasionales empezaron a desfilar. La dueña les agradecía que le hubiesen echado una mano mientras de un cajón iba sacando cien euros para cada una, el jornal que habían pactado. Quería que se largaran enseguida.

—No os preocupéis, yo recojo lo que falta.

Por fin, se quedaron a solas.

En la trastienda, Míriam y Kim encontraron lo que buscaban.

El primer beso.

Un año más tarde, día tras día, después de que se presentara en Gris oculto tras cincuenta rosas blancas y con un anillo con siete diamantes incrustados en el bolsillo interior de la americana, Kim le dijo a Míriam las palabras que había estado ensayando pero que no pronunció exactamente tal y como las había preparado. Era eso que empezaba diciendo guapísima y querida, me gustaría que aceptaras este regalo, que significa que nada me haría más feliz que de lunes a domingo, cada uno de los siete días de la semana que simbolizan estas piedras preciosas, los pasáramos juntos todas las semanas del mundo, todos los años de nuestra vida, y entonces se dio cuenta de que se estaba haciendo un lío y le costó retomar el guion, aunque Míriam ya lo había entendido desde hacía un buen rato.

La respuesta no fue exactamente la que Kim esperaba.

—¿Que nos casemos?

—Sí.

—¿Tú y yo?

—Sí.

—Hay que ver lo que has tardado, capullo.

A Míriam le habría gustado casarse el día de Sant Jordi, para que todo saliera redondo, y a Kim le pareció una buena idea y pensó que, en vez de un puro y unas chokolatinas como recordatorio, podrían regalarle un libro a cada invitado, tanto a los hombres como a las mujeres. Un libro pensado ex profeso para cada persona. Un trabajo ingente, pero que podía ser un detalle original en un día tan especial. Sin embargo, el 23 de abril no pudo ser. En el monasterio de Pedralbes no te puedes casar

cuando tú quieres, sino cuando las monjas te dan una fecha que es por aquí o por la puerta. Y para los Mundi era importante que la niña se casara en el mismo sitio donde había sido bautizada, donde había hecho la primera comunión, y decidieron que el 30 de mayo de 1994 le iba bien a todo el mundo. Kim y los Ráfales no pusieron ninguna pega ni a la iglesia, ni al cura, ni a la fecha ni al obligado traje de etiqueta. Para Paco, en cambio, era innegociable que el banquete se celebrara en el Rafaeli y que él corría con los gastos.

—¿Quién me dijiste que era Laura Altimira?

—Una amiga de la facultad. ¿Por qué?

Un mes antes de la boda, Kim y Míriam hablaron de ella por primera vez.

—Porque aún no ha dicho si va a asistir o no.

—No lo sé. Vive en Londres.

—¿Y tú crees que va a venir desde Londres?

—No lo sé. Éramos muy amigos, pero para mí sería un palo asistir a una boda en la que, aparte del novio, no conociera a mucha gente.

—Ya. Pero no podemos esperar mucho más.

—Míriam, aún falta un mes.

—¿Estás seguro de que ha recibido la invitación?

—No, eso no puedo saberlo.

—¿Tienes su teléfono? ¿Tienes su correo electrónico?

—Mañana le mando un *email* desde el hotel.

La respuesta no fue inmediata. Tardó dos días en llegar. Al menos, era clara.

Kim: primera noticia, qué ilusión.

No he recibido la invitación. La verdad es que, si me la mandaste a la dirección de Swiss Cottage que tenías, hace ya un tiempo que no vivo allí. Cuando nos veamos ya te lo contaré. Tenemos que ponernos al día, ¿de acuerdo? Ahora resido en una zona más céntrica, y estoy viviendo con un chico que es mánager musical, te encantaría conocerlo, aunque me parece que no tenéis nada en común.

Vaya. De modo que pronto serás un hombre casado, con Míriam Mundi. Mándame alguna foto. Debe de ser guapísima. A ti no te caza cualquiera. Os agradezco mucho que contéis conmigo, me ha hecho mucha ilusión que os acordarais y te digo en serio que me he planteado ir, pero al ver que la fecha es el 30 de mayo debo decirte que, sintiéndolo mucho, me resultará imposible asistir. Estamos de gira con el grupo, los Art Institute (¿los conoces?), y ese día

tienen/tenemos concierto. Son muy buenos. Puede que aún no sean superconocidos mundialmente, pero, cuando los ve, la gente flipa.

Ostras, o sea, que Kim Ráfales se casa. Me imagino que la fiesta del Rafaeli será sonada. Que seáis muy felices. Muchos besos a tu padre y, sobre todo, cuida de Elsa, que será la más guapa de la boda. Con permiso de la novia, a la que no conozco.

Take care, Kim. Cuídate mucho y sé muy muy muy feliz con Míriam. Y a ver si retomamos el contacto, no puede ser que estemos tanto tiempo, por no decir años, sin saber nada el uno del otro. Entre tú y yo, y puede que hoy no sea el momento de decirlo, echo de menos tus papelitos, las notitas estrujadas. ¿Sabes de qué hablo o ya me has olvidado, ahora que vas a casarte?

Besos. Muchos besos. Y disculpa que no pueda asistir.

Laura

Míriam esperó a que Kim le diera el beso de buenas noches, que apagara la luz de la mesilla y, como cada día, colocara la mano sobre su muslo.

—¿Tú sabes cuál es el chiste de Nueva York?

—¿El chiste de Nueva York? Joder, ¿ocho millones de habitantes y sólo tienen uno?

—No lo sé, el que termina... Una o ninguna, o algo así...

Al recordarlo, Kim se rió. Le hizo gracia que Míriam no conociera el final.

—Es muy viejo y muy tonto.

—¿Y?

—Esto son dos amigos que se encuentran. Uno le dice al otro: «Oye, ¿tú cuántas veces has estado en Nueva York?». Y el amigo responde: «Cuatro o cinco». Y entonces le pregunta: «¿Y tú?». Y el otro contesta: «Una o ninguna».

—Uf...

—¿Por qué? ¿Quién te lo ha contado?

Míriam pensó que había llegado el momento. Aunque no fuera fácil decirlo, se tumbó de lado, acarició con dos dedos el brazo de su marido, le dijo me disgusta verte así y le confesó con quién había comido y de qué habían hablado. Con todo detalle, con la tranquilidad de la media voz, de la charla de madrugada. Con la luz apagada, las horas, en la cama, pasan muy deprisa.

UNA YOKO ONO EN SU INTERIOR

Eric Stuart golpeó con los nudillos la puerta del improvisado camerino de la atestada sala de conciertos de Birmingham donde los Art Institute habían tocado ante cuatrocientas personas. Entusiastas, entregadas, enfervorecidas.

—Daos prisa, chicos, os espero en el autocar con Laura.

Bruce, sin camisa, se daba agua en las axilas arrimado a la pila mientras sostenía un porro entre los labios con la barbilla hacia arriba, el gesto calculado para no quemarse o para no echarse el humo en el ojo. De los cinco miembros del grupo, el batería de Glasgow era siempre el que más sudaba de todos. También era el que tenía más molla, más grasa, más teta y más de todo. Peter y Joe, repantigados en el sofá, se estaban tomando ya la segunda pinta.

—¿Tú lo has visto o no?

—¿El qué?

Joe, el único del grupo que pasaba de los treinta, no sabía de qué le estaban hablando.

—Esa tía que estaba de pie, en primera fila, la que vestía de blanco...

—No me he fijado.

—Nos ha enseñado el felpudo, tío.

—No puede ser... —Joe, desde los teclados, nunca veía nada. Se situaba más atrás en el escenario y acostumbraba a perderse todo lo que veían los demás. Había llegado a creer que se inventaban todas esas historias para tomarle el pelo—. Pero, vamos a ver, ¿cómo te ha enseñado el felpudo?

—¿De verdad que no lo has visto? —Ray, el cantante, salió del lavabo, olisqueando—. Llevaba una falda corta, una minifalda blanca, ¿sí o no?

—Sí, sí.

—De repente cierra los ojos, como si estuviera en éxtasis, se levanta la parte delantera y nos enseña todo el conejo. Una mata negra, importante. ¿Sí o no? ¿Y cuánto tiempo ha estado así? ¿Dos canciones, tal vez?

—Dos como mínimo —ratificó Shilton, el bajo zurdo que acostumbraba a tocar más cerca del cantante—. Ray se me acerca en mitad de un tema y me dice al oído mira ésa...

—¿No llevaba bragas?

A Joe, capaz de hacer mil movimientos diarios con los músculos de la mano sobre las blancas y las negras del piano, había cosas de la vida real, más allá del teclado, que se le escapaban. Por demasiado graves o por demasiado agudas.

—Pero lo mejor, tíos, es que era rubia. Tenía el pelo rubio como una Barbie, se levanta la falda y aquello era Maradona, la cabeza del Pelusa... Negro y erizado. ¿Sí o no?

—¿Quién se tira hoy a ésa?

—Seguro que nos está esperando fuera.

—Está cayendo un aguacero de no te menees, por cierto —dijo Peter, tomándose la pinta de un solo trago.

Laura se había sentado a la derecha, en el sitio del conductor. Cuando estaban de gira prefería conducir ella el minibús y arrastrar a todo el grupo. A Eric y a los cinco músicos del grupo les parecía bien. El año anterior, en el *tour* de conciertos por el norte de Francia —Calais, Dunkerque, Lille, Lens—, ella fue la única que se vio capaz de conducir un minibús de alquiler con el volante a la izquierda, y cuando regresaron a Gran Bretaña fue siempre la encargada de llevarlos de un lugar a otro. Eric subió a la parte delantera, corriendo, para esquivar la lluvia. Abrió la puerta bruscamente, se sentó al lado de Laura y la cerró por dentro.

—Uf. Ya vienen... Creo.

—¿Qué tal?

Eric sonrió. Últimamente no le apetecía hacerlo. Hacía demasiados días que por las noches sudaba sin saber por qué, y durante el día, cada dos por tres, tenía que ir corriendo al baño antes de que fuera demasiado tarde. Sin embargo, tras el concierto del sábado, el mánager musical no podía ocultar su satisfacción.

—Más o menos como ayer en Mánchester. —Abrió la mano para que Laura chocara esos cinco—. El triángulo nunca falla.

El viernes por la noche habían tocado en un enorme *pub* de Mánchester, el sábado habían llenado la sala de Birmingham y al día siguiente los esperaba Liverpool, del que dicen que no es mal sitio para la música. Los Art Institute tocaban britpop, como los Oasis o los Elastica, aseguraba siempre Eric, pesado y persistente, para intentar vender conciertos por toda Gran Bretaña o para convencer a los programadores de la radio que quizá no era necesario tanto Blur y, en cambio, estaría bien apostar por algunas voces nuevas como la de Ray Grobbelaar, el carismático cantante de Art Institute. Como conjunto, puede que no tuvieran el mejor de los nombres, ni el productor que les diera el empujón definitivo, pero sí era un grupo original como su propia música, que cada vez enganchaba a más gente joven. En tan sólo cinco años, desde el concierto que Eric les había conseguido en el Marquee de Londres, que les sirvió para que la prensa los conociera y los promocionara, habían grabado dos trabajos en una misma discográfica independiente, en la que Eric tenía una pequeña participación.

Ahora, llevaba meses con una maqueta nueva en las manos, llamando a la puerta de las *majors* para que Sony o Warner apostaran por ellos con el álbum *Time's Voices*. El título, que coincidía con la última de las canciones, lo había sugerido él. De momento no quería tomarse el silencio de las multinacionales como la peor de las

respuestas. Más grave sería un no, les decía de vez en cuando a los chicos para tranquilizarlos.

Mientras tanto, los Art Institute daban un par de grandes conciertos al año, con más de dos mil personas, y se ganaban la vida con giras de dos o tres días en locales donde, a cambio de la música, no les cobraban nada por tocar noventa minutos. El ciento por ciento de la taquilla era para ellos, y los *pubs* se quedaban el total de las consumiciones. Un trato justo. Eric Stuart no había descubierto la sopa de ajo, pero era la forma en que, libra a libra, bolo a bolo, habían empezado a funcionar otros grupos que él había gestionado, con más o menos éxito. Los Daily Song o los Paloma's Sniples tuvieron más pasado que futuro. Los Carrot Pie, en cambio, sí dejaron huella. Ficharon por la Universal, y el primer disco de oro se lo regalaron a Eric para que lo colgara en el despacho de no sé qué Gardens. Todo un detalle.

—Creo que el ciento por ciento de las veces que he venido a Birmingham en mi puta vida siempre ha llovido —dijo Peter, el guitarrista, cuando subió al autobús a toda prisa.

—Será que en Dublín no llueve... —le replicó Laura.

Detrás de Peter subieron Shilton, Joe y Ray, que se había puesto una camiseta de promoción del grupo limpia, con su cara en el pecho, y se había perfumado.

—Podemos arrancar.

—¿Y Bruce?

—Ha dicho que se queda...

—Pero...

—Tú tira, Laura. Arranca y no preguntes.

—Dice que tiene... Una cita con Maradona.

Joe, Shilton y Peter se mearon de risa con la ocurrencia de Ray. Laura no sabía de qué iba. Eric tampoco, aunque lo intuía. Las *groupies* que se ponen a tiro hay que aprovecharlas en caliente. A veces incluso el mánager había acabado follando, de pie, con alguna fan que, en las fiestecillas improvisadas después de los conciertos, estaba dispuesta a todo por acostarse con sus ídolos. Más de una, más de dos y más de... Es una de las grandes actividades paralelas del mundo de la música, habían leído en una ocasión en una revista especializada. ¿O acaso Schubert no hacía lo mismo? ¿O Puccini? Salvando las distancias, los Art Institute se sentían más jóvenes, más modernos y más de moda.

—No os preocupéis por Bruce. —Shilton leyó un mensaje en el móvil—. Dice que irá directamente al hotel en la furgó de Mark.

—Venga, vamos al curri.

Después de los conciertos, las cenas eran el mejor momento de la semana. Se habían sacado un peso de encima, tenían la adrenalina a tope y, pasadas las once de la noche, siempre se aseguraban de que, en cualquier ciudad británica en la que tocaran, Laura hubiera encontrado un restaurante hindú que aún estuviera abierto para poder comer todo lo que no habían podido zamparse el mediodía antes de una actuación.

«Vamos al curri» era el grito de guerra de los Art Institute para saber que se habían ganado la cena y que empezaba la noche. Si no ocurría nada extraño, tres o cuatro horas después se echarían en la cama con la lengua pastosa.

Al día siguiente, antes de que se levantaran con ganas de darse una ducha y de tomar un café cargado para la resaca, Mark y Gary ya estaban de camino hacia el siguiente destino. Habían sido los últimos en recoger en Birmingham y eran los primeros en salir para Liverpool con los instrumentos y todos los aparatos para montar el concierto. Gary —cuatro dedos en cada mano por una broma de nacimiento— era el *roadie* de los Art Institute desde antes del proverbial concierto del Marquee. Era el tipo que se encargaba de afinar los instrumentos, de cambiar una cuerda que se rompía durante una actuación y de montar los teclados y los amplificadores. Mark era el técnico de sonido, el ganapán del grupo, el chófer de la furgó de los instrumentos y, según y cómo, se podía convertir en el camello de Bruce MacMahon y de Ray Grobbelaar. Tenía contactos en el infierno y sabía, en cada localidad de la isla, a quién debía recurrir para comprar un gramo de cocaína a cualquier hora. «Una barra de pan no sabría dónde encontrarla, pero eso, ningún problema», les había dicho el espabilado del técnico la noche que, dos horas antes de empezar un concierto en una sala de Charing Cross, había visto angustiado al cantante. A Ray, una raya le daba seguridad para salir al escenario y comerse el mundo.

En la habitación del Jurys Inn, un tres estrellas en el centro de Birmingham, Laura y Eric se quitaron los zapatos y los pantalones. Los bajos se les habían mojado con sólo cruzar tres calles, desde donde habían aparcado el minibús hasta el hotel. El grupo, el trabajo y el día a día musical hacían que, prácticamente, Laura y Eric sólo estuvieran solos a la hora de acostarse. En Londres, esta ajetreada vida no era muy distinta. Él nunca estaba en casa. O estaba en la oficina o haciendo audiciones o tratando con productores musicales o encargando carteles o camisetas o gorras con los logotipos de sus grupos. O, sencillamente, bajaba para tomarse una cerveza con quien fuera. Cualquier excusa era buena para llegar tarde a casa, sin ganas de cenar. En cambio, Laura dependía más de los encargos. Más allá de los trabajos para Stuart Records —traducciones y giras—, en aquellos años no hubo semana en que no la llamaran para ejercer como intérprete en conferencias, inauguraciones o en actos en embajadas que le llenaban muchas jornadas completas. Trabajaba mucho, gastaba poco, y, justamente por estos dos motivos, su padre no podía estar más orgulloso de ella. Eric, en cambio, le daba mala espina. Sólo lo había visto una vez en Banyoles y otra en París, durante un encuentro que habían organizado a medio camino, pero desconfiaba de los pelirrojos y no le gustaba el mundo de esa música que no es música, dicho con sus propias palabras, que Clàudia trataba de que no repitiera

delante de nadie. El señor Altimira, contable de la gran fábrica de muebles del Pla de l'Estany, tenía la íntima esperanza de que aquella historia no durara para siempre. No entendía, por ejemplo, que su yerno anduviera por la vida con dos teléfonos móviles. ¿Dónde se ha visto algo así, Clàudia?

Por la noche, Eric tenía el detalle de silenciar los teléfonos, pero los dejaba encima de la mesilla de noche para notar el zumbido. Sin embargo, sus propios ronquidos le impedían oír nada, y cuando había una llamada siempre era Laura quien se despertaba, miraba la pantalla y, en función del nombre que leyera, intentaba despertar a su pareja, que pesaba como un muerto, o decidía apagar el móvil, darse de nuevo la vuelta y seguir sobando.

Eric, a juzgar por el único retrato de la boda de sus padres que tenía en el piso, se parecía a su padre, incluso en la barba corta y arreglada. Ambos tenían el cuello fuerte, la frente ancha, el pelo liso, de color más bien rojizo, y la mirada desafiante. No le gustaba parecerse a él. Ni en los rasgos ni en los arrebatos. Durante los años que Laura llevaba viviendo con Eric, nunca quiso hablar de él. Sólo de vez en cuando, cuando Eric estaba borracho, contaba algo del imbécil de su padre. Así llamaba al viejo David Stuart, un mecánico de camiones de quien aseguraban que había tenido unas manitas de plata y que se fue de casa cuando sus hijos —Eric y Violet— aún no podían ir solos a la escuela pública de Bournemouth, que estaba a diez minutos andando de donde vivían. Años después, cuando regresó a la ciudad para exigir de mala manera que tenía derecho a ver a sus hijos, ya era un despojo. Tenía la cabeza desamueblada, el alcohol le había abotargado los ojos y caminaba, sin ton ni son, con las arrugas de la desgracia encima. Había envejecido de repente, y, aunque imploró el perdón y unas cuantas libras, exactamente por este orden, su madre le cerró la puerta en las narices y le dijo que sólo le haría un favor. Uno solo, pero el mayor de todos: no lo juzgaría. A cambio, no quería volver a verlo nunca más. Le pidió que se largara y le dijo que ella se encargaría, con su esfuerzo y sus principios, de que a sus hijos no les faltara nunca nada y que conseguiría, segunda parte del mismo favor, que no juzgasen a su padre y que nunca lo insultaran. Eric escuchó esta conversación con la puerta de su habitación entreabierta y se asomó a la ventana para ver cómo su padre dibujaba, con pasos de plomo, el camino hacia el resto de sus días. Cuando lo vio doblar la esquina, corrió a abrazar a su madre. Una vez secadas las lágrimas, se imaginó, por siempre jamás, a un padre que vagaba sin parar hacia las voces de los tiempos.

El grupo, ya durante la gira por el norte de Francia, había hecho una excepción con Laura. Los Art Institute tenían una máxima. Prohibida la entrada de las novias en el camerino. Durante unos meses, incluso colgaron un cartel en la puerta que, con

grafía casera, explicitaba el veto. Luego ya no fue necesario que lo escribieran, porque los cinco lo cumplían a rajatabla. Peter, que leía compulsivamente las historias de todos los grupos de *rock*, aseguraba que muchos conjuntos habían acabado mal por culpa de las mujeres.

—Eso, Pet, es una excusa que no se sostiene —saltó Laura—. Es... ¿Te lo puedo decir?

—¿El qué?

—Machismo del siglo pasado.

Peter quiso cerrar una discusión que podía eternizarse en el tiempo que duraba su solo de guitarra al inicio de los conciertos.

—Lo que te he dicho, te guste o no, es una gran verdad. ¿Qué pasa? ¿Quieres saberlo?

—...

Laura abrió unos ojos como platos.

—Pues que las novias entran en el camerino después del concierto y una dice... «a ti te han enfocado menos tiempo que al otro», «a ti apenas se te veía escondido detrás de la batería», y ya está liada...

—Y otra cosa que también hay que decir... —Bruce se sumó a la conversación, sin tapujos—. Nosotros no nos hablamos como solemos hacerlo si aquí dentro está la novia. Debemos admitirlo: ni decimos lo mismo ni actuamos igual. Cuando estamos con ellas parecemos unos tíos más... pasados por agua. ¿Me explico, Laura?

—Y, en el fondo, hablemos claro... Todas las novias de los músicos tienen una Yoko Ono en su interior —remachó Shilton.

—Pero, tíos...

Laura no se rendía fácilmente.

—¿Verdad que en el vestuario del Aston Villa no entran las mujeres de los futbolistas? Pues en el nuestro tampoco. Ya está.

Aunque no estaba nada convencida, Laura claudicó. No tenían razón, pero eran más. Una batalla perdida.

A ella, al menos, la dejaban entrar en el camerino como si fuera un miembro del grupo. Nunca habían hablado de las mujeres de los *mánagers*, y Laura se los había sabido ganar desde la mañana que Eric la presentó, unos días antes de que se enrollaran, como la mujer que sería su traductora.

En Liverpool, los Art Institute habrían llenado una sala dos veces más grande que el club donde tocaron. En cuanto pisó el escenario, a Ray Grobbelaar le bastó con mover un poco las caderas para meterse al público en el bolsillo. Interpretaron las dieciséis canciones de su último disco, y en las propinas dijo que estrenarían tres nuevos temas, todos compuestos por él mismo. Ray, en la parte delantera del escenario, jugaba con el micrófono y se lo iba cambiando de mano durante todo el

concierto. A su lado, Shilton apoyaba de vez en cuando una rodilla en el suelo, como si quisiera acercar el bajo al público, que, de repente, gritaba como si lo despeinara la escoba del tren de la bruja. Un paso por detrás, el virtuoso de Peter estaba si cabe más sexi con la guitarra en las manos. Todo el mundo está más sexi con una guitarra en las manos. Detrás, sobre una tarima, Joe y Bruce. Uno, con dos taburetes y tres teclados, parecía el hombre orquesta. El otro, que se había permitido una esnifada a última hora, aprovechaba todos los sonidos de la batería, se sentía Ringo Starr y el sudor se deslizaba por su patilla. Fue un buen concierto. Disfrutaron, siguieron bien el ritmo, se entendieron con la mirada, tocaron de memoria y lo dieron todo hasta la última nota. A diferencia de las dos noches anteriores, Laura quiso vivir el concierto bailando entre el público. Saltando y cantando y dejándose llevar. Eric no salió del camerino porque no se encontraba muy bien. Con la calculadora del teléfono móvil, contó que habían recaudado más dinero que en Mánchester pero menos que en Birmingham. Puede que, si hubiesen sabido que venderían tantas entradas y que, por seguridad, tendrían que dejar a algunos fans en la calle, habrían alquilado un local con más aforo. O puede que no. Está bien que la gente se quede con las ganas, pensaba el mánager. Que no pueda entrar todo el que quiera. La ley de la oferta y la demanda. El truco de la escasez. La forma, en el futuro, de cargar algo más en los precios. Poco a poco. Los Beatles tampoco pasaron de The Cavern al Carnegie Hall en dos días.

Una vez terminado el concierto, mientras los cinco miembros del grupo se aseaban en la pila y se secaban con la única toalla que les habían dejado, Eric dijo que quería echarse en la butaca. De pronto, se había quedado sin fuerzas. Una fatiga aguda, un bajón de vitalidad.

—Toma un trago de Coca-Cola.

Laura, que enseguida había sacado una de la máquina, tiró de la anilla, le dio la lata y posó la mano sobre su frente.

—Tú tienes mucha fiebre, Eric. Tenemos que ir a urgencias.

—No será nada, guapa. Estaré bien... —Se le cerraron los ojos—. No entiendo qué me pasa. Se me han fundido los plomos.

—No te pasa nada, tío. —Bruce metió baza—. Mañana volvemos a Londres y te mandaré a un amigo mío. Es un buen veterinario.

LA MÚSICA DE LOS DIOSSES

Kim se desnudó perezosamente mientras pensaba, ay, Señor. Enroscó la corbata para que no se arrugara, se quitó el reloj que le había regalado Míriam en su último aniversario, colgó la ropa en la taquilla que tenía en el vestuario de la zona de aguas del hotel y, sin chanclas, se metió en la sauna húmeda. Arseni, a quien no se le pasaba nada por alto, le avisó de que Vicenç Ráfales había preguntado cómo tenía que arreglárselas para pasar un rato en los baños turcos. Lo había llamado así, baños turcos, con el primer nombre que le habían puesto en el Rafaeli cuando, con Paco, habían decidido reinvertir unos cuantos millones de pesetas de los beneficios de un año para construir la piscina, el *jacuzzi* y, al lado de los vestuarios, dos saunas húmedas y dos secas a las que se pudiera acceder directamente, en pelotas. Los hombres en una, las mujeres en la otra. Cuando Kim se adentró en la penumbra de la zona de vapor, su tío estaba desnudo, sentado con las manos en las rodillas y la toalla en la nuca, como un púgil entre asaltos. Al ver que se abría la puerta, levantó los ojos.

—Eh, Kim.

Se sorprendió al ver a su sobrino.

—¿No te molesta esta música, tío?

—No.

—Creo que está demasiado alta...

—A mí, la música de los dioses me parece bien. —Cerró los ojos y agachó de nuevo la cabeza—. ¿Dónde vas con esa pinta?

—¿Perdona?

—¿No piensas quitarte los calzoncillos aquí dentro?

—No estaré mucho rato. —La gracia de su tío para hacerle sentir ridículo—. Siempre tengo una muda en la taquilla, no te preocupes.

Kim se sentó en el mismo escalón que su tío, de perfil. Calcó su gesto, por pura comodidad.

—Me han dicho que hoy llega la *zia*...

—Esta tarde. Tengo que ir a recogerlos al aeropuerto. Vienen todos, Mina y tus primos. Ahora debes de llevar mucho tiempo sin verlos.

—Sí. No lo sé... ¿Aún siguen siendo fanáticos de la Lazio?

—Ah, el *calcio*. No ganan para disgustos. Yo, para hacerlos rabiar, les digo que se hagan seguidores de la Juve, hombre, que así puede que algún día celebren algo... —Levantó la cabeza, abrió los ojos y miró a Kim—. ¿Vienes mucho por aquí?

—¿A la sauna? Nunca... Casi nunca. Sólo para desentumecerme un poco... —se tocó los gemelos— del tenis.

—Me haces compañía...

—De hecho, te he visto entrar. He pensado que sería un buen momento...

—¿Para?

Lo sabía perfectamente.

—Para hablar, quizá...

—¿Tú y yo? ¿De qué tenemos que hablar aquí?

—No me lo pongas más difícil, tío.

Dejaron de esconderse la mirada.

—Es una oferta inmejorable, Kim, y tú lo sabes. Lo mires como lo mires, es una oferta cojonuda.

—No me preocupa tanto la oferta de los Radisson, que también, sino el porqué.

Con el dedo índice y el anular, Vicenç Ráfales Argemí, presumido incluso sin ropa, se secó dos gotas que corrían por sus cejas y, ajenas a la conversación, jugaban a ver si caían o no.

—Porque nos asegura el futuro, así de fácil. Ésta es la ocasión, porque, si no lo hacemos ahora, podríamos pillarnos los dedos. Estamos en un momento en que o damos dos pasos al frente o tendremos que dar alguno hacia atrás...

—En Roma puede que sí...

—Aquí y en Roma. Aquí también. Los Rafaelis necesitan otro empujón y, tal y como se está poniendo este negocio a nivel mundial, sólo nos lo puede dar el capital de un fondo de inversión o de una gran cadena. Nosotros llegamos hasta donde llegamos.

—Pero tantas prisas... No lo entiendo, francamente.

—Porque es ahora, Kim. Es ahora cuando Radisson se ha interesado por nosotros y con unas condiciones que... Supongo que sabes que nos ofrecen que tanto tu padre aquí como yo allí podamos continuar cinco años al frente de los hoteles. Todo quedará firmado, iré a misa. Y después de esos cinco años de transición, ya jubilados y tranquilos. ¿Qué más quieres?

—Primero, no será una transición, será una agonía. Y segundo, ni tú ni papá sabréis qué hacer sin currar a todas horas. Y ya que hablamos de papá, déjame que te lo diga. —Respiró profundamente—. Me parece que te estás aprovechando un poco de él. Papá está...

—Tu padre está en plenitud de facultades mentales —lo interrumpió, seco, el tío Vicenç.

—Naturalmente.

—Nadie le obligará a tomar una decisión que no quiera...

—Papá... Un momento. ¿Quieres que hablemos de papá? ¿Quieres que hablemos de él de verdad? ¿Quieres saber, y te pido por favor que no entiendas mis palabras al pie de la letra, quieres saber por qué creo que estás abusando de tu hermano?

—¿Yo? *Porco cane*. Que no, Kim.

—Porque tienes la suerte de que sea un pedazo de pan que no quiere problemas y menos aún con la familia. Él ha sido un luchador, ha tirado del carro, sólo ha tenido la obsesión de que este hotel creciera y sólo ha tenido un *hobby*: trabajar. Pero papá, hablemos claro, desde la muerte de Àlex y Roger, no es el mismo, y tú lo sabes. Es un hombre en *stand-by*. Es un hombre apático, desganado, como si todo le resbalara un poco. Papá vive de forma maquinal, no me jodas. Finge ser fuerte, claro que sí, porque es un Ráfales, nadie le ve nunca con mala cara, pero papá es un hombre triste, desvalido, no tiene ni la alegría ni el empuje que tenía antes. Tú lo sabes, y creo, sinceramente, tío, y lamento decírtelo, pero así es como lo veo, que...

—No vuelvas a decirme que me aprovecho de él, joder. —Se quitó la toalla blanca de la nuca y se la colocó desplegada sobre los muslos, como si le avergonzara decir según qué con los castelgandolfos a la vista. Sólo ganaba tiempo para serenarse, reflexionar la respuesta y no mandar a su sobrino al cuerno—. Tú eres su hijo, Kim. Y me gusta ver cuánto le quieres y cómo lo cuidáis tú y tu mujer y tu hermana, y me gusta ver cómo os entendéis con una mirada, pero no olvides nunca una cosa... Si tú eres su hijo, yo soy su hermano. Yo lo conozco desde hace más de sesenta años.

—No competiremos sobre quién lo conoció antes...

—Déjame terminar. Desde que nací hemos jugado, nos hemos peleado y hemos crecido juntos, en este hotel. ¿Que tú amas este hotel? Nadie lo duda, Kim. Pero yo también. Mucho. Y desde hace más tiempo. ¿Que lamentas lo que habría pensado el abuelo Francisco? Pues yo aún más. Quiero decir que, lecciones, las justas.

—Entonces, precisamente, tío... ¿Por qué cojones tenemos que venderlos?

—Porque ahora hay una oportunidad, porque hasta aquí hemos llegado, porque de lo que nos va a pagar Radisson durante los próximos cinco años podréis vivir tú y Jana y Víctor y los hijos y los nietos de Jana y Víctor, y con un poco de suerte incluso sus bisnietos.

—¿Y?

Ambos supieron sostenerse la mirada de sangre. El vapor, la música y el respeto ayudaban a mantener el tono.

—¿Qué? Habla...

—Que si no vendemos también seguiremos viviendo todos de ello. ¿O acaso no tienen beneficios los hoteles?

—Cada vez menos.

—¿Acaso no repartimos dividendos todos los años? Por eso mismo, tío, no entiendo las ganas, la necesidad, ahora, de apresurarnos a vender... La puta urgencia. Lo siento, pero no lo entiendo.

—Porque no se perderá el apellido, sólo pondremos un nombre delante. Un nombre de prestigio. Y por contrato, nos garantizamos que durante otros treinta años, por lo menos, deberá llamarse Radisson Rafaeli. Suena bien.

—Yo no quiero cambiar el nombre, quiero que el rótulo sea el que es, quiero que el piano y Santi Santos sigan donde están, quiero que te sirvan el café en la mesa y que no tengas que levantarte y hacer cola con la capsulita en la mano... O sea, no quiero cambiar el hotel, no quiero que el Rafaeli se parezca al Radisson de Bergen, al Radisson de Estocolmo o al de París... Porque todos se parecen. Y por supuesto que están bien, faltaría más, pero todos son iguales. Sin personalidad. Quiero que sigamos siendo independientes, no quiero perder el Rafaeli...

—Pero eso...

—¿Qué? Di.

—Que no depende de ti.

—No quiero engañarte, tío. Intentaré, con todas mis fuerzas, que no tengas el sí del cincuenta por ciento de papá.

—No te saldrás con la tuya.

El surtidor de vapor escupió de nuevo niebla caliente y difuminó sus siluetas.

—Sólo he venido a decirte que sepas que lo intentaré.

—Es muy loable, Kim. Pero, te lo ruego, hazme un favor... —El tío Vicenç extendió la mano, le agarró la rodilla y apretó con fuerza con los cinco dedos—. No me toques los huevos.

Se desafiaron sin mirarse a los ojos. No podían. Habría parecido el inicio de un duelo de consecuencias imprevisibles. Kim, por acto reflejo, se levantó y abrió la puerta de la sauna de vapor.

—Recuerdos a la tía.

—De tu parte, majo.

La música espiritual, instrumental y tranquila seguía balanceándose entre silencios e inspiraciones celtas pasadas por una New Age obsoleta. Qué invento más extraño en nombre de los dioses. Cuánto negocio en torno a la meditación. Demasiado alto el volumen, pensó de nuevo Kim mientras entraba en el pequeño vestuario de la zona de aguas. Ordenaría que lo bajasen. Se quitó el *slip* y se dio una ducha fría que aguantó sin gritar. No conoces a tus parientes hasta que no se produce una crisis. Qué gran verdad la frase que en alguna ocasión le había oído decir a Arseni Rubio, convertido ya en el primer ejecutivo del hotel que no era de la familia.

Kim se vistió deprisa. No le apetecía coincidir de nuevo con su tío en el vestuario. Con dedos nerviosos, fue metiendo sus cosas en los bolsillos. La llave maestra y el dinero, en el derecho de los pantalones; el encendedor, en el izquierdo. El móvil... Antes de guardarlo, le echó un vistazo. Qué raro. Durante el cuarto de hora o un poco más que había estado en la sauna había recibido tres llamadas perdidas de un número muy largo. Tres llamadas con el prefijo de Londres. Tres llamadas, seguidas. Tanta insistencia, pero no le habían dejado ningún mensaje. Cuando estuviera arriba, en la soledad de su despacho, llamaría.

HE JUGADO A LA RULETA RUSA

Pensó en ello un rato, mientras se daba una ducha. Y decidió que le contaría la verdad. Le podía haber dicho a Míriam que se iba dos días a Londres, para despejarse. O le podía haber comentado que iba para olvidar el disgusto de la venta del Rafaeli, o que se marchaba para no enfrentarse a su padre o que iba a una reunión para negociar con un comprador que quizá estaría dispuesto a presentar una oferta mejor. O podía decirle, y Míriam se lo habría tragado, que se iba hoy y volvería mañana para huir de la pesada de la *zia* Mina y de sus primos, que ya habían llegado de Roma y no paraban de pedirle que los acompañara a los restaurantes más *in* de la ciudad y a los locales de moda de la noche de Barcelona. Le habría contado una bola y habría colado. Pero decidió que le diría la verdad. En esta ocasión, no tenía nada que ocultar.

—Pero ¿qué significa eso de que así, de repente, te vas a Londres? ¿Para ver a quién?

—Para ver a Laura. Me llamó. —Abrió las manos, como si no fuera culpa suya —. Me dijo que tenía un problema.

—¿Laura es la de la facultad?

—Sí.

—¿La de la peca?

—No sé si tiene una peca, Míriam.

—¿La que no vino a la boda?

—Sí, sí. Ya sabes quién es Laura.

—En foto, sí —le soltó, de paso.

Míriam, en bragas y sujetador y sin haberse quitado aún la toalla de la cabeza, estaba escogiendo la ropa para vestirse. Kim, a los pies de la cama, se estaba abrochando los zapatos. Hablaban sin mirarse; como todas las mañanas, iban al grano.

—¿Y qué le pasa que es tan urgente?

—No lo sé. Me pareció muy... —Kim buscó la palabra justa—. Muy angustiada.

—Pero ¿cuánto tiempo lleváis sin veros?

—¿Y qué? Si una amiga tiene un problema...

—¿Una amiga a la que no ves desde hace ocho o diez años? ¿Y ahora tantas prisas? Vamos, hombre...

—¿Tú no lo harías por un amigo?

—Ah. ¿Te ha pedido que vayas?

—No, no me lo ha pedido.

—Pero ¿ella sabe que vas para allá?

—No. No le he dicho nada... —Kim levantó los ojos y se encontró con la mirada recriminatoria de Míriam—. Que no, caray, no sabe que voy.

—Es que no entiendo que con el pollo que tienes montado aquí, con papá y el tío y Radisson, ahora decidas marcharte. Justo en este momento.

—Mujer, son dos días, no pasará nada...

—Pero que te vayas así, a la aventura, convendrás en que... —Míriam se quitó la toalla y se secó la nuca—, que no es muy propio de un señor ordenado y metódico como tú, que siempre tiene que tenerlo todo bajo control.

—No vayamos a enfadarnos ahora por eso.

—¿Quieres que te acompañe? Si sólo se trata de irse hoy y regresar mañana, ¿quieres que vaya contigo?

—Míriam...

Kim no se esperaba esa salida.

—¿Qué? Puedo arreglármelas con la tienda. Las empresarias tenemos esa libertad.

—Míriam... —Kim, de pie y con los zapatos puestos, le dio un beso en la frente—. Este papel no te pega.

A Míriam ya se le habían hinchado las narices, y ese beso, paternal, condescendiente, acabó cabreándola del todo.

—Pues vete y fóllatela de una vez.

—Vamos, cariño, ¿tú crees que...?

—Y llévate el cepillo de dientes, para luego.

—Joder, Míriam...

Ella se metió en el baño y cerró de un portazo, para subrayar su cabreo. A pesar de que la escena le roía, trató de mantener la calma. Intentó no contaminarse con el humo acre de la pólvora. Pero se desquitó. Levantó un poco la voz para asegurarse de que su mujer le oiría, pero que los niños, en la habitación de al lado, no lo harían.

—Si se estrella el avión, lamentarás mucho que éstas hayan sido tus últimas palabras.

Míriam abrió de nuevo la puerta, bruscamente.

—Eres un mamonazo, Kim. Vete a Londres y dale recuerdos de mi parte. Y llámame, sobre todo, para saber qué es eso tan grave que le ocurre, de lo contrario no podré dormir.

Era una forma de irse muy fea. La indignación que sentía le duró desde el paseo de la Bonanova hasta el aeropuerto del Prat. Las broncas lo sacaban de quicio. Y si eran injustas, como le parecía el caso, más aún. Injusta y desproporcionada. Nunca habría esperado que su mujer le montara una escena como ésa. Puede que no fuera habitual —y en frío era capaz de reconocerlo— que él, de pronto, cogiera una muda, un neceser, una maleta de ruedecillas y comprara un billete de avión de última hora,

de huida, hacia no sabía muy bien qué. Cuando las ruedas del British Airways dejaron de tocar tierra, ya no volvió a pensar en Míriam.

Londres, antes de comer, lo recibió con la insidiosa lluvia de otoño. En vez de tomar un taxi, como siempre que había viajado a la ciudad con sus padres, cogió el Gatwick Express. Decidió que no pasaría por el Four Seasons ni para dejar la maleta. Al cabo de poco más de media hora de tren llegó a Victoria Station y evitó los habituales atascos de la autopista para entrar en la City. A pie, atajando por pasos subterráneos que conocía bien, llegó enseguida a Marble Arch. Por tres libras, se compró un paraguas de mírame y no me toques y se metió en Hyde Park, que, a falta de un mes para Navidad, estaba en su mejor momento. Ya fuera por el aguacero o porque el negocio de los charlatanes estaba de capa caída, en el Speakers' Corner no había nadie predicando. Caminó por el césped —los verdes que adornan el país— hasta llegar al Serpentine y se metió en el *self-service* que daba al lago. Dejó el paraguas en una mesa de mármol gris y, sin quitarle un ojo a la maleta, pidió una cerveza. Cuando se había tomado tres tragos, decidió que había llegado el momento de llamar. Marcó los números con los nervios de un adolescente. Después del cuarto tono, respondieron.

—Allo.

—¿Laura?

—¿Kim?

—¿Qué tal?

—Es genial que me hayas llamado.

—Oye... No sé si estarás comiendo.

—Sí, sí, pero dime...

—Es que estoy en Londres.

—¿Ahora? No me lo puedo creer... ¿Estás en Londres?

—Te lo juro. Estoy en Hyde Park. No sé si estás ocupada...

—Sí, no, bueno... —Ella se rió nerviosamente—. ¿Dónde estás?

—¿Conoces el restaurante del Serpentine?

—Creo que hay dos. ¿El The Dell o el Lido?

—El The Dell, eso pone aquí, creo. El de la punta, más cerca de...

—Si me esperas, estoy ahí dentro de una hora. Dame una hora. Como mucho, una hora y cuarto. ¿Puedes esperar?

—Claro. Tranquila...

—Perfecto, Kim.

—Mientras, comeré algo.

—¿Tú? ¿En un *self-service*?

—He cambiado mucho...

—Tengo muchas ganas de verte. Qué bien. No te vayas, ¿eh?

—No, no...

Los lagos conceden una tregua a las ciudades. La paz del Serpentine sólo la rompían el tintineo de los cubiertos y las bandejas, el murmullo educado de los que estaban haciendo cola mientras esperaban el segundo plato —un estofado caliente, una carne a la plancha o un pescado que Kim no conocía— y la vocecilla apagada de la cajera de aspecto curtido. En cuanto dejó de llover, dos jóvenes contratados para el servicio de limpieza, reconocibles por su mono verde, secaron los bancos y las mesas de piedra. La gente, turistas y autóctonos ávidos de sol, salió a tomar el café cerca del lago. Los patos graznaban sin parar, desorientados, quizá, por el repentino cambio de tiempo. Kim tiró el paraguas, que ya había cumplido con su cometido, cogió el pastelito de manzana que tanto le gustaba al goloso de su padre y, arrastrando la maleta con la otra mano, también salió para comérselo al aire libre, mientras tomaba el fresco y esperaba a Laura. Fuera cual fuera su problema, le apetecía mucho verla. Fuera lo que fuera lo que le ocurriese, y rezaba para que no se tratara de nada grave, las ansias de reencontrarse con ella lo tenían... Notó que alguien que estaba de pie, detrás de él, lo agarraba por los hombros.

—*One, two, three... What are you thinking about?*

Se tragó el pastel que tenía en la boca, se dio la vuelta y se levantó.

—¡Laura!

—¡Hola! ¡Kim! ¡Qué fuerte!

Se abrazaron con brío. Sin soltarse los antebrazos, retrocedieron ligeramente para volver a mirarse a los ojos, a la cara... Les faltaba perspectiva para ver más allá de un primer plano.

—Estás muy guapa con el pelo corto. Vaya cambio. —Él la despeinó, pasándole la mano por la mollera—. Y estás más delgada, ¿verdad?

—Tú estás como siempre. Guapo como siempre.

—Laura, Laura.

—¡Qué ilusión que estés aquí!

Volvieron a abrazarse. Diez segundos estrujándose mutuamente. Veinte, con sentimiento. Treinta, que es una eternidad si se trata de un abrazo, pero que es un tiempo razonable si alguien está lejos de casa, si llega después de un montón de años sin verse y si de repente percibes que, a pesar del paso del tiempo y de la vida, aún tienes muchas cosas en común.

—Siéntate, Kim, aún no has acabado de... —Laura señaló el platito de postre.

—Ah, no... Si te cuento por qué he pedido la tarta... Vámonos, si quieres.

—¿Has venido a Londres por trabajo?

—Sí, tenía una reunión esta mañana en... —Las trolas deben contarse con convicción. Y una vez que se empieza hay que llegar hasta el final—. No sabía a qué hora terminaría, por eso no quise decirte nada. Mejor así, una sorpresa. ¿O no?

—Te la has jugado. Podía tener trabajo... La semana pasada, por ejemplo, estábamos de gira y no me habrías pillado en Londres.

—Me habría dado mucha rabia que no estuvieras aquí...

Laura le mantuvo la puerta abierta para que saliera con la maleta sin tropezarse.

—Ahí dentro hay pocas mudas.

—Me vuelvo mañana, sí.

—Y...

—¿Y?

Laura no se atrevía. Kim no quiso echarle una mano.

—Que si tenemos todo el día. ¿Podemos cenar juntos? ¿O qué planes tienes, Kim...?

—Hasta mañana, soy todo tuyo.

El Serpentine era una sábana azul sin ninguna arruga. Dieron un paseo por la orilla del lago, con pasos que no se dirigían a ninguna parte. Hablaron de todo y de nada. Hicieron un inventario de Elsa, de Paco, de Jana y de Víctor. Kim aprovechó para enseñarle una foto de sus hijos que tenía en el teléfono. No te imagino ejerciendo de padre, le dijo ella. Luego, lo hizo feliz cuando comentó que la niña se parecía a él. Y, ya puestos, Kim también le enseñó otra de Míriam, que a Laura le pareció muy atractiva y no se abstuvo de decirlo. Y hablaron de Banyoles y de sus padres. Clàudia estaba de los nervios porque pasaba mucho tiempo sin ver a Laura y porque su marido, que ya se había jubilado de la fábrica de muebles, estaba todo el día en casa y empezaba a chochear. Su madre le decía por teléfono —hablaban un mínimo de tres veces por semana— que, cuando se le acababa la paciencia, tenía que volver a cargarse de ella. Y sus amigas, ¿cómo se llamaban? ¿Las del piso? Había dos hermanas, una de ellas estudiaba Medicina. Sira es ginecóloga desde hace..., uf. Tiene consulta en la Corachán. Estos días he hablado mucho con ella. Sira siempre pensó que eras guapísimo. ¿Qué dices? Y a Anna, su hermana, le he perdido la pista. Sé que dejó la carrera colgada. Hispánicas, creo que estudiaba Filología. ¿Y la que estaba en Ciencias de la Información, en Bellaterra? Txell. ¿No la reconoces, tío? Txell Romeu es Meritxell Romeu, la que presenta el telediario. La del fin de semana, ¿sabes? Al mediodía... ¿Ésa es Txell? Estuvo unos meses de baja porque tuvo a su hijo, que ahora debe de tener dos o tres años. A veces la veo por internet. Encuentro que lo hace muy bien. Ya me fijaré. Y, de Marc, ¿sabes algo? Yo no, ¿y tú? ¿Por qué iba a saber yo algo? Ahora no irás a echarme en cara el viaje a Menorca, ¿no? ¿Qué iba a echarte en cara yo? A cada uno lo suyo... ¿O no? En la ajetreada conversación salió otro nombre en el inventario. ¿Cómo se llamaba, Kim? Ese amigo tan pijo que tenías. No recuerdo su nombre. Ya sé a quién te refieres. Nunca te cayó bien. Un buen abogado. Ahora me está echando una mano con un pollo que tenemos en el Rafaeli. ¿Un problema? Ya te lo contaré otro día... Pero si te vas mañana. ¿Seguro que tiene que ser mañana?

Sin ser conscientes del crujido de las hojas secas bajo sus pies, dieron una vuelta y media al lago. Luego se dirigieron a un pequeño promontorio con vistas al Serpentine y se sentaron en dos sillas plegables con franjas verdes y blancas, después de comprobar que estaban secas. Más que sentarse, se dejaron caer en ellas, porque los asientos de los parques de Londres, que están por todas partes, tienen eso, que te dejan el culo en suspenso y las rodillas a la altura de los ojos. Una vez que te has sentado, son cómodas, dijo Kim. Lo jodido es levantarse, añadió Laura. Pero a nuestra edad aún no, concluyeron ambos a la vez.

—Tú no te quejes, se te ve muy en forma. ¿Aún juegas al básquet?

—¿Aquí? ¿En Londres? ¡Ni hablar! No saben ni qué es eso. Verían una canasta y no sabrían si el balón debe entrar por arriba o por abajo. —Laura cogió una piedrecilla que había rozado con los dedos, que peinaban el césped húmedo, y la lanzó tres pies hacia delante—. Aquí no doy golpe.

Kim pensó que hacía ya más de una hora que estaban juntos y que de todo eso tan grave que le ocurría a Laura, de ese llanto que había oído por teléfono, nunca más se supo. Y no parecía que tuviera ninguna intención de hablar de ello.

—¿Y tú qué? ¿Aún juegas al tenis?

—Sí. Bueno, no tanto como antes. Hago menos novillos de los que querría. Los martes han dejado de ser sagrados. En el hotel han sido, y son, unos años de mucho trabajo, y cuando no es por una cosa es por otra...

—Individuales, ¿verdad?

—No, no. Dobles. Jugamos por parejas. Así, si pierdo, la culpa siempre es de mi compañero.

—Eso es muy Ráfales.

—Totalmente.

Un pasmarote se colocó delante de ellos, con una máquina en el pecho, para decirles que los asientos eran de pago. Tras satisfacer el peaje, el hombre con piel de Gandhi y uniforme de cobrador del parque giró dos veces la pequeña manivela del cacharro que fabricaba los billetes.

—Mi madre, cuando pica la carne para preparar canelones, utiliza una máquina muy parecida a ésta.

Kim se echó a reír. El cobrador estaba convencido de que se cachondeaban de él, pero no les hizo caso. Les entregó el resguardo y fue en busca de otros paseantes que habían decidido aguardar el atardecer sentados en unas sillas que parecían estar repartidas por el parque sin ton ni son.

Mientras se metía las monedas del cambio en el bolsillo, Kim aprovechó para invitar a Laura a un cigarrillo. Se levantó para encendérselo.

—Cada vez que me he sentado aquí me han entrado ganas de fumar en pipa. No me preguntes por qué.

—¿Por qué?

—Casi me había olvidado de que te gustaba tanto... chingar.

—Tampoco he cambiado tanto. El pelo más corto, no tan rubio, alguna arruga y nada más. Pero una pipa, aquí, ¿por qué?

—Porque no lo sé. —Lo pensó. Empezó a decir en voz alta lo que se le iba ocurriendo—. Te sientas aquí, llenas la pipa como si fueras Simenon y te pasas las horas viendo la gente que pasea... Uno que patina, ése del paraguas, dos que están corriendo, la pareja que se pelea, de vez en cuando dos *bobbies* que patrullan a caballo... Desde aquí puedes ir viendo la vida delante de ti.

—¿Y eso no ocurre también en el hotel?

—Sí, sí, seguramente. —Pensó que lo habían pillado—. Pero allí ni siquiera tengo tiempo para fijarme. ¿Ves esa que empuja el cochecito de gemelos, cómo jadea porque hay un poco de pendiente?

—Si la tarde sigue aclarándose, puede que incluso aparezca el arco iris...

—No tendremos tanta suerte. Una cosa, Laura. —Kim no podía más después de tantas bagatelas y posó la mano sobre la rodilla de Laura—. Laura Altimira, ¿puedes decirme qué te pasa? Me llamaste y... Dime. ¿Qué te hace sufrir?

Ella respiró profundamente. Empezaba a pensar que era verdad que Kim había venido a Londres para asistir a una reunión y que, aparte de hablar de las hojas que se caían de los árboles con el zigzagueo equívoco de un helicóptero cuando aterriza, no tenía la menor intención de preguntarle cómo estaba. Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla. Antes de que se deslizara una segunda que estaba a punto de caérsele, intentó empezar. ¿Por dónde?

—Recuerdas que llevo tiempo con un chico...

—Henry.

—Eric. Eric Stuart, un hombre del mundo de la música... Un buen mánager. Y un buen tío. Lo pasamos bien, me colgué de él, me quedé fascinada y estamos bien juntos. Diría que seguimos estando bien... Él es el representante de algunos grupos. ¿Te suenan los Art Institute?

—¿Art Institute? ¿Cuál es su *hit*?

—No pienso ponerme a cantar, Kim. Hicimos una gira por Inglaterra. Mánchester, Liverpool, Birmingham, y, de repente, Eric empezó a quedarse sin fuerzas, estaba derrengado, no podía ni... Era una sensación que nunca había tenido y en tres días experimentó tal bajón que no parecía él. —Sus ojos se empañaron—. Tiene sida.

Era lo último que Kim esperaba oír.

—Laura...

—Eres el primero a quien se lo cuento. Eric tiene sida.

Se cogieron de la mano. La de Laura estaba trasudada. La de Kim también lo estuvo enseguida. Atónito, decidió soltar cuerda para que hablara hasta donde quisiera. Hasta donde necesitara. Hasta donde pudiera.

—Mi pareja tiene sida. Ha desarrollado la enfermedad.

—¿Y no sabía que era portador de...?

—Por supuesto que lo sabía. Por eso me siento engañada. Llevo la hostia de tiempo acostándome con un tío que tiene anticuerpos, que dice que no sabe cómo se contagió, y que si lo sabe tampoco me lo cuenta. Hemos hecho de todo, Kim. Desde que estamos juntos hemos hecho de todo, por todos lados, sin precauciones. Nunca, sin precauciones. Un condón, ¿para qué?

A media voz, Kim se atrevió a hacerle la pregunta.

—¿Y tú?

Laura sollozó de nuevo.

—¿Yo? —Soltó la mano de Kim para secarse con la camiseta—. Yo estoy limpia. Yo nada de nada, Kim.

—¿Te has hecho...?

—Me he hecho las pruebas, el test... Todo. Y los análisis han salido bien. Yo nada, un milagro. He jugado a la ruleta rusa y el arma no se ha disparado. Así me lo dijo el médico, ha jugado a la ruleta rusa.

—Qué hijo de puta.

—Eric dice... Claro, ¿qué quieres que diga? Dice que era un portador asintomático, que después de tantos años creía que ni siquiera se contagiaba, que le habían dicho que ya no desarrollaría la enfermedad, pero ahora el virus ha decidido seguir su camino.

—Lo siento mucho. Lo siento mucho por ti, Laura. —Le colocó la mano en la nuca—. ¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué quieres? ¿Que lo mate?

—Encima no pensarás ayudarlo...

—Es mi pareja, Kim.

—Coño, Laura, no me jodas. —Kim se levantó bruscamente y se situó delante de ella—. No me jodas, tía. ¿Alguien te ha dicho si esto puede hacer que palme?

—Pues claro que puede morir. Llevo diez días leyendo de todo. La enfermedad puede cronificarse. Los tratamientos ya no son como antes. El médico nos dijo que se han hecho muchos avances. Pero da igual, ahora Eric sí que está cagado de miedo.

—A buenas horas.

—A buenas horas, sí.

—Laura, hablemos de ello con calma. Pero a mí me parece, perdona que te lo diga, y si me meto donde no me llaman me dices que me calle...

—Si has venido, puedes decir lo que quieras...

—Pues creo que con Eric ya no pintas nada. ¿Qué cojones haces con ese tío que te ha traicionado, que ha ido a su bola, que ha pasado de ti como de la mierda, que te ha follado sabiendo el peligro que corrías, y a quien le ha importado un rábano que fuera portador del VIH? Él ha ido a su bola...

—Él siempre va a su bola.

—Pues ha llegado el momento de que seas tú quien vaya a su bola. *You first, you always first.* ¡Joder!

—No es tan fácil. Este mundo conlleva todo esto.

Kim, inquieto, se sentó de nuevo a su lado.

—Piensa en ti y pasa de él. Por favor, Laura, joder, por favor. Tú tenías un sueño. Un día, no sé si en Banyoles o dónde, me dijiste que querías ser periodista porque te encantaría dar voz a quienes no la tienen, hacer justicia, conocer gente interesante. Y, por lo que me dices y por lo que veo, te has alejado de todo eso. Al contrario, te has sumergido en un mundo que no sé cómo calificar... ¿Frívolo? ¿Oscuro? Un mundo sórdido que no es el tuyo. En la facultad, tú eras una idealista. Era lo mejor de ti, Laura. No pierdas eso. Tú lo tenías claro... Sí, muy bien, los Art Institute, ya has llegado al límite, ya has visto desde dentro cómo lo viven, ya puedes escribir un reportaje si te apetece. Una experiencia. Todo eso ya lo tienes. Todo eso ya lo has vivido. *Goodbye.* ¿Sí o no?

—Puede que sí. No lo sé.

—Y un cuerno. Por supuesto que lo sabes. Eres una tía inteligente, Laura. Tú sabes que te has librado por los pelos, da las gracias y lárgate. No lo dudes, Laura, aquí ya no pintas nada. Tú no tienes nada que ver con todo esto.

Con la mirada fija en unos árboles centenarios, más allá del Serpentine, parecía que Laura no le estuviera escuchando.

—Estos días he leído lo que dijo David Crosby. ¿Sabes quién es?

—No.

—El de Crosby, Still &... Dice que en el mundo de la música, desde la pastilla hasta el sida, ha habido barra libre. Y tiene razón. Desde que las tías descubrimos que podíamos no quedarnos embarazadas hasta que no hemos visto que había riesgo de contagio, nos hemos tragado el esperma por todas partes...

—Tampoco es eso.

—Sí, sí es eso. Barra libre, Kim. Barra libre total. Después de los conciertos he visto a las tías abriéndose de piernas para que se las folle el músico o el batería o el mánager, que ésa es otra. Aquí todo dios folla con las *groupies*.

—Me equivoqué de profesión —dijo Kim poniendo ojos traviosos.

—No seas burro.

Laura golpeó la fuerte espalda de Kim. Aunque sonrió, seguía desviando las lágrimas con las palmas de las manos, como si quisiera enjuagar hacia fuera. Reía y lloraba a la vez. Kim pensó que tal vez ése era el arco iris que Laura deseaba ver. Pero se abstuvo de decirlo. Hay silencios que valen más que cien contratos. Dejaron que las sombras cayeran sobre ellos, palmo a palmo. La luz se evaporaba a medida que los figurantes desaparecían de su vista. Hablaron y callaron hasta que les venció el atardecer.

—Al final nos echarán del parque. —Ella miró el reloj—. Uf, ¿has visto qué hora es?

—Nos vamos, cenamos. ¿Qué te apetece hacer?

Laura no se abstuvo de pedirlo.

—¿Podré quedarme contigo esta noche?

TODO ESTO LO HAGO POR VOSOTROS

—Cómo te gusta mascujarlo todo, Mina.

Cuando Aldo y Mauro, que volvían de cenar en un restaurante del Born —unos pinchos vascos de pie, al lado del Museo Picasso—, llamaron a la puerta de la habitación de sus padres, Vicenç y Mina tenían su eterna discusión. Una conversación que duraba desde hacía años. Ya fuera en la cocina o al salir de la ducha. Durante el desayuno o la cena. En la Alhambra de Granada o en el Marina Bay de Singapur, nunca perdían el hilo. Ella repetía argumentos y cantinelas; él las encajaba como podía. A veces respondía, otras dejaba que ella hablara, y, en cualquiera de los casos, se lamentaba de que Mina se hubiese convertido en una mujer cactus que pinchaba, la cogieras por donde la cogieras. Cuando se enfadaba, Mina, con aquellos ojos tan negros y la raya pintada de un color azul marino que se escapaba más allá de las cejas, daba miedo. Desde hacía unos años, desde que había tenido su última regla, se acaloraba a todas horas, y cuando discutía notaba que se sofocaba y se ponía de mala leche. Y aún había algo peor. No soportaba que los demás se dieran cuenta de que empezaba a sudar mientras sentía que el cuello y la papada y las mejillas debían de ponerse de color rojo. Con lo guapa que había sido, morena, alta, pechugona, atrayendo las miradas cuando cruzaba las plazas de Roma encaramada a unos zapatos de tacón alto, Mina no soportaba envejecer. Y menos aún que le costara tanto disimular las torturas fisiológicas con las cuales la creación, Dios o quien demonios fuera, había castigado a las mujeres. Cuando no era la menstruación, era la menopausia, y si no... ¿Y ellos, qué? ¿No podía haberles tocado sufrir un poco también a ellos? Qué injusticia. De la mesilla de noche, junto al asesinato siciliano de Camilleri que aún no había terminado de leer, cogió el abanico japonés que iba con ella a todas partes. Y retomó el estribillo argumental de siempre.

A ti, Vicenç, te dejaron el hotel pequeño y te conformaste con él. El abuelo Francisco siempre tuvo debilidad por Paco, quizá porque era el mayor, lo entiendo, en Italia también ocurren estas cosas, pero el reparto de los hoteles, lo mires como lo mires, no fue equitativo. Paco, ya sé que es tu hermano y lo quieres mucho y toda la pesca, pero siempre ha hecho lo que le ha dado la gana. No ha tenido que dar explicaciones. Y ha llevado un tren de vida que ya lo habríamos querido para nosotros. Con un hotel más grande, con más habitaciones, con más metros cuadrados, así *tutto* es más fácil.

Vicenç llevaba casi treinta años pinchándose con el cactus cada vez que retomaban lo que él, un día que ya no pudo más, llamó la eterna discusión. Para ser

precisos, estalló diciendo que estaba hasta los huevos de aquella eterna discusión. Se había pasado casi treinta años, desde que se casaron en Santa Maria in Trastevere, escuchando esa canción una semana sí y la otra también. A Mina, sin embargo, los bramidos de su marido le entraron por un oído y le salieron por el otro, y siguió percutiendo con la única intención de que Vicenç se impusiera y reclamara lo que era suyo, lo que por justicia le correspondía, y, más aún, lo que a la larga tenía que ser para sus hijos. Si no luchaba por ellos, al menos debería tener arrestos para asegurarse de que sus hijos no serían, también, los herederos de un agravio que venía de muy lejos. Si ahora, con la venta inminente de los Rafaelis a una gran cadena, Paco no los resarcía de un abuso histórico, ya no lo haría nunca. Y más aún teniendo en cuenta que la iniciativa y el contacto con los Radisson habían sido suyos, los había gestionado él y se los había currado él.

—Sólo faltaría, Vicenç, que volvieran a colarnos un gol.

—Cómo te gusta mascujarlo todo, Mina —le respondió al cactus, con idéntica entonación con la que habría dicho santa paciencia.

Aldo y Mauro entraron en la habitación con un sobre de papel kraft en la mano. Frente al espejo de los armarios, Mina se arregló la falda porque se había dado cuenta de que le había quedado un poco torcida. Se secó la mejilla con la mano antes de extenderla para que sus niños se la besaran. Por muy grandullones que fueran, por muchas cicatrices que Mauro tuviese en la cara, para ella siempre seguirían siendo los niños.

Vicenç cogió el mando de la tele y bajó el volumen de la previsión meteorológica de la RAI. Un hombre con muchos galones de militar anunciaba tormenta para el día siguiente en todo el norte, desde Como hasta Venecia. Mientras tanto, le habían preparado una exposición inesperada.

—¿Qué son estas fotos?

Mina las había sacado del sobre de color marrón de papel kraft y las había extendido encima de la cama, una junto a otra. Eran siete capturas de pantalla cuadradas. Parecían unas polaroids en blanco y negro, con más grano que resolución. En el ángulo superior de cada foto figuraba el número de la cámara que había grabado aquella imagen en movimiento que, más tarde, alguien se había encargado de congelar hasta convertirla en un instante quieto, en una prueba para ser utilizada contra alguien. En el ángulo inferior, también en letras blancas, diminutas, aparecían la fecha y la hora exactas. Vicenç, mirando por encima de sus gafas para poder ver de cerca, no se fijó en los detalles. Cogió una de las fotos al azar y, aunque la observó con detenimiento, no supo qué debía ver en todo aquel misterio que, de repente, le planteaban Mina, Aldo y Mauro. En todas las fotos aparecían un hombre y una mujer de espaldas. ¿Y qué?

—¿No lo reconoces?

—¿Es Kim?

—Es el pasillo de la segunda planta del hotel. Kim sale en ésta y en otras seis. En total, tenemos siete.

—Y el cretino de Kim sale en todas. —Aldo apuntó a su madre.

—La mujer que lo acompaña en cada una parece distinta. —Mina, impaciente por llegar al meollo del asunto.

Vicenç se sentó a los pies de la cama.

—¿Qué quieres decir con «lo acompaña»? —preguntó, calcando el acento italiano de su mujer.

—Puede que ésta, la de la segunda foto, donde se la ve más de perfil, sea la misma que ésta, la de la séptima. ¿Lo ves?

Aldo había numerado las fotografías al dorso, con lápiz. El criterio había sido fácil: por orden cronológico. De la más antigua a la más reciente. Entre la primera y la séptima no habían transcurrido más de dos años. De pronto, Vicenç Ráfales Angerri se cayó del guindo.

—¿Siempre se las lleva a la misma habitación?

Se había dado cuenta de lo que significaban todas esas fotos.

—La 218. *Eccoli qua*. Siempre la misma.

—El picadero oficial. —Mauro burlón.

—Deberías llamarlo más bien el follódromo clandestino —lo corrigió su hermano.

—Porque..., una cosa... —Vicenç pensaba en voz alta. Alzó la barbilla y, hosco, miró a Mina y a los niños, que estaban de pie alrededor de la cama—. ¿Estáis convencidos de que ella no es Míriam?

—Segurísimo, papá.

—¿En ninguna de estas fotos?

—¿A ti te parece que lo es?

—No lo sé. Aquí apenas se distingue nada... ¿Qué queréis que os diga?

—¿Te da la impresión, amor mío, de que ésta es Míriam? —Mina le iba colocando las fotos ante sus narices—. ¿Y ésta? ¿Y ésta otra? ¿Y ésta del pelo corto, como si fuera militar? Ella nunca ha tenido este aspecto. Y la nuera de tu hermano nunca lo tendría.

Con ayuda de la lupa, Mina se había entretenido a estudiarlas una a una. Habría sido más fácil encontrar un pene incipiente en una ecografía que ser capaz de ver algo en aquellas fotos de poca calidad, pero, aun así, había podido sacar alguna conclusión. Kim se había metido en la habitación 218 con una chica que llevaba vaqueros y unas Asics reflectantes; con una que se había quitado los zapatos de tacón de aguja en el pasillo y los llevaba en la mano; con otra que Mina habría jurado que llevaba un uniforme de azafata de vuelo o, tal vez, de azafata de un congreso; y, por lo poco que se intuía, con una mujer que parecía mucho mayor que él. Ésta era, a juzgar por las fotografías número 2 y número 7, la única repetidora. Pondría la mano en el fuego que se trataba de la misma persona.

—¿Qué...? Di. ¿Tú crees que Míriam es alguna de estas mujeres?

Vicenç no tuvo necesidad de responder. Se dio cuenta perfectamente de que ninguna de esas chicas «que acompañaban» a Kim era su esposa. No daba crédito. Sorprendido por lo que le estaban mostrando, su cabeza daba vueltas como si fuera el circuito de Monza. A toda pastilla. No se lo podía creer. Estuvo a punto de decir que quizá celebraba reuniones en esa habitación, pero, para no quedar como un memo delante de su familia, frenó a tiempo la frase. Quizá todas esas excursiones a la 218 databan de muchos años atrás, eso sí lo verbalizó. Quizá eran aventuras anteriores a...

—Pero si ahí tienes las fechas, *madonna santa*. No busques más excusas para justificar a tu sobrino.

No era ninguna defensa. Ni un pliego de descargos. Vicenç, sin embargo, consciente de que un Ráfales es un Ráfales, conocedor de hasta qué punto la trágica muerte de sus hermanos había podido desbaratar la vida emocional de Kim, y, en última instancia, poniéndose en la piel de un hombre que había perdido a su madre y que busca sus tetas por todas partes, podía entender, hasta cierto punto, el tozudo equilibrio entre la muerte y el sexo. ¿O acaso no se habían escrito mil y una teorías sobre los vínculos perversos entre eros y tánatos? No sabía nada en concreto acerca de las motivaciones sexuales de Kim ni hablaría de ello con nadie, pura especulación, pero... ¿Por qué no? Podía ser, sobre todo, una explicación del descubrimiento de la vida secreta de Kim. Una válvula de escape. Una revolución interna. Una manera de desahogarse. Y a nadie tenía que importarle ni un pimiento a quién se tiraba ni a quién se dejaba de tirar. A él tampoco le habría gustado que lo siguieran cuando, de cinco a siete, salía del despacho del hotel y se dirigía a un pisito en la Via del Tritone para airearse un poco.

Vicenç recogió las siete fotografías que había encima de la cama, las metió en el sobre, se levantó bruscamente y dio tres palmadas.

—¿Quién os ha dado esta mierda?

Nadie respondió. Mina miró a sus hijos. Corrugó discretamente la frente para que entendieran que tenían que mantener el pico cerrado. Vicenç, con su voz de bronce, no estaba para gaitas.

—Exijo que me digáis quién os ha dado este sobre.

—Nadie.

—¿Qué significa nadie?

—Nos lo hemos encontrado, papá. —Aldo se esforzaba por aguantar el tipo y la mirada—. Alguien, no sabemos quién..., alguien lo ha metido por debajo de la puerta de nuestra habitación.

—¿Acaso os creéis que me chupo el dedo, chicos? ¿Es que tengo cara de imbécil?

—...

—¿Es que no me oís? ¿Acaso creéis que vuestro padre es imbécil?

—No.

—No. —Mauro, incluso en voz más baja.

—Sabéis que estoy haciendo todo esto por vosotros, ¿verdad? Para asegurar, para garantizar vuestro futuro. Para que nunca os falte de nada. Y vosotros no queréis decirme quién... Largaos de aquí. —Irritado, viendo que sus hijos se quedaban allí de pie como pasmarotes, repitió—: ¡Que os larguéis de aquí, os digo! *Dai!*

En cuanto cerraron la puerta, Vicenç desplazó la puerta corredera del armario del pasillo que había en la entrada de la habitación y se dio cuenta de que la caja fuerte estaba cerrada.

—¿Qué código has puesto? —rezongó malhumorado.

—El de siempre.

—¿El corto? —Vicenç tecleó las seis cifras de la fecha de su boda sin esperar que Mina le musitara la respuesta. La caja se abrió—. Tú me lo vas a contar, ¿verdad?

—¿Por qué las guardas?

—Porque no es de nuestra incumbencia.

—¿Por qué no? Es un as que tenemos guardado en la manga. Y debemos jugarlo bien. No hemos llegado hasta aquí para...

—¿Quién os ha pasado las fotos, Mina? ¿A cambio de qué?

—¿A qué te refieres con a cambio de...?

—¿Ha sido mi hermano?

—Es mejor que no lo sepas, Vicenç. —Mina miró el termostato de la habitación—. Si todo esto se lía, siempre podrás decir que tú no sabías nada de este asunto. ¿No tienes mucho calor?

—No pienso jugar tan sucio, Mina. Mi hermano firmará la venta. Kim no podrá convencerlo, y, cuando Paco firme, la semana que viene, *arrivederci*... ¿O no es eso lo que queríamos?

Mina, pensativa, no respondió a la obviedad de su marido, porque tenía la cabeza en otra parte.

—En cuanto a las fotos, Vicenç, sólo tengo una duda. —Mina se dio cuenta de que le sudaban los pechos. Malditos sofocos—. No sé si debemos mostrárselas primero a Kim o las hacemos llegar directamente a la tienda de su mujercita.

—Pero... Pero ¿tú qué pretendes? ¿Vender los hoteles o romper un matrimonio? No te entiendo, Mina. Deja que me ocupe yo. Por una vez, deja que haga las cosas a mi manera, ¿me oyes? —Vicenç se pasó las manos por su pelo ceniciento. Repitió el gesto maquinalmente y miró a su mujer, harto de aquella canción—. No enseñaremos esas fotos a nadie.

—Todas no. Sólo una. Para empezar. —A Mina le iba gustando su idea a medida que la expresaba—. Para abrir boca. Para ver cómo respiran. Para que Kim se dé cuenta de que sabemos cosas.

—Eres una maldita hija de puta, Mina.

Ella no se ofendió. Sólo aprovechó para doblar la apuesta.

—Mejor una hija de puta que un pusilánime como tú, Vicenç. —Mina miró a su marido con ojos rabiosos mientras se quitaba el engorroso sujetador por el escote—. Uf, qué alivio. Si fuera por ti...

—¿Qué? Dilo.

—Que seríamos más pobres que las ratas.

SÓLO HAY UN SECRETO

Le resultó extraño que al bajar del taxi le abrieran la puerta. Parecía como si no hubieran pasado los años. Un botones del Rafaeli sacó las dos maletas grandes del portaequipajes de un Skoda amarillo y negro que olía a nuevo. El paseo de Gràcia volvía a lucir los adornos navideños. Laura se fijó en la sarta de bombillas que trepaban por las ramas de los plátanos, dibujando un perfil singular que no había visto hasta entonces. Era incapaz de imaginarse el efecto que producirían al anochecer, cuando las encendieran. Qué diferencia entre la timidez de Barcelona cuando se acercan las fiestas y la euforia luminosa que había dejado atrás en Londres. Había tardado veinte días en tomar la decisión, pero finalmente había recogido sus cosas, le había escrito una carta a Eric con más lágrimas que reproches y le había hecho caso a Kim.

—Me voy. Lo dejo todo y me vuelvo.

—Creo que haces bien, Laura. Perfecto. ¿Cuándo llegas?

—Cojo el avión de las... Espera, lo miro. Es un British. El que sale a las... —cuesta mucho encontrar la hora de los vuelos en los billetes—, a las once y diez el miércoles, hora inglesa.

—¿El miércoles, dices? —Kim memorizó la agenda—. Tengo una comida con reunión o una reunión con comida, un rollo de éstos, vaya. Pero mandaré a alguien a recogerte. Ningún problema.

—No, no. Tomaré un taxi.

—Mujer, vendrás muy cargada...

—No, no tanto... Pienso dejar muchas cosas aquí, he encargado a unas mudanzas que me hagan llegar lo más voluminoso.

—Mucho más práctico, ya te digo.

—Es que sólo puedo facturar dos maletas, creo. Desde la mierda de Bin Laden los aeropuertos se han puesto que no veas...

—Una cosa. ¿Dónde piensas instalarte?

—No me apetece ir a Banyoles. Ahora no puedo volver allí. De momento no les diré a mis padres que he regresado. Tendré que buscarme la vida. Encontrar trabajo y un piso de alquiler, supongo.

—Vente al Rafaeli, mujer. Te quedas los días que quieras y buscas un apartamento o lo que sea más tranquilamente.

—No sé...

—Mi padre y Elsa estarán encantados de que estés allí. Y yo más.

En cuanto colgaron, Kim entró en el despacho de su padre. Llevaban demasiados días hablándose con aspereza y creyó que darle una buena noticia serviría para encender una pipa de la paz. Al menos, aunque sólo fuera durante un rato, podrían aparcarse el tema que los angustiaba, que los preocupaba y que, a pesar de la buena voluntad de ambos, los separaba. En frío, Paco Ráfales tuvo que hacer memoria para ponerle cara a Laura. Luego, cuando la localizó y recordó su baile en la fiesta a. d. a., le hizo ilusión saber que volvería a ver a esa chica jovial, de amplia sonrisa y que siempre hacía reír a su hijo. Quiso saber qué había sido de ella. Se quedó pasmado al averiguar que llevaba tanto tiempo viviendo en Inglaterra y que ni siquiera se hubiese enterado. Preguntó qué día llegaba y decidió que esa misma noche le organizarían una cena de bienvenida en su piso de la sexta planta. Kim le dijo, papá, no te compliques la vida. Y Paco respondió que le apetecía y que, si Laura llevaba tanto tiempo fuera, encargaría una cena a base de pan con tomate y jamón y una tortilla de patata y cebolla, porque seguro que agradecería más eso que dos guisos para impresionar.

Por los ruidos de un hotel puede saberse qué hora es. Por indicación de Kim, Elsa la estaba esperando en recepción. En cuanto la vio entrar por la puerta giratoria, reconoció a la misma Laura de siempre. Puede que más delgada y más sofisticada. Y con la nuca al aire, a la francesa, como le había descrito Kim. Más mujer. Elsa —traje chaqueta negro, zapatos de medio tacón— abandonó el mostrador y se colocó delante de ella.

—¡Elsa!

—¡Qué ilusión!

Dos besos y, con permiso del abrigo en la mano, un abrazo de los de verdad.

—Cuánto tiempo, Elsa. Deja que te eche un vistazo. Madre mía, cómo has crecido. ¿Cómo estás?

Se abrazaron de nuevo. Y se dieron dos besos.

—Bien, todo muy bien. ¿Y tú?

—Ahora bien. Con ganas de... Hoy, rara. Nerviosa, muchos cambios. Tengo la impresión de estar huyendo de una guerra. No sé si Kim te lo ha...

—Muy por encima.

Elsa no había sabido si debía responder sí o no.

—Ya te lo contaré.

—Ya tengo la llave de la habitación, todo está listo. Si quieres podemos subir, debes de tener ganas de...

Le hizo un gesto con los dedos, como si estuvieran sucios y necesitara lavarse las manos.

—Una cosa... —Laura se acercó a Elsa y le habló al oído—. Me estoy meando, eso sí.

—Entonces, ¿subimos?

Elsa, con una sonrisa de oreja a oreja, contenta de haberse reencontrado con Laura, acercó la tarjeta de la habitación para que se abriera la puerta del ascensor más cercano al mostrador. El reloj del Rafaeli marcaba las dos y cuarto del miércoles, 5 de diciembre de 2001.

—¿No es necesario que te entregue el DNI?

—Qué buena eres. No, no es necesario... —Elsa se volvió hacia la conserjería—. Cuando podáis, las maletas a la 218.

El pasillo de la segunda planta, silencioso y ordenado, olía a flor de loto. Paco estaba obsesionado con que todos los rincones del hotel, desde la biblioteca hasta la zona de aguas, desde el primer buenos días para el *check-in* hasta el último pasillo que conducía a la lavandería, tuviera un ambiente agradable, reconocible. Un olor nuevo, sólo para ellos. Le había pedido a su cliente perfumista, un hombre fiel al hotel desde hacía muchísimos años, que creara un ambientador propio para el Rafaeli. Tras oler todas las muestras que mister Paton les había presentado, Paco, Kim y Elsa habían acabado eligiendo aquella esencia de flor de loto que te atrapaba sin molestar. Perfumaba pero no embriagaba. Todo lo contrario, era una fragancia que invitaba a quedarse en aquel lugar. Más de un cliente había pasado por recepción para preguntar dónde podían comprar un frasco de aquel ambientador. Los Ráfales, con olfato comercial, decidieron encargarse unos bastoncillos y un espray. Iban a medias con el hombre de las narices. A mister Paton le convenía, porque así, a fin de mes, se sacaba una propina al margen de su empresa. En Roma, Vicenç también roció con el mismo ambientador el vestíbulo del Rafaeli, pero la *zia* Mina le ordenó retirarlo al cabo de pocas semanas. Olía a tienda de ropa vulgar, sentenció. Elsa abrió la puerta de la 218 y colocó la tarjeta para que se encendiesen de golpe todas las luces de la habitación. Las cortinas también subieron solas, automáticamente.

—¡Vaya!

Laura dejó caer el abrigo sobre la cama *king size* y se acercó al ventanal. Nunca había visto el paseo de Gràcia desde esa perspectiva.

—De noche, las vistas son si cabe más chulas... —Elsa no contemplaba el paisaje; la estaba examinando a ella—. Ese flequillo así, torcido, te queda muy bien...

—Cuánta luz...

—Papá siempre quiere que haya mucha luz en todas partes. Es una obsesión. Dice que ya pasaremos mucho tiempo a oscuras.

—¿Cómo está?

—¿Papá? Bien. —Maquinalmente, Elsa se abrochó y desabrochó el primer botón del vestido—. Va tirando. Un poco apagado, quizá. Sin embargo, de salud está como un roble. Ya lo verás. Perdona, querías ir al baño y te estoy...

—No, no, Elsa. Me encanta verte tan bien.

—A mí también.

—De todo aquello... —Laura no sabía muy bien cómo preguntárselo—. ¿Todo bien?

—No, no. Quiero decir sí, todo bien. Nunca más se supo.

—Me alegro.

—Nunca me ha dolido nada. Ni siquiera pienso en ello. Me lo hicieron muy bien, y no sé si te lo agradecí bastante.

—No seas boba, Elsa, por favor...

La pequeña de los Ráfales levantó el dedo, como quien debe hacer un anuncio relevante.

—Escucha, tengo un mensaje de Kim para ti. Me pidió que te dijera que estés lista a las ocho, que hoy no puede escaparse antes, pero que a las ocho estés lista porque iréis a cenar cerca de aquí, a un sitio muy especial. Dice que está seguro de que te encantará.

—¿Tú conoces el sitio?

Elsa vaciló.

—Sí.

—¿Y me puedes decir dónde es?

—Hum... —Juguetona—. No, no.

—¿Una pista?

—Cerca de aquí. Por cierto, no debes haber comido nada... ¿Quieres que ordene que te suban algo?

—No, gracias. En el avión he comido una mierda envasada, de ésas tan ricas.

—Bajo para ver qué ha pasado con las maletas. Ya están tardando...

—A las ocho *o'clock* estaré lista. Dile a Kim que no sufra. Y gracias por todo, Elsa.

Cuando se cerró la puerta de la habitación 218 del hotel Rafaeli del paseo de Gràcia de Barcelona, Laura se sintió como en casa. Respiró profundamente. Tictac, salvada. Y corrió a quitar el precinto del inodoro.

Paco Ráfales —con la corbata roja de los miércoles— estaba sentado solo, presidiendo la mesa. Al lado de su hijo, Míriam, que estrenaba un vestido perla, de crep de georgette, que todo el mundo alabó por su caída. El pelo recogido, con un mechón que jugaba a esconderle un ojo, le permitía lucir los pendientes modernistas de su suegra. Cuando Míriam lo convirtió en abuelo, Paco quiso regalarle, sí o sí, las joyas de Masriera que habían pertenecido a su mujer. A Laura —camisa blanca metida en los vaqueros— le ordenaron que se sentara, por favor, en el otro extremo de la mesa, entre Paco y Elsa. Kim, que para cenar se había quitado la americana de pana de tres botones, tenía enfrente a la invitada recién llegada de Londres. Paco siempre había querido una mesa rectangular, con dos cabeceras, para marcar la jerarquía. En los años felices, cuando la familia tenía seis miembros, él se sentaba en un extremo, Maria en el otro y, en el medio, sus hijos, dos en cada lado de la mesa. En ausencia de su mujer y, más aún, tras la desgracia que sufrieron sus dos hijos,

pensó en si debía comprar una mesa redonda, sin aristas. A fin de cuentas, sin embargo, le pareció que variar el mobiliario y la disposición habría significado, aunque sólo fuera un poco, pasar página. Una falta de respeto hacia los que ya no estaban. Paco sabía que algunos recuerdos se ocultan para salvarse de ser olvidados. Mientras servían la cena, Laura intentó tejer complicidades con Míriam, a la que acababa de conocer hacía cinco minutos, cuando Kim las había presentado en el recibidor de la casa de su padre.

—Creía que vería a vuestros hijos...

—Son demasiado pequeños para cenar fuera. Mañana tienen colegio, se han quedado con la canguro.

—Kim me enseñó fotos de ellos. —Laura miró a Míriam—. Qué guapos son Víctor y Jana, por favor...

—No es pasión de abuelo, pero no los hay mejores que ellos —subrayó Paco.

—Con estos padres, ¿qué quieres?

Laura pensaba que Míriam estaba radiante.

—¿Tú no tienes? —Paco, más animado por una noche, parecía otro—. Hijos, quiero decir.

—No, no, de momento no. Soy soltera. ¿O estoy soltera? Llevo tanto tiempo fuera que ya no sé cómo se dice. —Notó, en el espeso silencio, que todos esperaban que desarrollara aquella escueta información—. Y, de momento, sin ningún plan a corto plazo...

—Es como mejor se está, di que sí.

Elsa se sentía identificada con ella.

—¿Y qué hacías allí, al lado del Támesis? —La curiosidad de Paco parecía sincera—. Puedo preguntarlo, ¿verdad?

La vida musical de Laura en Londres pareció interesarles más que los trabajos de interpretación en conferencias y reuniones, que ya podían imaginarse en qué consistían. La escuchaban embobados. Míriam conocía a los Art Institute, se sabía un par de canciones suyas, y les hizo gracia que Laura trabajara para su mánager —eso fue lo que ella contó— y que fuera de un lado a otro, de gira, con el grupo. Quisieron conocer los detalles y se entusiasmaron descubriendo cosas de un mundo que les resultaba ajeno. De repente, para Laura fue un inesperado ejercicio de liquidación de su pasado. La obligó a reflexionar, en voz alta, sobre momentos que había vivido tan de cerca que, en el día a día, le faltaba la perspectiva para darse cuenta de hasta qué punto te devora la realidad. Poco a poco iban surgiendo pensamientos y vivencias. Y le gustaba ver que todos la escuchaban con deleite. En un grupo musical de cinco personas, las entrevistas siempre acaba concediéndolas el cantante. ¿Quién iba a las radios? ¿Quién salía en los periódicos? ¿A quién invitaban a los programas de televisión? A Ray Grobbelaar, respondía Míriam. Siempre, concluía Laura. Las camisetas, otro asunto. Cuando los Art Institute estampaban camisetas de promoción para venderlas en los conciertos, la cara del cantante aparecía en primer plano y a

duras penas se veía a los demás, detrás de Ray. Y aún podían dar gracias por estar allí, pero ahí empezaban los problemas del grupo. Los celos, comprobar que no todos son iguales. Los cuatro le daban la razón. Y si encima quien compone los temas es el cantante, entonces ya... Por lo que le había oído decir a Eric y a un montón de gente que pasaba por Stuart Records, los bajistas solían ser los más introvertidos y sosainas del grupo. El caso de Shilton, Peter Shilton, de los Art Institute, era una demostración palpable. En cambio, Bruce, el batería escocés que iba colocado de porros hasta el culo, no se correspondía con lo que aseguran que suele ocurrir con muchos percusionistas de los grupos de *rock*. Dicen que los baterías, entre que están al fondo a la izquierda, como los baños, que no salen en la foto y que todos los días tocan igual, no pueden lucirse demasiado y muchos de ellos se van abandonando. Hasta el punto de que acaban tocando rutinariamente y, al final, a muchos conjuntos les sale más a cuenta hacerse con un batería contratado. Así, si se duerme, lo cambian por otro, y si te he visto no me acuerdo. Ha pasado millones de veces, sentenció Laura. Elsa quería saber más. ¿Y el sexo, las drogas y el *rock and roll*? ¿Era verdad o una leyenda? Abruptamente, Laura se vio regresando a anteayer. Explicó la doble vida de los grupos, cómo la música es una forma de ligar. Todo el mundo es más sexi con una guitarra en la mano, decía siempre Eric. Y si además lo ilumina un foco, más aún. Si estás en un grupo de éxito, si tienes treinta años, ya no eres un adolescente y todas las chicas se te ponen a tiro, ¿qué puedes hacer? Las drogas, en cambio, son otra cosa. Sin embargo, Laura tenía reparos a la hora de hablar de ellas delante de Paco, que lo escuchaba todo con unos ojos como platos. Quiso tocar el tema por encima y se limitó a decir que los porros, ya os lo podéis imaginar, corren como el agua. Y en cuanto a la coca... Lo zanjó con un ejemplo. Si tu instrumento es la voz y un día te das cuenta de que no está muy bien, te metes una raya antes de salir al escenario. Si ves que funciona y que te da seguridad y cantas mejor, ¿qué vas a hacer en el siguiente concierto? Y en la tercera actuación, para asegurar, lo más probable es que vuelvas a hacerlo, y entonces, sin darte cuenta, se ha convertido en un hábito. Ya estás enganchado. Y llega un día en que un compañero, entre cajas, antes de salir al escenario, te dice no puedes salir así, te advierte de que te la vas a pegar, que acabarás mal, pero él ni siquiera te escucha, porque ya no quiere oírte. Ray se mete la raya, sale y canta.

—En el Rafaeli todo esto no pasa, ¿verdad, papá?

Miriam sintió la necesidad de marcar el orden y el territorio. Aquí estoy yo, éste es mi suegro y las fábulas de la música y las drogas podemos imaginárnoslas sin ayuda de nadie. Tenía la sensación de que Laura había descubierto la sopa de ajo y venía a explicarles la receta. Cuanto más la escuchaba, más la escamaba un detalle. No la veía muy afectada por aquel problema tan grave que había hecho que Kim hubiera tenido que salir disparado como un cohete para rescatarla o consolarla o, sencillamente, para apoyarla, que fue la expresión exacta que había utilizado él, su marido, cuando volvió de Londres. Paco Ráfales recogió el guante.

—Bueno, en las habitaciones todo el mundo hace lo que quiere, pero la gestión es otro asunto. La letra es una cosa y la música, otra.

—¿Cuál es el secreto de un hotel como éste, Paco?

—En los negocios familiares sólo hay un secreto. Horas.

Lo dijo con decisión, convencido de la fórmula. Kim, que hasta entonces no había atinado a verlo, estuvo de acuerdo con él. Laura pensó en los muebles de Can Constans y en su padre. Míriam, sin perder en ningún momento la sonrisa, no se abstuvo de poner un pero.

—Sin embargo, en un hotel las cosas son un tanto peculiares. ¿O no?

—¿Por qué? Un hotel es la vida en miniatura. Hay gente que se queda muchos días, gente que se queda pocos, del mismo modo que unos se mueren de viejos y otros... —Paco se dio cuenta de que, en la mesa, todos pensarían en Àlex y Roger y no quiso recrearse en el tema. Era consciente de que, como decía su poeta predilecto, de los pantanos de la memoria siempre sales malherido. Debía seguir adelante como fuera para no estropear la velada—. Un hotel es como la vida. Es algo que Kim y Elsa me han oído decir muchas veces. Unos pueden pagar las *suites*, otros tienen que conformarse con una individual y otros tratan de dormir dos en una habitación de una sola cama y luego intentan escaquearse a la hora de pagar. Unos se pelean por cualquier cosa y otros son felices. Y, si no lo son, lo fingen, porque necesitan pensar que están bien para poder sobrevivir. En el hotel, igual que en la vida, hay quien gasta mucha agua y otros que se duchan poco. Los hay que hacen mucho ruido y no respetan a los vecinos y otros que llegan, duermen y se van sin que nadie los haya oído. Los hay que tienen amantes y... otros que quisieran tenerlos. Hay clientes que se olvidan cosas, sobre todo pijamas, y otros que roban. Se lo llevan todo, incluso se entretienen sacando las pilas del mando a distancia de la tele.

—Y el gel y el champú. —Elsa apuntó a su padre.

—No. El gel y el champú los dejamos ahí para que se los lleven. Si se llevan los jaboncillos, evitamos que manguen el albornoz.

—Que también se llevan. —Kim lo sabía muy bien, porque acababa de encargarse otros cincuenta, con el logotipo del Rafaeli bordado en el pecho.

—Me apetecía tanto una buena tortilla de patatas. —Laura le cogió la mano a Paco, que la tenía encima de la mesa—. ¿La has preparado tú?

—¿Si te digo que sí te parecerá aún más rica de lo que está?

Después del variado de tés, cafés e infusiones, Míriam fue la primera en levantarse y decir gracias por la cena, que se iba a casa y que, si Kim quería quedarse a charlar con Laura, ya volvería más tarde a la Bonanova. Elsa, que llevaba un rato frotándose los ojos, aprovechó para bajar con Míriam. En cuanto entraron en el ascensor, le hizo a su cuñada la pregunta que llevaba horas rondándole por la cabeza.

—¿Tú no harías que te quitaran esa peca?

—¿Qué peca?

Paco, después de veinte minutos inventariando, por orden cronológico, nombres de hoteles y restaurantes de Londres en los que había estado por lo que él llamaba espionaje industrial y que sólo significaba copiar las mejores ideas de cada sitio, también dobló la servilleta, la metió en su argolla, se levantó de la mesa y dijo, chicos, me voy a dormir.

—Creo que yo también.

Laura estaba reprimiendo un bostezo desde hacía un buen rato.

—¿Tienes tu abrigo? —la sorprendió Kim.

—Está en la habitación. ¿Por?

—Pues bajemos a por él.

—¿Salimos a pasear? ¿Ahora?

—Mejor.

Laura entró y salió de la 218 a toda prisa. Kim la esperaba mientras aguantaba la puerta del ascensor para que no se cerrara. Volvió con el abrigo camel en la mano. Le gustaba verla con la camisa de seda blanca, con unas solapas acabadas en punta que sobresalían por encima de un jersey corto, de cachemira *beige*, que le llegaba hasta los bolsillos de los vaqueros. Kim no estaba acostumbrado a ver a Laura con zapatos de tacón. En vez de seguir bajando, metió la llave lila para subir, más allá del piso de sus padres.

—¿Volvemos a subir?

Laura terminó de ponerse el abrigo.

—Verás un rincón del Rafaeli que muy poca gente ha visto.

En cuanto estuvieron arriba y se abrió la puerta, se encontraron frente a una terraza de doce pasos, con tiestos y macetas de plantas muy bien cuidadas a ambos lados. En un extremo, una glorieta sostenida por cuatro columnas lisas daba al paseo de Gràcia. Laura se acercó a la barandilla, de la misma piedra blanca, para asomarse. Los coches se oían a lo lejos. El rumor de la ciudad se amortigua en las noches de invierno.

—La calle se ve muy bonita así, con las luces encendidas. Tenemos una ciudad de primera, Kim. —Laura intentó identificar edificios y chapiteles—. ¿No vas a coger frío con sólo una bufanda?

—A mí me gusta más esta terracita...

Laura se dio la vuelta, dando la espalda a la ciudad, y contempló uno de los secretos del Rafaeli. El lugar que ningún turista había podido ver.

—Éste era el jardín de mi madre.

—¿El jardín de tu madre?

Kim lo dijo sin nostalgia. No se lo podía permitir. Informaba y punto.

—Ella subía aquí todos los días. Leía en el banco o cuidaba de las plantas. Se pasaba horas con los esquejes, con la tierra... Le encantaban esos pensamientos de

flores grandes. Y los ciclámenes. Los rojos más que los amarillos. Hemos querido que esté como ella lo tenía, con ese rosal que trepa por la pared.

—¿Te encargas tú?

Kim se rió mientras se abrochaba los tres botones de la americana.

—¿Tú me ves haciéndolo?

—¿Tu padre, entonces?

—No, no, tampoco. ¿Mi padre?

—Me encantan esas primaveras, con esas mezclas de colores...

—Tenemos un jardinero que viene no sé cuántos días a la semana. Si no... ¿Cómo iba a estar así?

—Claro. Ya no me acordaba de que a los que sois de buena familia os lo tienen que hacer todo, porque si no...

Volvieron a reírse. Kim sacudió a Laura por la nuca y la llevó hasta la glorieta. Él se sentó en el banco de madera, colocado como si fuera un mirador al centro de la vida.

—De modo que éste es el santuario de los Ráfales.

—Es un sitio donde pasamos buenos ratos cuando éramos pequeños, sí. Y por eso lo hemos conservado, supongo. Y por eso estoy luchando ahora. Para que no se pierda...

—¿Puedo encenderlo? —Laura le ofreció un cigarrillo. Kim también cogió uno —. ¿Qué quieres decir?

—Que por eso estoy en plena batalla, para salvar el hotel. Porque mi padre y mi tío, te lo conté a medias esa noche en Londres, creen... Los dos están convencidos de que ha llegado el momento de vender el hotel, de formar parte de una cadena; ellos han envejecido, tienen una buena oferta... Y yo me huelo que a mi tío lo están untando de algún modo y no sé por qué todos lo aceptamos.

—¿Y qué estás haciendo?

—¿Francamente? Lo que puedo, Laura, que no sé si es mucho. Trato de convencer a mi padre de que no dé el último paso. Pero el Paco Ráfales que tú conociste ya está en otra órbita. Es como si hubiera lanzado el sombrero al fuego.

—¿Sabes una cosa, Kim? Me gusta verte así.

—¿De veras?

—Te estabas volviendo aburrido.

—¿Perdona?

Por una vez, Kim no sabía si le estaban hablando en serio o le estaban vacilando. Laura, con el cuello del abrigo levantado, dio una larga calada.

—Un aburrido. Sí, ésa es la palabra. Creía que te habías vuelto un sosaina. Te imaginaba todo el día encerrado aquí, el negocio, el hotel, las tarifas, y ahora veo que, en el fondo, eres un idealista. Nunca lo habría pensado de ti...

—Mujer...

Se rozaron la piel. El tacto, tenue, dulce, matizaba las palabras.

—No es que te lo reproche. Está bien. Eh, Kim, mírame, está bien. Me gusta. Ahora resulta que quieres convertirte en un héroe intentando salvar el apellido de la familia, el hotel de tus padres, luchando o batallando o no sé cómo lo has llamado... ¿Y yo? —Laura retiró la mano—. ¿En qué me he convertido? En una intérprete que habla con las frases de otro.

—Tampoco es eso.

—Un traductor es una persona que no tiene voz propia. Lo he estado pensando. Yo hablo, muchas veces al día, con la voz de los demás. ¿Por qué? Quizá porque no tengo nada que decir.

—Laura, tía, por favor. ¿De qué estás hablando? Has hecho muchas cosas muy interesantes...

—Oh, sí... Ya te digo. ¿Te acuerdas del profesor Clemence?

»Richard Clemence, polvo y libros. Me enamoro de un hombre mayor, me voy detrás del profesor de Filosofía, jugamos a *My Fair Lady*, me enseña cosas, sale en el periódico con aletas de rana y, a partir de ahí, qué. Eric Stuart, un seductor. La música y su mundo. A toda pastilla. Discos, conciertos, cantantes, grabaciones y cervezas. La vida al límite y un poco más. Lo pasamos bien. Vivimos y nos reímos. Nos reímos mucho, trabajamos más, estamos exhaustos y, de repente, el abismo. La traición. El qué coño estoy haciendo en este país, perdiendo mis mejores años con un anciano cuyo cuerpo empieza a oler a viejo y con un tío que ni siquiera es capaz de contarme que está...

—¿Quieres que te diga lo que le escribí a Eric en la carta de despedida?

Laura expulsó el humo por la nariz, despacio.

A Kim le bastó con arrugar las cejas para que Laura entendiera que no era necesario, pero que, si tenía la necesidad de contarlo para desahogarse, la escucharía encantado. Sin embargo, no creía que removerlo todo la ayudara a seguir adelante. Se apretó el nudo de la bufanda para taparse mejor el cuello y aprovechó para levantarse y apoyarse en la barandilla. No le gustaba que estuvieran sentados uno al lado del otro cuando le contara lo que quería decirle. Necesitaba mirarla a los ojos.

—Laura, tu vida no es la vida de tus parejas. —Ella no podía dejar de mirarlo. Intentaba reaccionar ante aquel mazazo, pero no lo conseguía—. Tu vida es tuya. — Kim trepó para sentarse en la barandilla, enroscó los pies para calzarse, y siguió buscando el tesoro. Las palabras. Las palabras que ayudan. Las palabras que ayudan a una amiga. Las palabras que ayudan a una amiga que está pasando un apuro.

»Aún estamos a tiempo de hacerlo todo. Somos jóvenes. No está nada mal todo lo que hemos hecho y hemos pasado, pero somos muy jóvenes. Yo me siento joven, juego al tenis, corro por la pista, tengo amigos, salgo y me río. No soy aburrido, que te quede claro.

—Eso te ha dolido... —Laura reaccionó—. Reconoce que eso se te ha atragantado.

—Es que has dicho que me estaba volviendo... Y tú qué sabes, ¿eh? Pero si tú vivías en Londres y has pasado de mí hasta ahora, cuando... Y yo, aquí, me divertía con los amigos.

—¿Qué amigos?

—No lo sé. Con los amigos. Hay amigos para cada cosa. Los del tenis. Los de reírse...

—Los de vivir.

—¿Quiénes son los de vivir?

Le hicieron falta cinco segundos antes de responder.

—Los que hacen que cuentes las cosas que te hacen sufrir, supongo.

—Y nosotros dos, ¿qué clase de amigos somos?

—A Míriam, por ejemplo, ¿se lo cuentas todo?

—Ella es lista. —Kim lo dijo con orgullo—. Siempre sabe lo que me pasa. Lo nota.

—Y con esos amigos del tenis y de reírse, ¿os contáis las cosas que os hacen sufrir?

—¿Nosotros? Somos tíos, Laura...

—¿Acaso tú y yo no nos lo contamos todo? Han pasado muchos años, hoy he estado de nuevo con Elsa y me ha alegrado ver que está bien.

—Me ayuda mucho en el hotel. Es buena. Es una Ráfales, modestia aparte.

—Sabe lo que quiere y no lo ha tenido fácil... Elsa, qué... —Laura se refrenó a tiempo—. Qué suerte tener un hermano como tú. Me refiero a que eso es algo que valoramos mucho los que somos hijos únicos.

Supo reconducirlo. Le había prometido a Elsa que cumpliría su palabra y nunca se lo contaría a nadie. Ni siquiera a Kim. Elsa aún iba a la escuela, había conocido a un chico en el bar de los viernes y, cuando, accidentalmente, por un preservativo que no habían sabido colocar del todo bien o por puta mala suerte, se quedó embarazada, el tío se hizo el longuis y no quiso saber nada del tema. Elsa no sabía a quién contárselo. A su padre no, evidentemente. Tras dudarlo durante un par de noches sin dormir, tampoco se atrevió a enfrentarse a ello con Kim y recurrió a Laura. La mejor amiga de su hermano. Le caía bien y quizá podría ayudarla. Laura nunca se lo contaría a nadie. Nunca. No tenía muchos ahorros, pero le dio todos los que tenía y buscó la clínica a la que deberían ir y la encubrió durante dos días, en su piso de estudiantes, para que nadie sospechara nada. A cambio, Elsa se había comprometido a devolverle todo el dinero cuando lo tuviera, cuando cumpliera dieciocho años y pudiera disponer de la cuenta corriente a su nombre que no había podido tocar hasta entonces. Un día, cuando Laura ya no pensaba en ello, se encontró a Elsa frente al portal de su casa. Le traía el dinero y una camiseta de los Lakers.

—¿Recuerdas cómo nos conocimos?

—Joder, Kim, claro...

—Sí, en la facultad, por supuesto. Pero ¿haciendo qué?

—Un trabajo en grupo de literatura inglesa...

—Gracias al loco de Francis Barata, sí, señora.

—Un trabajo sobre Frankenstein que hice yo y que tú firmaste, para variar.

—Manda huevos. —Kim, juguetón, la agarró por el cuello del abrigo—. Ya te vale, Laura.

Y la soltó.

—¿Quieres saber qué pensé de ti ese primer día?

—No. Ahora te esperas, Laura; iba a decirte algo importante.

—¿Tú?

—Sí, el hombre aburrido también tiene memoria, y, a veces, incluso sentimientos.

—Oh, sí, vaya novedad...

—¿Recuerdas cuál es la gran frase de Frankenstein?

—¿Ahora mismo...? —No podía ni pensar, estaba agobiada—. Teniendo en cuenta que yo hice el trabajo, debería recordarla, ¿no?

—«Tú me diste emociones, pero no me dijiste cómo utilizarlas».

—Una buena frase, sí.

—Es buena porque es una gran verdad. Es el reproche que le hace el monstruo al doctor y es lo que no puede ocurrirnos a nosotros. ¿Te das cuenta, Laura? Hay cosas que nos tocan el corazón o que nos conmocionan, pero, cuando llega el momento, nunca sabemos cómo gestionar esas emociones.

—¿Sería más fácil ir por la vida con un manual? Puede que sí, pero no sería tan divertido.

—Pues eso. Que no tenemos tiempo para aprender.

Con delicadeza, Kim le apartó el flequillo de la frente con dos dedos. Laura se escudó en el pasado.

—¿Quieres saber o no lo que pensé de ti en nuestra primera conversación?

El móvil de Kim empezó a vibrar.

—A la una de la madrugada pasada. —Lo sacó del bolsillo—. No son horas.

Miró el teléfono sin que Laura pudiera ver la pantalla.

—¿Algún problema?

—No, no. Nada —dijo, desganado, mientras echaba un vistazo al mensaje—. Publicidad de...

Los niños están durmiendo como lirones. En casa todo bien. No tardarás, ¿verdad? Kim leyó el SMS de Míriam pero no contestó. Sólo tuvo que pulsar la pantalla cinco segundos para desconectar el teléfono y luego se lo guardó en el bolsillo. En el bolsillo interior de la americana.

CON UN PUNTO DE FURIA

De repente, sin saber por qué, sin previo aviso, sin que hayas hecho nada del otro mundo para reventarlo todo, la vida se complica. Así, de improviso, en el que debía ser un día como otro cualquiera. Paró el despertador a la hora de siempre, apoyó un pie en el suelo, se dio una ducha, puso música en el baño porque estaba harto de desgracias, políticos y otras noticias truculentas, se vistió, preparó desayunos, llevó a Jana a la escuela, dejó a Víctor en la guardería y llegó al trabajo. En el Rafaeli, de entrada, todo parecía estar en orden. Un maletero estaba llamando a un taxi para un canadiense que tenía prisa por llegar al aeropuerto. El suelo del vestíbulo brillaba con el desinfectante perfumado de cada mañana. En la mesa que había cerca de la entrada de la cafetería estaba, apilada y alineada, toda la prensa nacional del martes en una fila y, en la otra, cinco grandes periódicos internacionales del día anterior. A medida que llegaran los ejemplares del día los cambiarían con la discreción de cualquier *hall* de un buen hotel. Los clientes estaban desayunando en el bufet libre. Sin embargo, los cafés con leche o los tés se los servían en la mesa en jarras de diseño nórdico. En la biblioteca, los libros esperaban que alguien entrara a despertarlos. Sin embargo, sabían, por la experiencia acumulada una mañana tras otra, que era demasiado temprano. En el mostrador de recepción, Kim dio el visto bueno a las tarifas del día. Paco había comentado en más de una ocasión que jamás se acostumbraría a que los precios cambiaran cuatro veces en una sola jornada, como las tarifas de los billetes de avión. Antes, hasta los años noventa, la gerencia del hotel marcaba los precios para todo el año, temporada alta, fines de semana, ferias y agosto. Ahora había que hacer números todos los días, y en el juego de acertar con el precio estaba el negocio.

Antes de tomar el ascensor, Kim asomó las narices en la cafetería para preguntar si la 218 había bajado a desayunar. Una pantalla le dijo que no. Tuvo la tentación de coger una bandeja con una tostada, mantequilla y mermelada de higo y subirle el capuchino a la habitación. Se imaginó allí. Llamaba a la 218, y Laura, con la cara soñolienta y abrochándose el albornoz, le abría la puerta y se lo encontraba de pie, servicial, con la bandeja en las manos, el periódico bajo el brazo y un buenos días de los que alegran la existencia. Pero no lo hizo y subió hasta la quinta planta. Recibió un mensaje de Laura en el móvil. Había salido temprano para Banyoles. Por suerte, no había llamado a la puerta de la habitación. La mermelada se le habría atragantado.

Elsa aún no había llegado. Encendió las luces del despacho. Le gustaba ser el primero en llegar y controlar los interruptores y el aire acondicionado y el ratón para que resucitara su Hewlett-Packard. Hasta ese momento, a las nueve y cuarto de la

mañana, aún lo tenía todo absolutamente bajo control. Sin embargo, cuando se sentó en su butaca fue consciente de una novedad. A los pies del ordenador había un sobre de color marrón, apoyado en la pantalla. No recordaba haberlo dejado allí. Estaba cerrado. En él sólo habían escrito su nombre con letra de palo, en mayúsculas y con bolígrafo azul. Puede que un *roller*. Ni siquiera su apellido. KIM a secas. Le dio la vuelta. Ningún remitente. Ningún sello. Ninguna otra pista. Cogió el sobre con una mano y levantó el brazo y la barbilla para examinarlo a contraluz, tratando de adivinar su contenido por el perfil que se marcaba gracias a la bombilla del techo. Quería asegurarse de que no iba a romper lo que fuese que hubiera dentro. El abrecartas rasgó el sobre por un ángulo y, en aquel mismo instante, cuando ya eran más de las nueve y cuarto de la mañana, su vida se complicó.

Era él.

Él con una mujer descalza, con los zapatos de tacón de aguja en la mano.

Él, en blanco y negro, con la subdirectora de banca privada en el pasillo de la segunda planta.

Él con Sandra López —hasta entonces no había conseguido recordar su nombre— a punto de entrar en la 218. La captura de la imagen de la cámara de seguridad del Rafaeli. Una sola foto. Borrosa y desenfocada, pero definitiva. Nada más. Ni una nota ni una...

¿Quién había tenido acceso a esa mierda?

¿Quién le había dado por el culo?

¿Quién le había hecho llegar el sobre?

¿Con qué intenciones?

¿Quién quería hacerle chantaje?

No hacía falta ninguna nota para entender algo. Quien fuera el que conocía su secreto proponía silencio. La pregunta era: ¿a cambio de qué?

Fuera quien fuera, vaya hijos de puta.

Elsa entró en el despacho con la cara limpia, la sonrisa de la mañana y la costumbre de darle dos besos a su hermano.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Parece que hayas visto un fantasma —dijo Elsa mientras colgaba la chaqueta en el armario.

Kim abrió el primer cajón del escritorio y dejó caer el sobre como si nada.

—¿No has desayunado o qué?

—Sí. No. —Kim levantó la cabeza—. ¿Qué?

—Que si has desayunado o necesitas un café... ¿Estás bajo de azúcar? Luego dirás que no cuido de ti. ¿Dónde has dejado a Laura?

—¿Laura? Se ha ido a Banyoles. Volverá mañana. Finalmente se ha armado de valor para ir a ver a sus padres...

—Laura los tiene bien puestos. Me gusta esa tía.

—Ya. Escucha... ¿Tú sabes quién tiene acceso a las imágenes de nuestras cámaras de seguridad?

—¿Ha ocurrido algo?

—No, no...

—¿Han robado en alguna habitación?

—Que no, Elsa, joder...

—Chico, vaya humor tienes de buena mañana.

Kim respiró profundamente. Se levantó bruscamente, se dirigió con pasos discretos hasta la puerta del despacho de Paco, entró, se acercó a la ventana y volvió, también lentamente.

—Elsa, perdona. Pasa algo. Me pasa algo. Pero ¿me aseguras que no se lo contarás ni a papá?

Elsa intuyó la gravedad de la mañana.

—Te lo prometo, Kim. ¿Ves como si...? —Se dio cuenta de que no era momento para reproches—. ¿Qué pasa?

Kim abrió el cajón de su *book* y sacó el sobre. Lo apretó con los dedos para que se hinchara, se abriera y la foto resbalara sola hasta la mesa, como si no quisiera tocarla. Como si estuviera apestada. Elsa, sin embargo, la cogió sin ningún tipo de aversión.

—¿Quién es?

—Sandra López.

—¿Quién?

—La de la banca privada que nos asesora con los fondos de inversión y...

—Joder, Kim, vaya marronazo... —Elsa le dio la vuelta a la foto para ver si había algo escrito en el dorso—. Pero ¿de dónde la has sacado?

—Eso me pregunto yo. ¿Tú quién crees que puede haber capturado esto?

Elsa lo estuvo reflexionando un momento.

—En el hotel, aparte de papá, tú y yo, tienen acceso a las imágenes el señor Rubio, los de seguridad, no sé si la policía y el monitor de recepción...

—Pero el monitor de recepción no graba, sólo están todas las cámaras al instante. Y esto lo han sacado de...

—¿Puede haber más fotos?

—¿Qué?

—Si esta es la única foto con Sandra López que pueden tener.

—Sí. Claro. —Kim, casi ofendido.

—Entonces, todo el mundo sabe cuáles son sus cartas. A ti te han dicho pórtate bien, sabemos esto de ti, y ya está... —Elsa no pudo reprimir una mueca—. Mientras no se la enseñen a Míriam...

—¿Y qué crees que me están diciendo? Hoy lo has visto tú, pero sabemos dónde causaría más daño.

—¿Sospechas de alguien?

—Uf... —Kim, extendió los brazos hacia delante y cogió a su hermana por los hombros—. No me hagas hablar.

Se moría de ganas de hacerlo, pero no se atrevía. Elsa le echó una mano.

—¿En quién estás pensando? Dilo, no pasa nada.

—Es demasiado bestia.

—En nuestros primitos italianos, ¿verdad?

—Y el tío y la *zia* Mina... No lo sé. Puede que no. Pero desde que se presentaron con la oferta del Radisson... No entienden que me enfrente a ellos.

—¿Tú los ves capaces de esto?

—¿De esto, dices? Elsa, no seas inocente. Están locos por vender. Harían lo que fuera para que papá no se eche atrás. Todo esto es inminente.

—Sí... —Elsa pensó que no le podía ocultar nada a su hermano—. Papá quiere cerrar el asunto rápidamente porque tiene el viaje a Venecia en la mente.

—No sé de qué me hablas. ¿Qué viaje?

—Diana Laborde lo ha invitado a La Fenice. Debutó allí hace cincuenta años, le organizan una fiesta y canta no sé qué ópera. Le ha hecho llegar dos entradas de platea a papá, con una carta muy bonita, y he visto que el hombre está animado como hacía tiempo que...

—Puedo imaginármelo.

—Y me ha pedido que lo acompañe.

—¿Y vais a ir?

—¿A ti qué te parece? Nunca he estado en Venecia y me apetece ir con papá. Lo entiendes, ¿no?

—Claro, claro. Por supuesto. —Kim pasó un dedo por la mejilla de Elsa—. Te gustará mucho. Creía que habías estado.

—Tengo ganas de verlo. Todo el mundo me ha dicho que Venecia es la ciudad donde se detiene el tiempo —hizo un amago de mueca— y que los canales apestan.

—¿Cuándo os vais?

—El sábado. En principio. Y él quiere irse con la venta al Radisson cerrada.

Elsa se lanzó al cuello de Kim. Intuyó que su hermano necesitaba un abrazo sincero. Y tres palabras.

—No te rindas. —Y otras tres—. Yo estoy contigo.

Durante la mañana, Elsa se dio cuenta de que su hermano estaba inquieto, irascible, no recordaba haberlo visto así desde hacía muchos años. Contestaba mal al teléfono, e incluso cuando su padre llegó al despacho Kim le respondió con dos gruñidos que estuvieron fuera de lugar. No parecía él. Cuando vio que llamaba a Joan, su pareja de tenis, para anular el partido del mediodía por un contratiempo de última hora, Elsa lo obligó a pensárselo dos veces.

—Te sentará bien salir de aquí, Kim. Pegas cuatro raquetazos y te desahogas un poco. Ve, hazme caso.

Kim cogió la raqueta, la bolsa con el uniforme de tenis, los conflictos morales y lo metió todo en el maletero del coche. Le vendría bien despejarse en la pista con la pandilla de los martes en el Pompeia. No era el mejor club de Barcelona ni el más elegante, pero Kim se sentía a gusto allí. Era un club casero, con pocas pistas, oculto en la montaña de Montjuïc, a medio camino entre la ciudad y el castillo. Las pistas se habían creado como pabellón para practicar el tenis en la Exposición Universal de Barcelona de 1929. Luego, dejaron de usarse y estuvieron abandonadas durante dos décadas, hasta que el Pompeia, huyendo de los carísimos alquileres del centro de la ciudad, se instaló en la montaña, en un equipamiento deportivo escondido que ni siquiera los ciudadanos sabían que existía. A pesar del nombre oficial —Reial Societat de Tennis Pompeia—, carecía de nombre y de glamur, pero a sus socios les parecía bien. Aparcaban en el interior del recinto, tenían un armario grande para cada uno en el vestuario y la cuota se había congelado hacía un montón de años. El presidente Minguella —todo el día Josep Maria esto, Josep Maria lo otro— era un hombre *charmant*, metomentodo, que vivía y vestía con la discreción de quienes han sido los mejores en su trabajo y ya no tienen nada que demostrar. Minguella —que había sido agente de los mejores futbolistas del mundo— dinamizaba el club, las conversaciones del restaurante y las partidas de dominó. Los socios que, a base de dejadas y de reveses a dos manos, habían pasado de séniors a veteranos también habían acabado abandonando la raqueta para coger las fichas y jugar partidas que nunca terminaban.

Kim llegaba al Pompeia pasadas las dos, se cambiaba en su rincón del vestuario, se ataba la cinta a la cabeza, jugaba una hora de dobles con Saura, Via y Joan —los tres habituales—, se daba una ducha, se tomaba una cerveza y una tapa con los amigos y volvía al Rafaeli como nuevo. La partida de los martes al mediodía era sagrada desde hacía una eternidad. Las mismas dos parejas, la misma hora, la misma pista de tierra batida. Y, a poder ser, una victoria, aunque fuera ajustada. Aunque fuera un tie break con mala cara en el tercer set. No le gustaba perder en nada. Y, si había una pelota de por medio, menos aún. Era el momento de la semana en que se olvidaba de todo y su mundo se concentraba en una volea definitiva desde la red. No existía nada más. Aquel martes, sin embargo, Joan, su pareja de toda la vida, un tenista con más voluntad que muñeca, se dio cuenta de que no tenía los cinco sentidos puestos en la pista.

—Kim. Delante o detrás.

—Dime...

No lo había oído bien.

—Que si te quedas a mitad de la pista estamos muertos.

—Ya. Perdona...

En el quinto juego, con tres a dos en contra, era Kim quien debía servir de nuevo. A las tres y cuarto, el sol restallaba en su cara y, cuando lanzaba la pelota hacia arriba con la mano izquierda, lo deslumbraba. Por mucho que entrecerrara los ojos, la luz le cegaba, y, aunque tenía el gesto muy mecanizado, le costaba empalar la bola entre las cuerdas. En el punto definitivo del juego, con ventaja para Saura y Via, cometió una doble falta. Le rompieron el servicio —cuatro a dos—, y Kim, furioso por ir a remolque, por su error y por la foto de Sandra López que no conseguía quitarse de la cabeza, estampó la raqueta contra el muro.

—No pasa nada, Kim —quiso animarlo Joan. Como profesor de Latín en un instituto, era un buen defensor de las causas perdidas.

No se había roto. Había tenido suerte. La pista central, donde jugaban los partidos de exhibición en 1929, era una construcción peculiar. En uno de los laterales había dos hileras de graderías de piedra y una terraza desde donde podían contemplarse los partidos. El otro, el sitio donde había impactado la Wilson de Kim, era un muro de rocas de enormes dimensiones que otorgaba un aire de búnker a la primera pista donde se había celebrado un partido de Copa Davis en la ciudad. Recogió la raqueta para seguir jugando, pero no le duró mucho más tiempo entre las manos.

—¡Out!

Saura cantó fuera una pelota que a Kim le pareció que había entrado. Ese drive liftado no se le podía haber escapado.

—¡Márcala!

Saura se acercó a la línea para buscar el bote.

—A mí también me ha parecido buena —se atrevió a decir Joan. No lo tenía nada claro, pero intuyó que era el momento de apoyar a Kim.

—Es ésta. Está fuera.

Saura rodeó la marca de un pelotazo.

—Y unos cojones —saltó Kim—. Antes ya me has anulado una. Y van dos.

—Vamos, hombre, juguemos, da igual. —Via, funcionario de despacho, no quería problemas—. Lanzamos dos y repetimos el punto, no pasa nada.

Kim, encendido, se había acercado a la red. Quería cerciorarse de que Saura rodeaba un bote que no era. Lo tuvo claro de inmediato.

—Que no, joder, que no. Si no ves ni torta, no vengas a jugar... Todas las semanas lo mismo.

—¿Todas las semanas lo mismo? ¿De qué estás hablando, idiota?

Cuando se ofendía, Saura sacaba pecho. Le salía la vena pendenciera de director de instituto acostumbrado a enfrentarse a toda clase de personal.

—Vengo aquí a divertirme, no a que me anules una bola que ha entrado, por favor...

—Te digo que es ésta. —Saura marcaba el bote con el mango de la raqueta y miraba al suelo como quien está buscando conchas en la playa—. Por aquí no hay más.

—Vete a la mierda, hombre... Si quieres ganar, ya has ganado.

Kim, enfurecido, lanzó la raqueta al suelo y se fue.

Via y Joan intentaron reconducir la situación. Sin embargo, Kim no tenía ninguna intención de hacer las paces.

—Vale, pues, hasta el martes que viene —le gritó Saura, irónico, al ver que Kim se quitaba la cinta de la cabeza y abandonaba la pista.

—El martes no volveré. Buscaos a otro. ¡Idos todos a la mierda!

Permaneció más tiempo que nunca bajo la ducha. Con la cabeza baja, dejaba que el agua caliente se estrellara contra su nuca. Poco a poco se iba calmando. Sin embargo, al cabo de un rato empezó a soltar tacos a diestro y siniestro. Lo decía todo en voz baja. Nada en concreto. Contra todo y contra todos. De repente, el tenis se la sudaba. Pelearse con los amigos por una puta bola... Sabía que no había estado bien. Era una tontería que se había convertido en una tormenta. Cuando cesaran los relámpagos, los truenos se oírían cada vez más lejos. Había dejado que pagara por sus nervios quien menos culpa tenía. Y cuando saliera, si era necesario y los encontraba aún en la pista, jugando una vuelta australiana de dos contra uno, ya intentaría pedir disculpas. Aunque fuera como suelen hacerlo los hombres, con orgullo, sin rebajarse demasiado. Antes de enjabonarse, con el chorro en cascada sobre los hombros y los ojos aún cerrados, Kim empezó a tomar decisiones. De momento, no hablaría del chantaje con su padre. Antes tenía que descubrir quién le estaba tocando los huevos con las manos frías. Para desactivar la extorsión, eso sí, decidió que se lo contaría a Míriam. Para tener la sartén por el mango no podía jugársela y que su mujer se enterara por otro de la aventura de la 218. De la aventura o aventuras, porque Kim estaba convencido de que le habían enseñado una primera foto como cebo, para demostrarle que si tenían una también podían tener más. Prefirió no empezar a contar cuántas. De momento, se ceñiría a Sandra López. La única foto. La prueba que nunca había pensado que pudiera delatarlo.

Sin embargo, cuando llegó el momento del aprieto, no fue tan fácil. Esperó a que terminaran de cenar, que Jana y Víctor ya se hubieran acostado para hablar con Míriam y que ambos disfrutaran del momento de tranquilidad familiar de todas las noches. Cuando le pareció que no había ningún canal en el que dieran nada que fuera de su interés, se armó de valor. Pero la procesión iba por dentro.

—Míriam... —Se pasó dos dedos por las cejas—. Quería hablarte de un asunto.

A buenas horas, pensó ella. Cogió el mando y apuntó hacia el televisor. No le bastó con quitar el sonido, como en otras ocasiones, cuando querían hablar de algo importante sobre los hijos o de alguna preocupación en el trabajo. La apagó con un punto de furia. Míriam se le adelantó.

—¿Qué piensas hacer con Laura?

—¿Laura? —Kim, desconcertado, no se esperaba esa salida. Era lo último que tenía en la cabeza en aquel instante. Pero estaba en falso y decidió aprovecharlo. Sobre la marcha, cambió de planes—. ¿Qué le pasa a Laura?

—Nada. —Míriam miró a Kim—. Nada, nada...

Míriam no sabía por dónde empezar. Había pensado cómo debía iniciar aquella conversación, pero, cuando se puso a ello, su guion se fue al garete. No sabía muy bien cómo decirlo. O, al menos, cómo hablar de ello con su marido sin perder los estribos.

—¿Laura? —repitió Kim desconcertado.

—El otro día me comentaste que te había pasado por la cabeza ofrecerle un trabajo en el hotel. He estado pensando en ello y... ¡Sólo te pido una cosa! —Se aseguró, con ojos inquisitivos, de que Kim sostenía su mirada—. No la pongas a trabajar en casa.

—Pero...

Él bajó la vista. Míriam insistió, más lentamente.

—Mírame, Kim, por favor. —Y cuando lo tuvo cara a cara, a dos palmos de distancia, fue más clara que nunca en siete años de matrimonio—. No la metas en el hotel, ¿de acuerdo?

—Estoy convencido de que será una relaciones públicas de primera. Es una buena idea. El hotel ha crecido y...

—Oh, Kim... El hotel ha crecido, sí, y seguramente ella sería la mejor relaciones públicas del mundo y haría muy bien su trabajo, porque ella lo hace todo de maravilla, eso ya lo sabemos. Pero te pido una cosa, y te he pedido muy pocas en la vida, y he pasado muchas por alto, pero ésta es una. —Y entonces masticó cada una de las sílabas—. No quiero a Laura en el Rafaeli.

—Si fuera un hombre... —No pensaba rendirse. En ese caso no tenía nada que ocultar y apostó fuerte—. Si fuera un amigo quien tuviera un problema no pondrías ninguna pega para que le echara una mano.

—Laura no es un hombre.

—Míriam...

Kim bajó los hombros, decepcionado.

—Kim, te lo pido por favor.

—Pero es que...

—Hazlo por nosotros.

—No entiendo la fijación que tienes con ella.

—Francamente, chico... —Míriam se levantó del sofá. Estaba demasiado agitada para sentarse—. No pensaba que una peca pudiera tener tanto tirón...

—Vamos a calmarnos un momento, mujer. ¿Qué te imaginas que ha ocurrido entre nosotros dos? Somos amigos. Amigos.

—Sí. Eso ya lo he visto. Una amiga que cuando tiene un problema sales zumbando para Londres. Y ahora salgamos todos zumbando para el hotel. Venga,

vamos a ofrecerle un trabajo, no vaya a ser que ella sola no consiga arreglárselas. ¿No es tan brillante en la traducción simultánea?

—Pero ¿qué tiene de malo, Míriam?, ¿eh? Dímelo... ¿Es que un hombre y una mujer no pueden ser amigos?

—Lejos del Rafaeli, Kim. Ayúdala, en eso no puedo meterme, pero lejos del Rafaeli. Sólo te pido eso. Sólo eso.

Kim desvió la mirada.

—¿Y tú qué quieres ahora?

Ninguno de los dos lo había oído llegar. Víctor apareció en la puerta del comedor, abrazado a un oso con la gorra de los New York Yankees.

—No puedo dormir... —gimoteó Víctor, con la cara abotargada.

—Vamos, vete, que ya voy...

A Víctor, que no se movió ni hacia delante ni hacia atrás, no le hicieron efecto las palabras de su madre. Con el pelo húmedo, empapado en sudor, no movía ni una pestaña. Se había quedado clavado en el umbral de la puerta. Abrazaba el peluche del béisbol como si le fuera la vida en ello. Míriam decidió acabar con aquello de inmediato. Extendió la mano para que Víctor la cogiera, y el niño, en un acto reflejo, se la dio.

—Anda, vamos... —Y, sin encender la luz, se alejaron por el pasillo—. Ya te he dicho que con este pijama te morirías de calor. ¿Mamá te lo ha dicho o no? Y mamá siempre tiene razón, ¿verdad que sí?

Kim volvió a encender la tele. No quería seguir hablando del tema. Le parecía injusto que lo acusaran de algo que no había pasado. Laura era lo de menos. Lo irritaba el chantaje. Descubriría quién le había traicionado, pero, de momento, no se lo confesaría a Míriam. En un solo día ocurrió todo. Vaya martes. No tendría que haberse levantado.

COMO SI FUERA UNA PRIMA DONNA

Querido Paco Ráfales:

Le escribo desde París, una mañana lluviosa en la que no sé si voy a salir del hotel. Estos días estoy cantando una Norma en el Palais Garnier. Hemos hecho las dos primeras funciones y aún nos quedan cuatro. No podemos quejarnos, ¿verdad? Tenemos trabajo, las críticas de la Casta Diva son extraordinarias, el público del Garnier, que es un público de entendidos, está extasiado, y el montaje es una producción de la propia Ópera de París que estoy convencida de que viajará por todo el mundo.

Estoy en el hotel Ritz de la place Vendôme. Recuerdo que en una ocasión me dijo que era su plaza preferida. Me habló de la simetría, del urbanismo clásico francés y me dijo que trataría de imaginarme la plaza sin la columna. Esta mañana lo he intentado mientras la contemplaba a través de la ventana y, automáticamente, tendrá que perdonarme, he pensado en usted. Y me he decidido a escribirle.

El motivo de esta carta es doble. Por un lado, quiero decirle que cada vez que viajo por el mundo y estoy en un hotel, en un cinco estrellas gran lujo como éste, donde no me falta de nada, siempre tengo un pensamiento para el Rafaeli. Las atenciones de su padre y, desde hace tantos años, las suyas propias, han conseguido que siempre que voy a Barcelona me sienta como en casa. Me gusta cantar en el Liceu, me gusta entrar en el teatro por la Rambla cuando aún es de día (me parece que es una calle con una luz y un color como no los he visto en ninguna otra parte) y me gusta, cuando salgo de la función, encontrarle a usted en la puerta del hotel, siempre con un ramo en las manos y una palabra amable. Su sonrisa, su elegante discreción y que siempre tenga la expresión justa es algo que no encuentro en ningún otro sitio. Piense en un gran teatro de ópera, el que quiera, piense en un gran hotel, cualquiera, y sepa que no lo cambio por venir a cantar a Barcelona y quedarme en su hotel.

Tampoco he olvidado que, cuando mi nombre salía en letra pequeña al final de los carteles, en el Rafaeli ya me trataban como si fuera una prima donna. Así es exactamente como me he sentido siempre en su establecimiento desde el primer día. Le aseguro, Paco, Paquito, que todas las atenciones que me pueden dedicar en Japón o en Estados Unidos, que pecan de excesivas o de superficiales, no tienen el punto justo de la familia del Rafaeli, como me gusta llamarlos a mí después de conocernos desde hace ya algunas décadas (ni siquiera me atrevo a contarlas).

En todos estos años he visto cómo ha crecido el hotel y cómo la vida de los Ráfales ha vivido una escala de emociones con demasiados agudos y demasiados graves. No sabe, querido Paco, cuántas veces he pensado en la desgracia de sus hijos y en cómo estaría yo si me hubiera ocurrido algo así. Cada vez que tomo un vuelo transoceánico miro por la ventanilla y, en algún momento, pienso en la brutalidad de un mar que engulle dos vidas sanas y jóvenes como las de sus hijos. Espero que no le moleste que le confiese que una de las conversaciones más impactantes de mi vida la tuve hablando con usted. Yo volvía de interpretar un Gounod en el Liceu (no recuerdo si era un Romeo y Julieta o un Fausto). Para el caso, usted me invitó a su despacho, donde había ordenado que me prepararan fruta troceada y pelada. Diría que no habían pasado ni dos años desde la muerte de sus hijos, y yo le pregunté cómo estaba. Y le aseguro, quizá porque me temía la respuesta, que intenté hacerlo con prudencia, con el tacto que requería un tema tan delicado. Y usted, quizá no se acordará, sólo me dijo una cosa. Una sola, pero profunda: les echo de menos, desesperadamente.

No dijo nada más. No se le cayó ni una sola lágrima. Yo tuve que contenerme, pero le aseguro, querido Paco, que ese desesperadamente lo he llevado dentro de mí a todas horas. Me ha martilleado siempre. Nunca he oído una palabra pronunciada con tanto sentimiento. Nunca he cantado una nota en la que hubiera tanta verdad como en su única palabra. Luego, pensé mucho en ello. En el teatro, todos nos ponemos un disfraz para ser un personaje, leemos una partitura y hacemos un papel, pero, en cambio, madonna santa, qué difícil es, en la realidad, meterse en la piel del otro.

Me perdonará que le hable de todo esto. Discúlpeme si le he hecho flaquear, no era mi voluntad. Pero es de esas cosas que prefiero decirlas que quedármelas dentro. ¿A usted no le ocurre lo mismo? Se lo he contado con la mejor de las intenciones, para que se dé cuenta de hasta qué punto me apetece darle un abrazo cuando, una o dos veces al año, tengo la suerte de quedarme en el Rafaeli.

Hablando del paso del tiempo, de cómo esto de la vida se va volando, que en un abrir y cerrar de ojos han pasado veinte años y ya estamos en el tercer acto, a punto de bajar el telón, llego al segundo motivo de esta carta que he querido escribir yo misma, con mi propia letra. Como tal vez sabrá, pronto se cumplirán cincuenta años de mi debut en los escenarios, y para celebrar esta efemérides cantaré una Lucia di Lammermoor en el teatro de La Fenice. Es mi rol preferido, y, aunque le reconozco que puede que ya no tenga edad para ese papel, la organización del teatro me puso todas las facilidades para que pudiera escoger el título, el reparto y el director de orquesta. Así pues, si sobre el escenario tendré la inmensa fortuna de estar acompañada de toda la gente que admiro, que quiero y que han estado conmigo en esta larga carrera, también me haría una enorme ilusión que entre el público estuvieran las personas que, por una u otra razón, han estado a mi lado durante todo este tiempo, con su fidelidad, su profesionalidad y su apoyo.

Es por eso, querido Paco, que me gustaría mucho que usted pudiera asistir, y por ese motivo le adjunto dos entradas de platea que deseo que sean de su agrado, para que venga con quien quiera. Luego, una vez terminada la función, se celebrará en el propio teatro una fiesta restringida para unos centenares de amigos. De Canadá vendrán mi hija Alma y mi marido. De Bulgaria vendrá toda la familia Davidova que aún tengo allí. ¿Le he hablado en alguna ocasión de mis cinco hermanas? Me encantaría poderles presentar a mi hotelero preferido.

Sepa, Paco, que me gustaría mucho que en esta ocasión tan especial de mi trayectoria estuviera usted, y que, con una copa en la mano, pudiéramos brindar por un horizonte sin nubes.

*Con infinito agradecimiento y con la inmensa ilusión de reencontrarlo en Venecia.
Afectuosamente,*

DIANA LABORDE

P. D.: Seguro que usted no tendrá ningún problema para conseguir una buena habitación en Venecia. Ahora bien, si ese fin de semana de diciembre fuera una de esas fechas locas en las que se prevé que en Venecia pueda haber overbooking, hable con mi secretaria. No hay nada que Virginia no pueda solucionar.

CANSAS MUCHO SER UN HÉROE LAS VEINTICUATRO HORAS

Después de unos segundos, Paco se pasó las manos por el pelo nevado y resopló. Sentado detrás de la mesa de su despacho, había escuchado el relato de Kim en silencio. Primero con distancia, luego con incredulidad y, finalmente, a medida que se iba liando el asunto, con indignación. Kim había intentado contarle todo con claridad y con la mayor calma de la que fue capaz. Todo lo que había querido contar. No llevó ningún papel. No quiso enseñar ninguna fotografía. Para hablar con su padre de negocios, de tú a tú, no era necesario. Se trataba de argumentar y explicar sin encenderse. Sólo los hechos. Sabía que, si aprovechaba para atacar al tío Vicenç, su padre se pondría a la defensiva. De entrada, Paco —no hay que confundir churras con merinas— creyó que todos esos cuentos eran el último juego malabar de su hijo que, a la desesperada, trataba de detener la cuenta atrás y frenar la firma de la venta del hotel. Aquella misma tarde, pasadas las seis, llegarían los suecos del Radisson con dos abogados que hablaban idiomas, se instalarían todos en habitaciones del Rafaeli y al día siguiente se reunirían con Paco y Vicenç para cerrar los últimos flecos de la integración de ambos hoteles, el de Barcelona y el de Roma, en la cadena internacional. Las cifras, las fechas de integración y la fusión del personal ya estaban claras. Vicenç ya se había ocupado de ello por la cuenta que le traía. Sin embargo, quedaban pendientes temas de rotulación y de proveedores y de seguridad y detalles que iban surgiendo aquí y allá. Los suecos se habían dado cuenta, con el último *email*, de que aún no habían establecido cómo se llevaría a cabo la comunicación del acuerdo interna y externamente, a los trabajadores y a los clientes. Y había que dejarlo todo atado, escrito y firmado. Dentro de dos días tenían hora con el notario Masoliver, el hombre que había dado fe de todos los contratos, compraventas y testamentos de los Ráfales desde, uf, cuando aún vivía el abuelo Francisco. Sin haber dicho aún ni una palabra, Paco se levantó remolonamente de la butaca en la que le había dejado clavado el brío del discurso de Kim. Se subió los pantalones y se acercó, para contemplar la nada, a una de las dos galerías que daban al paseo de Gràcia, a la que siempre tenía entreabierta medio palmo para que se escapara el humo. Se tocó el nudo de la corbata —la roja de los miércoles— y empezó a soltar tacos a diestro y siniestro, sin miramientos. Contra Vicenç, ambicioso, envidioso, que desde pequeño siempre había querido lo que él tenía. Un juguete, un juguete. Un beso de mamá, un beso. Un paquete de tabaco, un paquete. Una novia, la novia. Un hotel en Barcelona... Contra Mina, un buitre por naturaleza a la que nada le parecía nunca suficiente, instigadora de todos los males. Estirada, engreída, seductora, con unos

aires de... ¡Qué más quisiera ella que ser la Cardinale! Contra los carroñeros de Rómulo y Remo, que habían salido a ella, que matarían por una pela. Contra los hijos de puta del hotel que los habían traicionado, fueran quienes fueran daría con ellos. Contra la polla de Kim, que nunca dejaría quieta. Contra sí mismo, por estúpido, por bobo, por inocente, por haberse dejado embaucar por su hermano, por no haberse dado cuenta de las trampas, por quién coño le pedía, a su edad, meterse en una batalla que nunca había querido que fuera la suya, por haberse dejado cegar, aún no sabía cómo ni por qué, por el porrón de dinero sueco. Por memo, hostia santa. Y contra los del Radisson, por untar a Vicenç con una prima, una bonificación o un rappel. Dijeran lo que dijesen, Kim le había podido demostrar, gracias al viaje a Londres y a una reunión secreta con un directivo de la cadena hotelera, que, más allá del precio de venta, su tío, aparte del total de la operación, se había embolsado una comisión. Sólo para él. Un negocio redondo. Directo a su bolsillo sin que nadie más tuviera que saberlo. Pero ahora Paco lo sabía y echaba chispas.

—¿Qué es lo que sabe Míriam?

—Nada.

—¿Nada de qué?

—¿De la foto?

—Sí, joder, del chantaje.

—Nada. —Kim decidió jugársela—. Si para salvar el hotel crees que debo...

—Tú mantén el pico cerrado. No vayas a inmolarte ahora... Es lo único que faltaba.

Paco se sentó de nuevo en la butaca, delante de su hijo. Se miraron, serios, preocupados. El padre, irritado, dolido, pensativo. El hijo, a la expectativa. Encima de la mesa, nada. El retrato de Maria, el marco con Àlex y Roger y un sobre gris perla, de papel verjurado. Ni siquiera el matasellos de París llamó la atención de Kim, abstraído como estaba en su historia. Era la carta de Diana Laborde, que Paco había leído por lo menos tres veces. Después de que su padre hubiera golpeado la madera con los nudillos, cada vez con más rabia, Kim decidió hacer la pregunta:

—¿Qué piensas hacer?

Su padre dio la conversación por acabada.

—Ya lo verás.

Cosas de su padre. Los Ráfales se enfrentaban solos a los apuros. Kim habría querido decirle sé que el sábado que viene te vas a Venecia con Elsa. Ya me ha comentado que la Laborde te ha mandado una carta y dos invitaciones para oírla en La Fenice. Pero no tuvo ocasión de abrir otro frente. Había vivido unos días muy intensos y, al fin y al cabo, se daba cuenta de que no siempre se puede apretar las clavijas a todo el mundo y a todas horas. Cansa mucho ser un héroe las veinticuatro horas.

Antes de salir del despacho, Kim dio otro paso atrás.

—Perdona, papá... ¿Cómo se llama ese amigo tuyo de Australia?

—¿Ramos?

—¿Es ése con el que hiciste la mili? ¿Aún sigue siendo el rector de la Universidad de Canberra?

—Sí, supongo que sí. Toiu Ramos. ¿Por?

—Por nada. Ya lo verás. —Uno a uno—. Gracias, papá.

Y cuando ya se iba:

—Una cosa, Kim. —Paco esperó a que se diera la vuelta, para mirarlo a los ojos—. De vez en cuando, abróchate la bragueta, hijo mío.

Las ruedas de la bicicleta estaban flojas después de tanto tiempo sin haberla usado. Laura las hinchó con la bomba que encontró en la habitación de los trastos. Siempre le había gustado que su familia, tan pulcra y ordenada, tuviera un cuartucho, en el gélido sótano de fría piedra, que fuera una fiesta de sorpresas. Si te fijabas bien —con una bombilla de cuarenta y nada más era difícil ver algo—, se podían encontrar desde tres garrafas de vino, una azada para el pequeño huerto que Clàudia tenía en el jardín, una caja de herramientas de un electricista que se la había olvidado y nunca volvió a recogerla, a la red doblada de una antigua hamaca. Y la bomba, claro. Los Altimira eran de los que nunca tiraban nada, por si acaso. Con la bicicleta a punto, Laura se puso el jersey burdeos que tanto le había gustado en otros tiempos y que durante años ni siquiera había recordado que tenía. Olía a armario. En Banyoles, su ropa había absorbido humedad y olor a cerrado. Le daba igual. Ya se ventilaría mientras daba dos vueltas al lago con su vieja bufanda azul de la buena suerte, de la época en que aún creía que el mundo funcionaba a base de supersticiones. Su madre, contenta de tener a la niña en casa, con ganas de aprovechar cualquier momento para estar con ella, le había insinuado si podía acompañarla. A Laura le bastó con una caricia para hacerle comprender que prefería pedalear sin hablar con nadie. Necesitaba estar sola. Después de la conversación que había tenido el día antes con Míriam, le hacía falta aclarar sus ideas. Si hubiese tenido a *Dickens*, se lo habría llevado para que corriera detrás de ella con la lengua colgando. Sin embargo, hacía ya tres años que habían tenido que sacrificar al perro, y Clàudia no quiso tener otro después de un duelo que fue largo, doloroso como todas las penas y con alguna escena de incómoda acritud. El día que su marido, harto de tanto pañuelo y tanta lágrima, le espetó a mí no me llorarás tanto, no, y Clàudia le respondió y que lo digas, el matrimonio Altimira se sumergió en unas semanas difíciles.

En las orillas de un lago nunca pasan los años. Las aguas serenas; los cañizos que las esconden; las casitas de tarjeta postal en el mismo sitio de siempre, las cercetas que de vez en cuando meten el pico en el agua; la charca del Vilar donde había pasado horas y horas charlando con sus amigas; la iglesia de Porqueres, que había

visto tantas veces en el álbum de fotos de la boda de sus padres. Los días en suspensión. Todo seguía igual. Los siglos pasan y el lago siempre está ahí, impertérrito, aguantando las embestidas del viento y de la historia. Era una sensación que a Laura le gustaba cada vez más a medida que iba cumpliendo años. Cada vuelta que daba al lago era, de nuevo, todas las vueltas de su vida.

Pasó de largo de los años del filósofo, de la locura de Londres y de la pesquera de la Carpa de Oro. La casita seguía allí, pero no quería fijarse demasiado en ella. Flanqueada por los árboles de la orilla, le pareció, mirando de reojo, que el laúd que estaba varado era el mismo en el que había pasado un atardecer con Kim cuando estuvo en Banyoles para hacer un trabajo de literatura inglesa para la facultad. Sobre la novela de *Frankenstein*, lo recordaba perfectamente. Francis Barata les puso muy buena nota. ¿Qué habrá sido de Francis Barata? Fue la tarde en que descubrió que aquel chico que olía a colonia no era sólo el hijo presumido de una buena familia. Vio la cicatriz que le había dejado un accidente de moto, y, a partir de ese momento, hablaron de todo y de nada, pero la cicatriz nunca volvió a salir en la conversación. Fue el primer día que estuvieron a gusto juntos. Pero no entendía que Míriam le hubiera insinuado así, tan a las claras, que ella estaba enamorada de Kim. No sabía por qué se había inventado una falacia de esa magnitud. Qué disparate. Pero unas palabras de la mujer de Kim, pronunciadas con más malicia que resentimiento, la obligaban a pensar:

—Se ríe más contigo que conmigo.

Le había soltado Míriam como quien no quiere la cosa pero con el alma fría. Y Laura no había sabido qué cara poner.

—Te cuenta más cosas a ti que a mí.

—Que no, mujer...

A Laura —pequeña victoria inesperada— se le escapó una tímida sonrisa. Sin embargo, temía que Míriam siguiera por ese sinuoso camino.

—Mientras tú estás en el hotel, yo no duermo.

Pero también le pesaba tener que dar explicaciones. Si tenían algún problema, que se arreglaran Kim y ella. Pero fue encajando las cosas sobre la marcha, de pie, en el paseo de Gràcia, a pocos pasos de la puerta del hotel. De entrada, Laura pensó que habían coincidido por casualidad. Luego comprendió que Míriam, tan guapa, tan elegante, había ido a buscarla. Lo decía todo con dignidad, pero disparaba con balas. La mujer de Kim —Laura se había dado cuenta de ello de buenas a primeras— no era de las que se dejan pisotear. No era de las que se compadecen de su mala suerte. Todo lo contrario, notaba en sus propias carnes que Míriam era de las que, para bien o para mal, actúan. Quería ganar la guerra sin presentar batalla, como si esperase que el enemigo se batiera en retirada. Y aún hubo un último reproche.

—Todo el día que si Laura por aquí, que si Laura por allá, que si Laura esto, que si Laura aquello. No hay día en que no hable de ti —le dijo sin perder los estribos, de esa manera en que Míriam lo hacía todo, con elegancia.

En un partido de básquet, Laura habría pedido tiempo muerto. Sin embargo, en el día a día no existe el recurso de colocar el dedo debajo de la mano plana y mirar en la mesa de anotadores para que alguien pare el reloj y tener así un minuto de margen y tratar de poner un parche a una escena que se atraganta.

Laura dejó la bicicleta debajo de un soportal y se sentó en una terraza de la plaza Mayor para tomar una cerveza. Les pidió un cigarrillo a los gambianos que se reían en la mesa de al lado, y, expulsando el humo por la nariz, decidió. De entrada, las ideas fluyeron en desorden. Sin embargo, a medida que iba serenándose, fue capaz de establecer un plan de actuación para su vida y tomó tres determinaciones. Primera, no le contaría nada a Kim de la conversación que había tenido con Míriam. Segunda, aunque ella le hubiese pedido que se marchara del Rafaeli y la hubiese invitado a encontrar un trabajo por ahí, lo haría, pero no porque Míriam se lo hubiera pedido, sino porque quizá sí fuera lo mejor para todos. Tercera, no pensaba renunciar a su amistad con Kim, aunque de momento era prudente poner distancia. Míriam sí tenía razón en una cosa: era innegable que a Paco le brillaban los ojos cuando hablaba con ella, que Elsa sentía una predilección especial por Laura que no era capaz de disimular y que, al fin y al cabo, a todos los Ráfales se les caía la baba cuando ella estaba cerca. Míriam se lo había dicho, pausadamente pero con esas mismas palabras. Ella no había provocado nada de todo eso, se defendió. La vida, los años, las circunstancias... Por lo que fuera, se les caía la baba. Puede que sí. Sin embargo, era verdad que ella, en medio de esa familia, también se sentía como si fuera una más. Y era evidente que, hasta ese momento, nunca había calculado cómo se lo tomaba Míriam. Y no porque ella se lo hubiese pedido en aquella delicada conversación de cinco minutos, entonces podía meterse en su piel y entender que los celos eran, aparte de hacer el ridículo, como había dicho Míriam, un sentimiento desagradable. Con o sin motivos, los celos, pensar que el otro te engaña, te ha engañado o puede engañarte, siempre consumen. Y, de repente, sentada en la plaza porticada de su pueblo, recordando cada una de las frases dichas en el paseo de Gràcia mientras veía pasar por delante un montón de gente que le sonaba de cuando era pequeña, tomó una cuarta decisión, que quizá fuera la primera y la más irrevocable de todas. No se iría a la francesa, no armaría ningún alboroto, pero le contaría a Kim que dejaría el Rafaeli a la mañana siguiente y que se instalaría en casa de Sira, su amiga del alma, que le había ofrecido una habitación. Y, en cuanto le saliera una oportunidad de trabajo en el extranjero, se largaría. Lo más lejos posible de Barcelona. A la hora de comer, cuando volvió a casa de sus padres, no dijo absolutamente nada de todo esto. Aparcó la bicicleta hasta no sabía cuándo, abrazó a Clàudia y le dio un beso muy largo.

—No hay nada como el olorcillo de la verdura hervida casera, mamá.

Paco se puso la americana, salió de su despacho y se dirigió al ascensor.

—¿Qué estás tramando, papá? —le preguntó Elsa al verlo pasar, muy decidido.

—¿Yo? —Lo habían pillado—. ¿Es que no tienes nada que hacer?

Cuando llegó al vestíbulo, buscó a Arseni Rubio. En recepción —con un autocar de austríacos en pleno *check-in*— hacía rato que no sabían dónde estaba. Ni los conserjes ni los ajetreados maleteros supieron darle razones de su paradero. Lo encontró en el piano-bar, sentado en un taburete alto. A esa hora del mediodía, justo antes de comer, nadie tocaba el piano, y el señor Rubio se estaba tomando un café dando la espalda a la CNN.

—¿Un café bien cargado, Rubio?

Paco lo sorprendió con el código secreto que compartían. Sin embargo, por una vez, era él quien pronunciaba la contraseña. Arseni Rubio comprendió al instante que su jefe le estaba pidiendo una conversación secreta.

—Dígame, señor Ráfales.

—Aquí no. —Paco estiró la barbilla para que Arseni se diera cuenta de que, en una mesa, una mujer distinguida estaba hojeando *El País*—. Vamos a la biblioteca.

Arseni —piel azulada de buena salud, a pesar de que había cumplido los sesenta hacía tiempo— apuró su café de un trago que le quemó el estómago. Tras dejar la taza en su sitio, siguió a Paco Ráfales. Parecía que le estuvieran persiguiendo.

—Pase. —Paco abrió la puerta corredera de hierro fundido y cristal de la biblioteca de los libros viajeros—. Aquí estaremos solos.

—Empezamos haciendo trampas, poniendo nosotros algún libro para llenar, y fíjese ahora... —Con las dos manos abiertas, Arseni señaló aquellos estantes llenos de arriba abajo. Libros y más libros en una sala decorada a gusto de Elsa, con alguna vela perfumada a punto para encenderse—. Ahora, la gente ya lo sabe y deja novelas expresamente para el hotel. O las dejan aquí o fingen que las olvidan en la habitación o las llevan ellos mismos a recepción. Qué gran idea tuvo la señora Maria el día que pensó que debíamos montar una biblioteca con los libros que la gente se olvidaba en la mesilla de noche.

—No me haga la pelota. Deje a mi mujer en paz. Siéntese.

—¿Y usted?

Arseni se dio cuenta de que su jefe no estaba para gaitas.

—Siéntese, Rubio. Yo estoy mejor de pie.

Arseni Rubio dejó caer su fuerte osamenta en un chéster individual. No entendía por qué, de repente, el señor Ráfales se mostraba tan seco.

—Arseni, usted, que lo sabe todo sobre el hotel, tiene que ayudarme.

—Naturalmente.

Paco corrió la puerta hasta cerrarla del todo. Era muy pesada, pero se deslizaba bien. Si alguien quería entrar en la biblioteca, se daría cuenta de que estaba ocupada a través de los cristales y se abstendría de hacerlo.

—Así no nos molestará nadie.

—Perfecto.

Tanto misterio inquietaba a Arseni.

—Tampoco podrán grabarnos. Aquí no hay cámaras.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Tendría que averiguar, y si es hoy mejor que mañana, quién le está haciendo chantaje a mi hijo.

—¿A Kim?

—Sí, a Kim. ¿Acaso tengo otro hijo?

—Pero ¿a qué se refiere con chantaje?

—Mire, Rubio, le han hecho llegar una foto con una mujer entrando en la 218. No ponga esa cara. Es tal y como se lo cuento.

—Pero...

—Sí, lo sé, ahora no vamos a juzgar a Kim. Supongo que recuerda un día, hace muchos años, un día en que nos tomamos un café bien cargado y usted me contó que mi hijo se había llevado a una chica a la habitación. Bien, pues, al parecer, eso se ha ido repitiendo o lo ha hecho en más de una ocasión o no ha dejado nunca de hacerlo durante años... No me gusta, de acuerdo. Pero ¿qué le importa al resto de la gente? Es su vida, ya es mayor y con su pan se lo coma. La cuestión es que alguien le ha hecho llegar un sobre anónimo, con una sola foto en su interior en la que se le ve entrando en la habitación con una mujer. ¿Usted sabe algo?

—No.

—¿No se le ocurre quién puede estar detrás de ello?

—No, no —dijo con un hilo de voz.

—Kim tiene una hipótesis. —Paco hizo una larga pausa y volvió hacia atrás. Se le había olvidado un detalle importante—. Creo que no le he dicho, Arseni, que la foto que le han hecho llegar a mi hijo es una imagen congelada. Una foto fija sacada de nuestras grabaciones de las cámaras de seguridad. De la cámara de la segunda planta.

—No, tiene razón, no me lo había dicho.

—Usted, como primer ejecutivo del hotel, como el hombre que lo sabe todo, que entró en el hotel como botones y ha acabado siendo el... ¿Quién cree que tiene acceso a esas imágenes? Espere. No se precipite. No diga nada, porque aún no le he contado la hipótesis que sostiene mi hijo. Y puede que no vaya mal encaminado. A ver qué opina usted, Arseni.

Paco Ráfales se sentó en una butaca a juego con la que ocupaba el señor Rubio. No estaban frente a frente. Ambos intuían que, en una conversación como ésta, era mejor conceder una escapatoria a la mirada. La experiencia de dos personas mayores, de dos hombres de negocios con mil y una conversaciones desagradables a sus

espaldas, dictaba que los pensamientos necesitaban un punto de fuga. Paco empezó a exponer detalladamente el asunto.

—Como usted sabe, porque nunca le hemos ocultado nada, mi hermano y yo estamos en negociaciones, en tratos muy avanzados para vender los hoteles, el de aquí y el de Roma, a una gran cadena hotelera internacional. En fin, Radisson, usted está al corriente de ello. También sabe que, desde el primer día, Kim está luchando para que el hotel siga siendo independiente, para que se mantenga como es, tal y como lo hemos hecho con el esfuerzo de todos, y para que no cambiemos su nombre. Kim nos da toda clase de argumentos para que esta venta, que ya está en marcha, no se lleve a cabo. Pues bien —se aclaró la garganta—, él cree, y me gustaría pensar que se equivoca, que ha sido precisamente mi hermano, o Mina, su mujer, quien ha querido asustarlo diciéndole mira lo que sabemos de ti. O te quedas quieto o echamos a perder tu matrimonio. Es muy fuerte, ¿verdad?, pero él está convencido de que es así. Sin embargo, yo le digo que sólo es un presentimiento, a mí me cuesta mucho creerlo, y por eso está usted aquí. Y ahora, amigo Rubio, sólo deje que le haga dos preguntas. Mejor dicho, tres. Primera pregunta. ¿Cree que mi hermano, o mi hermano y su mujer, puede estar detrás del sobre que ha recibido mi hijo? Usted me dirá que se lo pregunte a Vicenç, que es mi hermano. Sí, tiene razón, pero primero quiero conocer su opinión. Segunda pregunta. ¿Quién se huele usted que podría haberles pasado la fotografía comprometida de Kim? Aquí, aparte de la familia, y usted, que es como si fuera un miembro más de ella, se me ocurre que eso sólo pueden verlo en recepción, alguien del personal del hotel que ignoro quién puede ser, los de seguridad, por supuesto, y el registro de la policía. Y nadie más. Y la tercera pregunta. ¿Usted cree que Kim, que es un buen chico, que ha vivido lo que ha vivido, que ha luchado por el hotel como nadie, que se puso las pilas para hacer el trabajo que hacían sus dos hermanos cuando nadie daba un duro por él, puede que ni siquiera yo mismo, se merece todo esto? ¿Se merece Kim todo esto, Arseni?

—No.

—¿Cómo dice?

—No...

—No le oigo. Hable más fuerte. ¿Se lo merece Kim? Diga... No le oigo, Arseni. El hombre balbuceó algo.

—Hable claro. Míreme a la cara si tiene cojones.

Arseni Rubio se cubrió el rostro con ambas manos y se echó a llorar.

—Yo no...

Paco se levantó instintivamente. Para imponer.

—¿Por qué lo ha hecho, Arseni? ¿Por qué...?

Lloriqueaba como un niño pequeño, ocultando el rostro con las manos y la cabeza entre las piernas. En un abrir y cerrar de ojos, las babas y las lágrimas de los nervios se deslizaban por sus mejillas y caían sobre la pernera de sus pantalones.

—Yo no... Per-do-ne... —Un hombre de sesenta y cinco años, sollozando en la biblioteca de los libros viajeros de las narices—. A mí... Mina vino a verme...

—Hija de puta —masculló Paco, entre dientes.

—Me dijo que... —Arseni lloraba y hablaba y se sentía muy mal consigo mismo—. Me ofusqué, perdone...

—Cálmese, Arseni, por el amor de Dios, que no entiendo nada... ¿Qué le dijo mi cuñada?

—Nada...

—Nada, no. ¿Qué cojones le dijo? Cálmese, joder...

Paco volvió a sentarse y colocó una mano sobre la butaca de Arseni, esperando que se calmara. Sin prisas.

—Me dijo... —Arseni se sonó y se secó los ojos con el mismo pañuelo—. Vino a verme, ya sabe, con lo guapa que es, y empezó a decirme algo que yo no entendía. Me decía que ahora que estaba a punto de dejar mi trabajo en el hotel tenía que vivir bien. Que tenía que vivir como ustedes habían vivido siempre. Que me han tenido aquí, encerrado en el hotel, toda una vida, trabajando de sol a sol para el negocio de la familia, y que mi mujer y yo nos merecíamos viajar, ir a buenos restaurantes y vivir como hemos visto que lo hacían los Ráfales. Un crucero, los mejores puros, viajes, coches, no sé qué más me dijo, y yo sonreía y pensaba qué dice esta mujer, y entonces ella me dijo que me quería dar unos miles de euros, y que sólo debía hacer una cosa. Y yo... Veinte mil, dijo. Una cosa fácil. Dijo que no me costaría nada hacerlo, y fue cuando me preguntó qué sabía yo sobre la vida de Kim y...

—Y decidió traicionar a mi hijo y mandarlo todo a paseo.

—Lo siento, señor Ráfales, lo siento mucho...

—Todo esto tendría que habérmelo contado a mí, Rubio, ¿es que no se da cuenta? A mí, como ha hecho siempre. Y nos ha dado por el culo, pero que muy por el culo.

—Yo...

—No diga nada más. —Serio como nunca—. ¿Y usted qué tiene que contarles sobre la vida de Kim?

—Nada. Les di la foto y... No creía que la utilizaran para eso. Le juro que no lo sabía.

—¿Una sola foto?

—...

—¿Qué? Hable. ¿Sólo tienen una?

—Sí —repuso Arseni, con todo el convencimiento que le quedaba.

Paco se levantó de nuevo para subirse los pantalones y aprovechó para enderezar dos libros cuyos lomos estaban boca abajo. Hacía un buen rato que eso le molestaba. Sin darse cuenta de que los nervios le hacían ir de un lado para otro, se dejó caer en el chéster y soltó un resoplido que asustó a Arseni.

—La decepción es enorme, Rubio. Me siento traicionado. Ni siquiera puedo decirle cómo me siento. Cincuenta años de fidelidad, cincuenta años trabajando aquí

para acabar así... ¿Por cuánto ha dicho? ¿Veinte mil euros?

—En total, veinticuatro. Si quiere...

Paco Ráfales, que era muy listo, lo entendió al instante.

—No, que le aprovechen. Disfrútelos con Amparo o váyase de putas o haga lo que quiera...

—Qué forma de... —Arseni se echó a llorar otra vez—. Lo lamento mucho.

—Qué decepción, Rubio. Ha gozado de toda nuestra confianza, toda una vida en el Rafaeli, y ha acabado dándonos por el culo sin contemplaciones. Por veinticuatro mil euros de mierda... Si necesitaba dinero, habérmelo pedido. ¿Acaso no le hemos dado aquí todo lo que nos ha...? ¿Es que no le hemos tratado como uno más de la familia, Rubio?

—Sí, sí... Todo lo contrario. —Atemorizado—. Ninguna queja.

—¿Entonces? —Paco intentaba que no se le notara el disgusto en la voz—. «Mina me dijo...». «No pensé que...». Habría preferido que hubiera metido la mano en la caja. Si quería dinero, mejor robar que lo que ha hecho, Rubio. Nos ha matado. Entiende que nos ha matado, ¿verdad?

—Si quiere, recojo mis cosas y me voy ahora mismo.

Paco no le dijo ni que sí ni que no a la poca dignidad que le quedaba a un señor Rubio al que veía derrotado delante de él. Quería pensárselo. Medio minuto, que se hizo eterno.

—Haremos algo mejor, Arseni. Tendrás que irte, sí. Eso está claro. A no ser que Kim me lo pida, no vamos a denunciarte. Te jubilas, te vas con Amparo, y nunca le cuentas lo que has hecho, se moriría del disgusto, pero no queremos volver a verte nunca más por aquí. Nunca más. ¿Entendido?

—Entendido...

—Pero, eso sí, antes tendrás que hacerle un último servicio al Rafaeli.

—Lo que usted mande, señor Ráfales.

Arseni Rubio repitió hasta tres veces lo que usted mande, con los ojos de la vergüenza cada vez más bajos.

PÍDEME LO QUE QUIERAS

Pocas cosas. Muy pocas. Un diploma. Dos litografías abstractas. Una mesa larga. Las mismas ocho sillas con reposabrazos de cuando abrieron el despacho después de aprobar las oposiciones y ganar la plaza en Barcelona. Y, encima de la mesa, a medio camino entre un extremo y otro, un posavasos con cinco bolígrafos bic, sin capuchón, a punto para firmar en cada página. Las salas de reuniones de los notarios. Tan austeras, tan tristes. Demasiado impersonales para acordar cosas que marcan vidas enteras.

A la hora en punto para dar fe de la compraventa en el despacho de Masoliver, Niclas Sorensen, consejero delegado de Radisson International, un hombre con poderes para firmarlo todo, sacó un mamotreto de papeles de su abultada cartera y los dejó encima de la mesa. Su abogado, un rubio enjuto tras más de treinta maratones, miraba fijamente sin parar a los hermanos Ráfales y les sonreía con complicidad, con la inquietud de los abogados cuando acuden al notario y saben que no pueden decir hecho hasta que... Victoria, veintiocho años como pasante de la notaría, entró a toda velocidad en la sala de reuniones, con las prisas de última hora que siempre tienen en sitios como ése, y, en un inglés macarrónico, les pidió a los cuatro si podían darle el DNI o el pasaporte. Sorensen, el abogado enjuto y Vicenç se apresuraron a desenfundar la cartera para entregar la documentación. Paco hizo el gesto de meterse la mano en el bolsillo interior de la americana, pero la retiró.

—Disculpe un momento, mister Sorensen. ¿Les importaría abandonar la sala durante dos minutos?

—¿Nosotros? —El abogado, sorprendido por la petición de Paco Ráfales.

—¿Qué haces? —Vicenç fusiló a su hermano con la mirada.

—Sólo será un momento de nada. Discúlpennos.

El consejero delegado, ya puesto en pie, se disponía a recoger todo el montón de documentos.

—No se preocupe. No tocaremos nada. Puede dejarlo aquí, nosotros no...

—Si quieren, en la sala de espera están mi mujer y mis hijos —dijo Vicenç, nervioso y preocupado, no fuera que los suecos se enfadaran—. Al salir, a mano derecha. ¿Quieren que los acompañe?

Sorensen y el abogado salieron de la sala de reuniones sin poner mala cara ni hacer el más mínimo aspaviento. Mina, Aldo y Mauro, cada uno con una revista en las manos, sólo esperaban que todo terminara para ir a celebrarlo. Tenían mesa reservada para comer una paella en la Barceloneta.

En cuanto los hermanos Ráfales se quedaron a solas, Paco desbrozó el camino.

—Hoy no voy a firmar, Vicenç.

—¿Qué quieres decir?

—Ni hoy ni nunca.

—Pero... —Vicenç comprendió que no era ninguna broma. Su rostro lo decía todo—. Pero ¿qué me estás diciendo?

—Ya lo has entendido. El Rafaeli no se vende, ni cambia de nombre ni pasa a ser de nadie.

—Han venido hasta aquí... ¿Sabes quiénes son? ¿Sabes cuánto dinero están dispuestos a pagar? Las escrituras están preparadas...

—Vicenç... Me la suda.

—Es nuestra jubilación dorada, es la salvación del grupo...

—Me la refanfinfla, ¿lo entiendes?

—Pero ¿puede saberse a qué viene esto ahora? ¿Quién cojones te ha...?

—Habéis ido demasiado lejos.

—¿Lejos de qué?

—Arseni Rubio. Os habéis pasado.

—¿Rubio? No sé qué te habrá contado Rubio, pero seguro que se trata de un malentendido. Seguro.

—No firmo y punto. No quiero hablar más del asunto.

—¡Por Dios, Paco!

Uno, irritado. El otro impasible. Con las convicciones firmes.

—Al fin y al cabo, Vicenç, todo esto me ha hecho pensar que no quiero vender el hotel, porque sería como vender nuestra vida, la de papá, que lo fundó, la del jardín de mi querida Maria, la vida de mis hijos... El Rafaeli ha dejado de ser sólo mío. Es un símbolo del paseo de Gràcia, es el hogar de nuestros clientes, algunos de los cuales, después de tantos años, ya se han convertido en buenos amigos. No quiero que cuando lleguen aquí se encuentren una franquicia que podría ser igual en Bergen o en Tel Aviv, en Chicago o en Berlín. Quiero que cuando crucen nuestra puerta encuentren el aroma del tiempo, las notas del piano, las sábanas de hilo y el jabón de magnolia. Y quiero que Kim y Elsa luchen para convertir el Rafaeli en el hotel con más encanto de Barcelona.

—Pero todo eso, Paco, podemos conservarlo. Lo podemos exigir por contrato...

—Hay contratos, y tú lo sabes, que son certificados de defunción.

—Pero ¿de qué me estás hablando?

—Iba a decirte, Vicenç, que no te reconozco. Iba a decirte que no sé en qué te has convertido. Pero no es verdad. Eres el mismo egoísta de siempre.

—Te arrepentirás de esto, Paco.

—Tú a tu bola. Tan envidioso como cuando éramos...

—Hostia, Paco, ahora no me jodas. Aceptamos la pasta, vendemos los hoteles y luego ya hablaremos. Firma. Tú y yo ya lo arreglaremos, pero firma, por lo que más

quieras.

—No cambiaré de opinión. Está decidido. Kim tenía razón. ¿Por lo que más quiera, dices? Lo que más quiero es mi familia, la mía, la de verdad, la que me queda, Kim y Elsa, y por eso, sólo por eso, y porque amo el Rafaeli tal como es, no firmaré.

—Pero ahora no puedes echarte atrás.

Paco volvió a meter la mano en el interior de la americana, sacó un sobre alargado del bolsillo y, con un punto de misterio, lo dejó encima de la mesa. Vicenç lo cogió y lo abrió a toda prisa.

—¿Y esto?

No contenía lo que esperaba encontrar en su interior.

—Cuatro billetes de avión. A tu nombre, al de Mina, al de Aldo y al de Mauro. Salís dentro de dos horas. Por vuestras cosas no sufras. He pedido... —Se corrigió—. He ordenado al señor Rubio que entrara en vuestras habitaciones, que lo recogiera todo y que os preparara el equipaje. Os está esperando abajo, con la furgoneta del hotel en marcha, para llevaros al aeropuerto.

—Te has vuelto loco, Paco.

Cuando se encendía, el cuello de Vicenç se ponía de color rojo.

—¿Sabes lo que ha significado Arseni Rubio para el Rafaeli? —Paco empezó a hablar para sí mismo, como si Vicenç ya no estuviera delante de él—. Nunca pensé que se vendería tan barato...

—Aún podemos solucionar esto.

—Todo el mundo tiene un precio, pero jamás habría dicho que él, precisamente... —Se dirigió de nuevo a su hermano—. Y menos aún que tú, para conseguir tu objetivo, estuvieras dispuesto a todo.

—¿Yo?

—Incluso a matar a Kim.

—No sé de qué me hablas...

—Ya eres un poco mayor para el teatro. Nadie te fichará para subirte a un escenario. Ni siquiera con ese vozarrón. —Paco se levantó y se subió los pantalones—. Así que vamos a hacer una cosa. Yo me iré. Saldré de esta sala y me iré. Tú te reúnes con los suecos, das la cara y les dices que no vendemos los hoteles. Gracias por el interés, gracias por todo, pero no vendemos. Le dices a Masoliver que no haremos la operación y luego te llevas a tu mujer y a los chicos, subes al coche con Arseni y no quiero volver a veros nunca más. Ni aquí ni en Roma. ¿Entendido?

—Paco, te arrepentirás toda tu vida.

—Para mí estás muerto.

—Pero ¿qué disparates estás...?

—Largaos antes de que decidamos denunciaros a los cuatro.

—¿Encima denunciarnos?

—Por extorsión.

—Lo estás sacando todo de quicio...

—Adiós, Vicenç.

—¿Qué quieres, Paco? —También se levantó—. Pídeme lo que quieras y lo haré. El hermano mayor dio un paso atrás.

—Haré que los abogados estudien cómo podemos deshacer la sociedad patrimonial. Tú a lo tuyo y nosotros a lo nuestro. Así lo has querido. No hagas esperar a los Radisson. —Y ya, dándole la espalda—: Los nórdicos son gente puntual.

Kim ni siquiera se dio cuenta de que se abría la puerta del ascensor y salía alguien.

—¿Puedo pasar?

Sentado a su mesa del despacho de la quinta planta, levantó la vista.

—Sí, sí, claro. —Le sorprendió que fuera Laura—. ¿Has vuelto al Rafaeli?

—He venido a verte. De visita.

—Ah, estupendo.

Kim no dejó de mirar los balances que había mandado imprimir en papel para examinarlos con más detenimiento.

Laura, sentada frente a él, guardó silencio. Era como si estuviera esperando que el médico terminara de revisar un análisis de sangre. Puede que Kim hubiese sido un buen internista. Un poco lento a la hora de interpretar los resultados, pensó Laura.

—¿Estás de mal humor?

Empezaba a sentirse ignorada.

—¿Yo? No...

—Joder, Kim...

—¿Qué pasa? ¿No puedo?

—Se te nota a la legua.

Ella no reprimió la satisfacción de haberlo adivinado.

—Me conoces demasiado...

No lo dijo con amabilidad. Kim se dio cuenta, dejó el rotulador naranja para subrayar sobre la mesa y levantó la barbilla. Se miraron mutuamente. Por una vez, Laura vio la preocupación en sus ojos. Y, fuera lo que fuera, quiso restarle importancia.

—Uno, dos, tres... ¿En qué estás...?

—No estoy para juegos, Laura, lo siento.

—¿Lo ves? Estás de mala leche...

Él negó con la cabeza.

—Mi padre y mi tío están en el notario, con los Radisson. ¿Qué quieres que te diga?

—Ah, ¿se trata de eso?

—¿Qué quieres decir? Por supuesto que se trata de eso. ¿Te parece poco?

—Entonces, ¿al final van a vender?

—No lo sé. Al final yo no sé nada. —Respiró profundamente—. Mi padre estaba tramando algo, pero ha ido... Y, si no quieres firmar, no vas al notario.

Laura se dio cuenta de que Kim no estaba para gaitas y ella no quería otro quebradero de cabeza.

—No te entretendré mucho. Yo, de hecho... Vengo a decirte adiós.

—¿Adiós de qué?

—Me han ofrecido un trabajo, algo diferente. Y he aceptado.

—Caray, Laura. ¿Un trabajo? Al menos tú tienes buenas noticias.

—Es un curro muy lejos de aquí.

—¿Ah, sí?

—No te lo vas a creer...

—¿En Londres? No me digas que te vuelves a Londres.

—No... —Abrió completamente sus ojos verdes—. ¿Has estado alguna vez en Australia?

—No, no...

—Australia, ¿capital?

—Sídney.

—Moc. Canberra. He recibido un *email* de la universidad diciendo que necesitan una profesora de castellano para la Facultad de Traducción e Interpretación. No sé cómo han llegado hasta mí, pero ahora, en este momento, me apetece.

—¿En Australia?

—De momento hasta fin de curso. —Ilusionada—. No sé muy bien cómo funcionan los cursos allí y las estaciones del año en las antípodas. De momento, seis meses, eso me han dicho. Luego, si me gusta, ya veremos... Todo el mundo dice que es un sitio cojonudo.

—¿Estás segura, Laura?

—Sí. No. No lo sé. Creo que sí. Por edad, por la experiencia, es el momento de hacerlo, ¿no te parece? Total, que mi peca y yo nos vamos solas al otro extremo del mundo.

—Si te vas con la peca, ya me quedo más tranquilo...

Tras darle muchas vueltas, Laura se decidió a pronunciar la frase a la que estaba dando vueltas sin parar.

—Es ahora o nunca, Kim. No tengo hijos, no tengo pareja y no quiero depender nunca más de nadie salvo de mí misma.

Kim no quiso precipitarse en su valoración. Miró a los ojos a Laura. Uno en las niñas del otro. Se sentían cómodos y se entendieron.

—Es una buena decisión...

—Pero...

Laura se dio cuenta de que el doctor Ráfales dejaba su diagnóstico a medias.

—Pero nada... Que ese nunca más suena demasiado definitivo. Nunca sabes lo que va a pasar. Nunca puede decirse este cura no es mi padre.

Se rieron por primera vez en todo el rato que llevaban juntos.

—En mi caso, sí te lo puedo decir y te lo puedo asegurar —concluyó Laura.

Kim fue capaz de escapar de su problema y, por unos instantes, se puso en la piel de Laura. Le preguntó cómo se lo tomarían sus padres. Australia está muy lejos. Si ya fue difícil que fueran a verte a Londres...

—¿Cómo quieres que se lo tomen? Mal. A mi madre le disgustará, y mi padre, como de costumbre, pensará en él.

—¿Y?

—Lo tengo claro. He decidido que ahora tengo que poner distancia. De todo y de todos. —Laura agarró la muñeca de Kim—. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, sí. Claro.

—Uf... Ese sí, sí suena a vamos, vete, que hoy tengo la cabeza en otra parte.

—Que no, tía, te lo digo de verdad. —Kim agachó la cabeza para darle un beso en la mano—. ¿Cuándo te vas?

—Están acabando de cuadrar los vuelos y las combinaciones. Si todo sale bien, el martes que viene.

—¿El martes? ¿Ya?

—No podrás acompañarme. Lo siento.

—¿Por qué no?

—El martes tienes tenis. Eso es sagrado, ¿no?

Laura le soltó el brazo y le frotó la mano tres veces, por los tres abrazos que habría querido darle pero se abstenía de dárselos.

—Pues el lunes podemos celebrar una cena de despedida. En mi casa. Aún no la conoces...

—Kim, de verdad... No es necesario.

—¿Por qué, mujer?

—Porque no es necesario. —Ni siquiera quería imaginarse la escena—. No es necesario. Y punto.

Vicenç asomó la cabeza en la sala de espera de la notaría, protegida por un tronco de Brasil más alto que él y, sin mirar a Mina ni a sus hijos, gruñó:

—¡Vámonos!

Nadie entendió aquella maniobra precipitada. En la sala de reuniones, Sorensen y el abogado enjuto de Radisson se quedaron mudos, con los contratos en la mano y los cheques con muchos ceros en la cartera. En la sala de espera, Aldo y Mauro recogieron las chaquetas que habían dejado sobre las sillas y siguieron a su padre, que echaba chispas. Mina, aturdida por un guion imprevisto, fue la última en salir de la notaría. Cuando ya estaban en la escalera y oían maldecir a Vicenç en voz baja,

Victoria fue detrás de ellos con unos zapatos de tacón de aguja que no eran aptos para correr.

—¿Señor Ráfales? Señor Ráfales, su pasaporte...

Ni siquiera dijo gracias. Volvió atrás, lo cogió de mala gana, se lo guardó en el bolsillo y siguió bajando los brillantes escalones como si lo estuvieran persiguiendo. Bajó del primero al principal con dos grandes zancadas. Mina, Rómulo y Remo iban detrás de él sin entender qué había ocurrido. Arseni los estaba esperando en el interior de su Renault, con dos ruedas encima de la acera, frente a la puerta del notario. Cuando los vio salir, bajó del coche para abrirles la puerta, atemorizado.

—Pero ¿puede saberse qué demonios estamos haciendo, papá? —Mauro fue el primero en preguntar.

—Volvemos a Roma.

—¿Y el Radisson?

Mina no entendía aquel malhumor y aquel repentino cambio de planes.

—A la mierda el Radisson. A la mierda Paco, Kim y tus putas fotos.

—Pero ¿por qué volvemos a casa? —Aldo, gesticulando con las manos, como un romano indignado—. ¿Y cómo volvemos a casa?

—¿Y las maletas? —Mina.

Arseni se atrevió a abrir la boca por primera vez.

—Las tengo yo. Yo las he traído. Están todas en el maletero.

Vicenç lo miró con unos ojos inyectados de rabia.

—Tú, bocazas... Ya estás devolviéndome los cincuenta mil euros.

—¿Qué quieres decir?

Mina pretendía interrogar a su marido. Había empezado a atar cabos.

—Sube.

Vicenç le abrió la puerta delantera. Mina entró y se sentó, con el bolso sobre las piernas.

En cuanto el coche arrancó, Mina, *porca miseria*, empezó a arremeter a diestro y siniestro con su temperamento infernal. Tachó a Vicenç de blando, a Arseni de traidor de mierda, a Paco de renegado, a Kim de picha floja, a Míriam de cornuda, y de nuevo a Vicenç de bobo, por haber dejado escapar la oportunidad de su vida, por no haber sabido jugar las cartas, por ser un memo, por ser tan pánfilo y no haber sabido reivindicar lo que era suyo, por no saber poner los cojones sobre la mesa, por no será que no te lo haya dicho un montón de veces, por...

—¡Cállate!

Tras oírla despotricar contra todo y contra todos, y especialmente por decirle que era tonto, Vicenç fue contundente. Cállate y no me toques más los huevos. Paco los echaba de Barcelona y de sus vidas. No le apetecía hablar y menos aún escuchar a la charlatana que los había llevado a urdir una conspiración inútil que se había vuelto en su contra. Por quererlo todo, perderían lo que ya habían dado por seguro. Sentado detrás de Arseni Rubio, al lado de Mauro —el pequeño se ponía en medio—, Vicenç

miraba a través de la ventana. Miraba pero no veía nada, tan ofuscado lo había dejado el desenlace de la historia.

Arseni Rubio conducía en silencio. Ni siquiera se atrevía a mirar por el retrovisor, para no cruzarse con los ojos de alguno de los Ráfales, que volvían a Roma con el rabo entre las piernas. Él, por unos euros que había aceptado en caliente, había perdido la cabeza, había perdido el trabajo y aún pretendían que se sintiera culpable... Y una mierda. En el interior del Renault, todo el mundo llevaba su pena como podía. En tensión. En silencio. Cagándose en Dios y en su madre. De repente, en una esquina del Eixample, Mina tuvo un arranque.

—Pare aquí.

—Pero...

—Pare aquí un momento, le digo. —Mina abrió la puerta—. Vuelvo enseguida.

Decidida, se bajó del coche. Vicenç y los niños se preguntaban qué demonios habría visto su madre. Arseni no podía dejar de mirar los andares de la mujer melosa que, aún no sabía cómo, se lo había camelado para que traicionara a Kim y echara a perder una carrera impecable, de fidelidad a los Ráfales y al Rafaeli.

A toda prisa, con el bolso debajo del brazo, Mina se deslizó entre tres motos aparcadas en la acera y entró en una oficina de un servicio de mensajería. MRW. Cinco minutos después, cuando volvió, Vicenç la estaba esperando con la pregunta.

—¿Se puede saber qué has hecho ahora?

—¿No me has dicho que me calle?

Fue su forma de decirle a ti *che cazzo te ne frega*, bobo de mierda.

Durante el resto del trayecto hasta la terminal de salidas internacionales, nadie dijo nada.

Al cabo de tres horas, mientras Vicenç y su familia sobrevolaban el Mediterráneo, un repartidor con el uniforme de la empresa aparcaba su moto en el pasaje Mercader. Se quitó el casco y, con un sobre plastificado en la mano, entró en la tienda. Gris era un establecimiento elegante en el que, quien tuviera dos reales, se habría gastado uno y medio. El mensajero, sin embargo, no se fijaba en esas cosas. Iba a destajo.

—¿Míriam Mundi?

—Soy yo.

—Firme aquí.

Cuando el mensajero se hubo marchado, Míriam cogió las tijeras largas que siempre tenía a mano, en el mostrador, a punto para envolver cualquier regalo. No esperaba ningún paquete. La curiosidad la hizo apresurarse para cortar el enorme sobre plastificado de MRW. En su interior había otro sobre. De color marrón, de papel kraft, sin remitente.

Lo abrió.

No había nada escrito en ninguna parte.

Sólo aparecieron unas fotografías.
Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete.

2016

LA FIESTA

CAN I HELP YOU?

No conocía a nadie. Ni una sola cara. Ni la del portero que le ofreció una mano para bajar del taxi que la había llevado hasta el paseo de Gràcia. Ni la de los dos jóvenes maleteros que, al lado del enorme cristal de la entrada, estaban de pie junto a la carretilla enmoquetada para trajinar los equipajes. Cuando Laura —con un esmoquin de profundo escote— hubo traspasado la puerta giratoria, le pareció que estaba pisando un hotel nuevo. Y, a la vez, qué cosa más extraña, tuvo la sensación de que nunca había abandonado ese lugar. El aire era el mismo. La calidez de siempre, la que recordaba.

En recepción, dos chicas que por su edad podrían haber sido sus hijas la miraban y, sin venir a cuento, le sonreían y le daban la bienvenida con un *How are you?* y un *Can I help you?* con una enrollada predisposición. El Rafaeli era el Rafaeli, pero —le bastó con echar una ojeada— se había rejuvenecido, había modernizado el personal, había cambiado el modelo de la indumentaria, la ubicación del mostrador e incluso la iluminación de un vestíbulo que, de repente, le parecía más grande y más luminoso. En lo alto del techo colgaban unas bombillas de diseño sujetas a un largo cable de acero que vaya usted a saber cómo se sostenía. Esos puntos de luz, gotas de colores, parecían flotar en el aire.

—Hola. A decir verdad... —Laura se dirigió a una de las chicas vestidas con un traje chaqueta perla de cuello mao—, sí que puede ayudarme.

—¿Ha venido a la fiesta del señor Joaquim Ráfales? —intuyó la más rubia de las dos.

—Sí.

—¿Puede decirme su nombre, por favor? —respondió mientras dejaba una lista encima del mostrador.

—Soy Laura. —Aparcó las confianzas y se puso oficial—. Laura Altimira.

—¿Ha venido sola?

Laura ni siquiera respondió. Se limitó a mirar dramáticamente por encima de su hombro para asegurarse de que no la había seguido ni la sombra...

—Venga conmigo —dijo la recepcionista después de poner una marca en una lista que ya estaba repleta de crucecitas azules.

—Es una fiesta sorpresa, ¿verdad? —preguntó Laura, un paso por detrás de la rubia del pelo planchado.

La recepcionista consultó la hora en el iPhone que llevaba en el pecho, una especie de colgante sujeto con una original cadena de clips.

—Lo era, sí. *Sorry to tell you*. —Le abrió la puerta—. Es aquí.

Cuando entró en la sala, con la timidez de quien no sabe qué se va a encontrar en el más allá, la vista se le fue directamente hacia él. Laura identificó a Kim al instante. Estaba detrás del atril, en un escenario improvisado, con un piano de cola sin intérprete. Los invitados, con una copa o un canapé en la mano, lo escuchaban en silencio. Incluso los músicos —un cuarteto de *jazz*— habían dejado de tocar y prestaban atención al discurso de un hombre a quien le faltaban pocos minutos para soplar las cincuenta velas de una tarta. Era su momento. Llevaba un traje oscuro y corbata, impecable. Hablaba con una mano en el bolsillo y la otra sobre el cinturón, con la americana medio abierta, con la seguridad del portavoz de la Casa Blanca. El tiempo sólo había pasado por algún cabello gris que, desde la distancia, enharinaba su cabellera, limpia, vigorosa y enredada, como cuando lo había conocido en la facultad. Kim, que levantó ligeramente las cejas cuando la detectó, seguía teniendo un rostro saludable, con la piel tostada, puede que por el sol del tenis. Kim hablaba sin vergüenza, con la alegría en los ojos y la seguridad de los que juegan en casa. Tantos años después, Àlex y Roger siempre seguían estando presentes.

—También hablo en nombre de Elsa si digo que nosotros sólo intentamos estar a la altura de nuestros hermanos. Actualmente contamos con noventa y siete habitaciones, quince *suites* y tres apartamentos con piscina propia en la terraza. Abajo, en la zona de aguas, una piscina cubierta que es una réplica de la de Mies van der Rohe en el The Langham de Chicago. Todo esto sin perder la tradición ni nuestros referentes. La biblioteca, como todos sabéis, sigue siendo un rincón muy querido para todo el mundo. A pesar de la crisis, las ratios de ocupación, en los dos últimos años, han sido las mejores del hotel, y eso nos sitúa entre... Y dejo ya de hablar del hotel porque estoy viendo la cara de Míriam como queriendo decir «esto hoy no procede». Y ella, que siempre sabe lo que hay que decir y lo que se debe hacer, seguramente, una vez más, tiene razón. De modo que no me enrollo. Pasadlo bien; me imagino que, aunque esto no lo haya organizado yo, habrá comida y barra libre para todos. La insonorización de esta sala es perfecta, y, si no lo es, lo comprobaremos esta noche y mañana ya nos quejaremos al arquitecto y nos ahorraremos pagar la factura de los albañiles. Así que, una vez más, muchas gracias a todos, especialmente a los que habéis venido de fuera y a quienes me imagino que ya os habrán conseguido una habitación como dios manda. Y gracias en especial a una persona, a la que estoy viendo desde aquí arriba y que acaba de entrar: creo que por suerte se ha perdido mi discurso. Estoy muy contento de verla, porque es de esas personas que todos tenemos —o deberíamos tener—, porque dan sentido a la vida. La amistad debe ser eso. Los lazos invisibles con una persona a quien llevas quince años sin ver pero que es como si hubieras hablado anteayer con ella. Bebed, comed, reíd, bailad, criticad a quien queráis y dejadme bajar para que pueda darle el abrazo que nos debemos y que nos merecemos. Y un beso de ida y vuelta.

Kim dio dos pasos para abandonar el escenario y bajar a darle un abrazo a Laura. Sin embargo, en aquel momento, con la precisión de una gala televisada, se apagaron las luces de la sala. Jana aprovechó para sentarse en el taburete del piano en el instante en que se abría la puerta de la cocina, de la que salió un cincuenta gigante con números rojos y unas bengalas encendidas encima. Un foco iluminaba la tarta, otro se centraba en la cara de un anfitrión que, por mucho que hiciera una mueca de asombro, ya se esperaba más o menos la escena. Jana empezó a tocar las primeras notas cuando vio aparecer la tarta que, lentamente, avanzaba tirada por Paco de un asa y, al otro lado del carro, por Víctor. En el fondo de la sala se oyó una voz fuerte, inesperada. A Kim le faltaban ojos para mirar a un lado y a otro. Diana Laborde, una de las grandes divas, le cantaba el *Happy Birthday* ante los oh de admiración de todos los invitados. Es la Laborde, se decían unos a otros. Aún sigue teniendo un vozarrón. ¿Qué edad tendrá? ¿Has visto la túnica, con toda esa pedrería? Eso debe de costar...

Ahora sí habían conseguido sorprenderlo. Y emocionarlo. Kim se abrazó a su hijo, le hizo un guiño a la pianista —que se lo devolvió, orgullosa de la familia— y le dio dos besos a su padre. A Paco le brillaban los ojos. Le había salido bien la jugada. La Laborde, que sólo daba cuatro conciertos benéficos al año y que ya no representaba óperas por todo el mundo desde hacía varias temporadas, se las había arreglado para estar en la fiesta de Kim sólo por un motivo. Paco se lo había pedido. Ambos tenían ya esa edad en la que lo que mueve a la gente son las ilusiones. A menudo más por las de quienes les rodean que por las propias. Y Paco Ráfales y Diana Laborde —cada uno arriaba sus éxitos y sus muertos con la mayor dignidad posible— ya se fijaban en los escaparates de las tiendas de bastones. Jana y Víctor se acercaron a Kim para ayudarlo a soplar las velas, flanqueándolo. Su padre los agarró por el hombro.

—Aparta esas greñas, te vas a quemar.

—Ay, papá... —Víctor, hartado de que cualquier excusa fuera buena para meterse con su mata de pelo.

—Cierra los ojos, papá. Un deseo. —Jana, con el móvil en la mano, aprovechó para hacer un selfi del momento.

Kim les pidió a su padre y a Diana Laborde que se acercaran para la fotografía. Jana, sin complejos, extendió de nuevo el brazo para encuadrar el autorretrato del grupo.

—¿Míriam, dónde estás? Ven tú también... —Kim la buscó con los ojos—. Y un aplauso para ella, porque me huelo que, junto con Elsa, son quienes han organizado toda esta fiesta.

Míriam no se hizo de rogar. En su papel, con la elegancia que todo el mundo le reconocía, subió al escenario y, delante del piano, se colocó entre Jana y Víctor Ráfales. A su lado, el Ráfales protagonista. Y en un extremo, Paco Ráfales. Diana

Laborde, como en su carrera musical, había sabido retirarse a tiempo. La fotografía era para la familia.

Dos camareros se llevaron la tarta. Mientras la cortaban y la servían, Kim bajó a buscar a Laura, que estaba hablando animadamente con Elsa. Su media melena, un poco ondulada, con las puntas más claras, lo que daba luz a su cara, contrastaba con el color negro del esmoquin.

—Laura, qué ilusión que hayas venido...

—Hombre... No podía faltar.

Se dieron dos besos, como si se hubiesen visto anteayer.

—¿Qué?

—¿Qué? —respondió Kim, más fuerte.

—¿Qué tú?

—¿Qué de qué?

—¿En qué estás pensando?

Se rieron y, entonces, se abrazaron. Se estrecharon con fuerza y no se soltaron del todo.

—Cuánto tiempo, tío.

—Nos debíamos un abrazo como éste...

—¿Ahora eres el señor Joaquim Ráfales?

—¿Lo dices por los cincuenta?

—No. En el hotel.

—Pero si tú también debes estar a punto de... En febrero, ¿no?

—En cuanto he entrado en el hotel, señor Joaquim por aquí, señor Joaquim por allá... ¿Dónde está Kim?

—Estoy aquí, narices.

—Me voy cinco minutos a Australia y te conviertes en un señor...

—Pero ¿qué dices? Tú estás igual... Los mismos ojos, la misma peca... El pelo no lo llevabas así, ¿verdad?

—¿Qué, buscando defectos?

Volvieron a reírse. Y no renunciaron a un privilegio que sólo puede practicarse en el mundo de los vivos: mirarse a los ojos. Sin embargo, no tardaron en tirar del brazo de Kim. No sé quién quería no sé qué. En las fiestas, los anfitriones están demasiado solicitados.

—No te vuelvas a ir, ¿vale? —le dijo Kim mientras se lo llevaban.

—Sí. Hasta dentro de quince años —gritó Laura para asegurarse de que la oía.

Un camarero, con una bandeja llena de copas de cava, se colocó delante de ella. En cuanto cogió una, le dieron un golpecito en el hombro.

—¿Laura?

Se dio la vuelta. Era Míriam.

—Es genial que hayas venido...

—Míriam, qué tal... —Se dieron dos besos—. Mujer, me hizo ilusión que me invitaras. Y que fueras tú quien lo hiciera...

—Kim no se habría atrevido a hacerlo. Lo conozco demasiado bien y habría dicho, si la invitas, se sentirá obligada a venir desde Australia, pero pensé que le haría mucha ilusión. Y seguro que así ha sido...

—Sí, sí, acabo de verlo. —Aunque se había imaginado ese momento en las turbulencias del cielo de Singapur, Laura se sentía incómoda—. A mí también me gusta estar hoy aquí. Gracias, Míriam.

—De nada, mujer... Para Kim siempre has sido una amiga muy especial.

Laura le agradeció a Míriam —vestido de color vino, de seda drapeada— que dijera esas palabras sin ni una pizca de ironía. Una frase meramente descriptiva. Y acertada.

—Jana y Víctor son guapísimos. Los he visto con la tarta. Ya no tienes a dos niños en casa...

—Hemos hecho un buen trabajo, sí. No es fácil... ¿Tú...? —No se atrevió.

—¿Hijos? ¿Yo?

A Laura no le dio tiempo a responder porque un hombre fuerte, alto, con la seguridad que le daba la cuenta corriente y la corbata, se acercó con la boca llena y le dio un beso en la mejilla a Míriam.

—Perdona, Laura... Te presento a mi marido.

—Ah, mucho gusto.

Laura extendió la mano. Él, engullendo con prisas la miniquiche lorraine, le dio dos besos.

—Laura, Cristian. Cristian, Laura.

Laura detectó en él una sonrisa cómplice de no sabía qué, pero no le dio importancia, porque aquel hombre rocoso se fue tal y como había aparecido.

—Tú jugabas a básquet, ¿verdad, Laura?

—Uy, estás hablando de hace mil años...

—Puede que lo conozcas... —Señaló a su marido con la servilletita de papel—. Cristian Iglesias, de la Penya. Jugaba de base...

—¿De qué peña?

—Del Joventut de Badalona, mujer... Crisi Iglesias, Crisi. Según él, tenía la mejor muñeca desde cinco metros de toda la liga.

—¿Es Crisi? ¿Te has casado con Crisi? No me lo puedo creer...

—¿Te suena? —Míriam, gratamente sorprendida.

—¡Pues claro!

Laura no tenía ni la más remota idea de quién era. Jamás había oído su nombre.

Míriam, que nunca se saltaba ningún capítulo de un libro, pensó que la cronología de su historia requería una explicación.

—Sabías que Kim y yo nos habíamos separado, ¿verdad?

—Sí, sí, claro. Me lo contó en un *email*. No te creas, tardó en decírmelo. Puede que un año... Cuando ya vivía en...

—Vive en la calle Immaculada.

—Me escribió para darme la nueva dirección, que si no...

—Ahora vive más arriba de la plaza de la Bonanova. ¿Sabes dónde están los escolapis de Sarrià?

—Ni idea, Míriam. Hacía tanto tiempo que no venía por aquí...

—No te preocupes. Dile que te lleve, te enseñará el sitio con mucho gusto.

De pronto, Laura se dio cuenta de que la cortesía de Míriam se iba desvaneciendo en la conversación, y antes de que la cordialidad se convirtiera en limón exprimido, antes de que llegara una frase que no quería oír, antes de que una conversación breve, de pie, derivara en una batalla de infantería, antes de que se escapara una recriminación en medio del alboroto de la fiesta, antes de que la exmujer de Kim —tan elegante como siempre, con esas anchas pulseras— le soltara un reproche que no se merecía, antes de que pudiera pensar que un viaje de quince años y veinte horas no había valido la pena, encontró la excusa precisa.

—Voy a saludar a Paco. Es increíble lo bien que aguanta tu exsuegro, ¿verdad?

—Ése sí es un pedazo de pan.

—Míriam, déjame que te diga una cosa... —Laura le tocó la seda arrugada de la cintura—. Este vestido es muy bonito.

—¿Ah, sí? Muchas gracias.

Míriam ya lo sabía. Se lo había comprado con toda la intención para la fiesta del cincuenta cumpleaños de su exmarido. Se había probado dos mil, los había examinado a conciencia, y no escogió exactamente ése hasta que, frente al espejo, cuando vio cómo le quedaba aquel vestido de seda drapeada, ajustado y sin mangas, le dijo a la dependienta la frase que le salió de dentro: es un vestido de tú te lo pierdes.

CADA PALABRA TIENE SU PERFUME

En el escenario montado para la ocasión en la terraza-jardín del Rafaeli, los cinco músicos del cuarteto de *jazz* enfundaban sin prisa sus instrumentos. Un banjo para zurdos, un saxo, un clarinete y un contrabajo que se tocaba a dos manos pero que requería cuatro para guardarlo. En aquella actuación especial del Quartet Miles los acompañaba Dora Parker, la cantante de ojos de tigre y voz aterciopelada acostumbrada a recibir elogios y miradas carnales en cualquier escenario.

Una vez terminada la fiesta, la noche bajaba en intensidad. Con la luz más tenue del jardín y el rumor de las últimas palabras, el anfitrión se despedía de los invitados más juerguistas o de los que aprovechaban —barra libre, bendita expresión— la última copa gratis. A Laura, dispuesta a aguantar hasta que no quedara nadie, le gustó ver, desde una respetuosa distancia, la veneración con que Kim le daba las buenas noches a su padre. Un solo beso explica muchas cosas.

Ella esperó su turno para decirle hasta pronto a Paco Ráfales e insistir en que le veía muy bravucón y que le había gustado verlo y saludarlo y tener la conversación que habían mantenido. Durante la fiesta habían hablado bastante, sentados en dos sillas, lejos de la música. Los ojos de Laura se iban hacia las cejas blancas, recortadas, del señor Ráfales, convertido en un abuelo presumido que, para mantener la dignidad a toda costa, se acercaba todas las mañanas al espejo de aumento para desmochar los pelos con vida propia. Paco tenía otra costumbre que, con los años, se había convertido en un vicio: nunca hablaba de sí mismo. Escuchaba. Como buen hotelero, callaba y, aunque había oído de todo, no juzgaba a nadie. Era un *good listener*, le había dicho Diana Laborde en una ocasión, y él se había envanecido con esas palabras, que le habían parecido una flor. Le costaba hablar de sí mismo, y entonces, con la soprano cerca, todavía más. Mientras la diva recibía felicitaciones entusiastas de los invitados más melómanos —incluso le besaban la mano, como antaño—, Laura aprovechó para hablar con el padre de Kim. Paco, más encogido, con una corbata elegida en Santa Eulàlia para la ocasión y una mirada que aún infundía respeto, habló con la voz más grave, con más pausas pero con la misma determinación de la última vez que lo había visto. Y lo decía todo con franqueza. Quiso demostrarle a Laura la profunda ilusión que sentía al reencontrarla, le confesó que siempre le había gustado verla cerca de Kim, porque, con ella, su hijo siempre estaba alegre, incluso en los años en los que en el Rafaeli no estaban para risas. Y, entonces, Paco Ráfales fue a parar a su tema. El único. El hotel. Le preguntó si se había dado cuenta de los cambios que habían hecho. La fachada limpia, iluminada

con menos intensidad pero más elegante. Una redecoración de toda la planta baja, del *hall*, de la recepción, de la conserjería, el ascensor nuevo. Sólo había dos cosas que Elsa, que se había encargado de dibujar y estar encima de la obra, había querido conservar sí o sí. La biblioteca de los libros viajeros y la terraza del jardín de su madre.

—No sé si la conoces.

—Sí, sí. Arriba, ¿verdad? Kim me la enseñó una vez. Recuerdo un olor de... ¿qué? Puede que fuera jazmín, en invierno.

Y entonces, de repente, sin que viniera muy a cuento, como ocurren las cosas en la vida, como un trallazo, Paco la descolocó con una sola pregunta. Directa.

—¿Eres feliz, Laura?

Laura respondió maquinalmente. Dijo que sí, que por supuesto, que estaba contenta por cómo le iba todo. Pero fue consciente de que nunca se había planteado la vida en esos términos. Había vivido en dos hemisferios, había viajado por medio mundo, arrastraba casi cincuenta años de experiencias, había vivido en Banyoles, había vivido en Barcelona y en Londres y llevaba tantos años en Canberra que le parecía media vida, había conocido a mucha gente interesante, había convivido con unos cuantos hombres, se había reído más de lo que había llorado, aún no le pesaba el paso del tiempo, sólo había entrado en un quirófano por un tendón de Aquiles, había pensado que tendría hijos pero, cuando renunció a ello, ya no le dio importancia, había visto cuánto la valoraban por su trabajo, había traducido conversaciones confidenciales que habrían sido portada en periódicos de medio mundo, había trabajado con la intermitencia de los autónomos, en este momento no hay trabajo, y de pronto llega todo de golpe y no hay manera de quitárselo de encima, había vivido la vida universitaria como estudiante y como profesora hasta llegar a catedrática con una plaza que estaba al caer y, en un lado y en el otro del aula, se había sentido muy a gusto. Ah, y había comido siempre de todo y sin privarse de nada, estaba orgullosa de tener controlada la fórmula del índice de masa corporal. ¿Qué más quieres, Laura?, se preguntaba en las horas bajas. Pero... ¿Feliz? ¿Dicho así, con la palabra sagrada? Ella se había dado prisa, siempre hacia delante, sin quejas ni demasiadas preocupaciones, en paz consigo misma, como solía repetir cuando hablaba con alguna amiga tomando un té, que consideraba uno de esos placeres de la vida que no se valoran lo suficiente. Laura se sentía orgullosa de no deber emociones a nadie, de no haber dejado nunca de decir nada, de haber vuelto a tiempo a casa para despedirse de su padre y apoyar a su madre durante el entierro y en los gélidos días vaciando armarios. Y después de un día viene otro. No, puede que ésa no fuera la expresión justa. Se quedaba corta. Por otro lado, puesto que Paco la obligaba a hacer balance, puede que fuera cierto que los ideales se hubieran ido acomodando, como si los años fueran un factor de corrección imparable. Pero poner nota a la felicidad —un seis, puede que un siete y medio— era algo que dejaba para los test de las revistas de la peluquería de Banyoles. A Paco, al

fin y al cabo, prefirió decirle que sí, que por supuesto, que estaba contenta de cómo le iban las cosas.

Laura abrazó al señor Ráfales como lo habría hecho con su padre, le dio dos besos y el dueño del Rafaeli, satisfecho, se dirigió lentamente hacia el ascensor. Lo acompañaban, sí o sí, Elsa y su marido —Miquel Angulo— y dos niños, gemelos, que daban mucha risa de lo exhaustos que estaban. Angulo, que había tenido un golpe de suerte con una aplicación para teléfonos móviles para hervir la pasta al dente, llevaba a cada uno de sus dos hijos abrazados a una pernera de sus pantalones. A cada paso que daba arrastraba a uno de ellos, primero Joel, luego Àxel. Elsa, radiante con un palabra de honor rojo de Dior, le había dicho a Laura, durante la fiesta, que haber tenido a los niños era lo mejor que le había pasado por muchos años que viviera, que esperaba que fueran muchos. Esperaban que fueran muchos, sí. En eso coincidieron.

Míriam, siempre en su papel, también supo en qué momento debía desaparecer. Víctor y Jana, que habían esquivado los cristales de una copa rota, esperaban a su madre en la puerta que los devolvía al vestíbulo.

—Ha estado bien, ¿verdad?

—¿La fiesta? —Laura, confundida, puso los cinco sentidos para entenderlo—. Perfecta, Míriam. A ti no se te escapa nada.

—Mujer... —Se lo habían puesto en bandeja—. Una cosa sí se me escapó. Pero hace ya mucho tiempo y ha caducado.

Laura se aturulló. Míriam, plis, plas, la había dejado sin palabras.

—Kim... Hoy se ha puesto contento, sí...

—Me parece que sí, pero con Kim es difícil saberlo. Tiene un problema de retención de emociones, como todos los Ráfales. Me temo que Víctor sigue el mismo camino... Es como su padre.

—La caricatura que ha hecho Víctor... Muy chula.

—Pues no quería dársela, oye. Me decía que le daba vergüenza. ¿Aquí? ¿Delante de todos? No sé qué gaitas...

Laura miró al suelo para armarse de valor.

—Gracias, Míriam, por insistir en que viniera.

—Faltaría más. Hoy tenías que estar aquí. No tenía sentido que no...

—Puede que sí, pero invitarme, decirme que viniera, decir lo que me dijiste de Kim... Tu *email* me hizo pensar y me ha ayudado a tomar la decisión.

—¿No volverás a Australia?

Laura cerró los párpados y balanceó suavemente la cabeza. Iba a decir una cosa y acabó explicando otra.

—No lo sé. Creo que ya he dado demasiadas vueltas. Pero tampoco puedo decir que haya venido para quedarme. Tengo casa en Canberra, un buen trabajo y alguna perspectiva como para dejarlo todo después de tanto luchar.

—¿Puedo decirte algo?

—Claro, por supuesto...

Laura se quedó de piedra.

—Que tengas suerte. Mucha suerte. —Ofreció la mejilla para darse dos besos. Fríos, de cortesía—. Me voy, los niños me están esperando.

—Claro, claro...

Y se quedó allí de pie, con aquel mucha suerte, irónico, con segundas, dentro de su cabeza.

Los músicos, con la generosa propina dentro de un sobre, también se iban. Sin embargo, la música había quedado amontonada junto al resto de los regalos. Todo el mundo había tenido que llevar un cedé con la música de su vida. Era la condición para que los invitados no tuvieran que gastarse un dineral en el regalo del cincuenta cumpleaños de un hombre que ya debía de tener de todo y que, si no lo tenía, podía comprárselo. Aun así, hubo quien desobedeció las estrictas órdenes de Elsa y Míriam o no se había enterado o le pareció que era muy poca cosa presentarse en el Rafaeli, vestido de etiqueta, con un simple disco compacto para Kim.

—Ni en cincuenta años más podré escuchar toda esta música. —Kim revolvió los discos cuando se quedó a solas con Laura.

Los pasaba de un montón a otro. Los miraba pero no veía nada. Unos motetes de Palestrina, las *suites* para chelo de Bach, dos discos de Leonard Cohen, el concierto de Llach en el Camp Nou, Pink Floyd, *Orfeo y Eurídice*, Nick Cave, unos éxitos de Julio Iglesias, Céline Dion, *A Child is Born*, de Bernat Vivancos, Paolo Conte, *Brother in Arms*, de Dire Straits, y Nina Simone y Pep Sala y el «Idilio» de Sigfrido y Frank Sinatra y Aznavour y el *Réquiem* de Brahms y unas canciones de amor búlgaras y Elton John y Savall y *La Bohème* y dos discos de gregoriano y uno de Sílvia Pérez Cruz y...

—Míriam tuvo una buena idea. Esto de que todo el mundo te regale su música preferida es original, ¿no te parece? Se nota que te quiere.

—La Laborde, qué encantadora esa mujer, me ha traído una grabación pirata de una *Tosca* suya en la Scala. Pero la selección de todos ha sido muy pensada. Y la variedad es muy curiosa. Cada uno se emociona con una música distinta.

—Dice mucho de cada uno, sí. —Laura le arrebató el disco de Édith Piaf que estaba a punto de pasar de un lado a otro—. Mira, ésta es muy buena. *Allez venez, milord, vous asseoir à ma table. Il fait si froid dehors.*

—Y Míriam te ha traído a ti, que eres el mejor regalo.

Laura dejó de canturrear.

—Sí, eso tiene mérito.

—¿Que hayas venido desde Sídney?

—No, sí, también. Vivo en Canberra, pero da igual.

—Estoy muy contento. —La noche, momento de confidencias—. Supongo que lo notas.

—El mérito, quiero decir. —Se atolondró—. Me refería a que sea ella quien me haya invitado. Un detallazo. De todas formas, permíteme que te lo diga: el mejor regalo no soy yo.

Laura cogió la lámina enmarcada, apoyada en los pies del atril, al lado de las pilas de discos. La levantó y la observó.

—Es una caricatura magnífica. Es muy divertida.

—La ha hecho Víctor, mi...

—Ya lo sé. Ya lo he visto. Yo ya había llegado. He visto cómo te la regalaba. Y he visto cómo te brillaban los ojos mientras rompías el papel y lo que te ha dicho mientras la desenvolvías.

—¿Lo has oído? —Incrédulo.

—Eres el mejor padre del mundo. ¿Sí o no?

—¿Lo has oído?

—Los intérpretes somos muy buenos leyendo los labios. Eres el mejor padre del mundo, te quiero, te ha dicho.

—Me ha hecho ilusión, sí. —Con el marco en las manos y los ojos empañados—. Es que ¿lo has visto o no? Me ha sacado favorecido, pero yo no tengo esta napia, ¿verdad? Me gusta tener el hotel detrás, todo me encanta.

—¿Sabes qué he pensado? Encuentro que esta maña para el dibujo debe de ser algo genético. En la facultad dibujabas de fábula. Todo el día haciendo caricaturas. Y esos dibujos guarros, con las profesoras desnudas. Me parece que aún conservo alguno. Con tanta mudanza para arriba y para abajo ya no sabría dónde encontrarlos. Pero, si me lo propongo, puede que acaben apareciendo...

—¿Recuerdas ese día que casi me pillan y me tragué el papel?

—Te libraste por los pelos. ¿Cómo se llamaba esa profe de las tetas enormes y los collares?

Laura se recolocó el esmoquin. La blonda que llevaba debajo ya no asomaba ni las puntas y, de forma instintiva, se arregló el escote. Kim, con mucho cuidado, volvió a dejar la caricatura en el suelo.

—Víctor está precioso...

—Y tu hija, Kim... Jana es guapísima. Dentro de unos años causará estragos.

—¿Qué quieres decir con dentro de unos años? Ya hace tiempo que tengo la metralleta a punto para el primero que se le acerque...

Un maletero joven, con ganas de que le hicieran fijo, los interrumpió con una tos prudente.

—Perdone, señor Joaquim. Me han dicho que viniera.

—¿Aquí?

Kim no sabía nada.

—A por los regalos, me han dicho...

—Sí. Gracias. Coge una carretilla y súbelos todos al despacho, por favor.

—¿Todos éstos?

El joven señaló la montaña de paquetes que había en el escenario.

—Sí, sí. Ten cuidado, no vaya a ser que entre los papeles tiremos algo que...

—¿Los cedés también?

—Sí, sí. Todo, gracias.

—¿Será capaz de escuchar todo esto?

—Con paciencia puede que sí. —Se rió ante el descaro de aquel chaval casi imberbe.

—La música, señor Joaquim, es el lenguaje que tenemos para comunicarnos con el más allá.

—¿Y tú cómo sabes eso? —saltó Laura.

—Yo no, Schumann. Mi padre toca el violín en una orquesta y colecciona frases sobre música. Dice que, cuando ya no tenemos nada, sólo nos queda la música.

—Gracias. Súbelo todo arriba. ¿Tienes la llave del despacho?

El maletero le enseñó la llave maestra que llevaba encadenada al cinturón mientras iba en busca de la carretilla. Laura abrió unos ojos como platos, mirando a Kim.

—Cómo vienen ahora, chico...

—¿Puedo decirte una cosa? —Kim hablaba en voz muy baja, asegurándose de que los camareros que retiraban los platos y las copas no lo oían—. Una fiesta de cincuenta cumpleaños es como un entierro en vida.

—¡Qué dices! Pero si una fiesta así está muy bien. —Laura posó las dos manos sobre los hombros de Kim—. Al menos te llevan flores cuando aún estás aquí.

Incomprendido, Kim dejó caer la frente hasta que descansó sobre la de Laura. Aguantaron así cinco segundos que les parecieron tres años. Nunca habían hecho aquel gesto, pero, de repente, se sentían como en casa. Estaban tan a gusto así, con su cabeza junto a la del otro, tan tranquilos, tan descansados, tan cerca, que Kim incluso se asustó. Discretamente, optó por apartarse como si nada y volver al tema. Puede que, con tantas copas, se le hubiera encallado una idea.

—Laura, ¿sabes en qué se parece más una fiesta sorpresa a tu propio funeral?

—Venga, tío, por favor...

Ella también le quitó las manos de encima.

—En que hay gente que asiste de corazón, gente que te dice cosas bonitas... Cada palabra tiene su perfume, de acuerdo. Pero también hay quien asiste por obligación, o por quedar bien. Se les nota a la legua.

—¿Y qué? Han venido y lo han pasado bien, hombre, y han estado a tu lado. Pues ya está.

—Pero...

—Kim. Tú no vas a pasar lista en tu funeral. —Lo riñó, pero, al instante, se rió por lo que acababa de decir—. Y yo en el mío tampoco. No estaremos para muchas

alegrías en ese momento.

—Seguro que no.

Kim sonrió.

—La muerte nos recuerda que tenemos que vivir.

Laura le pellizcó la barbilla. Kim se aflojó el nudo de la corbata y, con dos dedos, se desabrochó el botón del cuello. Se habría quitado la americana, pero no quiso que Laura viera que su camisa estaba tan empapada que casi habría podido escurrirla.

—Lamento que hoy no haya podido estar muy pendiente de ti...

—Faltaría más, Kim, tío.

—Había tanta gente. Y caras que no veía desde hacía, uf...

—Tenemos días para vernos, no te preocupes.

—¿Mañana? —Decidido, ilusionado como si acabara de cumplir veinte años.

—¿Mañana qué?

—Quedamos mañana. Tenemos que ponernos al día. Paso a recogerte, salimos a dar una vuelta y, si quieres, luego cenamos donde te apetezca.

—¿Sabes lo que me gustaría? Tengo muchas ganas de dar un paseo por el barrio gótico. Hace tanto tiempo que no...

—Eso está hecho.

Laura le pasó una mano por la mejilla. Y en la otra le estampó un sonoro beso de buenas noches.

—Te va a costar dormir después de tantas emociones, señor de los cincuenta...

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Duermes en el Rafaeli?

—No... —De repente, Laura se dio cuenta de que, levantando la ceja de los enigmas, podía jugar con Kim—. No, no, esta vez no.

—¿Dónde vas a quedarte esta noche?

—Eh, pero ¿qué pasa? ¿Acaso tienes que saberlo todo, controlador aéreo?

COMO UN HOMENAJE MUDO

Un manojo de nervios.

Laura lo negó. ¿Por qué iba a estar nerviosa por pasar un sábado con Kim?

—Eso no tiene ningún sentido, Sira. Pero si nos conocemos de toda la vida...

Sin embargo, Sira insistió en que su ojo clínico no acostumbraba a equivocarse y que veía a su amiga, siempre con la procesión por dentro, inquieta como cuando rondaba los diecinueve años y tenía una cita por la tarde. Lo notó por la excitación a la hora de levantarse, por la manera de prepararse el té y, sobre todo, por la forma de sacar y descartar la ropa que iba cogiendo de la maleta. Nada le parecía bien. O demasiado recatado o demasiado insinuante o demasiado corto o demasiado largo o demasiado cursi o demasiado oscuro o demasiado... De repente, de rodillas en la habitación de invitados del piso de Sira, la doctora Vilanova —jefe de Ginecología y Obstetricia de la Clínica Corachán— tomó la decisión. Cogió los últimos vaqueros que se había comprado en Australia y se los probó frente al espejo. Una vez dentro de ellos, después de tres o cuatro saltitos con los pies juntos, pidió una segunda opinión.

—Te marcan un buen culo.

La doctora Vilanova, fuera de la consulta, sabía dar el diagnóstico que el paciente necesitaba oír.

—¿Estás segura?

—Tú y yo siempre nos diremos la verdad, hasta donde sea soportable.

Obsesionada con la estrechez de los vaqueros, mirándose el culo por un lado y por el otro, Laura ni siquiera había escuchado el pacto que le había propuesto su amiga.

—¿Puedes prestarme una camisa? ¿Tienes alguna de color blanco?

Revolvieron el armario de Sira como si aún estuvieran en el piso de estudiantes. Allí dentro se podía buscar con comodidad. Había espacio de sobra. Desde el día que metió toda la ropa de Raúl en dos maletas y lo echó de casa mandándolo a paseo para que se fuera a vivir con la putilla del despacho de quien le había descubierto unas fotos guarras en el teléfono, le sobraban perchas en el armario con espejo de la habitación de matrimonio. Laura no tardó en encontrar lo que estaba buscando. Una camisa blanca, elegante, de un tono crudo, con cuello de solapa recortada pero sin mangas. Por delante, podía abrochársela según le conviniera. La espalda, en cambio, quedaba cubierta por arriba y más abierta por abajo hasta dejar a la vista un triángulo equilátero sobre las lumbares. Era la gracia de una camisola que le llegaba hasta las caderas. Una blusa *évasée* que no le tiraba de ningún sitio.

—Qué envidia. Tienes los mismos hombros perfectos que cuando eras entrenadora, en la facultad...

—Ya te digo... —Laura se miró de arriba abajo. De repente, los nervios se habían esfumado. Le encantaba la combinación. Lo que no le gustaba tanto era la edad que veía en el espejo—. Uf... Doctora, ¿cuántos años nos quedan aún para estar follables?

Sira Vilanova se rió por no echarse a llorar, pero trató de mantener la moral alta.

—Nos queda lo que quieras. Piensa que ellos siempre están a punto.

Cuando Kim pulsó el timbre del ático de Sira en Les Corts, Laura aún se estaba calzando. Se puso lo que ella llamaba bambas de astronauta. Bajas, plateadas, con un acolchado de fantasía que hizo que se enamorara de ellas en cuanto las vio en un escaparate del centro de Canberra.

—Hola, Kim. Soy Sira... —dijo su amiga a través del auricular del interfono—. Laura baja enseguida. Dos minutos.

Fueron diez. Kim, que también se había acicalado más que un sábado cualquiera, llevaba una americana de hilo sobre una camisa azul, de estampado menudo. Cuando vio salir a Laura, bajó del coche para darle dos besos.

—Estás guapísima.

A Laura no le pareció una flor de cortesía. La frase que le habría gustado oír la noche anterior, en la fiesta, llegaba al día siguiente, con efectos retardados. Subió al coche sin fijarse en la marca ni en el modelo. Ni siquiera habría sido capaz de decir, con una pistola en el pecho, de qué color era. Una vez dentro, hubo un detalle que no se le pasó por alto.

—Me resulta extraño ver un coche con el volante a la izquierda.

—¿En Australia conducen por el otro lado?

—Sí, como en Inglaterra... Se ve que a mí sólo me atraen los países invertidos. —Se avergonzó al instante de su absurdo comentario y sintió la necesidad de cambiar de conversación de inmediato—. Has venido a recogerme a Les Corts... Qué detalle. Ignoraba que sabías llegar a estos barrios de gente normal.

—Mujer, teniendo en cuenta que tú has venido a recogerme desde Australia... Estamos empatados.

—Sí, tío, vaya morro... Igual. ¿Y que yo qué?

Kim subió el volumen desde el volante.

—Escucha esto... ¿Te gusta?

—Sí.

No había tenido tiempo de escuchar ni una estrofa, pero valoró que Kim hubiera pensado en una música para cuando ella subiera al coche.

—Es Giorgio Conte.

—Paolo, perdona. Se llama Paolo Conte.

—*Sorry*. —Todas caían en la misma trampa—. Pero es su hermano y se llama Giorgio. *Di vaniglia e di fior*.

—No sabía que tuviera un hermano. ¿Y también canta?

Él ni siquiera respondió. Se limitó a subir un poco más el volumen de la canción. Ella, por deformación profesional, empezó a traducir la letra en verso. Y así, silbando los tres, Giorgio, Laura y Kim llegaron al *parking* de la catedral con el buen humor de la música. En la plaza Nova, enfrente del hotel Colón, había un mercado callejero que reunía un poco de todo: antigüedades, libros de segunda mano, sifones y algunas hierbas medicinales y mermeladas. Lo cruzaron, sin que nada les llamara la atención.

—¿Sabes qué imagen me ha quedado de ti de los tiempos de la facultad?

—No es necesario, Laura.

—La de un tío con el culo pegado al coche. En coche a todas partes.

—¿Yo? —Sorprendido por la entrada de caballo siciliano.

—Pero si para ir del hotel a mi piso, en Gràcia, me llevabas en coche...

—Porque debía de ser tarde y me preocupaba por ti... Yo siempre me he preocupado por ti.

—Vamos, anda. —Ella le cogió la mano—. Celebro que podamos dar un paseo andando...

—Mujer... —Kim no se daba por vencido—. Porque el barrio gótico es zona peatonal, que si no, de qué...

—¿Puedo decir algo? —Laura no esperó a tener permiso—. Aquel Ford era un poco macarra... Pero si tenía alerón y todo...

—El XR3 de inyección. ¿Qué pasa?

—No era de tu estilo, lo siento.

Kim le soltó la mano, fingiendo sentirse ofendido. Siguieron paseando, satisfechos de estar el uno al lado del otro, contentos de poder acompañar sus pasos por las piedras gastadas del tiempo. Caminaron a la sombra espesa de Banys Nous, giraron por el tramo de anticuarios de la calle de la Palla y trataron de no pisar ninguna meada de perro. Dejaron atrás la plaza Nova, siguieron por la calle del Bisbe agarrándose a un pasamanos de hierro viejo, dieron una vuelta por el claustro de la catedral —vayaocas más sucias— y bajaron por Sant Sever, donde un guitarrista con amplificador pellizcaba el *Concierto de Aranjuez*. Kim lanzó dos euros con puntería al sombrero de las limosnas.

Cuando llegaron a Sant Felip Neri, la plaza que no conduce a ninguna parte, Laura jugó a meter los dedos en los agujeros de metralla de la fachada de la iglesia. Parecían agujeros de bala. Recorría los que eran del tamaño de su índice como si quisiera probar la nata de una tarta. Se entretenía en un agujero y en otro, como un homenaje mudo a los muertos de la guerra, de todas las guerras. Y se estremecía por la memoria de las piedras. Kim, mirando hacia el otro lado de la plaza, se había quedado embobado con la puerta de un hotel. La combinación de hierro fundido y cristal del Neri le pareció una buena solución para ese espacio. En el Rafaeli, en

cambio, daría el cante. Laura, que seguía con lo suyo, esperó a que Kim se acercara a ella.

—Una vez que bajamos de excursión a Barcelona con la escuela, vinimos a saltar y a correr por esta plaza. Y, cuando mejor lo estábamos pasando, la maestra nos reunió, nos hizo sentar en el suelo y nos contó que aquí murieron más de cuarenta niños en un bombardeo, a las nueve de la mañana. Jugaban como si nada y la aviación italiana...

—¿Aquí?

—¿No irás a decirme que nunca habías puesto un pie en Sant Felip Neri?

—Claro que sí, pero esta historia no... —Se excusó, abriendo las palmas de ambas manos—. Está bien que a los cincuenta aún puedas enseñarme cosas nuevas.

—Todo depende de la voluntad de aprender. No es una cuestión de edad, Kim.

Laura miró al cielo, como si esperara ver aparecer los aviones del 38. Sólo detectó una nube que no estropeaba el azul luminoso de Barcelona en un día sin calima. Luego esperaron a que unos chiquillos con bata se apartaran de la fuente para sacarse una foto.

—Parezco un guiri haciendo la ruta del gótico. —Laura, mientras, trepaba para que Kim le sacara una foto—. Me las enviarás, ¿eh?

Sacaron nueve o diez. Por si había cerrado los ojos o hacía una mueca o la había pillado hablando o tenía una sombra en la cara. Buscaba el momento. La foto. Quería que los ojos verdes de Laura, que conservaban el brillo del campus de la facultad, horadasen la cámara de su Samsung de muchas pulgadas de pantalla.

El día volaba. Laura tenía prisa por encontrar de nuevo los atajos de los años del piso de estudiantes. Sentía curiosidad por ver cómo había quedado el Born. Le habían hablado del contraste entre las ruinas de la ciudad medieval y el techo de hierro del antiguo mercado. No había estado allí y, para acortar, bajaron por Argenteria — siempre le había parecido un buen nombre para una calle bonita—, rodearon Santa Maria del Mar, cuyas puertas estaban cerradas, levantaron la cabeza para contemplar la llama encendida del Fossar de les Moreres y recorrieron la pequeña rambla del paseo del Born. A media tarde, los plátanos filtraban la luz, un hilo de aire daba vida y las hojas proyectaban una tenue sombra sobre la calle. Sólo de vez en cuando se colaba algún rayo de sol perdido que se establecía por su cuenta. Era la hora en que Barcelona se gustaba. El momento distinguido en que el tostado del sol se adueñaba de las paredes sólidas del gótico y del verde disipado del reflejo de las hojas de los árboles. La luz, el ambiente y la catedral del mar en el punto de fuga. El escenario ideal para una fotografía. O para los pintores de acuarelas que secuestran el instante antes de que se les seque la pintura. Para aislarse del trajín de idas y venidas, Kim y Laura se sentaron en la única mesa libre de una terraza que había en mitad del paseo. Pidieron dos granizados de café. Hacía muchos años que no tomaban uno y les

apetecía mucho. Brindaron con los dos vasos helados, de tubo, con una cañita con arruga para cada uno. Dieron el primer sorbo y les pareció que era exageradamente dulce. Demasiado azucarado. Demasiado aguado. El recuerdo era mejor. Y demasiado caro. A Laura le molestó que el camarero exigiera cobrar por adelantado. Normas de la casa, se encogió de hombros para disculparse. O para quitarse el muerto de encima, porque a él, en el fondo, le daba igual que dos guiris o dos vivales se levantaran y se largaran, haciéndose el longuis, sin pagar. Ya no quería perseguir a nadie más. Estaba harto de iniciar una media carrera y al ver que no los alcanzaría frenar de golpe, pegar cuatro gritos y quedar como un tonto en medio de la calle. El negocio no era suyo, qué narices. Él se conformaba con que a fin de mes le abonaran la nómina. Con un desaire, Laura dejó los diez euros en el platito para que aquel pasmarote, que esperaba de pie junto a ella, dejara de hacerles sombra.

—Ayer, en tu fiesta, me hizo ilusión ver al pianista del bar. Santi...

—Santi Santos —la socorrió.

—¿Aún sigue tocando?

—Las mismas de siempre. Ni una novedad en el repertorio. Pero sus dedos ya están muy rígidos. Lo llaman artritis de pianista.

—Pobre. —Laura quería saber más cosas sobre el hotel—. En cambio, ¿sabes a quién no saludé? En realidad, a quien no vi fue a... ¿Cómo se llamaba ese hombre que se ocupaba de todo, que estaba pendiente de cada detalle?

—Se jubiló hace tiempo. No, Arseni Rubio no vino —dijo Kim, con la naturalidad de quien come *sushi* con palillos dos veces por semana.

Laura, cotilla, quiso saber cómo era su día a día en el Rafaeli. En realidad, necesitaba saberlo todo sobre él. Era una máquina de preguntar. A Kim le recordaba el tubo que lanza pelotas de tenis en los entrenamientos infantiles. Una detrás de otra, sin parar. Hacia aquí, hacia allá, para obligarte a reaccionar con rapidez. Laura lo pinchó para que le contara, por ejemplo, qué había hecho aquella misma mañana. También le preguntó qué era lo peor que había visto en el hotel. Kim lo tenía claro. El drama de Motoko.

Una clienta japonesa que viajaba sola y que el día de su cumpleaños —treinta y pocos, le parecía recordar— se cortó las venas en la bañera. Las mujeres del servicio de habitaciones la encontraron al mediodía, cuando entraron para hacer la cama. El agua de la bañera se había teñido de rojo, había una docena de velas consumidas en el suelo del baño e incluso había puesto una emisora de música clásica que aún seguía sonando, bajito, en el baño de la 323. Nadie tocó nada hasta que llegó la jueza. La mujer lo había dejado todo previsto y ordenado. La maleta hecha —qué detalle— y cuatro cartas cerradas encima de la mesilla de noche, con las indicaciones escritas en inglés. Una para sus padres, una para su hijo, una para el que había sido su marido y el cuarto sobre a nombre del hotel. Kim tuvo que abrirlo en presencia de la jueza y, para sorpresa de todos, dentro sólo había una cosa: el importe exacto —en billetes— de las tres noches que Motoko había pasado en el Rafaeli.

Kim removió el granizado para que el hielo se fundiera, y prefirió contarle la anécdota de esa misma mañana con el moscardón. Una mujer nórdica, jubilada o viuda o ambas alegrías a la vez, había bajado a recepción quejándose de que en su habitación había un insecto grande y que, sí o sí, debíamos subir para ahuyentarlo y que no era posible que en un hotel de nuestra categoría ocurrieran esas cosas y que pediría el libro de reclamaciones y que... La recepcionista que aguantó el chaparrón y un avisado maletero del Rafaeli, un gambiano de Vic, subieron a la habitación para matar a la bestia. Era un moscardón negro, carnudo, que parecía no tener ninguna preocupación mientras se entretenía sobre la funda de almohada blanca de la mujer de Oslo. Era tan grande que se habría podido preparar una sopa con él. Al maletero, más listo que el hambre, se le ocurrió decir, señora, usted sí que ha tenido suerte. Éste no es un moscardón cualquiera, ésta es una especie protegida, quedan muy pocos ejemplares de este insecto en el mundo y no podemos tocarlo ni matarlo. Si me lo permite, le sacaremos unas fotografías y las mandaremos a un grupo de científicos que están analizando esta especie tan rara.

—¿Y se lo ha creído?

—No lo sé. Pero la mujer no ha pedido el libro de reclamaciones, no nos ha tocado más los huevos y nosotros nos hemos partido de risa. —Kim consultó el móvil para ver si tenía la foto del moscardón, pero no la encontró—. ¿Y tú qué? Aquí sólo hablo yo...

—¿Yo? Te he traído una cosilla... —Laura extendió la mano para meterla en el bolso, que estaba en la silla de al lado—. Esto es para ti.

—¿Para mí?

Kim palpó el regalo, envuelto en un sobre de la FNAC. Sin lazos ni chorradas.

—¿Un cedé? —Kim lo adivinó sin necesidad de romper el papel—. Teniendo en cuenta que ayer me regalaron pocos discos...

—Faltaba el mío, hombre. ¿No te diste cuenta de que no te traje ninguno?

—¿La verdad? —Kim sonrió—. Ayer me sentí un poco superado por todo...

—Con las prisas y eso lo olvidé en la maleta. Lo siento.

Laura no tenía ninguna intención de contarle la verdad. Míriam —no pasa nada— se había olvidado de darle la instrucción de que cada invitado a la fiesta debía regalarle a Kim un disco con la música de su vida. Digamos que a la exmujer de Kim, de buena fe, se le olvidó. Laura habría preferido suponer que así había sido. Un detalle sin importancia. Ya había hecho bastante invitándola e insistiendo, por activa y por pasiva, para que viniera desde las antípodas. Estaba segura de que no había querido boicotearla. Ni ponerla en evidencia. Seguro que no. Una mujer nunca lo haría. Y una ex, menos aún.

—¿Éste es el disco de tu vida? ¿*Moonlight Serenade*?

—Uno de ellos.

—Nunca me lo habías dicho.

—Hay muchas cosas de mí que aún no sabes.

—Glenn Miller.

—Es instrumental. —Laura sorbió la caña del granizado—. Contiene ese solo de saxo que te arrastra.

—Sí, sí...

Kim intentaba recordar si la habían escuchado juntos alguna vez.

—¿La hemos bailado, acaso?

—¿Tú y yo? No exactamente... —De vez en cuando, Laura se volvía enigmática, juguetona—. A ver si consigues recordarlo, la bailé con el Ráfales original...

—¿Con mi padre? —Extrañado.

—En una noche muy especial.

—¿Tú y mi padre? —Con cierta sorna.

—El baile de la última noche antes del accidente. ¿Cómo lo llamáis...?

—Sí, así, tal cual. A. d. a. —Kim cogió el teléfono móvil y el cedé de encima de la mesa—. Eh, muchas gracias por el regalo. ¿Nos vamos?

Cuando aún no había terminado la frase, Kim ya se había puesto de pie. La manía de los hombres de, repentinamente, huir de un sitio. Laura cogió de la silla de al lado el bolso étnico-chic —así lo había definido en la tienda— y también se levantó, sin perder el hilo.

—Es verdad, y tú lo sabes mejor que nadie, hay un antes y un después en la vida de los Ráfales. En ti, en Elsa y en Paco. Y puede que yo bailara con él en la última noche de felicidad. —Laura esbozó una risa triste que Kim, que iba caminando a su lado, no vio—. No ha habido una noche en que haya visto una luna llena, en Australia, en Londres o donde fuera, y que no haya pensado en ese baile. He pensado mil veces en él.

Kim desvió la atención. No le interesaba enredarse con los sentimientos. No en aquel momento. El pasado era una carpeta que estaba allí, aparcada en el cerebro, a la que podía acudir cuando hacía falta. La abría, le echaba un vistazo con las prisas de un delincuente, la cerraba y la volvía a guardar. No dejaba que mandara sobre cada cosa que decía o pensaba. Y disimuló.

—Pensaba que me habrías traído un disco de... ¿Cómo se llamaban tus peludos de Londres?

—Los Art Institute. Un respeto, hombre... Yo no me cachondeo de tu pasado.

—Te confieso, Laura, que no los tengo en el Spotify.

—¿Sabes una cosa? Yo tampoco.

Laura hacía caso a las sabias palabras de su madre. Clàudia, una mujer de Banyoles fácil de conformar, le había dado un consejo para que ella lo siguiera o no, eso era cosa suya. Le había dicho: si tienes un buen recuerdo de un lugar, de un viaje y de una persona, guárdalo y no vuelvas allí. Y ella acostumbraba a hacerle caso.

—No me esquives, Kim, estábamos hablando de tu padre. Por cierto, ¿sabes qué me dijo ayer, durante el rato que estuvimos hablando en la fiesta?

—Ahora verás...

—Un momento, déjame que te lo diga. —Laura levantó ambos dedos índice, para llamar la atención—. Kim es mi héroe. Si no hubiera sido por él, ya no tendríamos el Rafaeli.

—Vaya, qué bien.

—Con esas palabras. ¿Qué más quieres, tío?

No quería darle importancia, pero se abstuvo de decirlo en voz alta:

—Tampoco habría pasado nada si alguna vez me lo hubiera hecho saber a mí.

—Espera... Y añadió puedes sentirte orgullosa de tu amigo.

—En eso tiene razón.

—¿Y sabes qué le respondí?

—A ver... —Falsa paciencia.

—Que amigos como tú sólo hay uno. En la vida, uno.

En mitad del paseo del Born, en la rambla donde los caballeros medievales se batían en duelo y se punzaban y se herían, Kim y Laura entendieron que era el momento. Se abrazaron, con naturalidad. Porque les apetecía. Se estrecharon con fuerza, sin prisas. Se debían aquel abrazo desde no sabían cuándo. El uno en el otro. Inmóviles. Si hubiese sido una competición, habría costado decidir cuál de los dos se había abalanzado con más desazón y durante más tiempo. No se dieron cuenta de que los estaban observando las hormigas de Salvat-Papasseit que, pintadas en una pared medianera, ascendían por la fachada, huyendo. No les molestaban los timbres de las bicicletas que pasaban junto a ellos, peligrosamente, ni el fragor de las furgonetas que descargaban las cajas de plástico, llenas de cerveza, en los bares del paseo. Ellos estaban en su mundo. Sin ninguna prisa, como si se hubiesen concedido una tregua con la vida, hasta que el pendiente de Laura se enganchó en el botón de la camisa de Kim y tuvieron que prestar atención para deshacer el divertido lío sin arrancar ninguna de las dos cosas.

—Tenías razón. —Cuando se hubo desenganchado, Kim fue el primero en dar medio paso atrás—. Nos quedan muchas cosas por decir, y por hacer y por saber. Ayer, en la fiesta, quería decir algo en el discurso, pero entonces te vi entrar y se me olvidó...

—Si te quedaste en blanco, lo disimulaste muy bien.

—No me quedé en blanco, perdona. Sólo he dicho que iba a decir algo que se me olvidó y que ahora acabo de recordar de repente, como un trallazo. Iba a decir que a los cincuenta años algo es seguro: que tenemos más pasado que futuro.

—Joder, Kim, yo no lo veo así. Y lamento que...

—Tómatalo como quieras, pero es una verdad como un templo.

El barrio de Ribera tenía calles y rincones para perderse y curiosear. Sin embargo, cada itinerario acababa volviendo, como un imán, al mismo sitio. El Born era un polo de atracción para los turistas y para muchos ciudadanos que, tras años de reformas y

arqueólogos, descubrían la Barcelona de 1700. Laura y Kim entraron a ver los yacimientos. Pasearon por las pasarelas suspendidas sobre las piedras de antaño y convinieron en que otro día, con más tiempo, harían la visita guiada. De repente, cuando estaban al lado de una cervecería de tapas caras, a Kim le pareció que, cuando menos se lo esperaba, le hacían un reproche. Como si el abrazo hubiese abierto la veda de la confianza.

—No te entiendo. ¿Qué significa que yo dejé de escribirte?

—Cada año, por mi aniversario, recibía un *email*. Un correo tuyo, ingenioso, la mar de amable. Al menos uno al año, que, desde allí, en el otro extremo del mundo, me servía para saber que te acordabas de mí. Yo sabía que estabas bien, que todo marchaba como siempre y te respondía.

—Perfecto. —Kim, a la defensiva, sin saber con qué iban a salirle.

—Y me servía, sobre todo, para constatar que me decías aún sigo aquí.

—Sí, era eso, Laura. Y tú me respondías. Y yo también sabía que estabas bien. ¿Dónde está el problema?

—Pues que un año, puede que haga tres o cuatro, de repente, dejaste de felicitarme. Y al año siguiente tampoco... Y pensé que me había perdido algo. Nada, sólo eso. Que me gustaría saber qué ocurrió para...

—Nada. No lo sé... Me despisté, supongo... Luego, cuando debí pensar en ello...

—Que te olvidaste de mí, ni más ni menos. No pasa nada.

—Te juro que no lo sé. —A Kim le daba rabia sentirse mal—. ¿Cuándo dices que dejé de escribir?

—De verdad, no pasa nada, no te preocupes...

—¿Qué quieres que diga ahora? Supongo que estaba demasiado ocupado.

—Vamos, Kim, esta excusa no me sirve, que a ti no se te escapa nada. Jamás se te ha escapado nada.

—Es que no sé qué piensas que estoy ocultándote. Todo es mucho más simple. Lo lamento, Laura, si interpretaste que... Yo siempre he pensado que nos teníamos el uno al otro. Que no era necesario decirlo... Era eso, sí. Tú no sabes las veces que he pensado en ti. No puedes saber las cartas que he llegado a escribir y que al final, por prudencia, no me he atrevido a mandarte.

—Kim.

—¿Qué?

—Estás hecho un embaucador de primera.

—Soy hotelero.

—Pues eso, una redundancia.

Recorrieron una galería entera en silencio. Por un lado, Kim no salía de su asombro y no entendía que Laura le saliera por peteneras. Por otro, hacía memoria para tratar de recordar por qué se le había pasado por alto, un año y luego otro, la fecha del aniversario de Laura. ¿Con quién estaba, tres o cuatro años atrás, para acabar despistándose? Laura caminaba por el ala sur del Born, ofendida por esa

especie de qué más quieres de los hombres, que pensaba que Kim no tenía y que le servía para darse cuenta de que su amigo tampoco era perfecto. Ese maldito qué más quieres de los hombres, como si les perdonaran la vida, como si fueran ellos el centro del mundo. Y, justo cuando le salía su vena feminista, Kim interrumpió sus pensamientos.

—Una cosa. No seas bruja, Laura. ¿Y por qué no me escribías tú? Si te diste cuenta de que a mí se me pasó por alto... ¿Y tú, qué? Te he echado de menos. ¿Acaso no podías felicitar me desde Australia? ¿Estaba prohibido? Mi madre decía que hay la misma distancia desde aquí hasta allí que desde allí hasta aquí.

Laura contó hasta cinco.

—De acuerdo, Kim. Dos a dos. —Abrió la mano—. No nos lo tengamos en cuenta, ¿de acuerdo?

Abandonaron el Born por la parte de atrás, por la puerta opuesta por la que habían entrado en el mercado. En la esquina de la calle Comercial había grupos de tres y cuatro personas que no paraban de abrir la puerta del Big Fish para preguntar si tenían mesa. Medio minuto después salían con la mueca de la decepción. Sin reserva, imposible. En la tienda de al lado, ya en el pasaje Mercantil, debajo de una de las señoriales arcadas de Fontserè, descubrieron un curioso local de objetos suecos de segunda o tercera mano importados y restaurados, con gusto, por Sofie Gidlöf, que ya estaba a punto de bajar la persiana. Laura le suplicó que la dejara entrar para echar un vistazo y compró una taza para el té del desayuno. Todas sus cosas se habían quedado en Canberra, y, aunque en el piso de Sira no faltara de nada, necesitaba su taza para sentirse como en casa.

Siguieron vagando por una ruta que retrotraía a Laura a treinta años atrás. Se dio cuenta de que, cuanto más antiguo es un barrio, menos cambia. Las mismas tiendas en manos nuevas, las mismas piedras, las penas de siempre. Decidieron dar por visitado el Arc del Triomf. De todas formas, aunque hubiesen querido, no habrían podido cruzar hacia el parque de la Ciutadella. El paseo de Picasso estaba cortado al tráfico y unas improvisadas pistas de básquet lo habían invadido de cabo a rabo. El ayuntamiento y unos cuantos patrocinadores habían organizado unas jornadas de competiciones de tres contra tres sobre el asfalto, repintado para jugar. Las cinco pistas estaban llenas. Diez partidos a la vez. Media pista para cada uno. Aunque el sol ya se estaba poniendo, aún seguía calentando demasiado para ponerse a mirar a unos chicos que corrían y saltaban como si les fuera la vida en ello. Sin embargo, Laura se quedó atrapada por el juego. El sonido del balón contra el tablero era su adicción.

—*Street basket* de tres contra tres, sin árbitro, tiene su aquel.

Kim, a su lado, miraba el partido que parecía más reñido. Tres chicos con camisetas de equipos de la NBA —una de los Bulls, una de los Pacer y una de los Celtics— y tres que jugaban sin camiseta. Todos rondaban los veinte años. Tras una primera ojeada, Laura detectó que el mejor era el de los Pacers, pero quienes ganaban, por poco, eran los descamisados. Enseguida comprendió la dinámica.

Después de cada canasta, el chico que había anotado cantaba el marcador en voz alta, el equipo rival salía de la zona de triple y empezaba de nuevo el ataque. El juego nunca se detenía. En aquel momento, el más bajito de los descamisados, que respondía al grito de Gato, botaba el balón, desafiante, ante el jugador del Bulls, que lo marcaba con la lengua fuera. Gato aprovechó un bloqueo del más alto del equipo y, justo en el momento en que iniciaba el primer paso para dejar una bandeja, se dio cuenta de que se había torcido el tobillo. Se cayó, mandó el balón fuera y los otros cinco se acercaron para interesarse por su pierna. Gato, con una mueca de dolor, no podía continuar, y sus dos compañeros de equipo le hicieron la silla de la reina para sacarlo de la pista. Laura tenía el balón en las manos. En un arranque, le pasó el bolso a Kim para que lo sostuviera y sorprendió a todos.

—¿Puedo jugar yo?

Los dos chicos que no llevaban camiseta y que se habían quedado sin su compañero, que se agarraba el calcetín con ambas manos para que no le cayera la pierna al suelo, se miraron, aturullados.

—¿Has jugado alguna vez?

Laura no respondió. Se limitó a botar el balón entre las piernas, con una mano por delante y la otra por detrás de los vaqueros. Cada vez se lo pasaba más deprisa. Gato alzó los ojos para no perderselo.

—Eh, ¿puede jugar con nosotros? —les preguntaron los descamisados a los de la NBA, que se encogieron de hombros como diciendo y a nosotros qué cojones nos preguntáis.

Laura, con el balón en la mano, le dijo algo al oído a Kim. Una apuesta. Atónito por lo que veía y por lo que le había dicho, no supo frenar el ímpetu de su amiga. De repente, Laura, a punto de cumplir los cincuenta, con camisa blanca, vaqueros y unas bambas plateadas, más elegantes que deportivas, se había colado en una competición de *teenagers* callejeros. Sin vergüenza alguna, se presentó y les preguntó sus nombres. Sus compañeros eran Richi y Ezequiel. Kim se colocó entre las piernas el bolso étnico-chic con incrustaciones de pedrería y sacó el móvil del bolsillo para grabar un vídeo.

En el primer ataque, Richi se jugó el uno contra uno, el aro escupió el balón y los Celtics cazaron el rebote muy arriba. Laura defendía al hombre. A ella le gustó que le correspondiera marcar al Pacers, la estrella rival. Sin embargo, en la primera jugada le tomó el pelo. Miró a la derecha, pasó el balón por la espalda hacia la izquierda y la NBA encestó con facilidad. Era su turno. Laura tenía que atacar con los descamisados. No conocía de nada a Richi ni a Ezequiel, no sabía qué jugada tenía que marcar y decidió jugar sin pensárselo dos veces. Penetró botando el balón con la mano derecha, marcando los tres pasos con las bambas de astronauta, y cuando se encontró en el cuello de botella se lo pasó a Richi mientras ella corría hacia el ángulo de la pista, para que se lo devolviera rápidamente. Clavó los pies en el suelo, recibió

el pase, saltó como pudo y, desde más allá de la línea de tres, lanzó a la canasta. La bola tocó el aro, se levantó dos palmos, rebotó en el tablero y entró.

—Vaya —gritaron sus compañeros de equipo.

—Yes —respondió Laura eufórica, alargando la ese.

Kim, aplaudiendo por encima de la cabeza con el móvil en la mano, echó a perder la grabación. Gato, de pie, recuperado —más o menos—, la aplaudía, dispuesto a entrar de nuevo en el partido tras comprobar que el temido esguince sólo se había quedado en una torcedura. Laura, orgullosa por haber aprovechado su momento, regresó a la banda jadeando. Kim, integrado en un ambiente que no era el suyo, le abrió la mano. Laura, cómplice, se la chocó.

—Apuesta ganada —dijo, resoplando—. Ahora tendrás que cumplir.

—Me he quedado a cuadros con ese triple.

—¿Has sufrido?

—No, no...

—¿Te has sentido un poco avergonzado? —Le pinchó el vientre con un dedo.

—No, no...

—Quizá... —De repente, una duda—. ¿Tengo tiempo para cambiarme para ir a cenar?

—Tenemos mesa —miró el reloj— dentro de media hora... No es necesario.

—Es que... —Laura seguía respirando profundamente—. ¿Se nota mucho?

—¿El qué?

—Que me sudan las tetas.

UN PALMO MÁS ALLÁ DEL DESEO

Laura no se cambió. Cuando estaban en el coche, Kim le dijo que estaba perfecta, que no sufriera por nada.

—¿Adónde me llevas?

—Querrás decir adónde vamos. —Kim comprobó que no hubiera nadie cerca antes de descapotar el flamante Audi. No le gustaba hacer una exhibición en público y que alguien pudiera llegar a casa y decir: ¿sabes a quién he visto presumiendo por la calle?—. Vamos a un sitio que juraría que aún no existía cuando te fuiste.

—Vaya... Sorpresa. —Laura se miró en el espejito de cortesía para asegurarse de que la peca estaba en su sitio. Con un *gloss*, sólo brillante, se repasó los labios, mecánicamente—. Dame una pista.

—¿Una pista?

La estuvo pensando mientras, por el retrovisor, se aseguraba de que el techo se doblaba y se ocultaba sin atascarse en ningún sitio. Era el regalo que se había hecho a sí mismo por sus cincuenta años y que había llegado, directamente de Alemania, un mes antes del 21 de julio. Vaya diferencia con su primer descapotable. Qué engorroso era tener que bajarse del coche y ensuciarse las manos. Con este modelo —de un azul elegante— sólo había que pulsar un único botón que había junto al volante y la capota se ocultaba sola en el interior del coche. Apenas veinte segundos. Impecable.

—Mira, una fácil. Es un restaurante que está en el interior de un hotel.

—Y no es el Rafaeli.

—No. Es un hotel, segunda pista, qué generoso estoy, que ha cambiado la fisonomía de la ciudad. Se ve desde todas partes. Desde el Tibidabo, desde Montjuïc, desde el mar... Es un icono.

—Creo que ya lo tengo. ¿Es un edificio —arrastró las palabras, como en una adivinanza— que se ha copiado de un hotel de Dubái?

—El único siete estrellas del mundo está en Dubái, y se parecen mucho, sí. Pero, que yo sepa, en arquitectura nadie copia a nadie.

—O sea, que lo he adivinado, ¿verdad?

Cuando llegaron al hotel Vela, el sol ya se estaba durmiendo. En un santiamén, el cielo atravesó los últimos colores del azul.

—¿Te gustaría que este hotel fuera tuyo? —Laura, a punto de poner un pie en la inmensa puerta giratoria.

—¿Cómo sabes a qué me dedico?

Laura se rió y le siguió el juego.

—He buscado tu nombre en Google. Hay que ir informado a una primera cita. —
Lo miró—. ¿Tú no lo haces?

—Yo prefiero descubrirlo por mí mismo. Pero no te preocupes, durante la cena ya te arrancaré a qué te dedicas...

Subieron a la terraza abierta del restaurante Bravo, en el primer piso del W. Una mesa para dos, con vistas a las playas, a la Barceloneta, a las torres gemelas, a las tres chimeneas y más allá, hasta perderse en Montgat en el punto de fuga. A medida que iba cayendo la noche, el horizonte se acortó, se despuntaron las vistas, se recortó el perfil de la ciudad mediterránea y aparecieron unos puntos de luz, aquí y allá, que eran el decorado que Kim había imaginado cuando había reservado la mesa que estaba en el extremo de la terraza. La carta que había preparado Carles Abellán, un chef con estrella Michelin, tenía una peculiaridad. Junto a cada plato escribía desde qué siglo se cocinaba aquel manjar en Barcelona. La *esqueixada* de bacalao ahumado a su pilpil era del siglo XVII, de la época en que los catalanes regresaban de hacer la ruta África-Cuba-Terranova. El arroz con *espardenyes*, del XIX, era una comida tradicional de los pescadores convertida en una exquisitez de un gran valor. El plato más antiguo de la carta era un pollo asado dulce con ciruelas, pasas y manzana, una mezcla de carne y fruta que ya se estilaba en el siglo I después de Cristo. Decidieron aparcar la historia y pedir el menú degustación sin que les desvelaran ninguna sorpresa. Cinco medias raciones y dos postres. Podían servirles lo que quisieran, les parecía bien.

La pérgola, en una mesa con una vela, daba el punto de discreción para la charla.

—Yo era de letras, y desde siempre supe que quería estudiar Traducción e Interpretación. Hice la carrera en la Universidad Autónoma en cinco años, en los cursos correspondientes, y enseguida empecé a trabajar. Intérprete de cabina, básicamente.

—¿Conservas a los amigos de la facultad?

—No... No mucho. Hay alguno al que veo de vez en cuando. ¿Sabes lo que pasa? Que he vivido mucho tiempo fuera.

—¿Ah, sí? ¿Fuera, en el extranjero?

—Sí. En el extranjero, exacto.

—¿Por trabajo o por amor?

—No, no... Estoy sola. Quiero decir que no tengo pareja. Ni hijos ni familia, si era eso a lo que te referías.

—¿Yo? No. —Comediante, inocente—. ¿Acaso te lo ha parecido?

—No, en absoluto... —Cuando Laura se aguantaba la risa, se le formaba un divertido hoyuelo en la mejilla que Kim había olvidado—. Me preguntabas si me había ido por amor o por trabajo... Puede que por ambas cosas. Me quedé flipada con un filósofo inglés, un *crack* que llegó a escribir un artículo para *Philosophal Transactions*, que es la primera revista de ciencia que se publicó en el mundo.

—Claro. —Socarrón—. Ya te digo...

—Ahí fue donde Newton publicó sus teorías.

—Pero... —Kim quiso remarcar la adversativa, preludio de un descalabro.

—Exacto. En las relaciones siempre hay un pero. Demasiado mayor. Y él tenía sus preocupaciones. Visto ahora, con perspectiva, no podía funcionar. A él le interesaban las preguntas y yo tenía edad para las respuestas.

—Y para un poco de música.

—¿Cómo lo sabes? ¿Seguro que no has estado hurgando en mi vida? —Laura se sirvió un poco de vino blanco, intentando que la botella no goteara—. Así, tan fresquito, se bebe solo. Sí, en Londres hubo un músico. De hecho, él era mánager y medio productor de un grupo, pero ¿sabes?, aquí también hay otro, aunque son unos años de nebulosa que no quiero... ¿Sabes de qué me di cuenta en Inglaterra? Pues que allí la gente se levanta y mira por la ventana para ver si luce el sol. En cambio, aquí, nosotros nos levantamos y corremos a subir la persiana para ver si llueve. El clima nos hace distintos. Por eso es lógico que en los países donde siempre hace buen tiempo tengamos artistas. Siempre es agosto. Aquí nos inspiramos con los colores, con la vida en la calle. En cambio, en los países fríos tienen filósofos y gente que piensa. Si brilla el sol, no se puede pensar, hay que salir a celebrarlo.

—¿Y has llegado tú sola a todas estas conclusiones? —Burlón.

—No seas burro, Kim. Y no me digas que hay excepciones. Por supuesto, siempre hay excepciones que confirman la regla.

—¿Y en Australia, qué?

—¿Qué de qué?

Echaron un vistazo a la tercera degustación que les sirvieron por la derecha. Un cebiche con flores.

—Si hubo algún hombre, alguna persona especial.

Kim llegó a donde quería llegar.

—Es un país maravilloso, la gente es fantástica, llevo un montón de años allí y no soy monja... Por lo tanto, sí, claro, es normal que... Pero, vamos a ver, ¿qué tengo yo que contarte a ti? ¿Acaso te interrogo yo sobre con quién has estado o...? ¿Acaso me has visto sacar la calculadora?

—Esto está riquísimo, ¿verdad, Laura...?

—Sí, disimula, señor Ráfales.

Kim dejó los cubiertos cruzados sobre el plato y antes de retomar la conversación se secó los labios con la servilleta.

—Una vez me escribiste, cuando aún nos mandábamos *emails*, diciéndome que te estabas planteando tener un hijo.

—Estuve pensando en ello, sí. Durante unos meses, no sabría decirte cuántos. Poco antes de los cuarenta, me di cuenta de que quizá era la última oportunidad. Sentí una urgencia.

—¿El reloj biológico?

—Puede que sí. No lo sé. De repente despertó en mí una inquietud que jamás había tenido. Y valoré hacerlo sola, como madre soltera. Habría podido encontrar voluntarios, no te preocupes. En realidad, creo que incluso podría haber elegido... Pero, a la hora de la verdad, me dio pereza, me dio... Quizá no sea la palabra. Tampoco era miedo. Pero era la sensación de que me estaba obligando y que no lo hacía de corazón.

—¿Y?

—Bien. Lo llevo bien. No me arrepiento. No me lo reprocho. *Je ne regrette rien.*

Lo decía, sí. Y lo repetía con una seguridad aprendida. Pero, al mismo tiempo que las palabras salían de su boca, se daba cuenta de que lo lamentaba más de lo que creía. Kim, prudente, también lo percibió.

—No sé si me meto donde no me llaman... —No se atrevía, pero tenía que preguntarlo—. Lo he soñado o tú, un día, en ese mismo correo o en otro, me decías... escoge un nombre de niña, y yo, siguiendo el juego, te dije Maria. Pero luego nunca obtuve respuesta, y no me atreví a...

—Perdona, Kim. Ya no te volví a hablar de ello. Tienes razón. Durante unos días lo tuve claro y me emocioné y tuve la necesidad de compartir, de decirte, eh, a lo mejor voy a ser madre... Pero entonces me olvidé de ello y me lo quité de la cabeza. Nada de hijos y adelante. Como te he dicho antes, no me reprocho nada. No me gusta demasiado jugar a lo que allí llaman *what if*. Qué habría pasado si... ¿Qué habría pasado si ahora tuviera un hijo? ¿Qué habría pasado si no me hubiese marchado a Australia? ¿Qué habría pasado si hubiese estudiado Medicina en vez de Interpretación? No merece la pena romperse la cabeza con eso. Ya está. No hay que hacer cábalas. Eso ya es el pasado. Está allí y trato de vivir el presente, cada día. La vida es demasiado corta para leer libros malos.

—Eso está bien, Laura.

—No es mío. Es de James Joyce, creo. —Ella colocó la mano derecha sobre la mano en que Kim llevaba el reloj—. Tú tienes dos hijos muy guapos.

—Es verdad, sí. Es lo mejor que he hecho en la vida. Así de claro. Y eso que no soy muy dado a los balances, pero reconozco de entrada que no tenía muy claro que debiéramos tenerlos... Y ahora, en cambio... No, ahora no, siempre. Desde que nacieron Jana y Víctor. Aunque tengas mil cosas en la cabeza, cuando estás con tu hija a los tres meses, a los cuatro años o a los dieciséis, se te pasan todos los males. Puedes haber viajado por todo el mundo, haber hecho negocios, haber fichado a un chef de primera, que mira que llegan a ser complicados, haber conseguido que el hotel sea todo un referente en la ciudad, y un día, mientras vas en bicicleta con tus hijos, de Taüll a Durro, te das cuenta de que no hay nada como estar con ellos. El otro día, Víctor contó no recuerdo qué tontería y Jana puso una cara en que pude verle, idéntica, la mueca de mi madre. Y eso que Jana no ha conocido a su abuela, pero hay cosas que no se pagan ni con todo el oro del mundo. Y vienen y te piden que les rasques la espalda, y aprenden a hablar y copian gestos y ves que son esponjas, que lo

pillan todo a mil por hora, que nada se les pasa por alto, que son listos... —Por primera vez en voz alta, estaba diciendo una de las grandes verdades de la vida, y llegó a asustarse del poder que tenía Laura. Le bastaba con tenerla enfrente, mirar esos ojitos que lo escuchaban y notar cerca la peca de la imperfección para dejarse llevar. Se estremeció y rebajó su entusiasmo—. ¿Y sabes qué es lo mejor de todo? Que tú te tiras media hora con el móvil para saber cómo funciona una nueva aplicación y ellos te lo resuelven con los ojos cerrados.

—Sí, Kim, eso es, exactamente, lo mejor de tener hijos. —Laura retiró la mano para que pudiesen llevarse los platos—. Que te solucionen los problemas con el teléfono. Ya lo veo. Es una lástima que me lo haya perdido... Con lo que me costó aprender cómo se silenciaba ese trasto.

Después del primer postre —buñuelos de viento del Tío Nelo rellenos de chocolate—, el *maître* se presentó en la mesa con una bandeja en las manos. A su lado, la sumiller, una mujer esbelta bajo un delantal verde, sostenía una botella de champán en las manos.

—¿Señora Laura Altimira? —El *maître*, reverencial.

Ella levantó los ojos y miró a Kim, extrañada al ver que sabían su nombre.

—Acaban de traer esto para usted.

El hombre bajó la bandeja para que Laura pudiera coger el paquete envuelto en papel de seda dorado.

—¿Esto es cosa tuya?

Kim no dijo ni que sí ni que no. Tenía la costumbre de ahorrarse las respuestas a las preguntas retóricas. La sumiller colocó dos copas sobre la mesa y esperó el leve consentimiento de Kim para descorchar el Dom Pérignon. Le bastó con un parpadeo para entender la señal, descorchó la botella, evitando el estrépito del tapón, y empezó a servir.

—Me parece que no es un cedé —aclaró Kim.

Laura, con la mirada en los dedos, palpaba un paquete cuadrado.

—Joder, qué sorpresa...

—Con esta caja, quizá sea un despertador... —Se dio cuenta de que la sumiller estaba esperando con la botella en la mano, como si hubiese ganado el Roland Garros y posara para las fotos—. No es necesario probarlo, ya puede servir. Éste nunca falla.

—¿Un perfume? ¿Me has comprado un perfume?

—¿Yo? No...

—¿Cómo que no? «Nous deux», nunca lo había oído...

—Qué raro. Pero si tú nunca usabas perfume...

Los morros que había puesto Laura para decir *nous deux* le recordaron las bromas que se gastaban en la facultad cuando tenían que decir *chuchotage*. Jugaban a ver quién era capaz de extender los labios más allá de la punta de la nariz.

—¿Me lo has comprado tú o no?

—Haz la pregunta de otra manera. A ver...

—¿El regalo es tuyo?

—Eso puede que sí.

—Pero no lo has comprado... —Laura abrió la boca y puso unos ojos como platos—. ¿Lo has robado?

—No, mujer, no. Tú... piensa. Esto tenía que ser una escena romántica y lo estamos convirtiendo en...

—¿Lo has fabricado para mí?

No dijo ni que sí ni que no. A las preguntas retóricas... Se limitó a tragar saliva y a contraatacar con otra pregunta:

—¿Te he hablado alguna vez de mister Paton?

—¿Mister qué? —Se rió—. Diría que no... Con ese nombre, me acordaría. — Laura quitó el tapón del frasquito cuadrado, pulsó dos veces el vaporizador sobre la muñeca y extendió el brazo—. ¿Te gusta?

Kim lo olió.

—Es a ti a quien tiene que gustar.

Laura acercó de nuevo la nariz a su antebrazo y cerró los ojos para notar todas las fragancias. Detectó flores blancas, el frescor de los cítricos y algo del lago de su pueblo.

—A mí, mucho. Muchísimo. ¿Sabes por qué me gusta?

—...

—Porque no empalaga. —Sin levantarse de la silla, sólo inclinándose, le dio un beso en la mejilla—. Muchas gracias, Kim. Esto es mucho más que un detalle.

—Ya sé que, hace muchos años, me dijiste que nunca usabas perfume. Pero pensé que éste sería adecuado para ti. Y —se concentró para que no le temblara la voz— era una manera de decirte que en esta vida nunca se puede decir nunca.

—Encuentro que a veces incluso tienes buenas ideas. —Le guiñó el ojo—. ¿Quién es mister Paton?

—¿Qué versión quieres, la corta o la larga?

—A esta hora, la breve, por favor. —Laura levantó la copa—. Por nosotros. Por Nous deux.

Fue decirlo y darse cuenta del mensaje. Kim también levantó su copa de flauta, por el pie, como los hombres de mundo. Brindaron, se miraron a los ojos y les pareció que era la primera vez que se veían.

Después de esas impresiones compartidas, bebieron.

—Buenísimo, Kim. —Degustando el champán.

—Mister Paton es un cliente del hotel. De toda la vida. Creo que viene dos o tres veces al año, desde los tiempos de mi padre. Es... No sé exactamente cómo definir su cargo o su trabajo, pero tiene una nariz privilegiada, huele perfumes en los cinco continentes. Viene aquí y prueba los productos nuevos de Puig y les dice más así o más asá... Hace unos años le encargamos que elaborase la esencia del Rafaeli y se presentó con una colonia muy característica. Es esa fragancia que seguramente has

notado mil veces, porque con ella rociamos el *hall*, el ascensor, los pasillos... Nos gusta que todo tenga un ambiente agradable, reconocible. —Kim había necesitado todo ese preámbulo para, de repente, lanzarse a decir lo que nunca se había atrevido a decir—. Hace muchos años, no sé cuántos, le hice un encargo a mister Paton. Tú te fuiste de Barcelona precipitadamente, te salió un trabajo en Australia que tenía que ser por unos meses, y a mí, ahora puedo decírtelo, me vino bien que te largaras en ese momento, porque tenía un problema de los gordos con Míriam que se sumó a todo el lío de mi padre y mis primitos de Roma, que querían vender el hotel. Tenía montado un cirio de tres pares de cojones. Míriam creía... Pensaba, aunque ella nunca me lo dijo, que tú y yo...

—¿Tú y yo? —Laura fingiendo sorpresa.

—O sea, todo era un lío. Cada día era peor que el anterior. Mucho peor. Y en mitad de toda la tormenta, tú te fuiste así, de repente, y sé que yo no estuve demasiado pendiente de ti, que habías tenido el follón con el músico... Pero con el tiempo, cuando todo se calmó, cuando ya me había separado, cuando los remordimientos van ocupando su lugar, con el tema del hotel resuelto de una vez por todas, pude serenarme un poco y me di cuenta de que contigo no había estado a la altura...

—No te castigues, Kim.

—Es verdad. No estuve a la altura. Por lo que fuera, no fui totalmente consciente de lo que significaba que te fueras...

—Vamos...

—Déjame hablar. Así pues, hace unos años, puede que seis o siete, un día cogí por banda a mister Paton, lo invité a tomar un *whisky* en la biblioteca del hotel y le hice un encargo muy especial. Le pregunté si podía elaborar un perfume sólo para ti.

—Kim, tío...

—A él le divirtió el encargo. Le pareció original. En ese momento aún no habían abierto ese montón de tiendas en las que tú mezclas, escoges y elaboras tu propio perfume, que son un *boom*, aunque ya veremos cuánto durará. Total, que mister Paton se fue animando y con el segundo *whisky* ya quería que le diera pistas, que le enseñara una foto tuya, que le hablara de tu carácter, de cómo eras físicamente y de dónde habías nacido.

—Supongo que le hablarías de Banyoles.

—No. Nada. Cero. Sólo le dije una cosa. —Kim se lo pensó mejor—. Dos. Es mi mejor amiga y, sobre todo, debe ser un perfume para la mujer que nunca me ha fallado.

Laura cogió la copa y tomó un trago, largo y tranquilo, para no tener que explicar, de repente, lo que pensaba. Para que no fuera evidente que se le estaban empañando los ojos. Para que nadie salvo ella notara el latido de la sangre en las sienes. Para no tener que decirle cómo me gusta que el señor Joaquim Ráfales, dueño del hotel no sé qué, empresario de éxito en Barcelona, un hombre hecho y derecho, el amigo con el

que siempre he podido contar, un personaje al que entrevistan en las revistas con glamur, siga siendo mi amigo Kim de siempre y que además sea así, vulnerable. Ya que él había cogido carrerilla, dejó que terminara la historia.

—Un día, mister Paton apareció con tres frascos pequeños y me invitó a olerlos. Me gustaron los tres. Luego me pidió que los probáramos en el cuello de una mujer, aunque me dijo que ninguna esencia huele exactamente igual sobre pieles distintas. Le pedí a Elsa que entrara en el despacho. Sin decirle para quién era ni para quién realizábamos aquella prueba, las probamos todas, descartamos una, y, entre las dos finalistas, lo tuve clarísimo. Éste, porque me parece que no es nada empalagoso, dije, y me alegro de que lo hayas notado. Al cabo de tres meses, mister Paton volvió al Rafaeli con este frasco cuadrado de cristal grueso, teñido de verde, con tanta personalidad, con el perfume en su interior. Decidimos que jamás volvería a elaborar esta fórmula para nadie y me garantizó su exclusividad. Yo le sugerí un nombre y él se entusiasmó. Guardé la caja con el frasco de *Nous deux* en el armario del despacho y pensé que cuando volviéramos a vernos, cuando te dignaras a volver del quinto pino, éste sería un buen regalo de bienvenida. Un hola, qué tal.

—Lo es, Kim, lo es. Que hayas creado un perfume para mí... No tengo palabras.

—Yo no he creado nada, Laura. Mister Paton... —Una vez iniciado el ataque, volvió a ponerse la coraza. No estaba acostumbrado a estar mucho tiempo al descubierto. Los sentimientos, como buen Ráfales, también con vaporizador.

Laura recorría con el dedo, hacia arriba y hacia abajo, los bordes redondeados del frasco minimalista, saboreando el momento, las reacciones inesperadas de Kim y la historia que acababan de revelarles.

—¿Sabes lo que me gusta de ti? —Ella sí sentía la necesidad de decir las cosas—. Que siempre tienes la capacidad de sorprenderme. Y que me haces reír.

Iba a decirle yo también te quiero, Laura. Pero prefirió decirlo con una salida de tono:

—¿Quieres que te cuente también la versión larga?

—Quiero que cumplas la apuesta de esta tarde.

—¿En serio? ¿Te apetece que te enseñe dónde vivo?

—¿He metido un triple o no?

Kim se había comprado una casa de dos plantas, con un jardín con una magnolia en la parte de atrás y un garaje para cinco coches, en la calle de la Immaculada, cerca de Quatre Camins, a dos minutos andando de los escolapis de Sarrià. Durante quince años, la casa había sido la sede de una agencia de publicidad que, como otras en la zona alta, no había visto venir la crisis, habían pensado que todo el monte era orégano y, después de haber invertido algún millón en reformar y modernizar el inmueble, se habían quedado sin encargos, sin clientes y, finalmente, sin el edificio. Kim, que tenía buenos contactos, se lo había adjudicado por la mitad de su precio en una subasta, a

finales de 2011. A precio de mercado, no lo habría comprado. Por mucho que Elsa, desde que visitaron la casa por primera vez, insistió en que era muy de su estilo, Kim no se habría gastado ni loco tanto dinero. Llevaba allí más de cuatro años, la había decorado a su aire —pocos muebles pero bien elegidos, cristal por todas partes y arte moderno en las paredes—, y Víctor y Jana tenían una habitación para cada uno los días que iban a visitar a su padre. Aquel viernes habían ido con Míriam a la Costa Brava.

—Es aquí.

Kim pulsó el mando a distancia para que se abriera la puerta del garaje. Con otro mando, desconectó la alarma desde el coche.

De noche, al entrar en el *parking*, Laura no pudo ver gran cosa. En la calle había una luz tenue. Le pareció una casa discreta, oculta tras una hiedra lozana que envolvía, de arriba abajo, las enormes planchas que formaban la cerca. En el recibidor, cuando Kim encendió las luces, les dio la bienvenida un cuadro apaisado, muy azul, que ocupaba toda la pared.

—¿Es un Klein? —Se extasió Laura—. También debe de ser robado. Como el perfume...

—¿Sabías que es un pintor que dio nombre a un color? Me encanta el azul Klein.

En cuanto abrió una primera puerta corredera, Kim le enseñó su pequeño museo.

—Nunca te había dicho lo que coleccionaba, ¿verdad?

—¿Qué es esto, Kim?

—¿A ti qué te parece? —Kim se quitó la americana y, maquinalmente, se remangó la camisa—. Vamos, Laura, no es tan difícil. Tú eres capaz de deducirlo...

La sala estaba llena de muebles de llaves de recepción de hotel. Casi todos eran de madera. Los había descoloridos, decapados, algunos de estilo más rural, de pensión de pueblo, y otros más nórdicos, de madera clara. También los había señoriales, que conservaban todo el prestigio en la madera de cerezo americano. Todos los muebles para llaves eran rectangulares, hechos a medida. Ya fueran de recepción de hoteles con muchas o pocas habitaciones, de motel de carretera o de un cinco estrellas del otro extremo del mundo, la mayoría aún conservaban, en el hueco, el número de la llave correspondiente. A Kim le gustaba que en dos de los muebles aún colgaran todas las llaves, como si fuera a volver el cliente. Cuántas vidas escondidas en cada llavero con pomo de hierro, con la etiqueta y el número, con la arandela negra de goma para protegerla de los golpes. Cuántas historias detrás de cada llave.

—Antes, cuando ibas a un hotel, te daban la llave de la habitación. —Kim cogió una cualquiera—. Pesaba mucho y era muy grande para que no la perdieras y para que fuera un engorro llevarla encima. Y cuando salías a pasear tenías que dejarla en recepción y te la guardaban en un mueble como éstos, de modo que, sólo con echar un vistazo, sabías si la habitación estaba ocupada. No era necesario mirar el *rack*, como lo llamábamos, para comprobar la disponibilidad de plazas libres.

—Ah, sí, Kim, no me digas... —Laura, siguiéndole el juego—. Qué interesante...

—Puesto que tú vienes de Australia, y allí no sé cómo funciona todo esto, no vayas a creer que siempre ha sido como ahora, que sólo hay que acercar el móvil a la puerta y ya detecta el código, ni siquiera hace falta una tarjeta magnética.

—Qué tonto eres... —Laura le cogió los brazos por detrás, como si fuera a reducirlo—. ¿No hay ninguno del Rafaeli?

Kim negó con la cabeza.

—Preferí que se quedara allí, en el hotel, en el piso de mi padre. Me daba cosa llevármelo. ¿Sabes cuál es el que más me ha costado de todos éstos?

Laura lo soltó y, como si estuviera en un museo, recorrió toda la sala con pasos cortos, de un extremo al otro. Dudó entre dos muebles y disparó contra el más grande, con un montón de cajoncitos. Puede que cuarenta por veinte.

—Sí, señora, éste. Es del Plaza de Nueva York. —Acarició la madera noble, lisa, perfecta, sin ninguna astilla—. Creo que nunca he sufrido tanto como el día de la licitación. Tenía a una persona allí, en la sala, y yo la seguía a ciegas, por teléfono, y algún hijo de puta iba subiendo. Al final, parecía que en vez del mueble estuviera comprando el hotel entero.

—En cierto modo, parecen casas de muñecas.

—Es cierto. Jana había jugado con ellos en más de una ocasión. —Sin pensar que, con cada puerta que abría le descubría un nuevo mundo a Laura, entraron en la sala principal de la casa. Kim fue directamente hacia el mueble bar—. Tengo una Grappa Nonino que debes probar. ¿Un dedo?

El día. El gótico. El triple de la apuesta. El Vela. El menú degustación. La conversación. La casa. La colección de muebles de llaves de hotel y, luego, su refugio. Comprobar que con dos sofás, una *Helen* de Manolo Valdés y un enorme cuadro de bañistas de Juan Genovés montaba su escenario. Y, sobre todo, con un Kim que estaba pendiente de ella, Laura no dijo que no. Y con la grappa, de repente, sintió la necesidad de hablar.

—Cuando estás sola, estás muy sola. Pero llega un momento en que te das cuenta de que es mejor estar sola que con el hombre equivocado. Es posible que en Londres viviera con dos *wrong men*, y cuando llegué Australia me... Ha habido de todo, por supuesto. Son muchos años. Pero nadie de quien haya dicho de éste me enamoro, de éste... También es cierto que, con la edad, te vuelves más selectiva. No todo tiene que ser malo. ¿Sabes qué he descubierto allí? —Kim se sentó a su lado, con un chupito que tuvo que sorber de inmediato para que no se derramara—. El valor de las amigas. Amigas. Todo mujeres. Hemos quedado todas las semanas en casa de alguna de nosotras. Eran vecinas, otras profesoras de la universidad o una chica —una argentina, Mirta— que conocí en un gimnasio. Quedábamos para tomar un té y no nos hacía falta nada más. Estábamos bien juntas, la conversación se alargaba y, no sé, son amistades más de cara a cara, ¿sabes lo que quiero decir? No es necesario contarse según qué cosas para llegar a una intimidad más profunda. Estábamos a

gusto juntas y no necesitábamos a ningún hombre. Y tampoco los echábamos de menos. Algunas estaban casadas y otras no, pero allí éramos nosotras mismas. Puede que no me creas, pero debo decirte que hemos llorado. He llorado con amigas, y no de tristeza, sino de... El hecho de estar juntas nos hacía más fuertes. Puede que llorásemos por esa intimidad que te he comentado. Nadie borraba nuestra forma de ser. Hablábamos y no teníamos que demostrar nada a nadie. Vosotros sois más competitivos, incluso con la amistad. Contáis a los amigos, los valoráis, hacéis *rankings*, los clasificáis... Y, disculpa por el mitin, hacéis todo eso porque así, mientras tanto, ocultáis vuestras emociones. Estáis encapsulados. No me mires así, Kim, las cosas son como son. Os han educado diciendo que llorar es cosa de niñas. O de maricas. Por eso, cuando tenéis que decir algo duro, no miráis a los ojos, habláis de perfil, a veces os decís las cosas duras mientras camináis para no tener que aguantar la mirada...

—Laura... —Kim alargó los puntos suspensivos para digerir el monólogo y para que ella se diera cuenta de que era su turno. Un trago más tarde, tomó la palabra, despacio, pensando muy bien cada frase para no pisar ninguna mina—. Es evidente que yo, Laura, no puedo meterme en la piel de las mujeres. No sé si soy demasiado hombre para decir estas cosas, o puede que tenga un lado gay que desconozco, pero déjame que te diga, y que conste que te lo estoy diciendo a la cara, mirando esos ojos verdes en los que se ve el mar y el cielo, que estoy contento, contento y orgulloso, de nuestra amistad.

Y, de repente, como si Laura se hubiese desentendido del tema, alteró la conversación con un reproche dicho con una sonrisa gélida y palabras amables.

—Tú me has querido mucho, por supuesto, Kim Ráfales, pero nunca has tenido ojos para mí.

—¿Perdona? —Ofendido—. Pero ¿cómo puedes decir eso? ¿Quieres que te diga lo que pensaba mientras traducíamos la peli porno en tu piso para un trabajo de la facultad? ¿Quieres que te diga la ropa que llevabas en Menorca, la noche de las Coves d'en Xoroi?

—Uf... Han pasado treinta años. Ni siquiera yo sabría decirte qué llevaba.

—Te recogiste el pelo y estabas radiante con... —cerró los ojos, con la concentración de un mentalista— un vestido blanco, de tirantes, que te dejaba los hombros al aire...

—Ahora que lo dices... —Impresionada, apuró la gota de grappa que quedaba en el fondo del chupito, para disimular.

—Un poco como hoy. Tú sabes lo que te queda bien. Camisa blanca, los hombros al viento... Para ti no pasa el tiempo, Laura Altimira.

—Igual que ahora, sí. Ya te digo...

—Seguro que no soy el único en verlo.

Si tú supieras, pensó Laura. Pero no era el momento de entrar en detalles y tiró de otra veta.

—Kim, ¿sabes de dónde viene la palabra recordar?

—Yo no acabé la carrera —se excusó—. ¿De dónde proviene, a ver...?

—Recordar. Re-cordar significa volver a pasar por el corazón. Recordamos cuando volvemos a pasar un momento por aquí.

Por supuesto que recordaba cosas. Ahora, obligado por esa Laura que no había dejado de meterse con él desde el bar de la facultad, acudían a su cabeza —y resulta que rozaban su corazón— escenas que habían vivido juntos. Muchos momentos de risas. Y de conversaciones y de excursiones y de anécdotas. Y el instante del drama, con la niebla necesaria para soportar la carne viva de la herida. Y recordó que a ella se le ocurrió aparecer con una tarta de aniversario de congelador de supermercado tan recalcitrantemente dura que ni siquiera con un cuchillo enorme ni con todas sus fuerzas pudieron cortarla. Cómo se habían reído. A duras penas pudieron clavar dos velas para que Laura soplara y cumpliera. Y recordó la noche que, en un interrail por capitales europeas, tuvieron que dormir juntos en una misma cama, en un albergue de Praga, sin tocarse ni un pelo durante toda la noche. Mejor dicho, se cogieron de la mano, un instante, en el momento del hasta mañana. Recordaba aquella habitación como si la estuviera viendo. Cuando, por las incomodidades del colchón, se despertaba, abría un ojo y, sin desvelarse del todo, veía a Laura a su lado, durmiendo tranquilamente, y tenía una sensación nueva, de satisfacción. Y recordó que nunca le había dicho cómo se había sentido, en Praga, cuando tuvo que meterse entre las sábanas con sólo los calzoncillos puestos, tan cerca de ella. Y recordó el día que llovía y la acompañó a sacar unas fotocopias, cuando ella se equivocó de coche y se metió en el de atrás. Y recordó que el interfono del piso de estudiantes de Gràcia siempre estaba estropeado y que tenía que lanzar piedrecillas contra los cristales con la fuerza precisa para que lo oyeran pero sin romperlos. Y recordó con todo lujo de detalles el día que Laura lo desmereció. Como quien no quiere la cosa, en mitad de una conversación cualquiera, ella le espetó: de mayor, tú serás un madurito interesante. Exactamente con esas palabras. En ese orden. Con el diminutivo incorporado. Ni más ni menos. Quizá pretendía ser una galantería, pero en aquella conversación, de noche, con un cubata en la mano, le sonó, de entrada, a un rotundo paso de ti. Puede que luego llegaran los matices, los argumentos y las argucias a los que todo el mundo recurre para endulzar lo que no se quiere oír. Y la primera impresión fue la que quedó. Por más que, con los años, lo pasara por la traductora del corazón las veces que hiciera falta, la interpretación siempre había sido la misma.

—¿Eso te dije? —Sorprendida, una vez más—. Está claro que habría podido ganarme la vida como vidente.

—Ahora lo estás arreglando. Muchas gracias.

—Es verdad. Eres un maduro interesante. —Le pasó dos dedos por la barbilla, como si lo estuviera afeitando—. Podríamos encontrar otros adjetivos, pero éste te queda que ni pintado.

Sentados en el sofá, uno junto al otro, charlaban sin prisa mientras iban cayendo las horas. Ninguno de los dos bostezó. Llevaban todo el día en tensión. Toda la noche balanceándose, con ojos de lobo, entre la sinceridad y la seducción, tan arriesgada la primera, tan juguetona la segunda. Y allí, la madrugada del viernes 22 al sábado 23 de julio de 2016, sin que Laura hubiera llegado a la planta de las habitaciones de la casa de Kim, fueron un palmo más allá del deseo.

NUNCA NOS BAÑAMOS EN EL MISMO RÍO

Ella se despertó antes que Kim. Puede que la molestara el primer sol. Puede que el gorjeo insistente de un mirlo rompiera el silencio de un sábado de verano en la zona alta. Puede que fueran las ganas de abrir los ojos y mirarlo, a su lado. O, simplemente, puede que fuera culpa del *jet lag* de las narices. La última vez que había viajado desde Australia se había pasado muchos días con el sueño muy trastornado. Había contado la tortura. Doce días, concretamente, en los que el reloj decía una cosa y su cuerpo respondía la contraria.

Aquella mañana, en una habitación que, desde la cama, le parecía una pista de baile, la luz iba desvelando, poco a poco, un mundo de grises y colores dilatados. Todo a juego. Las paredes desnudas, la madera de los listones regulables de las persianas de librillo, las giocondas gemelas de Warhol y una butaca de piel que Laura decidió que era para ponerse los zapatos o, a juzgar por la lámpara Tolomeo, para leer la prensa económica internacional que descansaba doblada sobre una mesa auxiliar. Al fondo descubrió un vestidor hecho a medida para las americanas, los pantalones boca abajo y las camisas colgadas según su color. Desde muchas blancas a pocas oscuras. Todo en su sitio, todo ordenado. Y, de repente, una duda desgarró su plácida mañana: ¿hasta qué punto permitiría Kim que ella desordenara su vida?

Él dormía a su lado, boca abajo, con las manos por encima de la cabeza, y con un muslo y un hombro fuera de la sábana perla. Estuvo observándolo alrededor de veinte minutos. Escuchaba su respiración, contemplaba cómo la barba de la mañana ennegrecía sus rasgos y miraba sus cejas —las pobladas cejas de siempre—, que ni siquiera la almohada había despeinado. Le gustaba observar esos labios carnosos que hasta pocas horas antes, hasta que se durmieron, abrazados en la cama, le habían parecido tiernos y melosos. Y ya tenía ganas, otra vez, de volver a sujetarlos con los suyos. Y de volver a pinzarlos y a soltarlos. Y hacerlo otra vez. Y jugar a morderlos, como habían empezado a animarse en el sofá de la planta baja, antes de que Kim, con la seguridad que requería el momento, le cogiera la mano y le dijera ven.

Con dos dedos, tratando de no despertarlo, sólo para que notara una caricia, para que el sueño fuera más agradable o para que abrir los ojos resultara más tranquilo, recorrió su brazo. Con toda la suavidad que pudo, tan delicadamente como Kim la había tratado la noche antes. Con la punta de los dedos, jugaba a tocar su vello —mikado particular— sin llegar a la piel. Descubrió de nuevo la araña, que casi se había esfumado, de la cicatriz del accidente de moto de juventud. Los puntos nunca desaparecen del todo, para recordarnos nuestra fragilidad.

Cuando menos se lo esperaba, Kim, fingiendo que aún dormía, la sorprendió:

—Buenos días, guapa.

—Buenos días, Kim.

—¿Qué tal has dormido?

—¿A ti qué te parece?

—¿Bien?

—Mejor que en casa. —Laura lo despeinó con una mano—. Buenos días, señor Joaquim Ráfales.

Laura, finalmente, pudo hacer lo que hacía rato —y días y meses y puede que algunos años— que le apetecía mucho hacer: darle besos a Kim. Besos serenos para despertarlo. Besos de buenos días. Se lo había imaginado muchas veces. Y, de repente, le estaba permitido. Desde la noche anterior, lo que ambos pensaban, calladamente, que habría puesto en peligro su relación, ya no era fruto prohibido. Al contrario, el deseo se hizo carne. Las palabras quemaban y las manos, curiosas, descubrieron unos cuerpos nuevos. No querían ir con prisas, pero los labios y los dedos competían por llegar a todas partes. La grappa, en la lengua, era frescor. Erotismo y deseo y todo a la vez. Aprovecharon otro largo beso para desabrocharse la camisa. Kim, con pericia, acabó enseguida con la blusa blanca. En la camisa de Kim, Laura tenía más botones que desabrochar. Dejaron caer la ropa al suelo y, por un instante, abrieron los ojos. Se miraron sin ruborizarse. Estaban a salvo, por fin, como los niños cuando juegan. Seguros, tranquilos. Con una sola mano y un gesto seco de los hombros, Laura se quitó el sujetador, que también resbaló hasta el suelo. Antes de atreverse a tocar aquellos pechos firmes, más blanquecinos que el resto de la piel tostada, Kim se agachó para besarlos. Primero con tacto. Luego, como si le fuera la vida en ello. A continuación, puso toda su mente en ello, perdiéndose en el océano de sensaciones. Laura se mordía el labio inferior para no jadear y levantaba el cuello para que Kim lo rozara con la barba y bajara de nuevo siguiendo un recorrido que la hacía sentirse femeninamente protagonista. De pie, junto al sofá, se desabrocharon los vaqueros y, al mismo tiempo, dejaron que una mano lenta explorara —bendita búsqueda— en zona cálida. Se quitaron los pantalones y dejaron que, en el primer abrazo cuerpo a cuerpo, un roce ocasional los convirtiera en amantes apasionados. Se tumbaron sobre los cojines. Laura, sin decir ni una palabra, marcó cada secuencia, cada movimiento y cada gesto acompasado de aquel baile soñado. Era ella quien se humedecía mientras lamía su torso. Y, alterada, arqueaba la espalda para sentirlo mejor o para murmurarle palabras que jamás se habían dicho. Y le agarraba los muslos para que la fiera no se le escapara. Cuando consiguió apuntalarlo, encajaron sus cuerpos. Con cuidado. Y dejaron que se deslizara. Ora tranquilo, ora con fuerza, para disfrutar de todas las dimensiones. A partir de aquel momento, Laura agradeció que Kim supiera combinar la convicción con la poesía. Era justo lo que esperaba de él: el escozor mágico e infinito. El orgasmo de su vida.

Luego subieron a hacer el amor en la habitación principal de la casa. Puede que estuvieran en la *king size* de Kim más de una hora antes de caer rendidos.

Habían dormido juntos, como en Praga, como en Londres, pero en esta ocasión no habían dejado ninguna asignatura pendiente. Después de que Kim se despertara, Laura apoyó los pies en el suelo, se levantó y se dirigió, desnuda, hasta la alfombra que había delante del vestidor.

—Me encanta tu casa. —Miró a uno y otro lado, abriendo los brazos—. Y esta habitación...

—Desde allí verás el jardín. —Kim señaló la ventana con un dedo. Ella se acercó y cambió la inclinación de los listones de la persiana para mirar abajo.

—Una magnolia. ¿Tienes una magnolia? ¿Sabías que es mi árbol favorito?

—Para ser sincero, venía con la casa.

—Encuentro que tiene unas hojas tan brillantes y tan duras... ¿Florece?

—Sobre todo, huele bien.

—¿Y esa flor blanca tan...?

—Pregúntaselo al jardinero del Rafaeli. Él es quien se encarga...

—Kim... —Decepcionada por una respuesta tan propia de un hombre en un momento tan propio de una mujer—. ¿Sabes por qué me gustan? Porque tienen hojas todo el año. No me gustan los árboles que en invierno se quedan desnudos. Me parecen desvalidos, tristes. En cambio, la magnolia...

Kim seguía inmóvil. Miraba la silueta de Laura, que, a contraluz, en el alféizar de la ventana, le pareció una sombra chinesca perfecta. Ella se tumbó de nuevo en la cama, a su lado.

—Uno, dos, tres. ¿En qué estás pensando...?

—¿En qué estoy pensando? En ti.

—No, perdona. ¿En qué estás pensando, Kim?

—Ahora no es el momento.

—¿Cómo que no?

—Estaba pensando en qué hora será.

—Sí, hombre. Es la hora de comer de pasado mañana. Vamos, ¿en qué pensabas?

Laura se agarró a él. Le colocó un muslo sobre el suyo.

—¿Quieres saberlo?

A Kim le encantó ese calor.

—Necesito saberlo. —Laura aprovechó para estamparle un beso en el cuello.

—Pensaba en... —dijo lo que creía que Laura quería oír— en qué habría pasado si no hubieses metido el triple.

—¿Sinceramente? —Ella se le acercó al oído—. Puede que hubiésemos tardado un poco más, pero creo que habríamos acabado igual, los dos aquí. Y ahora no me digas que fue un golpe de suerte, que todo depende de una canasta.

—Yo no he dicho eso. —Se colocó bien y la abrazó—. Laura, Laura, Laura...

Después del fuerte abrazo, distinto a todos los que se habían dado antes, Laura tiró enérgicamente de la sábana hasta sacarla por los pies de la cama y obligó a Kim a tumbarse, bien alineado, con la cara enterrada en la almohada. Como si estuviera en una camilla de masaje, Laura le regaló besos por todo el cuerpo.

—Tú déjame.

Sin prisas, dulcemente. De un lado a otro, rompiendo la simetría del placer. Descubrió que Kim sentía escalofríos en la nuca y tenía cosquillas en los pies. Por lo demás, relajado, obediente, se dejaba llevar, sí. Cuando vio que estaba totalmente entregado, Laura le pidió que se diera la vuelta. Ella, con destreza, se colocó encima de él. El acoplamiento fue lento, profundo, respetuoso. Y cuando notaron un ardor insoportable, Laura empezó a cabalgar suavemente, en un vaivén acompasado, balanceándose con las caderas hacia delante y hacia atrás, dominio y parsimonia, para que ambos notaran todos los sabores. Dándolo todo. Con amor. Cuando se dio cuenta de que Kim estaba cerca del cielo, ralentizó el movimiento, se inclinó hacia delante y colocó los pechos sobre su cuerpo, ahora sí, ahora no, para que notara muchos puntos de contacto y el viaje fuera más largo. Y el placer más sideral. Él, con la experiencia de los cincuenta, supo esperarla.

No se separaron hasta que la respiración recuperó la normalidad. Luego se tumbaron, uno al lado del otro, mirando al techo, sin decir nada, pero con la necesidad, aún, de estar en contacto. Mientras se desudaban, la mano de Kim descansaba sobre el muslo de Laura. La de ella estaba a gusto sobre la cadera de un hombre que no recordaba un despertar tan pletórico en su casa. Estaba tan radiante, tan feliz por haber despertado al lado de Laura que sólo tenía ganas de reír. Sin embargo, se abstenía de hacerlo, para que ella no pensara que... No quería que una risa a destiempo delatara la satisfacción de quien cuelga el trofeo de caza en la cabecera de la cama. Para Kim, levantarse al lado de su amiga del alma era mucho más que eso.

Era hacer el amor con la persona que, quizá sin saberlo, siempre había buscado cuando entraba en la habitación 218. Era el sexo al que renunciaba para no poner en peligro la amistad. Era la mujer que siempre había echado de menos. Era, mira por dónde, el momento en que ya no había nada que perder. Era la gran oportunidad del resto de su vida.

—¿Estás leyendo éste? —Laura cogió el volumen de la mesilla de noche—.
¿Avenue of Mysteries?

—Sí, acaba de salir.

—Fíjate. Has pasado de las revistas de motos de la facultad a leer a John Irving...

—¿Qué quieres decir? —Dándose la vuelta y fingiendo sentirse ofendido.

—¿Sabes qué me gusta a mí de Irving? Que no tiene prisa por contar las historias, que crea un mundo y deja que fluya... Todo llega a su debido tiempo. —Antes de olerlas, pasó las páginas con el dedo pulgar, como el crupier de un casino—. ¿Y éste qué tal?

—Me gustó más *Una mujer difícil*. Pero —Kim tocó el punto de lectura— ya ves que acabo de empezarlo.

Laura dejó de nuevo el Irving en la mesilla, al lado de un despertador digital japonés que marcaba una hora imposible.

—Hay un proverbio árabe que me gusta mucho. —Ella, mimosa, mientras le peinaba las cejas con un solo dedo—. Un libro es un jardín que podemos llevar en el bolsillo.

De repente, Kim le cogió la muñeca, como si ocurriera algo grave.

—Yo nunca he tenido bolsillos tan grandes, Laura. ¡Son setecientas páginas!

Se rieron con ganas, se tumbaron boca arriba y siguieron contemplando los ángulos del techo.

—¿Quieres saber cuál es el proverbio de los Ráfales?

—Hombre..., claro.

—Del Rafaeli se sale mejor de lo que se entra.

Y volvieron a reírse.

—Tu padre siempre tiene razón. Me encanta Paco...

Tras unas manchas de silencio, Laura sintió la necesidad de enlazar con una conversación que se había quedado a medias.

—¿Recuerdas cuando ayer me dijiste que estaba igual que hace treinta años?

—Tienes razón. No era verdad. Cada día estás mejor. —Él volvió la cabeza para mirarla—. Y seguro que en cuanto al sexo ambos sabemos muchas más cosas.

—¿Y tú qué sabes, si no puedes comparar?

—Eso es verdad. Pero, mejor que lo de hoy, seguro que es imposible...

—Yo no estaba hablando de sexo, Kim, no despistes.

—Tú siempre has sido una mujer guapa. En la facultad ya lo eras.

—Entonces no te digo que no. Resultona, decía mi madre. Pero da igual... — Levantó la mano para que Kim comprendiera que no le había hecho perder el hilo. Laura necesitaba decirlo sin que la interrumpieran. En algún momento siempre nos hace falta alguien que nos escuche—. Para una mujer, hacerse mayor es horrible. La sensación de envejecer es una mierda. Sólo la peca sigue en su sitio. Allí, invariable. El resto se va restaurando como se puede. Anteayer, en su casa, hablamos de ello con Sira. Y no será porque ella no se haya cuidado y que no sea una doctora con mucha clase, pero me decía, nosotras, a partir de los cuarenta y cinco, ya está. Empezamos a caducar. Se acabó. Las arrugas no dan experiencia, todo es mentira. La menopausia será terrible. El declive llega de golpe y es devastador.

—Sois unas exageradas.

—No pretendas arreglarlo, no sabes de qué hablo. Cuando una mujer sigue siendo atractiva a nuestra edad, la miráis como quien mira a *Copito de Nieve*. Un fenómeno de la naturaleza. Como decía Sira, si han sido guapas, sufren aún más, porque, encima, han dejado de serlo.

—No es verdad, Laura. Tú eres una mujer muy guapa. Atractiva a los cincuenta. Y seguirás siéndolo a los sesenta y a los setenta...

—No sigas.

—Y sí, todos envejecemos, pero ya se sabe. No pasa nada. Nosotros, como tú dices, también caducamos.

—No es lo mismo. Sabes que no es lo mismo.

—Fíjate en mis ojos. Se han vuelto tristes, de ceniza, justo cuando veo las cosas más bonitas que jamás he visto. Te veo a ti, veo a mis hijos... ¿Qué más quiero? Cuando deberían brillar más que nunca, me veo en las fotos que me sacan para las revistas, o ni eso, cuando me veo en el espejo o en el retrovisor del coche pienso que...

—Eh, eh, eh... Kim, lo siento, pero no cuela. —No le dejó terminar—. Todos envejecemos, claro que sí. Pero tú tienes unos ojos bonitos, francos, inteligentes. ¿Y sabes qué? Esto nunca te lo había dicho... Intimidan un poco. Una mirada tuya siempre impone, aquí y en el Rafaeli. Pero da igual. Si pidiéramos a veinte personas que dijeran algo sobre tus ojos, nadie, absolutamente nadie, aunque no supieran cómo eran antes, nadie diría que son tristes. ¿Sabes qué veo yo en tus ojos?

—...

—Un hombre valiente.

Se dieron una ducha juntos. Jugaron a enjabonarse la cabeza y la espalda. Kim bromeó con otra peca que, hasta ese momento, no había detectado.

—Tantos años pensando que la peca que te daba personalidad era la de la cara y he tenido que llegar a los cincuenta para saber que había otra mucho mejor.

—¡Cállate!

—¿Qué es? ¿El premio? El tesoro para el que llega al final del juego...

—Serás...

Laura le quitó la alcachofa y le roció la cara como si fuera una pistola de agua.

Luego, bajaron al jardín.

A Laura le gustó sentir en los pies el frescor del césped regado. El resol entre los árboles, la sombra serena del patio y la fragancia de la humedad la devolvieron a Banyoles. Un olor casero.

—Una magnolia no es un árbol cualquiera. Sus hojas son distinguidas, ¿no crees?

—Eso ya lo dijiste ayer —gritó Kim desde la cocina.

—¿Qué es esto, el primer reproche? —Lo dijo en voz alta para que también la oyera.

Laura sacudió el borrajo de los pinos que había volado desde un jardín vecino hasta la única silla acolchada y se sentó. Pensó que sería la de Kim y que las otras dos serían las de Jana y Víctor. Le gustó imaginárselos a los tres, en una escena familiar, cada uno mirando su móvil y moviendo los dedos con entrenada destreza. Kim, silbando a Rachmaninoff sin saberlo, no tardó en salir con una bandeja llena que sostenía con las dos manos. Dos zumos verdes, dos rebanadas de pan tostado y unas virutas de pavo ahumado que había cortado con la máquina profesional que había comprado para la cocina.

—A esta hora no sé si estamos desayunando, comiendo o merendando.

—¿El sexo también te abre el apetito?

Dejó la bandeja encima de la mesa y la sorprendió, por detrás, con un largo beso en el cuello, debajo de la oreja.

—Tienes la piel más suave que jamás haya tocado.

—Kim... Menos cachondeo.

—Y me encanta tu perfume. —Sin apretar, le mordió un lóbulo sin pendiente.

—¿Ah, sí?

—¿Es un perfume nuevo?

—No lo sé. Si te digo la verdad, ni siquiera recuerdo su nombre. Me lo regaló un pretendiente muy guapo. Uno al que conocí anoche...

—¿Justo ayer? Qué suerte. ¿Y qué tal? —Kim se sentó junto a ella, en la silla de Jana.

—No lo sé. Ya lo veremos. —Laura tomó un trago del zumo de espinacas, apio, manzana y limón—. No me hago ilusiones. Tiene fama de haber conseguido siempre las mujeres que ha querido. Y jóvenes, ¿sabes? Cuando digo jóvenes quiero decir de esas que tienen la piel tersa de verdad.

—¿Qué me dices? —Adoptó su expresión más de crápula—. Si eso es verdad, envidia a ese tío.

—De momento, todo es muy reciente. No lo sé. Acabo de conocerlo. Ya te contaré. Como buen amigo que eres, te mantendré informado. Para que me entiendas, estoy a la expectativa. De momento... —se lo pensó y respondió con su mirada más provocadora— es un melón sin abrir.

—Joder, Laura, he oído mejores comparaciones. —Se acercó a ella para darle un beso de espinacas, apio y...—. Estás muy guapa. Aunque digas esas cosas, mi azul te queda muy bien.

Kim le había ofrecido el armario de Jana para que buscara algo que ponerse. Quizá encuentres alguna prenda que te quede bien, le había dicho. Pero Laura no se sentía cómoda con la idea. No le gustaba ponerse la ropa de una niña o de una chica o de una joven o de lo que fuera. De la hija de Kim, en una palabra. Prefirió ir a su

vestidor, revolver las camisas, escoger la más larga y salir al jardín, con los pies descalzos, con una camisa azul de hilo que le llegaba a las rodillas y una goma en el pelo, con la cola alta.

—Kim, ¿sabes lo que no me gustó de lo que me dijiste ayer?

—Ay. —Él levantó las cejas.

—Tranquilo. —Posó una mano sobre sus pantalones—. Que a los cincuenta ya tenemos más pasado que futuro.

—Es una verdad irrefutable.

—Por supuesto que sí. Pero el presente aún puede ser maravilloso. El amor a los cincuenta no es un premio de consolación. No son dos abuelos en busca de compañía.

Kim barrió con la mano el borrajo que había sobre la tercera silla, la única que estaba vacía, como si esperara a alguien más. Pero aquel domingo, en la casa de la calle Immaculada, querían estar solos. Era su día. Se lo habían ganado.

—El amor a los cincuenta —Laura no había dejado de pensar en ello— tiene muchas ventajas. Sabes lo que quieres y lo que no. Sabes lo que te gusta en la vida y lo que no estás dispuesta a volver a vivir. Llevas mucho lastre encima, sabes decir basta y sabes decir por aquí nunca más.

—¿Todo eso te lo ha dicho Sira?

—De todo eso me he dado cuenta yo sola, chico. ¿Qué tenemos tú y yo? Que lo sabemos todo del otro. Y que nos entendemos y sabemos qué nos gusta y qué nos fastidia. —Cogió una loncha de pavo con los dedos y se la llevó a la boca. Se la tapó para seguir hablando—. Yo ya sé, por ejemplo, que te has acostado con setenta mujeres y que has coleccionado amantes...

—Eso era antes. —A bote pronto, setenta le parecieron pocas, pero no era cuestión de discutir las estadísticas a mitad de partido—. Contigo es distinto.

—No te lo reprocho.

—A ti te quiero. Y me gusta estar contigo.

Laura fingió no haberlo oído, como si nada pudiera interrumpir sus oraciones, pero no sólo lo había entendido a la primera, sino que valoraba el peso de cada una de esas palabras. Letra a letra.

—Quiero decir que no tienes que darme explicaciones, Kim. Ya sé cómo eres...

—No del todo. Quizá no lo sepas del todo. Hay cosas que no se cuentan ni a tu mejor amiga. Y tú no sabes hasta qué punto has sido siempre tan especial para mí. ¿Sabes eso de, si vivieras de nuevo tu vida, qué cambiarías? El otro día fuiste tú quien habló del *what if*. Si yo volviera a vivir mi vida por completo, tengo claro en qué momento me equivoqué. No te habría dejado escapar cuando regresaste de Londres. Entonces debería haber abierto los ojos y haberme dado cuenta de que mi amiga de la facultad, la que un día me dijo con aire de suficiencia que de mayor sería un madurito interesante, la que estuvo a mi lado cuando murieron mis hermanos, la que decide jugar al básquet sin complejos en plena calle, la que usa este perfume que enamora y que no sé de dónde demonios lo ha sacado, en aquel momento quizá

debería haberme dado cuenta de que tenía que liarme la manta a la cabeza. Ahora me la suda haberme equivocado, porque tengo lo que quiero. Por supuesto que no somos un premio de consolación.

—Eres un encantador de serpientes, Kim. El mejor... —Laura se sentó sobre las piernas de Kim y se colgó de su cuello.

Notaba lo mágico y lo extraño que era a la vez, lo formidable y lo extraño que resultaba enamorarse de tu amigo del alma. Normalmente es al revés. Una pareja se enamora y el tiempo y la convivencia los convierten en amigos. Qué suerte había tenido ella. Qué suerte la de ambos por haber recorrido ese camino.

—Yo también te quiero. Muchísimo. Madurito interesante...

—Anda ya... —Se frotaron la nariz, como dos esquimales—. ¿Has jugado alguna vez a qué cambiarías si...?

—Mira... Un día decidí que es mejor mirar hacia delante que hacia atrás. No lastima. Y no podemos bañarnos dos veces en el mismo río. Ésa es una gran verdad. No podemos bañarnos dos veces en el mismo río porque el agua que fluye siempre es diferente, y nosotros tampoco somos los mismos. Todos crecemos, todos maduramos, las circunstancias son cambiantes y la realidad no es estable.

—Supongo que eso del río te lo dijo el filósofo de las aletas de rana.

—No, tontaina. —Lo pellizcó, con ganas—. Me suena que es de... Da igual, no lo sé.

Gastaron el domingo sin hacer nada. Llenaron la casa de palabras. Miraron fotos de los tiempos de la universidad y pusieron la vida en limpio. Laura, que no encontraba el momento de comentarle la oferta de trabajo que había recibido por correo electrónico, abrió el ordenador portátil que siempre estaba enchufado en la cocina y le enseñó un montón de animales que había visto en Australia —quoles, equidnas, dragones de Komodo— y que aquí ni siquiera sabíamos que existían. Hojearon un volumen gigante de Dalí, una reliquia con ilustraciones que era el único libro que Kim tenía en una mesa baja, a los pies del sofá. Se durmieron en los brazos del otro en una siesta de verano. Cuando se despertaron, la tarde derramó fuego y trabajaron minuciosamente sus cuerpos. Luego les apeteció un té frío con menta. Por la noche, tras una cata de pasta con parmesano —un solo plato, dos tenedores—, pusieron la televisión, se acurrucaron en el sofá e hicieron algo nuevo: comentar la jugada. Tras apagar el debate sobre unos supervivientes cutres en una isla desierta, salieron al jardín. La magnolia lucía la esperanza de su color. No hicieron planes. Era el mejor prelude para una vida nueva.

El lunes por la mañana, el calor del verano era insolente. Desde la cama, Kim llamó al Rafaeli para avisar de que no le esperasen, que estaría todo el día fuera del hotel con gestiones y reuniones. Mandó unos whatsapps a los niños. ¿Todo bien?

Hasta mañana, guapos. Luego quiso que Laura viera cómo apagaba el móvil. En casa, si no iba a utilizarlo, no había querido teléfono fijo.

—Tú, señor responsable. —Laura le acarició la barbilla—. ¿Ya sabrás quedarte en casa en un día laborable?

—Aún soy capaz de hacer cosas que pueden sorprenderte.

—¿Y a qué hora tendrás remordimientos? —Laura le pasó la mano por la papada—. Rascas...

Anabel, como todos los días laborables, metió la llave en la cerradura a las diez en punto. Una vuelta, dos, y, una vez dentro, cerró la puerta.

—¡Joder!

—¿Quién es?

—¡No está puesta la alarma! ¡Estoy en casa! —se apresuró a gritar Kim para que Anabel lo oyera desde el piso de abajo—. Anabel. No me acordaba de ella.

La asistenta —ecuatoriana, treinta y ocho años, todos los papeles en regla y los impuestos al día— era de una exagerada puntualidad tanto a la hora de llegar como a la hora de irse. Laura dio un brinco en la ducha.

—No pasa nada, tía...

—Sí, claro, pensará que soy una más.

—Que no, Laura, que a casa nunca ha venido nadie.

No se lo creía ni él, pero el ruido del agua ayudó a que no escucharan su mentira.

Anabel actuó con discreción durante todo el día, pero mientras limpiaba la cocina, ponía lavadoras, hacía la cama del señor y pasaba la aspiradora por cada una de las plantas, aprovechaba para estudiar a Laura de arriba abajo. Le habría gustado tener una camisa blanca, con cuello, sin mangas y de espalda atrevida como la que llevaba la amante del señor. Puestos a escoger, le molaban más, si cabe, aquellas bambas plateadas, acolchadas, que no le habrían servido para correr, pero sí para decirles a sus amigas tengo tanta clase como la señora de la casa. Laura tenía algo diferente. No recordaba que el señor se hubiera quedado un lunes entero en casa.

A las cinco pasadas, apenas cinco minutos después de que el marido de Anabel pasara a recoger a su mujer en coche, cuando Laura y Kim ya suspiraban ante la perspectiva de toda una tarde para ellos, sonó el timbre de la casa.

—¿Qué habrá olvidado esa mujer?

—Pero ¿no tenía llaves? Por la mañana ha abierto ella...

—Lo hará por no molestar. —Kim, que se levantó para abrir la puerta, conocía la falsa prudencia de las asistentas—. Para no pillarnos, ¿comprendes?

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso cree que nos ponemos a follar como adolescentes en cuanto nos quedamos a solas?

—A eso íbamos, ¿no?

Como un seductor de película, le guiñó el ojo, ella le dijo cállate, guarro, y se rieron de nuevo. Kim miró la pantalla del interfono.

—Qué raro. —Pulsó el botón para abrir la puerta del portal—. Es Elsa.

—¿Elsa?

Laura se cercioró de que estaba visible para recibirla y que no se llevara la sorpresa de encontrársela allí, instalada, como la señora de la casa.

Kim quitó el pestillo y fue al encuentro de su hermana.

—Kim, ¿dónde te habías metido...?

Desde lejos, vio que en su cara había una expresión de gravedad. Y sus ojos estaban empañados.

—¿Qué pasa, Elsa?

Su hermana se abrazó a él.

—¿Qué significa esa cara?

Lloró mucho. De tristeza, por los nervios, por el susto que llevaba encima. Sólo fue capaz de decir:

—Papá, Kim...

—Pero... Elsa...

Ella, con los sentimientos atragantados, no podía decir nada. Kim sólo entendía: ya no es necesario que corras. Y él, como hermano mayor, la consolaba, intuyendo la gravedad. Laura respetó el abrazo íntimo entre familiares. Se dio cuenta de que debían desahogarse juntos. A solas. Los hijos de Paco. Cuando no pudo soportar más la pena, se acercó a ellos y les pasó la mano por la cabeza a ambos. Viendo lo desolados que estaban, les acarició el pelo. Poco a poco, trató de hacer las preguntas que Kim, abrumado, no podía hacer. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no nos habéis avisado antes?

Había desayunado lo de siempre, a la misma hora de todos los días, con el periódico al lado. Un huevo pasado por agua, zumo de naranja y una tostada con un poco de mermelada sorpresa. Le habían servido una muy sabrosa, de arándanos. Había paladeado su dulzor con los ojos cerrados, sin saber que sería el sabor que lo acompañaría hasta su última hora. Bajó a recepción para dar los buenos días sin comentar que le dolía algo, sin que ninguno de los que había saludado —dos recepcionistas, un maletero, un botones, el de seguridad con ganas de que acabara su turno— detectara ninguna señal que hiciera pensar en el fin de nada. Todo lo contrario. Las últimas palabras que oyeron decir a Paco Ráfales fueron vigorosas.

—¿Sabéis por qué el Four Seasons de Londres es el mejor hotel del mundo? —Se subió los pantalones antes de responderse a sí mismo—. Porque todos los días cambian el ramo de flores más bonito que jamás hayas visto, que es el que está en la entrada. A partir de mañana, me gustaría que en el vestíbulo del Rafaeli hiciéramos lo mismo. Quiero el mejor ramo del mundo, todos los días.

Las chicas de recepción pensaron pues dígaselo a su hijo, o a Elsa, pero sin embargo le devolvieron la sonrisa antes de contestarle claro que sí, señor Ráfales. A partir de ese momento, nadie lo vio tomar el ascensor. Nadie se fijó en él. Hasta esa

hora del lunes, 25 de julio de 2016, era un día normal. En el interior de la cabina, Paco se mareó. De repente, estaba empapado en sudor. En cuanto se abrieron las puertas de la quinta planta, una punzada seca en el corazón lo lanzó al suelo. Intentó agarrarse a la pared, pero se cayó. La opresión era insoportable, el peso que sentía en el pecho le subió hasta la mandíbula y traspasó cualquier umbral de dolor conocido. Nunca había sentido un dolor parecido. En los diecisiete segundos que ya no podría explicar a nadie, pasaron por su mente seis motivos para vivir. Kim, Elsa, sus cuatro nietos. Y el Rafaeli cinco estrellas. Vio, fugazmente, el cirio de un bautizo con el abuelo Francisco (sostenía a un niño en sus brazos). Àlex y Roger en un marco para fotos. Un cartel de La Fenice. *La Fornarina* saliendo del puerto. La *zia* Mina y Rómulo y Remo succionando sus pechos. Maria, perdóname por la Laborde. El horizonte a veintidós kilómetros. La fachada del paseo de Gràcia con las luces de Navidad. Un baile con Laura. Su primera bicicleta. El rumor del bufet abierto del Rafaeli a la hora del desayuno. Un avión que llegaba de Praga. Los dedos del pianista, desenfocado, sobre las teclas negras. Alguien que cantaba, alguien que gritaba, alguien que lloraba. Intuyó a Dios, que asomaba la nariz. En el epílogo de las alucinaciones oyó, con sordina, unos timbales antes del telón definitivo. Como si el sonsonete llegara cada vez de más lejos. Como si...

No le fallaron las ganas de vivir. Tan sólo una mala jugada del corazón, en el momento que consideró oportuno, detuvo su tiempo.

Las cámaras de seguridad dieron fe de ello. Paco no tuvo fuerzas para nada más.

Se había desabrochado el botón del cuello de la camisa y, en un último gesto, se aflojó el nudo de la corbata verde de los lunes.

ÉL TAMBIÉN FUE JOVEN

Para complacerlo, siguieron sus instrucciones. Pensaron que, aunque estuviera muerto, le habría gustado que cumplieran sus deseos al pie de la letra. Kim sabía que, en alguna parte, su padre habría dejado escrito un guion que habría que seguir al detalle. Sin tener que pensarlo demasiado, Elsa adivinó que en la caja fuerte de su despacho del hotel encontrarían un sobre. El sobre. Lo descubrieron debajo de todo, oculto por un legajo de escrituras de compraventa de pisos y de constitución de empresas. No tenían ninguna duda de que aquél era el tesoro que estaban buscando con el corazón encogido y la necesidad en los dedos. La letra torcida, inclinada hacia la derecha, como si soplara viento de poniente, era la suya. Estaba escrito con rotulador naranja, como todas las notas que siempre les dejaba su padre desde que iban a la escuela. Era su toque de artista. El rotulador naranja, las corbatas de colores. En la parte exterior había dos líneas.

Para Kim y Elsa.

Para abrir enseguida cuando ya no esté.

El humor de su padre les hizo llorar. Rasgaron el sobre con cuidado, con voluntad de no romperlo, y empezaron a leer un manual póstumo que les había escrito no sabían cuándo. No podían adivinar si una semana, diez meses o quince años atrás. En la carta —escueta, directa, meditada— ni siquiera había una fecha. Y entonces, mientras leían esas doce líneas a cuatro ojos y en voz baja, fue cuando Kim se quedó boquiabierto. Cuando creían que Paco Ráfales ya no podría sorprenderlos con nada, así de bien lo conocían, de repente les pedía que no lo enterraran junto a su madre. Su padre había tenido otra idea. Una ocurrencia para el día después del funeral o —literalmente— para cuando ya lo hubiesen convertido en polvo y sus cenizas se hubiesen enfriado. En eso les daba margen. Aunque les supusiera algún sacrificio, era la última voluntad de su padre, qué le vamos a hacer. Se miraron y pensaron que no era el momento de hacerle el vacío.

—Un Ráfales en esencia —dijo Laura cuando ya llevaban más de cuatro horas navegando—. Todo muy profesional. Todo muy pensado. ¿Nunca dejáis nada a la improvisación?

Jana le cogió la carta de las manos. Acababa de descubrir que existía aquel escrito y quiso conocer las últimas voluntades de su abuelo. Víctor la pinchó para que la

leyera en voz alta.

—Que no, pesado —respondió secamente, antes de secarse con la manga de la camiseta.

—Qué maja la Laborde, ¿verdad?

Kim desvió la atención para que su hija se emocionara a gusto.

—Sí. —Elsa, lacónicamente, mientras se untaba de nuevo la cara con el protector solar de sus gemelos. Los niños se habían quedado en casa. Demasiado pequeños para que pasaran diez horas en alta mar. Cinco de ida, esparcir las cenizas, y otras cinco de vuelta.

—Ha sido todo un gesto que viniera a despedirnos al puerto.

—Y el detalle de llevar un ramo idéntico al que papá le regalaba siempre, esperándola en la puerta, después de una función. Qué mujer, la Laborde.

—Hoy parecía una diosa, vestida totalmente de negro.

—Esas túnicas así, con esa caída, sólo las hacen para las cantantes de ópera, ¿verdad? —preguntó Laura—. Muy pronto también voy a necesitar una...

—¿Tú? Pero qué dices.

Kim le habría dado un abrazo, pero delante de los niños se abstuvo de hacerlo.

El patrón de la barca, un hombre discreto que se limitó a dar su precio y no quiso advertirles que estaba prohibido echar cenizas al mar, no fuera que perdiera un alquiler de un día —a tanto la hora, cobro anticipado—, asomó de repente la cabeza para avisarles con un grito:

—Por las coordenadas que me han dado, debe de ser más o menos por aquí.

—Gracias, capitán —dijo Miquel Angulo, el marido de Elsa.

El mar —espejo perfecto— estaba en calma. A simple vista, no se divisaba ninguna otra embarcación cerca. Más o menos, en aquel radio era donde habían localizado a Àlex y a Roger. Más o menos, en aquel trozo de mar sin principio ni fin era donde el contenedor había embestido a *La Fornarina* y buenas noches para siempre. Más o menos por allí, en el canal, a medio camino entre Barcelona e Ibiza, dos jóvenes vidas a la mierda. Todos pensaron en ellos, pero nadie los mencionó. Había que evitar flaquear más. No era propio de los Ráfales. Paco les había pedido, en un texto que no permitía ninguna otra interpretación, que él, que no había vuelto a mirar nunca más el mar desde que le había arrebatado a sus hijos, quería, en ese momento, volver a él a ciegas. Justo al lugar del accidente. Y allí estaban —más o menos allí—, en un mar convertido en una balsa de aceite, como si la naturaleza fuera consciente de la ocasión. Y allí estaban, todos de pie, listos para el ritual. Elsa y Miquel, Jana y Víctor, y Laura, que se había quedado dos pasos atrás para no parecer de la familia. Kim, que había entrado en la cabina, salió con la urna en las manos. El patrón, que comprendió lo delicado del momento, paró el motor.

—¿No deberíamos ponernos una camiseta? —dijo Miquel—. Creo que esparcir las cenizas así, en bañador y biquini...

—Estamos en alta mar, a primeros de agosto. ¿Qué quieres? —le respondió Elsa —. ¿Qué crees que llevaría hoy tu suegro?

Kim se acercó al mar, por popa.

—No pensarás tirar la urna al agua, ¿verdad, papá?

—¿Qué pasa? Es biodegradable. La pedimos biodegradable, ¿no? —Vio las caras atónitas a su alrededor—. De acuerdo, de acuerdo... Lancemos las cenizas, entonces.

Jana y Víctor se cogieron de la mano. Víctor le tendió la otra a Miquel. Miquel a Elsa. Y Elsa hizo el gesto para que Laura se acercara y le diera la suya mientras Kim le quitaba la tapa al recipiente y, muy despacio, lanzaba los restos de Paco Ráfales al agua. Con Àlex y Roger. Como él quería.

—Bueno, papá... Muchas gracias. —Se aclaró la garganta—. Muchas gracias por todo. Lo has hecho muy bien. Y no era fácil.

Tapó la urna, la recorrió con el dedo como si estuviera acariciando el brazo de su padre y miró a los demás. Se dio cuenta de que Laura se había emocionado pero intentaba fingir que estaba bien.

—¿Queréis decir algo más?

—Te echaremos de menos, abuelo... —A Jana le salió de dentro, ahogando un sollozo.

Elsa negó con la cabeza, estremecida.

—Quizá podríamos rezar un padrenuestro.

—¡Por favor, Miquel! Mi padre no...

—¿Qué pasa? Un padrenuestro, por si acaso. —Insistiendo, con ciertas dudas—. No le hará daño a nadie.

—Miquel, te he dicho que... —Elsa dejó la respuesta en el aire—. Tengo una idea mejor. No me acordaba, qué tonta.

Corrió hacia dentro y, en un santiamén, volvió con un cedé que aún estaba envuelto en papel de seda.

—Es el que te regaló papá el viernes, por tus cincuenta años.

Se lo puso en las manos a Kim, que, de repente, sintió mucho no haberlo desenvuelto.

—¡Dios mío!

Le invadió la intriga por saber cuál era la música de su vida. Se había entretenido a abrir los regalos de todo el mundo menos el de su padre. Demasiada confianza. Y, al mismo tiempo, lamentaba no haberlo abierto delante de él y haberlo comentado juntos. Qué rabia.

—Qué bueno, Elsa. —Laura, con la carne de gallina, como toda la familia—. Qué buena idea has tenido llevándotelo.

Los dedos de Kim rompieron el papel, con desasosiego.

—Vaya, Renato Carosone.

—¿Qué es, papá?

—Canciones italianas.

—Dámelo, vamos a ponerlo.

Cuando lo abrió para sacar el disco se dio cuenta de que Paco le había dejado una tarjeta con una dedicatoria. Escrita con letra muy menuda, de color naranja, como siempre.

—Joder, de sorpresa en sorpresa.

Recuerda siempre, querido Kim, que los de nuestra quinta también fuimos jóvenes. Tú aún lo eres. A los cincuenta puedes empezar todo. Aprovéchalo.

Y firmaba *tu padre*. A secas.

Los niños salieron corriendo para poner a Carosone mientras Elsa giraba los altavoces hacia fuera. Volvieron a cogerse todos. Pero ahora por los hombros, para escuchar *Questa piccolissima serenata*, como si fueran sus responsorios. Los de Paco Ráfales. Su padre. Su abuelo. El elegante hotelero del paseo de Gràcia de Barcelona.

—Él también fue joven.

Cuando terminó la música, nadie tenía ganas de decir nada. Cada cual se aisló en su silencio. Con la necesidad, íntima, de volver a él. La tranquilidad del mar, en azul eterno, ayudaba al momento privado y a los recuerdos de Paco. Cada uno con los suyos. Elsa miraba el cielo y volaba de nuevo a Ámsterdam, la primera vez que se subió a un avión para acompañar a su padre a la inauguración de un hotel. Jana se veía abriendo regalos en el piso de los abuelos, con el olor a escudella del día de Navidad. Víctor, sentado a los pies de su abuelo, intentando zafarse de él para que no siguiera haciéndole cosquillas clavándole la barbilla en sus pequeñas costillas. Qué bien se le daba. Miquel Angulo se veía al lado de Paco, enseñándole —cosas de yerno— cómo crear un grupo de whatsapp. Kim, apretando con fuerza los ojos, recordaba a su padre en el Rafaeli, en la mesa de su despacho, en recepción, supervisando las obras, mirando balances, dando la propina de Año Nuevo a los empleados que se lo merecían, enderezando los lomos de los libros de la biblioteca o, cuando era más joven, regando las plantas del jardín de su madre. Sin embargo, todos los pensamientos sobre su padre lo situaban en el hotel. No acudía a su mente ni una sola imagen fuera del Rafaeli. Para Laura, Paco Ráfales era volver a ese baile, en la fiesta de la felicidad, el día antes de a. d. a. Siempre ese baile. *Moonlight Serenade*.

El patrón, con el estrépito que hizo el motor al arrancar, decidió dar por finalizado el duelo.

En cuanto el barco recuperó los doce nudos de velocidad, Elsa dijo que había traído unos bocadillos preparados y preguntó quién se apunta. El viaje les había abierto el apetito y bajó a poner los triángulos de jamón york y queso en la biquinera,

para quien quisiera comérselos calientes. Después de la comida-cena, Jana y Víctor se tumbaron en cubierta a tomar el sol. Al cabo de un rato, Kim se sentó entre los dos.

—A ver quién sabe una cosa... ¿Quién me dice primero a qué distancia está el horizonte?

—¿Qué quieres decir? —Jana, incorporada, jugando con un palo de selfi con su móvil en el extremo.

—¿Hasta dónde os alcanza la vista?

—Ay, papá, yo qué sé...

—Me lo explicó el abuelo. A veintidós kilómetros.

—Habría molado más que la Tierra no fuera redonda y que hubiera un final. Un corte y para abajo.

—Pero ¿qué dices, Víctor? —Jana reprendió a su hermano.

Kim quería llegar a la conclusión del razonamiento.

—El horizonte está en nuestros ojos, acabó diciéndome el abuelo cuando yo era pequeño. El horizonte está en nuestros ojos. Vaya lección, ¿eh? —Kim posó la mano en la nuca de Elsa—. ¿A ti no te lo dijo?

—No... Bueno, no lo recuerdo. Puede que sí.

—¿Nos hacemos una foto juntos? —dijo Jana, balanceando el palo de selfi.

—La saco yo... —Laura se ofreció mientras Miquel Angulo y los cuatro Ráfales que quedaban en el mundo posaban.

Harto de sol, Kim entró en el yate, se sirvió un vaso de naranjada y se dejó caer en el sofá rinconero de piel reblandecida.

—*Are you ok?*

—Sí.

—Todo ha salido bien.

—Sí.

—¿Quieres estar solo?

—No, no... Un día tranquilo, sí. Lo cierto es que esta salida, con todos, ha estado bien. Esta serenidad en alta mar debe contribuir a ello.

—Pero...

Laura sentía que debía socorrerlo.

—Pero... No acabo de asumir que hayamos lanzado las cenizas de mi padre...

—Es muy extraño, sí.

Laura posó una mano sobre el muslo de Kim.

—Todo ha sido muy rápido.

Él la miró a los ojos.

—Has sido valiente, Kim.

—Esta vez no me he mareado. Tienes razón. —Sabía perfectamente que Laura no se refería al vaivén de la embarcación—. Por suerte me he comido una tortilla de

biodraminas para desayunar, porque a mí, este olorcillo...

—Kim. —Laura iba a lo suyo—. Una cosa, Kim. ¿Adivino si digo que tú no habías vuelto a subirte a una barca desde la muerte de tus hermanos? ¿Verdad que no?

No pudo responder. Apretó los labios con fuerza. Laura se dio cuenta de que los ojos de Kim se empañaban. La impresionó ver a un hombre duro como una roca llorando a sus cincuenta años. Le dolió ver que el hombre que amaba aún seguía reprochándose, treinta años después, no haber ido a Ibiza y haber mandado a Roger en su lugar. Levantó la mano de su pierna, cogió la de Kim y la apretó con sentimiento.

—Has sido muy valiente —repitió Laura, en voz más baja—. ¿Lo oyes? Mucho.

—Qué remedio. —Él levantó las cejas de ¿qué quieres?—. Ha sido la voluntad de mi padre. Lo ha dejado todo por escrito. Por suerte, lo ha dejado todo por escrito.

—Un Ráfales auténtico hasta el último detalle.

—Decía, y lo sabía muy bien, que ni Elsa ni yo nunca habíamos vuelto a subirnos a una barca, en la carta decía que entendía nuestro sacrificio y nuestro esfuerzo, pero que él había decidido, hacía muchos años, que cuando sus cenizas se hubieran enfriado... Da igual. Lo hemos hecho como él quería y debemos estar contentos.

—Lo habéis hecho a la perfección. —Laura quiso distraerlo—. El hermano de Paco, el tío de Roma, ¿aún vive?

—Él sí. Quien la diñó hace tiempo es el cactus.

—¿Quién es el cactus?

—La *zia* Mina. —Kim sonrió—. Papá la llamaba así. La mujer-cactus. No sé de qué murió... Debía pincharse por dentro. O debía pudrirse de envidia.

—¿No han venido al funeral? Es extraño.

—Él, de hecho, llamó. Telefoneó por si venían... ¿Y sabes qué le dijo Elsa? No te lo pierdas. Haced lo que queráis, tío, yo no os lo puedo prohibir, pero que sepas que no seréis bienvenidos.

—Y captaron la sutileza, supongo...

Laura se rió.

—Sí, sí... Muy sutil. No veas cómo es Elsa cuando saca el genio.

—No seréis bienvenidos. A mí me dicen algo así y... Vaya con Elsa Ráfales.

Kim cogió la revista de papel cuché que debía de haber dejado abierta encima del sofá alguien que la habría leído antes y, maquinalmente, empezó a pasar sus páginas. Siempre le había gustado ver las casas de los ricos. Cuando la cerró, se dio cuenta de que Laura lo estaba observando, que esperaba que terminara de mirar las fotos y que tenía algo que decir. Por el leve movimiento de sus párpados, comprendió que se trataba de algo importante.

—¿Qué pasa?

—He estado pensando, Kim. Me cuesta decirlo, pero dentro de una semana debería irme.

—¿Irte? ¿Adónde?

—Me vuelvo a Australia.

—Sí, claro...

—Te lo digo de verdad. Me han ofrecido un trabajo en la universidad que llevaba muchos meses esperando.

Kim cambió el rictus cuando se dio cuenta de que Laura no le estaba vacilando.

—Iba a decírtelo en tu casa. En cuanto llegué a Barcelona recibí el correo electrónico, pero llamó Elsa, ha pasado lo que ha pasado y...

—Pero, Laura... Podemos hacer un cambio de planes.

Ella dijo que no con un leve movimiento de los ojos.

—Me ha encantado venir para tu aniversario, y hemos estado bien juntos y creo que hemos hecho algo que nos debíamos...

—Y que ha estado bien. Muy bien. ¿O no?

—Sí, sí, muy bien. Muchísimo. Y lamento mucho la muerte de tu padre, pero, a pesar de todo, también me ha gustado estar aquí, contigo, en este momento, para pasar estos días a tu lado, peor ahora, precisamente ahora se te viene encima un montón de trabajo en el hotel que ni te lo imaginas. Sin tu padre tendrás que coger las riendas, deberás ser tú quien lo haga todo...

—No, no, Laura, no te equivoques. Las riendas, como dices tú, las llevaba yo desde hace tiempo. Elsa y yo. Y el hotel funciona solo. Hay un buen equipo. Por eso no debes preocuparte. No me pongas a mí y a mi padre como excusa...

—Tú ya me entiendes... Quiero decir que el Rafaeli es tu prioridad. Yo sé lo importante que es para ti el trabajo.

—¿Y me lo dices tú? Eres tú, Laura, quien viene y me dice que te vuelves a Australia por un trabajo en la universidad. ¿Qué pasa? ¿Te han nombrado decana? ¿Rectora, quizá?

—No me mires así, Kim.

—No te miro de ninguna manera...

—Sí, claro. Los ojos te delatan. Siempre te han delatado.

—Pero, Laura, mujer... —Trató de adoptar la expresión más neutra posible. En aquellas circunstancias, le costaba—. Perdona, no quería decir que... Seguro que el trabajo que te han ofrecido es muy importante. Pero ¿qué quieres que digan mis ojos? ¿Qué quieres que diga yo? Sencillamente, que no lo entiendo. Te tengo a ti. Te tengo aquí. No me creo que hayas venido sólo para felicitar me. No se viaja veinticuatro horas en avión por una fiesta sorpresa.

—Hombre, Kim, no me digas eso... Yo lo he hecho por ti, y con mucho gusto. Y volvería a hacerlo. Y han sido cuatro días de una... —Buscó la palabra en el techo—. De una intensidad que no se olvida.

—¿Y no puede ser así todos los días? Intensidad, fogosidad, felicidad. ¿Qué más quieres?

—Reconozco que quizá no he elegido un buen momento para decírtelo.

—No te confundas, nunca será un buen momento para decirme que te vas.

Jana entró bruscamente, fingiendo que no estaba escuchando, que no veía y que no miraba.

—¿Es que no me oyes, papá?

Kim y Laura dieron un brinco en el sofá, para separarse.

—Te he llamado tres veces.

—No te he oído, perdona, guapa. ¿Qué pasa?

—Pues que nos falta uno para jugar al Scrabble por parejas. La tía Elsa y Víctor forman un equipo. Y necesito a alguien que quiera jugar conmigo...

—Díselo a Miquel, hija.

—El tío pasa, dice que no quiere hacer el ridículo. Vamos, papá... ¡Venga!

—Forma pareja con Laura, mujer, seguro que ganarás.

—¡Perfecto!

Jana, ilusionada, extendió la mano para arrancar a Laura del sofá y llevársela afuera.

—De acuerdo —respondió Laura resignada, como si le hiciera ilusión. Le chocó esos cinco, como solía hacer con su equipo de básquet, pero se quedó sentada.

—Preparad el tablero, ahora voy.

Jana salió, vacilando, convencida de haber hecho su fichaje ganador.

—Papá no juega, yo voy con Laura.

Rabia rabiña.

—Sí, claro.

De fondo, se escuchó la queja de Elsa.

Cuando vieron que se habían quedado a solas, Laura le hizo un reproche a Kim.

—Tú sí sabes delegar.

Después, se abrazó a él.

—Te quiero. Lo siento.

Y le dio tres besos, en el mismo lado.

Kim también bajó el tono, sin soltarla. Sin dejar de abrazarse, le habló, mejilla contra mejilla.

—¿Puedo hacer algo para que lo reconsideres? —Le dio tres besos, aún más breves—. ¿Puedo decir algo que haga cambiar de parecer a esta Laura Altimira terca como una mula?

—Puedo esperar un día más, o dos. Pero me vuelvo a casa, Kim.

—¡Laura! —gritó Jana desde fuera, con todas las letras boca abajo.

—A pesar de todo..., yo también te quiero, Laura.

—¿Qué significa a pesar de todo? —Fingió sentirse ofendida, forzó una sonrisa, se levantó y salió a ganar la partida. Una tras otra. Con Jana formaban un tándem invencible.

Kim se quedó sentado en el sofá, mirando a lo lejos a través del ventanal. Sin proponérselo, se echó una larga siesta. El agua en sordina, las risas de la partida, de

fondo, y el rítmico balanceo de la nave contribuyeron a ello. Eran unos días en que dormía poco.

Llegaron a puerto antes de que el azul del mar virara a negro.

Y TAPÓ LA HOJA CON LAS DOS MANOS

Tardó setenta y cinco minutos en plantarse desde el paseo de Gràcia a la Cerdanya. Al día siguiente, después de tanto mar, Kim necesitaba el verde después del azul. Kim necesitaba montaña y la serenidad de un cielo cercano. El frescor del verano, al atardecer, podía venirles bien para desintoxicarse de los días de abrazos de tanatorio y gestiones a contrapelo. Laura le había dicho que no conocía la Torre del Remei, un cinco estrellas de once habitaciones de lujo en un palacete modernista que, antes de las reformas, había estado cerrado muchos inviernos, enterrado por hojas e historias de la guerra civil. Ella tenía sentimientos encontrados al respecto. Dijo que le parecía bien si se trataba de estar un día allí, pasar la noche y volver. En cierto modo, podía ser la despedida antes de irse a Canberra. Con entusiasmo, Kim argumentó que se podía ir y regresar en dos días, que con la autovía y el túnel del Cadí era un viaje de nada, que no se tardaba mucho más de una hora y media de un hotel a otro. Puerta a puerta.

En el trayecto de Barcelona a Puigcerdà, Kim explicó todas las paradas e hitos de su padre cada vez que viajaban al valle. En otros tiempos, en Sallent había una gasolinera en la que tenían un mono que se la pelaba en una jaula. A Àlex y a Roger les hacía mucha gracia. En Manresa, su madre había tenido unas primas de la rama Angerri, aunque no sabía qué había sido de ellas. En Berga, el tío Joan había montado una fábrica para empaquetar harina. A Vilada iban para comprar unas galletas muy duras de roer. En Cercs siempre se paraban en la misma panadería para comprar una coca artesana que luego devoraban con fuet o con alioli de membrillo. Kim no pudo evitar reírse al pensar en *Cocu*, el perro del panadero. Era un perro faldero de nariz respingona, tan enroscada hacia arriba que a todos les hacía mucha gracia. En el cruce de La Molina, que dejaron a mano derecha, recordó que su padre se había cargado los ligamentos esquiando fuera de las pistas cuando él aún no había nacido.

En la Torre del Remei les dieron la habitación Pla de la Boira. Sin embargo, a principios de agosto, ni rastro de niebla. La atmósfera era tan nítida que, desde el balcón, les permitía ver hasta el otro lado de un valle abierto y luminoso. El hotel estaba lleno de norteamericanos que llegaban a media tarde, exhaustos, después de haber hecho excursiones en bicicleta de montaña. Ellos dos decidieron hacer la ruta a pie. Kim conocía algunos atajos para bajar desde el pueblo de Bolvir, y, desviándose por unas casas antiguas —piedra fría y techo de pizarra—, llegar hasta Fontanals, en

medio del llano. Hablaron de Paco, y de los árboles o los rastrojos que encontraban a su paso, de cómo se diría cencerro en cinco idiomas diferentes, de animales extraños que Laura había visto en Australia y que no sabían que existieran. En la conversación salieron Jana y Víctor y las reuniones con sus maestras, las moscas de las colas de unas vacas adormiladas, las aplicaciones que uno y otro tenían en el móvil y, de vez en cuando, alguna anécdota del Rafaeli. Ella se estremeció al oír que, un día, un cliente ruso se presentó en recepción con una bolsa de basura llena de billetes y les preguntó si podían guardársela, porque en la caja fuerte de la habitación ya no le cabían más.

A ratos, Kim y Laura caminaban agarrados del hombro; en otros momentos entrelazaban las manos y, según y cómo, se dejaban llevar y avanzaban con la mirada perdida en el prado que los estaba esperando.

Sin embargo, no tuvieron *la* conversación.

Nadie fue el primero en abordar la conversación que ambos sabían que había quedado pendiente, y que tarde o temprano deberían tener. Quizá la guarde para el hotel, por la noche, pensaba Kim. Quizá mañana, mientras desayunamos esos huevos revueltos con caviar que tanto me ha recomendado, apostaba Laura, que tenía mucha sed cuando entró en la habitación.

—¿A qué hora bajaremos a cenar?

—Antes de las nueve, si te parece bien. He dicho que reservaran mesa para menos cuarto. ¿La caminata te ha abierto el apetito?

—Dicen que la montaña abre el apetito —dijo Laura—. ¿Qué haces?

—No mires, mujer...

Kim, sentado frente al escritorio que había al lado de la chimenea modernista, tapó el papel con la mano.

Laura, juguetona, lo cogió por los hombros y trató de asomar la nariz por encima para descubrir qué estaba escribiendo. Sólo alcanzó a ver que estaba utilizando el papel de carta del hotel.

—Vamos, Kim...

—Que no.

—¿Son ideas para el Rafaeli o es una carta para mí?

—Te digo que no copies, pesada.

Soltó el lápiz y tapó la hoja con las dos manos.

—¿Acaso crees que estamos en la facultad? —Descalza por la *suite*, se dirigió al minibar, oculto en un mueble del recibidor, en busca de un té frío—. Nos vamos a la montaña, me pides que te conceda dos días, nos encerramos en la habitación y te pones a escribir...

—Pero si hemos estado caminando tres horas, Laura... Hemos bajado desde aquí hasta Fontanals y hemos vuelto. Hemos recorrido todo el llano de la Cerdanya, que cuando regresas no es tan llano...

—Abuelo... ¿No será que resoplas desde que tienes cincuenta?

—Nunca había estado tan en forma como ahora. Nunca. Y no estoy escribiendo.
—Dio unos golpecitos en el escritorio—. Estoy dibujando.

—Pues peor aún. ¿Ahora te ha dado por dibujar? Te ha inspirado el paisaje... Oye, no hay Nestea. —Con una rodilla apoyada en el suelo, Laura empezó a sacar las botellitas que había en la parte delantera del minibar para comprobar que no estuviera escondido detrás—. Tónica, aguas, dos zero, zumo de piña, zumo de naranja...

—Te estoy dibujando un cerdo.

—¿Quieres el zumo de piña?

—Si no lo quieres tú... Por favor.

—¿Qué decías?

—Un día, en la facultad, me dijiste que dibujara un cerdo. ¿Te acuerdas?

—Hombre, tu famoso cerdito...

—¿Pretendías que hiciera el ridículo?

—No, perdona, era un test psicológico. Era una forma de conocer a un chico que pensaba que tenía algo. —Laura lo reconsideró—. Enigmático, sería la palabra.

—No recuerdo qué salió, sólo sé que me quedé con una expresión de todo lo que llegaste a decirme.

—¿Ah, sí?

—Algo así como... emocionalmente ingenuo. ¿Y qué pensé yo? ¿De qué, moreno? Me llamaste emocionalmente ingenuo y te quedaste tan a gusto. Allí, en el bar, delante de todo el mundo.

—¿Y no lo eres?

—¿Te lo parezco?

—Ahora... puede que no.

Laura le dejó el zumo de piña sobre un posavasos para no manchar la madera.

—Gracias. —Instintivamente, Kim volvió a tapar el dibujo con la mano abierta—. Dices que ahora no. ¿Y entonces?

—¿Tú qué crees?

Kim Ráfales no quería pensar en ello. No le gustaba imaginarse, a los dieciocho años, en una facultad en la que se matriculó porque su padre le dijo que algo tenía que hacer y, al menos, hablaría idiomas.

—Mira, déjame terminar mi obra de arte, aprovechando que estoy inspirado, y luego te lo explico.

—¿Pues sabes qué te digo, chico? Que voy a darme una ducha antes de bajar a cenar.

Kim se volvió para mirarla. Puede que ya se hubiese quitado la ropa.

—¿Quieres que mientras tanto diga que te suban un Nestea? Aquí te lo traerán enseguida. Estamos en el mejor hotel del país. —Al oír el chorro del agua del grifo del jacuzzi, gritó—: Esto no es el Rafaeli. Aquí se desviven por los clientes.

En el restaurante los sentaron a ambos mirando hacia fuera. Les habían preparado la mesa redonda que estaba más cerca de la ventana, con vistas al jardín señorial que se extendía hasta la casa de los dueños del hotel, flanqueada por unos castaños centenarios que transmitían paz. Más allá, la luz teñía de un color rosado los prados y las montañas redondeadas que cercaban el valle. Los días se alargan mucho en la Cerdanya. En verano cuesta mucho que se haga de noche. A Laura le gustó que fuera el propio chef quien saliera para tomar nota. Josep Maria Boix, con una bata de cuello redondo y su nombre bordado en el pecho, les dio el pésame por la muerte de Paco Ráfales.

—En este mundo nos conocemos todos. Somos un país pequeño —dijo con voz dulce y recogimiento, el hombre más educado de los Pirineos—. Cuando venía, tu padre comía lo mismo. Los raviolis de *foie*, el picantón con espárragos silvestres...

—Y la tarta de manzana.

El chip de Kim se activó al instante.

—¿Queréis que os cante los platos del día fuera de carta?

Laura le cogió la mano a Kim.

—No hace falta, ¿verdad? Tenemos que hacerle un homenaje a tu padre. ¿Pedimos dos menús Paco Ráfales?

Kim levantó las cejas, gratamente sorprendido. Al chef también le pareció una buena idea.

—Era un hombre de costumbres, sí. Siempre se van los mejores. Qué lástima —dijo el chef, con un aire ligeramente místico, antes de dirigirse a la cocina con pasos pausados y un silencio afinado.

Laura se había dado cuenta de que, disimuladamente, Kim había bajado con unos papeles que intentaba ocultar bajo el brazo.

—¿Piensas dármelos o tendré que arrebatártelos con mis artes?

—¿Ahora?

—¿Crees que puedo seguir esperando?

El artista se aseguró de que mostraba, por orden, la primera de las caricaturas. Tapó la mitad del dibujo con una mano y dejó que Laura adivinase quién era.

—¿Es un perro?

—Está claro que no es un cerdo.

—Es *Dickens*, Kim. Lo has clavado.

Apartó la mano para destapar todo el dibujo.

—Hala, ¿me has hecho una caricatura? Pero, tío, me has sacado muy joven... Y tengo el pelo largo, con una cola. Y con la peca, cómo eres.

—No sabes cuántas veces te había hecho este dibujo...

—¿Y nunca me lo diste? ¿Y por qué me has puesto un chándal y esa pata de elefante?

—Era la época del básquet. Eras entrenadora. Vestías así, ¿no?

—Sí, sí. —Laura se percató de que él estaba preparando el segundo dibujo—. ¿Hay más?

Kim le dio la vuelta a una segunda hoja. Era de nuevo Laura con su peca, pero con el pelo corto y un traje chaqueta con un buen escote.

—¿Y esto?

—Londres. El Serpentine.

—Aquí se me ve mayor. Pero yo nunca he enseñado así las tetas. Eso es lo que tú querías.

—¿Te gustan?

—Muchísimo. Quiero más.

—Éste... —Kim le dio la vuelta a la tercera hoja—. A ver si sabes de cuándo se supone que es éste.

La había dibujado tal y como iba en la caminata de aquella tarde, con el mismo vestido de verano, con un estampado floreado y unas bambas para caminar.

—Eh, Kim, aquí hay un error. ¿Y la peca? Te la has olvidado...

Él miró al cielo.

—Si muestras el otro perfil, ¿cómo quieres que te la dibuje? Si quieres pido un lápiz y te la pinto en el otro lado...

—No hace falta, no hace falta... —Laura había extendido los tres dibujos sobre la mesa y, como si fuera una exposición de viñetas, los iba examinando. Le faltaban ojos—. Hombre... Ahora, echándoles un vistazo... En los años de la facultad, en vez de con un chándal, podrías haberme dibujado arreglada para la fiesta de la primera vez que entré en el Rafaeli. No sabes lo que nos hizo sufrir ese vestido, pensando si sería o no lo bastante adecuado, si daría el cante entre tanta gente de Barcelona... Me ayudó mi madre y medio Banyoles. No sabes los nervios que pasé. Asistí muerta de vergüenza. No quería parecer el patito feo. ¿Y sabes qué hiciste tú cuando me viste?

—Ni aunque me mataran.

—Me dijiste estás muy guapa. Imagínatelo. Yo sufría por si hacía el ridículo y tú, con dos palabras, me tranquilizaste. —Bebió un trago de cava—. Buscaba el aprobado y me diste un notable.

—¿Quieres ver el último dibujo o no?

—¿Qué pasa? No te ha interesado nada de lo que he dicho, ¿verdad?

—¿Quieres verlo o no?

—Claro que sí.

Kim le dio la vuelta al papel con un gesto seco, de prestidigitador, y lo dejó al lado del plato de Laura.

—¿Y estos dos?

—¿Tú y yo? Tú y yo.

A Laura no le hacían falta explicaciones. Había acertado cómo acabaría la secuencia de las viñetas. No quiso ponerlo fácil. Kim continuó con la explicación,

con un dedo sobre su caricatura.

—Somos nosotros, dentro de dos años. O dentro de cinco. O quizá dentro de diez.

—Mira qué bien, dentro de cinco años estaré igual. Tú te has dibujado aún más robusto. Eso sí, veo que te has dibujado sin corbata. Muy adecuado, las corbatas se están perdiendo.

—Laura, deja de cachondearte y escúchame un momento.

—¿Yo? —Haciéndose la despistada.

Ahora o nunca. Kim inició la conversación pendiente.

—Lo he dibujado porque quizá no sabré decírtelo con palabras. Tú siempre te has expresado mejor que yo... Nada, pues que este dibujo significa que no quiero que te vayas. Significa que no es posible que te vayas a Australia. Otra vez no. Ni hoy, ni mañana ni nunca más. Este dibujo significa que no quiero perderte, que no puedo ser tan idiota y llevarte al aeropuerto y ver cómo huyes de mi vida. No puedo permitirme que te vayas otra vez. Ya me equivoqué hace quince años, cuando... Da igual, era un momento complicado y no me di cuenta de que, entre unos y otros... Tenía la cabeza hecha un lío. El hotel en venta, Míriam, el chantaje de mis tíos para complicar más las cosas. Unos días extraños. Pero hoy da igual el pasado. Acepto todo lo ocurrido si ahora nos dejamos de historias, de prejuicios y hacemos lo que nos apetece, que ya tenemos una edad y nos lo merecemos. Nadie nos juzgará. Tú sabes que has sido la mejor amiga que jamás he tenido, y yo he sido tu amigo del alma. Nos hemos tenido cuando nos hemos necesitado. Nos hemos tenido en la distancia, en Londres o en las antípodas. Nos hemos salvado cuando ha sido necesario. Nos hemos reído y hemos llorado. Nos hemos abrazado y hemos hablado y nos hemos vuelto a reír, pero ahora no me basta con eso. Nos merecemos mucho más, Laura. Yo, no sé cómo decírtelo, te necesito. Necesito que estés conmigo. Te necesito a mi lado, todos los días. Llámame egoísta, si quieres, pero yo te quiero, y me ha costado darme cuenta de hasta qué punto. Ahora sé que quiero despertarme junto a ti cada mañana, y vivir y hablar y pincharnos como solemos hacerlo, con un amor que se derrama por todas partes y que hasta ahora habíamos capado porque hemos sido cobardes o porque estábamos lejos o porque nos habíamos prometido no sé qué chorrada de juventud. Ahora soy yo, Laura. Ya no tengo a nadie más. Mis padres no están, mis hermanos son un recuerdo, Elsa vive su vida, yo llevo no sé cuántos años divorciado y los niños ya vuelan solos. Ahora es mi momento. Los años son nuestros. Quédate conmigo. Quédate aquí. Esto debería habértelo dicho hace quince años y no supe cómo hacerlo, porque estaba atrapado. Ahora sí me atrevo a decírtelo. Me estoy muriendo de vergüenza, seguro que se me nota a la legua, pero me da igual. Tengo que intentarlo. Tengo que arriesgarme, ya no tengo nada que perder. Ya no tenemos nada que perder. Por eso debo quitarme la coraza delante de ti, porque te quiero, porque necesito que me digas que no estoy siendo patético con estas palabras y porque quiero que rompas los billetes y me digas que sólo volverás a Australia para recoger tus cosas y luego regresarás a Barcelona para siempre, para estar conmigo. O, si quieres, yo voy para

allá. Si tu trabajo es importante, también podría arreglármelas. Si es un problema, encontraremos la solución. La vida nos está esperando. Nos queremos tal y como somos. Es una gran ventaja que hayamos llegado hasta hoy sabiéndolo todo el uno del otro. Y con ganas de más, y más intensamente. Creo en ti, confío en mí y estoy seguro de nosotros dos. Si hemos llegado hasta aquí, si nos conocemos tanto como nos conocemos, ahora, a los cincuenta, ya no habrá sorpresas. Jamás he estado tan seguro de algo. Dime, al menos, que merece la pena intentarlo. Dime que debemos darnos esta oportunidad. Pongo la mano en el fuego por nosotros, las dos manos, porque estoy seguro de que no nos vamos a quemar. Ya no somos unos niños, Laura. Ya sabemos lo que queremos, ya hemos aprendido a decir esto sí y esto no, y ya sabemos de qué va la vida. Me lo dijiste tú el otro día: la muerte nos dice que tenemos que vivir. Tenemos una, ésta es la buena, y ahora empieza nuestro momento. Te das cuenta de que ésta es la buena, ¿verdad?

—Uf... —Laura recogió las migajas de pan con el cuchillo—. ¿Puedo decirte algo?

—Claro —Kim, asombrado de haber dado, en voz alta, un discurso que hasta entonces jamás se había permitido.

—El menú de Paco Ráfales te ha sentado muy bien.

Colocaron las cuatro manos sobre el mantel de hilo y se las cogieron. Se miraron a los ojos y se rieron, nerviosos. Kim bajó la cabeza sobre las manos, avergonzado.

—¿Me he enrollado mucho?

—No creas. Lo justo. Puede que ya fuera hora de que te pusieras un poco a mi altura. Piensa que viajar desde Australia para ir a una fiesta sorpresa, hacerte ilusiones y acabar en un entierro, no es un mal currículum.

Laura cogió la copa de cava que les habían vuelto a llenar sin que se dieran cuenta y propuso un brindis.

—Por Paco Ráfales.

—Por papá, por supuesto... ¿Y por nosotros dos?

Kim lo apostó todo a una pregunta. Ella se hizo de rogar. Miró hacia el jardín. La oscuridad, finalmente, había engullido las montañas. Unas pocas farolas de luz anaranjada, un poco tristes, ocultaban el telón del paisaje. Lentamente, Laura levantó de nuevo la copa, la acercó a la de Kim y dejó que el cristal entrecuchara. Luego alargó el cuello para darle un beso humedecido con cava.

—Por nosotros. —Laura se mojó los labios dando un trago corto, y vio la emoción en la expresiva mirada de Kim—. ¿Sabes qué te habrían dicho en la facultad? Que nosotros dos es una redundancia. Sí aquí sólo somos dos, habría bastado con decir nosotros.

—Perdona... —desconcertado aún por la excitación del último asalto—, es que yo hacía muchas pellas.

—Pues no puede decirse que te haya ido del todo mal, señor hotelero.

—¿Te das cuenta? Tú y yo no nos aburriremos. —De repente, vaciló—. Tú y yo. ¿Es correcto?

Compartieron la tarta de manzana, pidieron dos infusiones y, sin prisas, salieron para dar la vuelta al hotel. Cogidos del brazo, contemplaron una noche serena. Cuando volvieron al Pla de la Boira descubrieron, en sus cuerpos, una belleza para la que no habían sido entrenados. Se perdieron en la piel del otro, en los olores y en los pequeños sonidos. Durmieron con la ventana abierta. No querían perderse el espectáculo de las estrellas desde la almohada.

Después de desayunar, pagar y cargar en el coche las dos ligeras maletas, llegaron enseguida a Barcelona. Al cabo de setenta y cinco minutos —«Vas demasiado deprisa, Kim»—, puerta a puerta.

Al día siguiente, el Rafaeli lució, en el vestíbulo de la entrada, el mejor ramo de flores que jamás se había visto. Tal y como había expresado la voluntad de Paco. Laura se encargó de que lo cambiaran todos los días.

He terminado de escribir esta novela en Sant Cugat del Vallès, el 5 de julio de 2016, el día que mi padre, Jordi Bosch i Bonjoch, nacido en Guixers, habría cumplido ochenta años.



XAVIER BOSCH (Barcelona, 1967) es licenciado en Ciencias de la Información.

Ha sido director del *Avui* y responsable de programas de RAC1, además de creador y editor de formatos radiofónicos como *Alguna Pregunta Més*, *Cafè Baviera* y *El món a RAC1*. Ha dirigido *Un tomb per la vida* y, junto a Antoni Bassas y Eduard Boet, *Aquest any, cent!*

Es autor de los libros de cuentos *Jo, el simolses* (1992) y *Vicis domèstics* (1998), y de la novela breve *La Màgia dels reis* (1994).

Ha publicado, además, las novelas *Se sabrà tot* (2010), *Homes d'honor* (2012), *Algú com tu* (2015) y *Nosaltres dos* (2017).